

Para los
fans de
JOHN
GRISHAM

EL VEREDICTO DE ANNIE

JOHN
ELLSWORTH

SERIE MICHAEL GRESHAM: THRILLERS LEGALES

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Acerca del Autor](#)

EL VEREDICTO DE ANNIE

Serie Michael Gresham: Thrillers Legales

Libro 6

JOHN ELLSWORTH

vinci
BOOKS

Copyright © 2017 - 2026 John Ellsworth

Esta edición de 2026 es publicada por Vinci Books.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo breves citas utilizadas en crítica literaria.

Esta es una obra de ficción. Salvo que se indique lo contrario, todos los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes que aparecen en este libro son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Capítulo Uno

A Gerry se le acababa el tiempo cuando voló a Chicago para reunirse conmigo.

—¡Michael Gresham! —me llamó mientras subía por el pasillo del avión—. ¡Gracias por tomarte el tiempo de venir hasta O'Hare, amigo! ¡Vamos por una copa!

Encontramos el bar en la sala principal y entramos. Él pidió un martini; yo, café. Antes de que termináramos de hablar, ya había pedido un segundo. Pero incluso con el alcohol en el cuerpo, le temblaban las manos. Sus ojos se movían por todo el salón y de nuevo hacia el vestíbulo, mirando y observando, siempre observando.

—Recibí una carta —dijo en voz baja—. Llegó a mi oficina el tres de octubre. Es de un banco en las Caimán. Según la carta, el banco dice que tengo una cuenta con poco más de doce millones de dólares.

Me pasó la carta. La examiné y asentí con aprecio.

—Doce millones de dólares. ¿No es una buena noticia? —pregunté.

—Lo sería, excepto que yo no puse el dinero en esa cuenta. Tampoco tengo ninguna cuenta bancaria en las Islas Caimán. Pero

ellos dicen que sí. Solo he estado allí una vez en mi vida, hace casi veinte años.

No estaba seguro de haber escuchado bien.

—¿No pusiste el dinero en la cuenta? ¿Y ni siquiera abriste una cuenta allá? ¿Pero en esta carta dice que tienes doce millones en una cuenta a tu nombre?

—Exactamente. Esa también es mi dirección correcta. No mucha gente sabe dónde vivo.

Ahora estaba desconcertado.

—¿Alguien te ha preguntado por el dinero?

—Solo el banco. Están recomendando que lo mueva de una cuenta corriente normal a una cuenta de ahorros.

—¿Nadie más te ha dicho nada al respecto?

—Nadie ha venido a pedirme que les devuelva su dinero, si eso es lo que insinúas. Estoy seguro de que es dinero robado y que alguien va a denunciarme y arruinar mi carrera política.

Gerry era el candidato del Partido Climático en la contienda por la presidencia de los Estados Unidos. En un mes, las elecciones presidenciales de 2016 contarían todos los votos y sabríamos quién sería el próximo presidente. Gerry no esperaba ganar; los partidos ecologistas nunca ganan. Pero había planeado hacer una declaración sobre el clima. Ahora temía que algún enemigo saliera a la luz y lo acusara de haber malversado el dinero. Su carrera política —y su oportunidad de hablar sobre el clima en las elecciones— quedarían arruinadas.

Le pregunté a Gerry:

—¿Quién querría hacerte daño de esta forma?

Me dedicó una sonrisa paciente, como lo haría un profesional con un principiante, que era lo que yo era, en términos políticos.

—Mucha gente querría hacerme daño. Soy conocido como un liberal encendido de Nueva York. Ese es el primer *strike*. El segundo son mis millones de enemigos en la industria de los combustibles fósiles, que estarían encantados de verme caer en desgracia.

—¿Y el tercer *strike*?

Lanzó una mirada por el salón.

—Ese es el problema: no sé cuál es el tercer *strike*. Eso es lo que no me deja dormir por las noches.

—Gerry, los enemigos no suelen abrir una cuenta bancaria a tu nombre y depositar doce millones de dólares —dije. Todo el concepto iba en contra de cualquier cosa que hubiera visto en mis tres décadas de ejercicio legal. La gente hacía cosas terribles entre sí; darle millones de dólares a un enemigo no era una de ellas.

—Mira esto —dijo Gerry. Sacó una segunda carta del bolsillo del pecho, abrió el sobre y alisó la hoja frente a mí sobre la mesa. Eran apenas unas pocas frases.

—¿Entonces esta carta es de tu PAC?

—Sí. Mi PAC se llama GULP.

—¿GULP?

—Política de Uso de Tierras del Gobierno. GULP. Yo formaba parte de la junta. De ahí viene el dinero para financiar mi campaña.

—¿Y según esta carta te están acusando de malversar doce millones de dólares de fondos de GULP?

—Sí.

—También hay una exigencia de que devuelvas el dinero. ¿Por qué no simplemente haces eso?

—Eso estoy pensando yo también. Terminar con todo de una vez.

—Entonces, Gerry, ¿qué necesitas de mí?

—Quiero que organices la devolución del dinero a cambio de un recibo que diga que todo fue un malentendido, que no malversé los fondos y que no se hablará más del asunto.

—¿Pero por qué yo?

Bebió un gran trago de su martini y tragó con dificultad.

—Quería a alguien que no estuviera en la Costa Este. Tú estás aquí en Chicago. Además, te conozco desde nuestro primer año en la facultad de derecho. Siempre fuiste honesto y nunca buscaste salir en los periódicos a costa de tus clientes. Sentí que podía confiar en ti, en resumen.

—Está bien. Hoy es seis de octubre. Quieres que el dinero se devuelva antes del día de las elecciones, ¿correcto?

—Sí —dijo Gerry—. Quiero la declaración de ellos de inmediato. Mi temor es que, si no, irán a los medios y dirán que los malversé. Si

eso llegara a pasar, perdería el noventa por ciento del voto que suelo obtener. Quiero devolverlo antes de que puedan hacer eso.

Consideré lo que me estaba pidiendo. Confiaba en él, al menos tanto como un abogado curtido como yo puede confiar en alguien: una cautela extrema sazónada con una sospecha igual de extrema. Pero ¿realmente lo conocía tanto? Estudiamos juntos en Georgetown. Él entró a la *Law Review*; yo, con mi saludable promedio de C, no. De hecho, fue editor del *Georgetown Law Journal* y escribió un artículo increíble en su último año en apoyo al caso *Tennessee v. Garner*. Ese fallo convirtió en delito que un policía dispare por la espalda a un sospechoso que huye, a menos que exista una amenaza de daño físico grave para el agente. Gerry denunció duramente a la policía local de D.C. por un caso pendiente en el que dos uniformados usaron como blanco a un adolescente negro desarmado que intentaba huir con un litro de cerveza robado de un 7-Eleven en la calle G.

—Me impresiona que hayas venido hasta Chicago para hablar — le dije.

—Michael —dijo mientras sostenía el martini doble —, hay gente muy mala que viene por mí.

—¿Tienes idea de por qué alguien de tu propio PAC querría ir contra ti?

—Tengo algunos detractores serios en el PAC. El tipo que quiere arruinarme es Paul Wexler. En su momento fuimos amigos, pero ya no. Ahora preferiría verme muerto y enterrado.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarte?

Era justo lo que él esperaba que dijera.

—Quiero darte un poder notarial sobre la cuenta bancaria. Quiero que devuelvas el dinero y limpies mi nombre. Pero también tengo que protegerme.

—¿Y cómo funcionaría eso?

—Si anuncian que malversé los fondos uno o dos días antes de las elecciones, me quedará con su maldito dinero, Michael. Lo que significa que mandarán a alguien tras de mí. Me asesinarán. Si eso pasa, quiero que te asegures de que el dinero vaya a mis hijos.

—Porque tú no estarías para cuidar de ellos.

—¿Recuerdas a Kitty Sanders de la facultad de derecho? Estuvimos casados durante veinte años, pero falleció hace varios años. Mis hijos quedarían huérfanos.

—Lo siento.

—Tengo miedo, Michael. Tanto miedo que no duermo. No como. Me tiemblan las manos. Mi hija menor, Annie, tiene necesidades especiales. El dinero tiene que ir para ella. Además, están su hermano y su hermana. Ambos deben recibir una parte.

Tomé un sorbo del café ácido del aeropuerto.

—¿Entonces debo actuar como su abogado?

—No, como su apoderado.

Abrió su maletín en ese momento y hurgó en su interior.

—Tengo un poder notarial justo aquí... en alguna parte. Aquí está. ¿Puedes leerlo y firmarlo? Yo ya lo firmé, nombrándote a ti.

Acepté el documento de dos páginas y lo revisé escaneando tres líneas a la vez, como hacen los abogados con los documentos legales. Todo estaba en orden.

—Antes de firmar, ¿dónde está esta cuenta bancaria?

—Ese es el asunto. Esta mañana transferí todo mediante una transferencia bancaria.

—¿Lo moviste a dónde?

—Avtovazbank. Moscú, Rusia.

—¿Por qué Rusia?

—Porque no han cedido a las exigencias del gobierno de EE. UU. de que los bancos reporten las cuentas de ciudadanos estadounidenses al gobierno.

—¿Estás diciendo que está en una cuenta en el extranjero y que no la has reportado al Departamento del Tesoro?

—Exactamente. Técnicamente, podría enfrentar cargos penales por no haberlo reportado.

Le pasé el documento sin firmar a Gerry. Ni loco me metería en medio de una disputa política durante una elección nacional. Yo era abogado penalista, no político. De hecho, odiaba la política y no quería tener nada que ver con ese lío sórdido.

—No puedo ayudarte, Gerry. Acabo de terminar un juicio en Moscú y nunca en mi vida me alegré tanto de dejar un lugar. ¿Crees

que tenemos jueces terribles en Estados Unidos? No has visto nada hasta que litigas en Rusia.

—Te lo agradezco, Michael. Pero no hace falta ir a Rusia. Esto se puede hacer desde tu oficina aquí en Chicago. La retirada y distribución se harán electrónicamente.

Lo cual ayudó a disipar mi mayor objeción.

—Bueno...

—Por favor, Michael. No tengo mucho tiempo. Realmente lo necesito. ¡Mis hijos realmente lo necesitan!

Me devolvió el poder notarial. Las lágrimas le inundaron los ojos, y su angustia me ablandó. Habíamos sido compañeros de clase; nos conocíamos desde hacía mucho. Y podía hacerlo sin salir de mi oficina. Así que lo tomé, lo firmé sin decir nada y se lo devolví. Luego hicimos un segundo, este para mí. Ambos eran originales firmados.

—Listo —dije.

—Eres mi héroe, Michael. El viernes voy a decir una *Birkat HaGomel* por ti.

—Bueno, gracias por eso. ¿Y ahora qué? ¿Estás listo para ver Chicago? ¿Quizás ir a un partido de los Bulls?

Miró su reloj.

—No puedo. Tengo un vuelo que sale de aquí en cuarenta y cinco minutos.

—¿Quieres decir que volaste hasta aquí solo para conseguir mi firma y luego darte la vuelta y regresar de inmediato?

—Me temo que sí. Mis hijos están en Georgetown. No puedo quedarme.

Hablamos hasta que bajó por la rampa para abordar su vuelo de regreso. Se había tomado otro martini y yo había cambiado el café por una Filbert's Root Beer, una bebida secreta y maravillosa entre los habitantes de Chicago. Dobló la esquina al final de la rampa y desapareció.

Dos días antes de las elecciones se publicó una historia en el *Washington Post*. La nota acusaba a Gerry de malversación de fondos del PAC. Lo que Gerry temía ahora era noticia de portada. Su campaña se arruinó; dos días después obtuvo menos del uno por

ciento de los votos. Estaba seguro de que ahora movería el dinero a nombre de sus hijos, lo que me liberaría de cualquier obligación que hubiera aceptado bajo el poder notarial. Me sentí aliviado, pero también sentí lástima por Gerry. No merecía perder por paliza cuando lo habían engañado y manipulado. Me llamó al día siguiente de las elecciones y dijo:

—¿Ahora ves por qué quiero quedarme con el dinero? No tengo nada más que perder, Michael.

—Excepto tu vida.

—Excepto mi vida. No he tomado la decisión precisamente por eso: si algo me pasa, mis hijos se quedan completamente solos.

—Devuelve el dinero, Gerry —le dije—. Tus hijos te necesitan.

—Tal vez tengas razón. De hecho, tienes razón. Lo devolveré.

Pensé que todo había terminado. Colgamos como amigos y él me expresó su gratitud. No volví a pensar en el asunto.

Pero entonces Gerry voló de repente a Chicago otra vez, insistiendo en que dejara todo y me reuniera con él en O'Hare. Nos encontramos en la sala del aeropuerto. Insistió en que iba a quedarse con el dinero para sus hijos, lo que puso precio a su cabeza.

—He hecho enojar a gente muy poderosa por negarme a devolver el dinero.

—¿No ibas a devolverlo?

—No puedo. Estoy furioso por lo que me hicieron. Ni loco se los devuelvo.

—¿Te están amenazando?

—No es que hayan hecho una amenaza directa. Pero no importa: les dije dónde podían meterse su dinero. Tal vez me pasé, pero me mataron en la elección.

—¿Y ahora qué?

—Solo estate listo, Michael. Si me pasa algo, haz que el dinero llegue a mis hijos.

—Es una gran responsabilidad, Gerry.

—Prométemelo, Michael. Eres mi única esperanza, mi único amigo en este momento.

Suspiré y negué con la cabeza.

—Haré lo que pueda.

Justo en ese momento anunciaron su vuelo.

—Tengo que tomar un vuelo de regreso —dijo, y se dirigió a la pasarela.

Esa fue la última vez que vi a Gerry. Conduje de regreso a mi oficina rezando para que estuviera bien y para no tener que involucrarme.

Casi lo logré.

Pero entonces llegó el día final de Gerry.

Capítulo Dos

Rudy era un torpedo, un matón, un asesino a sueldo, todas esas cosas y poco más. Amaba a los Washington Redskins porque vivía justo al sur del Beltway, en un departamento de una habitación donde todo el universo giraba en torno a ellos. Y amaba a su santa madre —que Dios la tenga en su gloria—, con su alma devota y su pescado de los viernes. Y Rudy odiaba a los políticos, algo difícil, si no imposible, de sobrellevar para alguien que vivía en Washington D. C. Así que dispararle a Gerry Tybaum sería fácil: el tipo era el candidato del Partido Climático, un político. Rudy lo habría matado gratis, excepto que le habían pagado cincuenta mil dólares por el trabajo. Normalmente, Rudy habría tomado su pago y se habría ido a Boca Ratón a apostar a los caballos, pero primero tenía un asunto pendiente, una exigencia del hombre que lo contrató para matar al padre: Rudy también debía asesinar a los hijos de Tybaum.

El hombre que lo contrató era Paul Wexler, en la sede del PAC de Gerry.

Paul Wexler había redactado la carta de demanda a Gerry en el membrete del PAC. Exigía la devolución completa de los doce millones de dólares que, según afirmaba, Gerry había malversado. La carta de demanda no trajo resultados. Así que Wexler recurrió a Rudy. Había obtenido el nombre de Rudy de un artículo del

Washington Post que anunciaba su liberación de prisión. Rudy se había convertido en una leyenda, al ser liberado tras cumplir una condena de veinte años por el asesinato del jefe de gabinete de un senador. Se reunió con Rudy en un bar de un barrio peligroso de Baltimore.

Rudy haría el trabajo por cincuenta mil dólares.

Antes de que se llevara a cabo el asesinato, Wexler contrató a Nivea Young para seguir a Gerry. Tenía que saber el paradero del dinero antes de que Gerry cayera. Nivea Young, una exagente de la CIA, siguió a Gerry desde Washington D. C. hasta Chicago. Lo observó reunirse con un abogado.

Young llamó a Paul Wexler esa misma tarde.

—Se reunió con un abogado en el aeropuerto O'Hare —le dijo a Wexler—. Hablaron solo unos veinte minutos. Luego, Tybaum se dio la vuelta y tomó un vuelo de regreso a D. C.

—Necesitamos averiguar de qué hablaron —dijo Wexler.

—Puedo entrar en la oficina del abogado —respondió ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo seguí de regreso al centro después de su reunión. Está en una oficina en el Loop, no muy lejos del tribunal federal en el Edificio Dirksen. Es un edificio antiguo, renovado, con suites de oficinas, mucha madera, vitrales en los tragaluces, todo el paquete completo. Está en el segundo piso. Puedo entrar y salir en minutos.

—Entonces hazlo. Entra, encuentra el expediente de Tybaum y hazle una copia. O encuentra las notas del abogado y cópialas. Algo se escribió después de su reunión. Necesito localizar ese dinero.

—¿Por qué no simplemente llamas al banco? Tú pusiste el dinero allí.

—Ese es el punto; lo puse a nombre de Tybaum. El banco se niega a darme cualquier información ahora.

Ella asintió con aprobación.

—Entraré en la oficina del abogado esta noche. ¿Algo más?

Justo entonces, Wexler, el cerebritito que era, fue un paso más allá de lo que la mayoría haría.

—Sí. Revisa el escritorio del abogado. Si tiene un arma, tráela contigo.

- Tendré que declararla en el avión.
- ¿Viajas con tu nombre?
- Por favor, señor W. ¿Qué cree que soy?
- Entonces ya está. Trae el arma.
- ¿Algo más? —preguntó ella.
- Solo no te dejes atrapar.
- No me subestime, señor W.
- Solo intento enfatizar.
- Se da por sentado.

Esa noche, Nivea entró fácilmente en la oficina del abogado. Tenía un solo objetivo: el expediente de Gerry Tybaum. Wexler había dejado claro que quería rastrear el dinero. Y, efectivamente, encontró un expediente justo encima del escritorio del abogado y lo abrió. Había una sola hoja dentro. Pasó la hoja por la fotocopiadora de la oficina, luego se sentó y la leyó completa.

Un poder notarial. Wexler estaría muy complacido. Siguió hurgando en los cajones del escritorio del abogado, buscando lo que suponía que podría estar allí. Y sí, en el tercer cajón, lado derecho, lo encontró: una pistola semiautomática, cargada. Con sumo cuidado, para no alterar las huellas ni el ADN adherido al arma, la metió en una bolsa de plástico, recogió la hoja que había copiado y se fue.

Regresó a Washington y fue directamente a ver a Wexler. Wexler vio el arma, leyó el poder notarial robado y la llamó brillante. Luego llamó al sicario, Rudy, y le dijo que se vieran en un Denny's en Foggy Bottom.

Después de que llegó el café, Wexler le pasó el arma del abogado a Rudy.

—Usa esto —dijo. Rudy asintió y metió la bolsa de plástico con el arma en el bolsillo de su abrigo. Eso fue todo lo que hizo falta.

El día del asesinato amaneció nublado y bastante frío. Se pronosticaba una helada para más tarde. Rudy, vigilando y esperando fuera del edificio de oficinas de Tybaum, vio al desafortunado Tybaum caminar por la acera hacia las puertas de vidrio. Rudy encendió la cámara *GoPro* montada en su abrigo *North*

Face. Wexler quería una imagen del asesinato y Rudy iba a dársela; un video completo, de hecho.

Eran justo antes de las seis de la tarde, lo que significaba que Tybaum probablemente estaba trabajando hasta tarde. Hacía frío, pero llevaba el abrigo desabrochado. Debajo tenía puesta una camisa de franela. Rudy notó todo esto sin pensarlo. Se colocó detrás de él. Tal vez, sintiendo que lo seguían, Tybaum se detuvo de golpe y se giró para mirar fijamente a su perseguidor.

Supo de inmediato que lo estaban siguiendo. Echó a correr. Sabía que este día llegaría desde que se negó a devolver el dinero. Saltó la baranda que corría junto a la acera y cayó tres metros sobre una entrada inclinada que terminaba en un muelle de carga del sótano. Rudy lo siguió, alcanzó a Tybaum y forcejearon antes de que Tybaum volviera a zafarse, le diera una patada en la cabeza a Rudy y saliera corriendo. Rudy se recuperó y luego persiguió a Tybaum hasta el muelle de carga del sótano. Gerry atravesó a toda velocidad el almacén y salió por el otro lado. Un sendero lo llevó más allá del Monumento a Lincoln y a lo largo del Espejo de Agua, esa lámina de agua poco profunda que evita que el Monumento a Lincoln y el Monumento a Washington se deslicen el uno hacia el otro. Al llegar al extremo cercano del estanque, Tybaum giró a la izquierda y comenzó a correr en diagonal. Justo entonces, cuando el candidato enderezaba su giro a la izquierda en una carrera de treinta metros hacia el otro lado del estanque, Rudy acortó la distancia entre ellos y, con guantes de látex cubriéndole las manos, levantó la pistola del abogado y apuntó a la espalda de Tybaum desde una distancia imposible de fallar.

La primera bala atravesó el corazón de Tybaum; su impulso lo llevó de cabeza al Espejo de Agua. Rudy entonces se acercó al hombre moribundo y disparó cinco veces más en su espalda. Rudy era un tirador excelente: el grupo de impactos no era más ancho que la boca de un vaso de whisky. Rudy se sintió orgulloso. *Hasta los asesinos a sueldo tienen sus estándares*, pensó mientras se daba la vuelta y regresaba por donde había venido. Corría hacia su auto esperándolo y el anonimato de la autopista cercana.

A mitad de las escaleras del Monumento a Lincoln, una mujer se giró al escuchar el primer disparo. Estaba de rodillas, realizando un acto sexual por dinero con el hombre que se encontraba sobre ella, y vio el rostro de Rudy, que le resultaba familiar porque era suscriptora del *Post* en la sección de «hombres buscan mujeres». No sabía su nombre, pero jamás olvidaría su cara.

De rodillas, la mujer volvió a su tarea para cumplir con el contrato que había acordado con el hombre que estaba de pie sobre ella. Levantó la vista y sus ojos se encontraron. *¿Deberíamos huir?*, le preguntaba su mirada al cliente. La mirada de él lo decía todo: *huye solo si quieres incumplir nuestro contrato*.

Así que ella terminó su trabajo y, una vez completado el contrato, el hombre bajó las escaleras a toda prisa y corrió hasta el extremo del estanque y el estacionamiento más allá.

La mujer, en cambio, tardó en huir porque, al abrir su bolso para sacar un pañuelo, su cartucho de monedas de veinticinco centavos del casino cayó sobre los escalones de concreto, esparciendo piezas arriba y abajo. Eran clave, esas monedas, el sustento de las tragaperras. Así que se agachó con calma y empezó a reunir las monedas de nuevo en su bolso. Ya había presenciado un ajuste de cuentas antes, y esas cosas ya no la asustaban, pues había visto cosas mucho peores. Pero había más. También había cumplido un contrato con un senador de los Estados Unidos conocido por ella como Stanley J. Jessup, un buen muchacho de Carolina del Sur que se mantenía feliz con prostitutas y whisky y se perdía las votaciones del Senado.

Mientras se agachaba tres escalones más abajo para recoger la última de las monedas, resbaló, se golpeó la cabeza con fuerza contra el escalón más cercano y despertó horas después con un policía del Capitolio sosteniéndole sales aromáticas bajo la nariz e inquiriendo:

—¿Puede oírme?

No respondió de inmediato. Él le masajeó las manos y volvió a decir su nombre.

—Puedo oírte —dijo ella—. Qué sueño. Alguien le disparó a alguien.

El policía del Capitolio habló por el micrófono de su hombro.

—He encontrado un testigo ocular.

Allá abajo, los agentes del FBI escucharon la noticia. Ayudaron a la mujer a bajar las escaleras y la entregaron a otros agentes para una rápida ronda de preguntas antes de llevarla a la sala de emergencias para que la examinaran.

—Sí —le dijo al primer trajeado que la alcanzó—. Vi todo. También lo vio mi cliente, el senador Stanley J. Jessup.

Un agente especial miró al otro.

El asesinato, de repente, prometía ser noticia de portada. Historias así forjaban carreras. Los agentes no podían ignorar las posibilidades.

El primer agente habló con naturalidad para no espantar a la soplona.

—Un senador... Entendido. No se preocupe, señora, está en buenas manos. Su colaboración es muy importante.

Capítulo Tres

Los paramédicos sacaron el cuerpo de Gerry del agua helada del Espejo de Agua del Monumento a Lincoln en D.C. Se tomaron fotos y se hicieron observaciones; los informes oficiales vendrían después. El forense contó seis orificios de bala en la espalda de Gerry.

Los detectives de Washington D.C. dijeron que fue un robo. *Claro, pensé cuando vi la noticia en la televisión aquí en Chicago, un robo, por supuesto. Por eso el tirador dejó los trescientos dólares en el bolsillo de Gerry que él mismo había sacado de un cajero automático no quince minutos antes de morir.* Su asesinato me hizo cerrar los ojos y rezar por su alma. Soy católico, y eso es lo que hago.

Y mientras el alma de Gerry negociaba su paso por las puertas del cielo, yo empezaba a negociar con los rusos la transferencia del dinero para los hijos de Gerry. Pero antes de poder poner las cosas en marcha, tenía un gran problema: no conocía a sus hijos, no tenía nombres, fechas de nacimiento, números de seguro social ni nada por el estilo.

Sabía que le debía a Gerry volver a Georgetown, contarles todo a los chicos y conseguir su información personal.

Él había confiado en mí y no tenía otra opción más que volar hasta allí y cumplir mi promesa.

Más tarde supe que la policía quería cerrar el caso como un robo. Pero la hija de Gerry —Mona— insistía en que había sido un asesinato relacionado con los combustibles fósiles. Acusó a los oligarcas del petróleo del crimen, pero no tenía ninguna prueba. Así que la policía la descartó como paranoica y un poco trastornada por la muerte de su padre. En privado, pensaban que estaba loca. Creían que era solo otro robo sin importancia. Excepto que todos sus informes decían lo mismo: la billetera de Gerry fue encontrada en su bolsillo. Los trescientos dólares que había retirado de un cajero automático quince minutos antes seguían dentro de la billetera. Esta anotación en el informe inicial de los detectives quedó sin comentarios.

Como soy un curioso por naturaleza, empecé a husmear. Llamé a un amigo en la Fiscalía de los Estados Unidos en D.C. Lo que supe fue impactante. Quienquiera que mató a Gerry actuó con audacia. Aparentemente, no esperaba ser arrestado, porque lo acribilló a poca distancia de la Casa Blanca, una zona repleta de policías y agentes federales. Luego llamé a la oficina legal de Gerry para hablar con su secretaria. La oficina estaba cerrada. La grabación decía que estaban cerrados porque estaban de luto por Gerry, que llamara de nuevo en tres días. Así que esperé tres días y volví a llamar. Para mi sorpresa, según el *Post*, la investigación había dado un giro total: ahora el FBI estaba a cargo del caso. Lo que me indicó que había sospechas de que se había cometido un crimen federal en la muerte de Gerry.

Tres timbres y luego una respuesta cortante.

—Oficina de Gerry Tybaum, ¿puede esperar un momento, por favor?

—Quiero...

—Gracias.

Así, sin más, me dejaron en espera. Luego la voz regresó.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Michael Gresham. Soy abogado en Chicago. Gerry vino a verme antes de morir.

—¿De qué se trata esto?

—Gerry quería que hiciera un trabajo para él.

—¿Y cuál podría haber sido?

Se encendió una bombilla en mi cabeza. La recepcionista de Gerry no me estaría preguntando qué estaba haciendo para Gerry. No, ella me habría preguntado si mi llamada era personal o de negocios y, según eso, me habría dirigido a los abogados de sucesiones de Gerry o a sus socios del bufete. Esta voz no estaba haciendo ninguna de esas cosas. Estaba preguntando por mi trabajo para Gerry. Inapropiado. Así que esquivé.

Pregunté:

—¿Quién es usted?

—Habla el agente especial Ames. ¿Podría darme su nombre, señor?

—¿Agente especial del FBI?

—Sí, señor.

—¿Por qué está el FBI en la oficina de abogados de mi amigo?

—¿Podría darme su nombre, señor? Tenemos el número desde el que llama. Conseguir su nombre no será tan difícil. Sería mucho más fácil si simplemente me dijera quién es. Una petición amistosa, señor.

—Me llamo Michael Gresham.

—¿Y llevaba usted algún caso con el señor Tybaum?

—No, fuimos compañeros en la facultad de derecho. Solo llamaba para charlar un rato.

De pronto, la voz ya no sonaba tan amigable.

—¿Dice que es abogado?

—Sí.

—¿Qué tipo de derecho ejerce?

—No veo cómo eso puede ser asunto suyo.

—Bueno, señor, déjeme ponerlo de esta manera. Estamos hasta el cuello siguiendo todas las pistas que puedan ayudarnos a encontrar al responsable del asesinato del señor Tybaum. Ahora tenemos su nombre. Puede ayudarme diciéndome quién es y por qué llama, o puedo enviar a dos agentes a su oficina a tomarle declaración.

—Sí, cómo no, que vengan a tomar mi declaración —me burlé.

—¿Perdón?

—Apueste lo que quiera. No hay forma de que sus matones vengan aquí a tomarme declaración.

—¿Entonces está diciendo que tiene algo que ocultar?

—Estoy diciendo que el FBI no tiene derecho a venir aquí a interrogarme.

—¿No estás dispuesto a cooperar con las autoridades en relación con la muerte de tu amigo?

—Así es. Normalmente no coopero con la policía en mi práctica de defensa penal. Puede que suene ridículo, pero mis clientes prefieren que no coopere con la policía.

—Señor Gresham, ¿el señor Tybaum era uno de sus clientes en casos penales?

—No, no lo era.

—¿Estaba siendo investigado por algún delito que pudiera convertirlo en uno de sus clientes penales?

—No que yo sepa.

—Entonces no debería haber ningún problema. Por favor, dígame por qué llamaba.

Salió sin pensar.

—Teníamos una apuesta sobre el partido entre los Wizards y los Knicks. Él perdió; yo llamaba para cobrar.

—¿De cuánto era la apuesta?

—Cena de carne la próxima vez que viniera a Chicago.

—¿Venía a Chicago con frecuencia?

—No tengo ni idea.

—¿Estaba él en Chicago para hablar de asuntos financieros con usted?

Con cuidado, Michael, me advertí a mí mismo. Martha Stewart no fue a prisión por uso de información privilegiada. Fue a prisión porque el FBI afirmó que les mintió. Si yo les mentía sobre que Gerry vino a Chicago y habló del banco ruso, podría exponerme al mismo tipo de responsabilidad si el FBI descubría que estaba mintiendo. Y ellos tendrían los estados de cuenta bancarios que los llevarían a su billete de avión y su conexión con Chicago. Ahí estaba yo, en el otro extremo de ese viaje. Decir la verdad era la única opción.

—Vino a verme justo antes de que lo asesinaran. Estaba asustado.

—¿El propósito principal de esa visita?

—Confidencial. Privilegio abogado-cliente.

—¿Usted era su abogado? ¿Lo representaba?

Ahí estábamos otra vez. Técnicamente, Gerry no era mi cliente. Lo que significaba que, técnicamente, yo no era su abogado. Tenía un poder notarial, pero eso no está cubierto por el privilegio abogado-cliente. Pero aquí está la consideración clave: al morir la persona que otorgó el poder, este queda anulado. Ya no existe y la persona que lo recibió ya no puede actuar como apoderado.

—No estoy diciendo que sí, y no estoy diciendo que no. Estoy diciendo que esta conversación ha terminado.

Con eso, colgué el teléfono y le dije a la señora Lingscheit —mi recepcionista— que no aceptara ninguna llamada relacionada con el señor Tybaum o el FBI.

Me temblaba la mano mientras luchaba por devolver el teléfono a su base. *Maldita sea, estos tipos son buenos*, pensaba. Así de rápido, en menos de dos minutos, el agente me había acorralado hasta el punto de estar a punto de cometer un grave delito federal por mentirle al FBI.

¿La peor parte? No habían terminado conmigo. Volverían. De hecho, probablemente aparecerían en mi oficina en las próximas veinticuatro horas.

Solo le estaba haciendo un favor a Gerry. No quería tener nada que ver con Rusia porque no quería ir allí. Él me había dicho que no era necesario. Todo podía hacerse por teléfono.

Lo que no me dijo fue que el FBI se arrastraría por las líneas telefónicas y me pondría en un callejón sin salida legal. No me había advertido sobre eso.

Con una simple llamada, me había convertido en un nombre asociado al asesinato de mi amigo.

Tampoco estaba un paso más cerca de averiguar algo sobre sus hijos.

Estuve dando vueltas por la oficina durante una hora, navegando en internet y revisando algunos expedientes pendientes, todo el

tiempo pensando, en el fondo de mi mente, qué debía hacer a continuación. Luego almorcé tranquilamente lo que había traído de casa. Finalmente, visualicé mi siguiente paso.

Llamé al banco en Rusia. Les di el número de cuenta y el código clave, y pedí un saldo.

—Sí, señor Tybaum —dijo el representante de atención al cliente que hablaba inglés—. Su saldo es de doce millones de dólares estadounidenses.

—Necesito transferir ese dinero a Estados Unidos.

—No hay problema, señor Gresham. Pero vamos a necesitar una comisión de un millón de dólares.

—¿Qué? Lo hacen electrónicamente. Ni siquiera debería haber un cargo.

—Política del banco con ciudadanos estadounidenses.

Colgué en ese momento, con una sensación de náusea apoderándose de mí. No pensaba volver a Rusia, pero le había prometido a Gerry hacerlo por sus hijos.

Era demasiado para procesarlo en ese instante. Fui a mi oficina exterior y le dije a la señora Lingscheit que me sentía mal y que me iba a casa. Ella me lanzó una de sus miradas características de «ni lo sueñe».

—¿Qué? —le pregunté.

Respondió en voz baja:

—El FBI quiere hablar con usted. Les dije que no estaba, pero dijeron que sabían que sí.

—¿Qué? ¿Cómo saben que estoy?

Ella señaló detrás de mí.

Me di la vuelta y vi a un hombre con un traje de negocios impecable, las manos sobre las rodillas, los ojos brillando hacia mí.

—Es del FBI. Quiere hablar contigo y dice que no se irá hasta que lo hagas.

Capítulo Cuatro

Volví a mi oficina arrastrando los pies, esta vez con un agente del FBI detrás de mí. Me sorprendió lo rápido que se habían movido contra mí. Además, me enfureció. A nadie —y mucho menos a los abogados penalistas— le gusta tener al FBI en su oficina. Así que nos sentamos y nos quedamos mirándonos. Luego, él abrió una carpeta delgada y sacó un bloc de notas. Lo revisó por encima y luego alzó la vista.

El agente del FBI fue directo:

—El comité de acción política del señor Tybaum se llama GULP. Significa Política de Uso Gubernamental de Tierras. Ha acumulado enormes cantidades de dinero provenientes de fanáticos del clima como Gerry.

—Así que tenía un PAC que quería que lo eligieran. Eso no es ilegal ni siquiera sospechoso, la última vez que lo verifiqué —dije.

El agente no mostró emoción alguna. Dijo que se llamaba Harold Leders y que venía de Chicago. Hasta ese momento no era una pelea justa, ya que yo aún intentaba asimilar lo rápido que había pasado de ser Michael Gresham, un relativo don nadie, a alguien que el FBI quería interrogar. El agente Leders me tenía contra las cuerdas desde el momento en que se identificó.

Continuó:

—GULP ha estado muy activo. Es un PAC liberal con algunos simpatizantes muy famosos en las costas Este y Oeste. Personas que podrías ver en el *Hollywood News* y en el *New York Magazine*. ¿Me sigues hasta ahora?»

—Sí. ¿Y qué?

—El señor Tybaum hizo un retiro de la cuenta bancaria del PAC aproximadamente un mes antes de morir.

—¿Y bien?

—Fue por doce millones de dólares y algo más. Queremos saber si habló con usted sobre esto antes de morir.

Esa era la segunda vez en un día que oía ese número.

—Esa cifra no forma parte de mi vocabulario. Yo no hablo de esas cifras.

El agente especial Leders me miraba como si quisiera atravesarme el cráneo. Apparently, él sí hablaba de esas cifras. Las soltó como si Gerry hubiera extendido un cheque por diecinueve dólares y quisieran saber al respecto. Normalmente, tal vez habría contado lo que sabía, simplemente lo habría dicho. Pero la misión que Gerry me había encomendado era ayudar a sus hijos a recuperar su dinero, no ayudar al FBI. Entonces empecé a pensar que necesitaría fechas de depósito y ese tipo de cosas antes de decidir si revelaba lo que sabía. Además, tendría que saber qué facultades de retiro y gasto tenía Gerry en el PAC. Tal vez el retiro estaba totalmente autorizado y yo quedaría como un tonto al revelarlo. Peor aún, tal vez sus hijos me demandarían por violar la confidencialidad abogado-cliente —si es que aplicaba— si lo revelaba y no recibían su dinero. Luego estaba Annie, la hija con necesidades especiales de Gerry. Su historia me tocaba el alma. Le debía algo, lo sentía hasta los huesos. Tenía una docena de escenarios distintos pasando por mi cabeza, así que no quería decir demasiado. Otra vez, ocultar información al FBI... Tenía que haber una salida a esto.

—No me siento bien —le dije al agente Leders. Me toqué la garganta y negué con la cabeza—. Me duele —susurré.

Pero no se conmovió ni un milímetro.

—No hay trato, señor Gresham. Nadie se va hasta que tengamos algunas respuestas. Lo llevaré a la oficina si hace falta; incluso lo

arrestaré por conspiración si es necesario. Pero me va a dar respuestas, y me las va a dar ahora mismo.

—¿Respuestas sobre qué? Si supiera algo, se lo diría.

—Dos días después de que malversó los fondos del banco del PAC, vino aquí a verlo. ¿Usted tomó control de esos fondos? ¿Está dispuesto a entregarnos sus propios estados bancarios para que podamos confirmar lo que nos diga?

—Por favor, recuerde que existía una relación abogado-cliente. No puedo hablar sobre Gerry y sus finanzas.

—¿Abogado-cliente?

—Bueno, poder notarial.

Se recostó y me sonrió con grandeza. *Es una táctica, un intento de asustarme, pensé. Pues va listo.*

—El hecho de que exista una relación de poder notarial entre dos personas no es confidencial en sí mismo. *U.S. v. Leventhal*, 961 F.2d 936, señor Gresham. Puedo ponerlo frente a un gran jurado mañana y meterlo en la cárcel si se niega a responder estas preguntas. No tiene ninguna protección. O puede simplemente responderlas aquí y ahora. ¿Qué prefiere, señor Gresham?

Acababa de sacarme de mis casillas con esa amenaza. Tengo casi sesenta años; las amenazas ya no funcionan conmigo.

—Entonces póngame frente a su gran jurado. No voy a dejarme coaccionar por sus amenazas, agente Leders.

Se recostó, colocando las manos sobre los brazos de la silla del cliente. Asintió, pensativo.

—¿Qué le parece esto? —dijo, algo más calmado—. ¿Qué le parece si abre su cuenta fiduciaria en la pantalla de su ordenador? Déjeme revisar los últimos treinta días. Si no hay nada que parezca dinero de Gerry, me voy y lo dejo en paz. ¿Le parece un buen acuerdo?

—No voy a permitirle el acceso a mi cuenta fiduciaria de clientes, señor Leders. Esa información es confidencial. Podrían demandarme, incluso inhabilitarme, si le revelo esas confidencias de los clientes. Lo siento, pero no.

—Entonces reuniré al gran jurado y emitiré una citación para usted, señor Gresham.

Se puso de pie, preparándose para irse.

—Ah, hay una cosa más —dijo, levantando la vista mientras se abrochaba el abrigo.

—¿Sí?

—¿Dónde estaba usted la noche en que murió el señor Tybaum?

La pregunta me sacudió. Me sacudió porque, por el amor de Dios, en realidad yo estaba en Nueva York la noche en que mataron a Gerry. Fue apenas el domingo pasado, así que no podía alegar pérdida de memoria. *¡Piensa, maldita sea!*, me reocriminé.

La cosa se estaba poniendo fea. Decidí enfrentarlos de frente. Al fin y al cabo, no había hecho nada malo.

—Ahora que lo pienso, estaba en Nueva York tomando declaraciones en un caso de negligencia médica contra un fabricante de medicamentos.

—¿Estaba con alguien esa noche en su habitación del hotel?

La soga acababa de apretarse alrededor de mi cuello. Nueva York estaba demasiado cerca del lugar donde mataron a Gerry.

—Creo que esa noche alquilé una película de pago en mi habitación.

—¿Qué película?

—¿Honestamente? No puedo recordarlo. Estoy seguro de que el cargo en mi habitación lo diría, si quiere una aprobación o una desaprobación de mi parte.

—Vaya con el gracioso. Entonces ¿estaba usted en las cercanías la noche de la muerte de Gerry?

—¿Cómo sabe que fue de noche cuando murió?

—La policía del parque hace sus rondas al atardecer. No se vio ningún cuerpo en la Espejo de Agua del Monumento a Lincoln.

—Claro, eso tiene sentido. ¿Sabe qué? Creo que hemos terminado por hoy. No voy a responder más preguntas porque no me gustan las insinuaciones que está haciendo, agente Leders.

—¿Insinuaciones? Solo intento descartarlo de cualquier delito, señor Gresham. Sabemos que Tybaum vino a verlo poco después de llevarse doce millones de dólares; sabemos que usted estaba en la zona la noche en que lo mataron; sabemos que no tenemos pistas

sobre nadie que pudiera haber disparado. Es natural que el FBI lo considere una persona de interés.

Me puse de pie detrás de mi escritorio.

—Esta conversación ha terminado. Por favor, váyase.

—Señor Gresham, por favor no se vaya de la ciudad durante las próximas dos semanas. Y avíseme si lo hace.

—No tengo que informarle de nada, agente Leders. Iré y vendré como me dé la gana.

—Eso requerirá que tomemos ciertas medidas que no quería tomar.

—Haga lo que tenga que hacer —le dije—. Pero no me amenace ni intente atarme de manos. No funciona.

Finalmente, se apartó de mi escritorio.

—Adiós, señor Gresham —dijo por encima del hombro—. Nos vemos. Muy pronto.

No respondí. No hacía falta.

Me senté y junté las manos para detener el temblor. Acababa de implicarme —o casi implicarme— en el asesinato de un viejo conocido, a pesar de mis promesas de que no haría tal cosa.

Nunca es buena idea que un abogado se represente a sí mismo en un caso penal.

Especialmente cuando no sabe lo que está haciendo.

Capítulo Cinco

Mientras conducía de regreso a casa en Evanston esa tarde, pensaba en mi dilema. Mi lado de abogado quería proteger a los hijos de Gerry. Probablemente tenía algún deber legal de protegerlos. Pero mi lado personal quería protegerme a mí mismo diciéndole al FBI lo que quería saber, para que el agente Leders pudiera enfocar su atención en otra parte. Pero no podía hablar, aunque quería hacerlo. Como en todo lo legal, las necesidades del cliente iban antes que las mías. Y eso me llevó a un punto crítico en mi vida profesional: ya no disfrutaba ejercer la abogacía. Cuando Danny murió, mi deseo de ejercer murió con ella. Lo había repasado decenas de veces en mi mente y, hasta donde podía ver, creo que estaba sufriendo por el hecho de que Danny y yo habíamos comenzado la nueva etapa del bufete juntos y ahora ella ya no estaba. Últimamente, la oficina me deprimía. Su despacho estaba tal como lo dejó cuando murió. Ni siquiera podía soportar abrir la puerta y mirar adentro. ¿Ejercer la abogacía? Tal vez ya había terminado y recién estaba empezando a aceptarlo.

Conducía mi Mercedes siguiendo la costa del lago Míchigan. De vez en cuando, alcanzaba a ver el lago entre las enormes casas construidas a lo largo de la orilla. Eran magníficas y me recordaban lo que siempre reconocía al volver por esta carretera: nunca tendría

una casa así. Demasiado caras para mí. Simplemente no gano el dinero que se necesita para sacar una de esas del mercado. Claro, pensé, si tuviera doce millones de dólares, me quedaría con una en un segundo. O tal vez no. Tal vez preferiría vivir en Florida o en el sur de California, justo en la playa. Arena entre los dedos de los pies. Ese dinero podría comprarme mucha paz. Pero no era mi dinero.

¿O sí? Tal vez nadie sabría jamás que tenía acceso a ese dinero. Estaba seguro de que Gerry no les había contado a sus hijos sobre el dinero, aunque los dos mayores ya eran adultos y no vivían con él. No podía haberse dado el lujo de hacerlo. ¿Y no había escuchado que era viudo? No habría cónyuge a quien contarle. Así que tal vez yo era el único que lo sabía. Solo yo y los directivos del banco Avtovazbank, que daban vueltas en la cama por las noches pensando cómo evitar que el enorme depósito de Gerry saliera de su bóveda. Solo yo y los rusos.

Acababa de terminar un juicio en Rusia, así que esa frase, «yo y los rusos», me dejaba un sabor muy desagradable en la boca. Nunca más, había jurado. Nunca más pondría un pie dentro de la Federación Rusa. Pero ¿y doce millones? ¿Sería suficiente para tentarme a volver?

Claro que sí.

Tuve que parar a echar gasolina, así que encontré una estación. Diez minutos y cuarenta dólares después, estaba de nuevo en camino. Era un pequeño placer perverso pensar en el cargo que acababa de hacer con mi American Express. ¿Te imaginas cómo sería la vida si nunca más me importara cuánto gastaba? Eso es lo que el dinero de Gerry podría significar para mí. ¿Y si terminaba con solo la mitad? ¿Tal vez un reparto al cincuenta por ciento con sus hijos? ¿Sería tan malo eso?

Veinte minutos después, presioné el control del portón de mi casa y entré a mi cochera para tres autos. El Range Rover de Verona estaba estacionado adentro. Me estacioné junto a él y abrí la puerta de golpe.

¿Pero qué demonios? Los pensamientos que había tenido en el camino a casa eran aleatorios y no significaban nada. De ninguna

manera, en la vida real me quedaría con el dinero de un cliente. Simplemente no hago ese tipo de cosas.

Pero espera, me dije. ¿Y si el FBI presentaba cargos contra mí? ¿Y si realmente me acusaban formalmente? ¿Estaría bien en ese caso usar algo de ese dinero para defenderme? ¿Para contratar un abogado? Después de todo, era el dinero de Gerry el que podría ponerme en esa situación en primer lugar. ¿No debería él ser quien pagara por ese problema si alguna vez surgía? Ahora estaba caminando por una línea muy delgada entre lo correcto y lo incorrecto. Ahora estaba en esa zona gris en la que los abogados se revuelcan al menos una vez en su carrera. Ahora estaba en esa ambigüedad que podría hacer que me sentenciaran a años en una prisión federal por robar el dinero de un cliente. Guardé las llaves del auto en el bolsillo y subí las escaleras hasta la puerta que daba a mi lavandería y luego a la cocina. Era hora de dejar esos pensamientos atrás. Ese dinero no era mío y nunca habría una situación en la que tocaría un centavo de él.

Nunca. Ni siquiera si eso me llevaba a ser arrestado.

¿De verdad? Tal vez necesitaría consultar a mi propio abogado sobre eso. Tal vez ni siquiera debería ser yo quien tomara esa decisión, porque estaba demasiado involucrado.

Tal vez, tal vez, tal vez.

Entré a mi casa, odiándome a mí mismo y odiando la práctica del derecho. Sería bueno ver a mi pareja, Verona, y permitir que su dulce amor por mí me hiciera sentir completo otra vez. Que me hiciera ser más de lo que realmente era. Eso era algo que ni todo el dinero del mundo podía lograr. El amor sí podía.

—¿Verona? —llamé—. El desaparecido ya está en casa.

Era cierto; esta persona desaparecida pasaba muchas noches hasta la madrugada en su oficina de abogados, persiguiendo justicia para sus clientes. Los buenos resultados siempre son fruto de una buena investigación; no hay atajos en el derecho. Claro que siempre está el abogado de primer año que tropieza con un caso de cuadriplejía mientras redacta un testamento para una anciana, y su

nieto ahora está casado con una silla de ruedas por la negligencia de algún ferrocarril de quinientos mil millones de dólares. Ese abogado con suerte nunca fui yo. Yo he tenido que ganármelo.

No había señal de Verona. Volví a llamar.

—¿Michael? —respondió ella desde una habitación del fondo.

Me dirigí hacia su voz. Esta es la mujer que conocí en Rusia por asuntos legales. Se llama Verona Kristinova Sájarov, tiene cincuenta y un años, es viuda y en Moscú se mantenía dando clases en la Universidad Estatal de Moscú. No tiene hijos, pero sí cuatro hermanos y cuatro hermanas, todos viviendo en Moscú o sus alrededores. Cuando nos conocimos y nos enamoramos, sabíamos que todo terminaría cuando yo regresara a Estados Unidos desde Moscú. Pero no fue así: ella vino conmigo y hemos sido felices y estamos enamorados desde que llegamos a Estados Unidos.

La encontré en nuestro dormitorio, cambiando las colchas que había comprado por Amazon. Conocía su *modus operandi*: una de las colchas pasaría la prueba; las otras serían devueltas. Dejó su tarea, rodeó la cama, me tomó entre sus brazos y me sentó en la cama. Luego se sentó a mi lado.

—Cuéntame cómo fue tu día —dijo con una sonrisa.

—Vi a algunos clientes, comparecí en una moción para suprimir —que perdí— y luego me reuní con el FBI. Parece que tengo más de doce millones de dólares esperando mi firma en Moscú.

—¿Doce millones en Moscú? Pensé que ya habíamos terminado con Moscú.

—Y lo hemos hecho. No, esto no significa que tenga que ir a Moscú; este es un poder notarial que se puede ejecutar electrónicamente. No es gran cosa, excepto que el hombre que me dio el poder notarial fue asesinado después. Lo que significa que el poder notarial ya no es válido. Pero los rusos no tienen por qué saber que está muerto, ¿verdad?

Entrecerró los ojos al mirarme. Se acurrucó más cerca.

—Lo que los rusos no saben no les hará daño. Pero, ¿significa eso que tú también estás en peligro?

—En absoluto.

Lo cual no era cierto, no del todo, pero realmente no podía decir mucho más de lo que dije porque, siendo honesto, no sabía si la muerte de Gerry Tybaum me exponía a algún riesgo o no. Pero tenía que admitir que la idea se me cruzó por la cabeza después de la reunión con el agente del FBI. De hecho, se me cruzó más de una vez.

Retiró su brazo de mi espalda y cruzó los tobillos. Miró sus pies, negando con la cabeza.

—Maldición, maldición, maldición. Juré que una vez que saliéramos de Rusia no volveríamos a conocer la persecución. ¿Significa esto que estaba equivocada? Estoy tan preocupada por ti, Michael. ¿Y los niños? ¿Están seguros?

—¿Dónde están, por cierto?

—En la fiesta de cumpleaños de Tory Evanhope.

Los Evanhope eran nuestros vecinos de al lado. No tenía ninguna duda de que los niños estaban seguros allí, y lo dejé así. En algún momento, uno de los dos o ambos iríamos caminando a buscarlos.

—¿A qué hora termina? —pregunté.

—A las siete y media.

—¿Tiempo para una taza de café antes de que empiece toda la diversión cuando nuestra tribu azucarada cruce la puerta?

—Desde luego que sí.

—¿Y para algo más? —dije, esperando contra toda esperanza que tuviéramos tiempo para un momento íntimo.

—¿Qué, tiempo para algo más? ¿Qué es esto, un taller de mecánica rápida?

—En realidad no estaba pensando en hacerte un cambio de aceite. Algo más parecido a mantenimiento programado.

—Estás loco, Michael Gresham. Tal vez más tarde puedas hacerme el mantenimiento. Por ahora, tenemos veinte minutos hasta que recojamos a los niños. Vamos por café. Ven conmigo.

Esa noche tomamos café. Los niños llegaron a casa acelerados por el azúcar, como si fueran adictos a la metanfetamina, pero después de la tarea y la hora del cuento finalmente tuve un respiro de ellos. Amo a mis hijos —iría a la horca por ellos sin pensarlo—,

pero niños más harina blanca y azúcar son otro mundo completamente distinto.

Mucho más tarde esa noche hice el amor con Verona. Cuando terminamos, todos los pensamientos y reflexiones sobre huir con los fondos rusos de Gerry Tybaum se liberaron como el aire de un globo.

Era su dinero y seguiría siéndolo.

Me dormí pensando en casas frente al lago de diez millones de dólares y caminatas por la nieve rusa a medianoche. Incompatibles, pero de alguna manera, en lo más profundo, donde se guardan nuestros verdaderos secretos, había una conexión entre millones y Rusia.

Pero mientras dormía no podía sonreír. El dinero no era mío. Nunca lo había sido y, de hecho, ni siquiera lo quería. Annie Tybaum necesitaba ese dinero. Su padre había sido insistente.

Lo que tenía era suficiente, y así debía seguir.

Capítulo Seis

Al día siguiente, llamé a mi contacto en la Fiscalía de los Estados Unidos en Washington D. C. Se llamaba Antonia Xiang y nos habíamos conocido en Rusia. Yo había ido a Rusia para defender a su esposo, el hijo de mi compañero de cuarto en la facultad de derecho. Después de una larga y dura batalla judicial, lo salvé del pelotón de fusilamiento.

—¿Antonia? —le dije por teléfono—. Habla Michael Gresham.

Pasé el brazo por encima de mi escritorio, despejando un lugar para un bloc amarillo limpio, algo donde escribir, porque sabía que Antonia me ayudaría y no quería perderme nada. Como dije, cualquier cosa que pudiera hacer para ayudarme, lo haría.

—Dios mío, Michael, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que nos devolviste la vida? ¿Seis meses? ¿Nueve?

—Creo que unos seis, más o menos —dije.

—¿Y en qué puedo ayudarte? ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy en un pequeño aprieto, en realidad... o tal vez no. ¿Crees que podrías hacerme un espacio en el próximo día o dos, en algún lugar fuera de la oficina donde podamos hablar?

—Lo que sea, Michael —dijo ella—. Solo dime el día y la hora en que estarás aquí, y haré que suceda.

—Perfecto. Estoy pensando en mañana, a la una, en los bancos alrededor del Monumento a Washington.

—Me parece bien —dijo ella—. ¿Hay algo que deba saber antes de ir?

—Nada que quiera discutir por teléfono. Nos vemos mañana, Antonia. A la una, en el Monumento a Washington.

—No llegaré tarde —dije.

Colgamos y no volví a pensar en ello hasta el día siguiente, cuando salí de mi habitación en el Hyatt rumbo a la Explanada Nacional. Sería bueno verla de nuevo, era una abogada a la que había respetado desde el principio porque era muy sólida en lo legal y tenía un gran sentido común.

Antonia es la mujer que destaca entre la multitud. Primero, es alta y bastante atractiva, de una manera imponente. Sus ojos y su boca dicen que ya lo ha visto todo y que hoy no va a aguantar tonterías de nadie, muchas gracias. Pero también había un lado más suave, que yo había visto una o dos veces, sobre todo después del caso de Moscú, cuando pudo volver a abrazar a su esposo y sostenerle la mirada. Entonces era tierna y accesible y, en cierto modo, envidiaba a Rusty.

La encontré ya sentada en el largo banco curvo al pie del monumento, mirando hacia el obelisco. Me vio acercarme, de inmediato esbozó una sonrisa y se puso de pie. Nos abrazamos. Siempre habría un lazo invisible entre nosotros por todo lo que habíamos pasado en Moscú. Siempre.

—Antonia —dije—, gracias por venir. Especialmente en un día tan frío y ventoso como este.

—¿En serio? —preguntó ella—. ¿Quieres que crucemos hasta el Wee Tavern y salgamos del frío?

—No, estoy bien. De todos modos, esto no tomará mucho tiempo.

Nos sentamos en la banca helada y me estremecí. Justo cuando estábamos por empezar a hablar, noté a un hombre parado a unos quince metros, apuntándonos directamente con su cámara. He estado en suficientes situaciones como para saber que las cámaras policiales tienen micrófonos direccionales integrados, capaces de

captar y grabar conversaciones a grandes distancias. No sé por qué, pero tuve la sensación muy negativa de que ese hombre estaba haciendo precisamente eso: grabando en video y audio nuestra conversación. Además, me resultaba familiar, incluso desde esa distancia. Antonia empezó a decir algo, pero de pronto me puse de pie, le di la espalda al hombre de la cámara y le susurré a Antonia:

—No digas nada. Creo que nos están grabando. No mires detrás de mí. Mejor sigamos caminando.

Sin decir una palabra más, Antonia se levantó y empecé a guiarnos directamente en dirección opuesta al señor de la cámara. Caminamos unos cincuenta pasos cuando, de repente, giré sobre mis talones y miré hacia atrás. Efectivamente, ahí estaba, siguiéndonos de cerca, sosteniendo la cámara a la altura del pecho mientras avanzaba. Así que fui directamente hacia él y lo confronté, tomándolo por sorpresa y obligándolo a retroceder.

—¿En qué puedo ayudarlo? —dije—. Sé que nos está siguiendo y tratando de grabarnos.

En ese momento lo reconocí y exclamé:

—¿Pero qué demonios, Leders?

El agente Leders no era un hombre pequeño. Tenía una complexión sólida debajo de su traje de rayas de Brooks Brothers y unos nudillos como de simio. Así que mantuve la distancia. Pero estábamos frente a frente, con mi pregunta flotando en el aire entre nosotros.

—¿Qué? —repetí.

—No sé de qué me está hablando —dijo, colocando la tapa del lente en su cámara—. Estoy tomando fotos de este monumento increíble para enviárselas a mi esposa allá en casa. Ella nunca ha visto esto antes y he tratado de describírselo...

No la vi, pero Antonia se había unido a nosotros.

—Espera, Antonia —estallé de repente—, ¡este es el agente Leders! El mismo agente del FBI que vino a mi oficina e intentó intimidarme. ¿Está buscando que le demandemos por invadir nuestra privacidad, amigo?

Él levantó una mano y sonrió.

—Estoy en D.C. por trabajo, señor Gresham. Como dije, estaba tomando fotos del monumento...

—¡Ni hablar! —grité y perdí el control, avanzando hasta quedar cara a cara con el agente del FBI—. Ahora escúchame bien. Desaparezca de mi vista o antes de las dos de la tarde estaré en un tribunal federal solicitando una orden de alejamiento contra usted. Y también llamaré a su jefe para exigir que lo despidan. No le conviene buscarme las cosquillas, Leders. ¡Así que déjelo ya!

El agente en realidad dio un paso más hacia atrás. Yo apenas podía controlarme y el agente sabía que lo mejor era no provocarme más. Antonia entonces metió la mano dentro de su abrigo y sacó la identificación con foto que se les entrega a todos los fiscales federales adjuntos. Se la mostró en la cara al agente. Él estudió su foto y luego la miró.

—¿Es usted fiscal federal? —le dijo a Antonia.

—Lo soy. Y este hombre al que está siguiendo e intentando espiar es amigo de la fiscalía. Es un buen hombre y responderé por él donde sea. ¿Cuál es su problema entonces?

—Ningún problema. Solo tomaba fotos para mi esposa, señora Xiang.

Los tres sabíamos que estaba mintiendo. Pero ¿qué sentido tenía insistir? Aun así, sabía que esto no había terminado. Me iban a perseguir y acosar hasta que estos tipos se llevaran el dinero de Gerry.

—Vamos, Antonia —le dije a mi amiga la fiscal, tomándola del codo y caminando con ella hacia atrás, alejándonos del agente—. Vámonos a algún lugar a hablar.

Antonia gritó detrás de mí:

—Agente Leders, no nos siga adonde vamos o estaré en el tribunal con Michael a las dos, ayudando a conseguir esa orden. Y como fiscal federal le prometo que no terminará ahí. Ahora siga su camino, señor, aquí no hay nada que ver.

Sin decir una palabra más, Leders se dio la vuelta y se alejó, dejándonos atrás.

Antonia y yo entonces fuimos a la Taberna Wee, donde entramos, nos quitamos los abrigos y nos dirigimos a la mesa del

fondo.

Era hora de averiguar qué sabían los federales sobre la muerte de Gerry.

Capítulo Siete

La camarera tomó nuestra orden de bebidas y nos dejó solos. Mientras preparaba nuestros cafés, esperamos observando los adornos en las paredes. Evidentemente, los dueños se imaginaban el pub como algo irlandés y a ellos mismos como curadores de fotos antiguas y objetos aleatorios irlandeses. Como sea, evitábamos el contacto visual hasta que fuera hora de hablar. Ella nos sirvió y nos dejó solos. Arreglamos nuestros cafés y levantamos la vista.

—Bien, Michael, vamos a escuchar qué está pasando entre tú y el FBI.

Asentí y procedí a contarle, en tono sombrío, lo que había sucedido hasta ese momento. No hacía falta que le pidiera discreción; como amigos, ya habíamos superado esa etapa hacía mucho. Lo que teníamos iba mucho más allá de los trabajos que desempeñábamos o los cargos que representábamos. Así que estaba libre de hablar y hablé sin reservas.

Concluí mi relato del caso con varios comentarios soeces sobre el agente del FBI que acabábamos de encontrar, y luego me recosté. Era su turno.

—Entonces, este dinero... —comenzó ella—. Me parece que lo primero que hay que hacer es conseguir un estado de cuenta completo del banco. Me refiero al historial completo de la cuenta,

para que puedas ver cuándo se hicieron todos los depósitos. Tal vez el dinero que Gerry Tybaum tenía en Rusia era dinero que le pertenecía legítimamente. En ese caso, habría que mantener al FBI alejado a toda costa. Ese dinero sería de sus hijos, y habría que ahuyentar al FBI. Les debes eso a los niños. Por otro lado, si el depósito es una suma única y coincide en el tiempo con los fondos tomados del PAC, entonces podrías ser simplemente un testigo de un asunto criminal. No eres su abogado y no hay secreto profesional que valga. Un poder legal no equivale necesariamente a un abogado, y no existe confidencialidad entre tú y Gerry. Así que sí, podrían obligarte a testificar ante un gran jurado o arriesgarte a ir a la cárcel. Lo cual no valdría la pena, legalmente hablando. Pero tal vez, moralmente, sentirías la necesidad de proteger a sus hijos y entonces, moralmente, te negarías a hablar. Eso sería un asunto completamente distinto, y sería entre tú y tu sacerdote. Ya no sería un asunto legal.

Asentí hacia ella, sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza ladeada, sin perderme ni una palabra de lo que decía.

—Gran análisis, Antonia —le dije—. Sabía que podía contar contigo. Pero hay otra razón por la que vine, además de tu análisis. Me pregunto si podrías echar un vistazo y tratar de averiguar en qué punto están el FBI y el fiscal con el caso de Gerry. A Gerry lo balearon en D.C., así que tu oficina se encargaría de cualquier acusación que surgiera de eso.

—Realmente no puedo hacer eso, Michael. Me metería en un gran lío si alguna vez saliera a la luz que estoy usando mi cargo para ayudarte a espiar una investigación federal. Eso sería claramente obstrucción a la justicia.

—Sí, y para ser sincero, ya lo había pensado. Así que si crees que es algo que no puedes hacer, entiendo tu posición. Y jamás haría nada que te pusiera en peligro, Antonia. Espero que lo sepas.

—Lo sé —dijo ella—. Pero ¿por qué no intentamos esto? —Se inclinó y bajó la voz—. ¿Por qué no reviso las listas de casos pendientes de mi oficina? Revisar asuntos pendientes es algo que todos los fiscales hacemos tal vez decenas de veces al día. Al menos

yo lo hago. Esa es una de las formas en que me entero de nuevos casos asignados a mi oficina. Así que al menos podría hacer eso y luego podríamos hablarlo. También hay otra cosa que me pregunto. ¿Qué edad tienen los hijos de Gerry Tybaum? ¿Estamos hablando de niños pequeños que podrían necesitar un tutor? ¿O ya son adultos y pueden hablar por sí mismos? Si son adultos, te sugeriría que hables con ellos y veas qué saben sobre el dinero. Tal vez su padre les habló en algún momento antes de que lo asesinaran.

—Ese es mi plan: contactarlos mientras estoy aquí. La chica y el chico mayores probablemente tengan unos quince años más que la niña más pequeña.

—¿Alguno de ellos tiene alguna conexión con Rusia?

—No que yo haya encontrado. Tampoco están trabajando para ninguna agencia federal rusa, según lo que pude averiguar. Aunque esta información podría ser incorrecta, ya que todo lo encontré en internet.

Mientras hablábamos, yo mantenía un ojo en la puerta. Una mujer sola había entrado y se había sentado no muy lejos de nosotros. Pero estaba ocupada con su tableta, sus gafas de lectura apoyadas en la nariz, y no le di importancia. En cuanto al FBI, el agente Leders parecía haber reconsiderado seguirnos y grabarnos, y había desaparecido. Es curioso cómo mostrar la identificación de fiscal federal de Antonia a los agentes federales puede captar de inmediato toda su atención. Al diablo, por lo que él sabe, yo estoy trabajando en una acusación federal, y él es quien podría estar obstruyendo la justicia.

—Déjame preguntarte algo —dijo ella, lista para cambiar de tema

—. ¿Alguna vez has pensado en ejercer la abogacía en Washington? Negué con la cabeza.

—La verdad es que no. ¿Por qué?

Se inclinó hacia mí.

—Tengo la autoridad para contratar a cuatro nuevos abogados para un equipo de Procesamientos Especiales.

—¿En la Oficina del Fiscal Federal?

—Sí. Trabajarías como fiscal federal auxiliar. Con tu experiencia y antecedentes, puedo ascenderte y ofrecerte un excelente salario y

autonomía en los casos. ¿Te interesa?

Pensé en mi despacho de abogados en Chicago. Pensé en Verona y en mis hijos. A los niños les iba bien en la escuela y quería que terminaran el año escolar en Evanston. Mi bufete consistía en cuatro abogados que prácticamente manejaban todos los casos que teníamos. No había razón para no venderles mi parte. La idea de algo nuevo —de empezar de nuevo como un joven ambicioso— me golpeó de frente. Fuerte. Además, estaba el agujero doloroso en mi corazón que dejó la muerte de Danny. No podía sacarla de mi mente, pero sabía que el despacho que habíamos llevado juntos ya no era un lugar sano para mí. Ella había dejado demasiadas huellas en ese lugar, y necesitaba dejar de verlas a diario. Además, oportunidades como la que Antonia me había presentado solo se dan una vez en la vida —con suerte. Tomé mi decisión en el acto.

—Cuenta conmigo —le dije—. ¿Cuándo empiezo?

—¿Cuánto tardas en encontrar un lugar para vivir y hacer la maleta?

—Necesito dos semanas. Tengo asuntos del bufete que cerrar.

—¿Qué harías?

—Vender todo. Desde que perdí a Danny, perdí todo interés en la práctica en Chicago. Era de los dos, ¿sabes? Con ella fuera, hay un enorme vacío en el que caigo cada vez que entro a la oficina. Dios, extraño a Danny. Un cambio me vendría muy bien en este momento.

—Te esperamos a partir del primero del mes que viene. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece bien.

—Entonces, dame un abrazo. Soy tu nueva jefa.

—Y yo soy un hombre afortunado por tener la oportunidad de trabajar para ti. Gracias.

—Ahora, ¿qué pasa con el dinero de Gerry Tybaum? ¿Puedes cerrar eso de inmediato?

—Voy a contactar a los hijos de los Tybaum esta tarde y ver cómo funciona. Esa podría ser otra razón para estar en D.C. al menos a tiempo parcial.

—¿Sabes quiénes son?

—No.

—Todo está en mi archivo en la oficina. Déjame enviarte por correo electrónico sus nombres y direcciones.

—Excelente, Antonia. Haré todo lo posible por terminar el favor que le estaba haciendo a Gerry.

—Genial. Necesito que cierres ese caso para que no parezca que hay un conflicto entre su reclamo sobre el dinero de él y el trabajo que harás en el caso para el gobierno.

—¿Qué? ¿Voy a trabajar en el caso de Gerry Tybaum?

—Ese es el plan, Michael. Tú eres quien más sabe al respecto, ¿por qué no?

Sí, ¿por qué no?, pensé. Me encantaría atrapar a quien haya matado al hombre que confió en mí para manejar la herencia de sus hijos.

Eso lo decidió por mí. Eso, y pensar en los niños Tybaum ahora sin su padre.

—Por supuesto. Estoy dentro al cien por cien.

Capítulo Ocho

Eran poco después de las dos cuando nos abrazamos para despedirnos en el monumento. Me enviaría un mensaje de texto con la dirección de los niños.

Veinte minutos después, mi teléfono vibró con un nuevo mensaje de texto. Ahora tenía la información y la dirección de los chicos. Esperaba ver qué perspectiva podrían darme sobre el dinero ruso.

Llamé al número registrado de Jarrod Tybaum en Virginia. Jarrod se mostró distante porque no me conocía en absoluto, pero después de unos minutos de conversación confirmó su dirección. Tomé un taxi y me puse en camino. Crystal City estaba justo al sur por la autopista 1 y el tráfico era ligero, así que llegamos rápido. La tarifa del taxi fue exorbitante, pero mejor que alquilar un auto y seguir un GPS. Al menos así podía relajarme con mi conexión de banda ancha y mi portátil para revisar correos y mensajes. También aproveché unos minutos para llamar a Martin Tinsley, el segundo abogado en mi bufete y también socio gerente. Le di la noticia de que iba a vender mi parte. Al principio se resistió y me dio todas las razones por las que no podía dejar el bufete de abogados en Chicago que había fundado, pero finalmente escuchó la determinación en mi voz, mis palabras lo envolvieron y finalmente cedió. Dijo que lo hablaría con los demás y me respondería. Luego colgamos.

Llegamos a la dirección de Jarrod y le pedí al taxista que esperara mientras cumplía mi cita. Me dijo que tendría que dejar el taxímetro corriendo y le respondí que me habían pasado cosas peores en la vida. Sonrió y bajé del auto.

Desde el porche delantero se oía el timbre de la puerta, esos mismos tonos que todos conocemos tan bien. Minutos después, la puerta se abrió.

Allí estaba Jarrod Tybaum, en silla de ruedas, con el rostro contorsionado en la mejor sonrisa que podía ofrecer. Revisó mi identificación y luego me hizo una seña para que entrara.

Entonces el tono se volvió amistoso.

—Gracias por venir —dijo por encima del hombro mientras se deslizaba hacia la sala de estar conmigo justo detrás—. Vienes por lo de mi papá. Cualquier cosa que mi hermana y yo podamos averiguar sobre él será genial.

Para mi sorpresa, Jarrod había llamado a su hermana y ella ya estaba esperándome en la sala. Era una mujer alta, con un vestido rojo y tacones bajos, un hermoso pañuelo alrededor del cuello y un broche de escarabajo sobre el corazón. Llevaba el pelo castaño y corto, y calculé que tendría unos veinticinco años. A Jarrod también le habría echado veinticinco. ¿Gemelos? Muy posible.

—Soy Mona —dijo solemnemente y con un punto de recelo, como suele pasar cuando la gente me conoce por primera vez, con mi rostro lleno de cicatrices y todo.

—Y yo soy Michael Gresham.

—Ella es Annie, nuestra hermana pequeña —dijo Mona, acercándose a una niña de unos doce años que estaba sentada en el suelo concentrada en su portátil—. Annie es nuestra niña especial. ¿Verdad que sí, Annie?

Annie no dio ninguna señal de haber escuchado nada de lo que se dijo. Tenía las piernas cruzadas mientras se inclinaba hacia adelante, chasqueando los dedos sobre el teclado. Luego levantó la vista hacia mí y nuestras miradas se cruzaron por un instante. Compartimos un sentimiento. Pude percibir la pérdida de su padre y lo triste que estaba: era el mismo sentimiento que yo tenía por la pérdida de Danny, mi esposa. No sabía cómo, pero de alguna

manera esos sentimientos entre nosotros se conectaron y me atrajeron hacia ella. Sin siquiera pensar en lo que sentía, supe que haría todo lo que estuviera en mi poder para ayudarla. Siempre me pasa con los niños; soy un caso perdido cuando se trata de un niño necesitado. Si a eso le sumamos la sensación de pérdida que proyectaba en silencio, estaba atrapado. Al mismo tiempo que sentía esa extraña calidez hacia Annie, me invadía el deseo de encontrar y ejecutar al asesino de su padre.

Jarrood maniobró su silla de ruedas y se acomodó junto al sillón orejero de su hermana gemela. Me senté frente a ellos y puse mi portátil en la silla, a mi lado. Lo había traído porque no sabía exactamente qué esperar, pero tenía un PDF del poder notarial en el archivo de Gerry y planeaba mostrárselo a los chicos. Y eso fue lo primero que hice.

—La razón por la que estoy aquí es que su papá vino a verme apenas dos días antes de que lo mataran. Firmó un poder notarial nombrándome como su apoderado. Así es como se ve —dije, sosteniendo el portátil hacia ellos, y Mona se inclinó hacia adelante, tomándolo de mis manos. Se recostó y lo sostuvo para que Jarrood también pudiera verlo.

—De acuerdo —dijo Jarrood—. Eres el apoderado de papá. ¿Por qué necesitaba uno?

No negué que ya no era el apoderado, dado que Gerry estaba muerto. ¿Por qué no? Porque quería llevar esto hasta el final, ver si los rusos soltarían el dinero.

—Bueno, déjame responder a tu pregunta con otra. ¿Alguna vez su padre les habló a alguno de ustedes sobre una cuenta bancaria en las Islas Caimán?

Los dos hijos mayores se miraron.

—No —dijeron al unísono.

—Pues hay una cuenta bancaria allí, y Gerry quería que ustedes tuvieran el dinero que contiene. Por eso me nombró su apoderado, para que yo les hiciera llegar ese dinero.

Jarrood se mordió el labio inferior e intercambió una mirada con su hermana, que puso los ojos en blanco.

—¿Qué? —dije—. ¿Pasa algo?

—Papá nunca nos dio nada. Tenemos entendido que incluso su testamento nos excluye. Todo es para Annie, lo cual apoyamos completamente.

—¿Le dejó algo a tu madre?

—Lo habría hecho, pero mamá murió hace varios años. No, su testamento le deja todo a Annie.

—¿Te refieres también a esta casa?

—No, no la casa. Todos éramos copropietarios con derecho de supervivencia —dijo Jarrod—. Eso fue porque tengo parálisis cerebral y papá quería que tuviera un lugar donde vivir.

—¿Parálisis cerebral?

—Sí.

—Lo siento. Tal vez lo sabía y se me olvidó.

—¿Entonces pensaste que la silla de ruedas era por diversión?

Su voz se elevó un poco. Me eché hacia atrás y dije, casi con timidez:

—No, y no quise insinuar nada. Dije que lamento tu situación y lo dije en serio.

Se calmó y se recostó hacia atrás.

—Está bien, está bien. Todos estamos muy tensos. Así que cuéntanos lo de Moscú. ¿Cuánto dinero y cuándo lo recibimos?

—Déjame empezar por la última parte. Lo recibirán tan pronto como le dé instrucciones al banco sobre a dónde transferir los fondos. Así que voy a pedirles una cuenta bancaria a la que quieran que se transfiera. Necesitaré el nombre o los nombres en la cuenta, el número de ruta, el número de cuenta y el número de transferencia. ¿Pueden darme eso?

—Claro —dijo Mona—. Solo espera aquí, Jarrod, voy a buscar tu chequera y le doy los números.

—Cajón superior derecho del escritorio —le gritó él mientras se iba.

—Recibido —respondió ella.

Jarrod y yo nos quedamos mirándonos. Fue incómodo para mí, principalmente porque hacía apenas unos momentos pensé que podría golpearme. Annie seguía con su construcción en el suelo. De

vez en cuando se detenía y se rascaba distraídamente una roncha roja en la pierna.

Mona pronto regresó y le entregó una chequera a su hermano.

—Bien, aquí están los nombres y los números.

Tenía mi portátil abierto y estaba listo. Él recitó la información que necesitaba y cerró su chequera.

—¿Anotaste todo eso?

—Sí —dije—. Gracias.

—Entonces, volviendo a mi pregunta original, ¿cuánto vamos a recibir?

—Doce millones. Cuatro millones para cada uno.

Silencio. La cara de Jarrod se contrajo. Mona examinaba sus manos; ninguno de los dos me miraba.

—¿En qué están pensando? —pregunté.

—Es solo que debe haber un error. Papá nunca ganó más de cien mil al año en su vida. Vivía para su PAC y cobraba el salario mínimo. Hay leyes federales sobre eso, ¿sabes? Él quería cumplirlas. Siempre temía hacer algo mal, así que contrató un bufete para mantenerlo en regla. Seguro les pagaba más cada año de lo que se pagaba a sí mismo. Así era él —dijo Mona.

—Estoy de acuerdo —dijo Jarrod—. Necesitaba algo en qué volcarse después de que mamá murió. Su PAC lo era todo para él y jamás habría hecho nada que lo perjudicara.

Aquello me dejó pensando. Por un lado, Gerry dijo que el dinero simplemente apareció en una cuenta en las Caimán. Pero ¿y si esa no era la verdadera historia? ¿Y si lo había malversado? Pero eso no era propio de Gerry. Él no hacía ese tipo de cosas. Si el dinero venía del PAC, habría sido totalmente impropio de él. Me pregunté si habría sobrevivido a cargos penales por malversación si hubiera vivido. ¿Habrían siquiera presentado un caso contra él? Sería un caso difícil; malversar fondos de un PAC iría en contra de todo lo que Gerry valoraba. Todo dependería de la evidencia bancaria forense, de la cual yo no sabía nada. Todavía.

Mona se me adelantó a la pregunta que yo mismo me estaba haciendo.

—¿De dónde salió el dinero, señor Gresham?

—No tengo la menor idea. Conocí a tu papá en la facultad de derecho, éramos compañeros. Pero, para ser honesto, no habíamos tenido contacto desde la graduación. De hecho, ni siquiera sabía dónde se había establecido Gerry para trabajar. Cada uno tomó su rumbo. Yo vivo a mil quinientos kilómetros de aquí.

—¿Por qué buscaría un apoderado fuera de D. C.? —preguntó Jarrod.

—¿Por qué no elegiría a alguien más cercano? —coincidió Mona.

—Otra vez no lo sé. Lo único que sé es que dijo que confiaba en mí, pero eso es todo.

—Un momento —dijo Jarrod lentamente—. ¿Estoy empezando a entender algo aquí? ¿Cuánto planea ganar usted con este trato, señor Gresham? ¿Cuál es su parte de nuestro dinero?

—Ni un centavo. No me ofreció pagarme y yo no lo pedí.

—Perdón por la pregunta estúpida —soltó Jarrod de repente—. Pensé que se trataba de otra cosa.

—No pasa nada —dijo—. Yo también desconfiaría de un abogado que no conozco. Es una suma enorme de dinero y, en manos de los representantes equivocados, sería una gran tentación.

—Pero ese no es su caso —dijo Jarrod, negando con la cabeza—. Usted fue compañero de clase de papá y él confiaba en usted.

—Eso es, en esencia, todo el asunto. Bien, hagámoslo así: mañana regreso a Chicago. Cuando llegue a mi oficina, daré instrucciones al banco para que haga la transferencia a la cuenta de Jarrod. Entonces mi parte habrá terminado. ¿Les parece justo?

—Sí —dijo Jarrod.

Mona me observó.

—No has respondido. ¿De dónde crees que vino el dinero, Michael?

—Para ser sincero, el FBI ya ha estado en mi oficina haciéndome la misma pregunta. Su versión es que al PAC de tu padre le malversaron la misma cantidad de dinero justo antes de que apareciera el de ustedes en Moscú. ¿Hay una conexión? Por supuesto. Pero ¿es todo legal? Muy bien podría serlo, no lo sé. No se sorprendan si el FBI empieza a husmear. Yo simplemente les diría

que no tienen idea del origen del regalo de su padre. También podrían considerar tener a un abogado presente.

—¿Podrías ser tú ese abogado?

La conversación previa que había tenido con Antonia sobre unirme al equipo del Fiscal Federal era un obstáculo definitivo para tener algo más que ver con el dinero una vez que jurara el cargo. Tendría que rechazarlo.

—No, pero podría ser un socio de confianza de mi bufete.

—Claro —dijo Jarrod—. Me caes bien y creo que confío en ti. Estoy seguro de que también confiaré en tu socio.

—¡Jarrod! —le espetó Mona—. Ahórrate eso. Es de mala educación decirle a alguien que «crees» que confías en él. Michael, Jarrod dice cosas que quizás los demás solo pensaríamos. Creo que es por su parálisis cerebral. Lo siento.

—No hay problema —dije—. Agradezco saber dónde estoy parado con personas que podrían convertirse en clientes de mi bufete. Por cierto, dejaré ese bufete. Pero todos mis socios comparten mi perspectiva: los clientes son lo primero. Estarían en buenas manos con ellos.

Vi cómo una expresión triste se apoderaba del rostro de Jarrod.

—Lamento si herí sus sentimientos, señor Gresham. Perdóneme, por favor. Confío en usted. O sea, estoy empezando a hacerlo.

—Me alegra oír eso. Bien, creo que hemos terminado aquí, al menos por ahora. Por cierto, el socio de mi bufete que se pondrá en contacto con ustedes para tomar el relevo es Martin Tinsley. Martin es un tipo íntegro y el mejor abogado en una sala de audiencias que he tenido el placer de ver. No podrían estar en mejores manos.

Nos dimos la mano todos y nos despedimos. Luego me agaché hacia Annie.

—Adiós, Annie. Buena suerte con ese ordenador.

Ella me miró y frunció la nariz. Luego negó con la cabeza y volvió a inclinarse sobre su trabajo. Eso fue todo.

Jarrod me llevó al comedor, donde nos sentamos en una larga mesa de roble. Allí me habló sobre Annie.

—Ha visto todo tipo de médicos. Nadie nos dice qué le pasa realmente. Annie tiene habilidades verbales muy limitadas, con islas

de genialidad. En su caso, es una capacidad superior para sistematizar. Navega por internet todo el día y recuerda cada cosa que ve. Todos sus detalles.

—¿Entonces es autista?

—Ningún doctor lo ha dicho. Todos dicen que tiene muy poca capacidad verbal, así que rara vez hablamos. Pero cuando habla con nosotros, nos deja asombrados con todos los detalles que sabe sobre todo lo que ha visto.

Mona entró.

—Annie tiene una obsesión con memorizar información trivial y oscura. Si alguna vez te habla, te garantizo que te sorprenderá lo que sabe. Usualmente sobre ti. Pero rara vez le habla a alguien.

Yo ya me iba cuando Annie entró en la habitación y me clavó la mirada. Entonces la oí decir:

—Eres de Chicago.

—Soy de Chicago. ¿Cómo lo sabes?

—Llevas un traje de Balani.

—Sí, así es.

—Lleva ojales rojos. Es una característica distintiva de sus trajes de Chicago.

—Es increíble que sepas eso —le dije.

A mi lado estaba Mona, con el rostro petrificado por la sorpresa. Negaba con la cabeza, incrédula de que la niña estuviera hablando.

—Sé más cosas también.

—¿Como qué?

—Sé que tu esposa murió.

Sentí un leve desfallecimiento en las rodillas. Danny había muerto; la habían asesinado. Reprimí el impulso de volverme hacia Mona y decirle algo sobre su extraordinaria hermana. En cambio, pregunté:

—¿Cómo sabes que mi esposa murió?

—Tu dedo anular tiene un círculo blanco alrededor. Te quitaste el anillo de bodas. Nunca te divorciaste porque no has perdido el brillo en los ojos que tienen las personas felizmente casadas.

No insistí. En cambio, me volví hacia Mona y articulé sin sonido: «¡Increíble!»

Mona solo asintió, aún en estado de shock de que su hermana de doce años realmente estuviera hablando con alguien.

—¿Qué más sabes sobre mí? —le pregunté.

—Te graduaste en Derecho en Georgetown. Lo sé porque conocías a mi padre; de lo contrario, no estarías aquí. Y mi padre fue a Georgetown. Supongo que fueron compañeros de clase. ¿Me equivoco?

—Has dado en el clavo —dije. La chica no reaccionó.

Annie se dio la vuelta y salió de la habitación.

Mona me tomó del hombro y me condujo hasta la puerta principal. Abrió la puerta y salí al porche. Volvía a nevar y hacía mucho frío. Me puse rápidamente el abrigo y me giré para marcharme.

—Espera —dijo Mona.

Me di la vuelta.

—Todavía estoy impactado —dije—. Annie es increíble.

—Annie es una *savant*, Michael.

—¿Cómo lo sabes con certeza?

—Un día levantó la vista y me recitó las razas de gatos domésticos: abisinio, balinés, cartujo, devon rex, exótico, habana brown... La lista era interminable. Le pedimos que lo repitiera para Jarrod cuando se levantó. La misma lista que me había dicho a mí.

—¿Entonces recuerda lo que lee en internet?

—Recuerda cada detalle de todo lo que lee en internet. Navega por cientos de páginas de diferentes sitios todos los días. Y memoriza todo lo que hay en cada página. Es su don. Puede decirte las razas de gatos. Pero si le preguntas, no puede deletrear «gato». Eso no forma parte de su don. Tampoco podría decirte cuántas razas de gatos hay. Así fue como supo lo de tu traje y tu anillo de bodas. Es una perfiladora, Michael.

—Guau. Es increíble.

—Annie es increíble.

Finalmente me di la vuelta para irme.

—No te pierdas —me gritó Mona.

Prometí volver y ver cómo estaban. Y lo decía en serio, especialmente por Annie. Me había cautivado como ningún otro

niño, ni siquiera los míos.

Pero el encuentro me dejó intranquilo en cuanto crucé la puerta de entrada. Toda la reunión me había dejado inquieto, lo cual cualquier abogado entendería, dado que los fondos cada vez más parecían el producto de una simple malversación. Quería distancia entre mí y los problemas que ese dinero iba a generar. En el fondo, estaba a punto de convertirme en fiscal. No tenía nada que hacer husmeando en un posible caso de malversación. Necesitaba hacer otros arreglos.

El taxi se consumió un billete de cien dólares para cuando regresé al Hyatt Regency en Capitol Hill.

Tal vez me reembolsarían o tal vez simplemente lo asumiría junto con el pasaje de avión, el hotel y las comidas.

Esos planes aún estaban por hacerse.

Capítulo Nueve

Dos días después, Paul Wexler llamó a Nivea Young para darle nuevas instrucciones. Ella entró sin sonreír a la oficina de Wexler en GULP, pues creía saber lo que él quería ahora.

Wexler levantó la vista de un montón de papeles sobre su escritorio. Sus espesas cejas blancas se fruncieron con desconcierto, aunque se alegró de ver a su empleada.

—Recibí tu informe. ¿Seguiste a Antonia Xiang hasta la reunión con Michael Gresham? ¿Qué sabemos?

—Se reunió con el hombre. Mismo nombre que me diste: Michael Gresham. Misma oficina en la que entré antes. Abogado defensor en Chicago, alrededor de los cincuenta y cinco; viudo, con dos hijos demasiado pequeños para un hombre de su edad; SEP-IRA con valor de 2,2 millones en Fidelity, en un fondo mutuo compuesto por tecnologías médicas emergentes; varios socios legales y una docena de empleados de apoyo. Además, está el investigador, se llama Marcel Rainford, trabajó con Interpol y New Scotland Yard. Ahora opera desde Londres. No se sabe por qué. —Arrojó un expediente delgado sobre su escritorio y dio un paso atrás—. Todo está ahí.

—¿Para qué fue a verlo ella?

—Se encontraron en el monumento, pero el FBI estaba allí intentando grabar y fotografiar su reunión.

—¿De qué hablaron?

—No se sabe. También lo seguí un rato. No hizo ninguna llamada después de que aterrizó su vuelo en Reagan. Solo subió a un taxi y fue directamente a su reunión en el Monumento a Washington. Lo seguí. Fueron abordados por un colaborador conocido del FBI y trasladaron su conversación a una taberna pública cercana. Lo seguí y me acerqué lo suficiente para escuchar. Reservó un vuelo de regreso a Chicago y luego fue a ver a los hijos de Tybaum. Allí no hubo oportunidad.

—¿De qué hablaron?

—Ella quería que Gresham trabajara para el fiscal federal aquí en Washington.

—¿Quién es ese tipo? ¿Por qué el fiscal federal?

Young se encogió de hombros.

—No es nadie. Quizá en Chicago tenga cierto prestigio entre los abogados criminalistas que lo conocen. Se sabe que ha ganado algunos casos. Pero no es un pez gordo. Lo seguí hasta su hotel y tomé la habitación contigua a la suya. Le pagué cien dólares al recepcionista para que extendiera su línea telefónica a la mía. Eso me permitió escuchar sus conversaciones. Por lo que pude entender de solo dos llamadas, sabe demasiado sobre la cuenta rusa. Necesitamos quitarlo del camino antes de que intente quedarse con el dinero usando el poder notarial.

—Que es exactamente por lo que te he vuelto a llamar.

—¿Eliminarlo?

Wexler se recostó en su silla, pensativo.

—Sí. Encárgate.

—Hecho.

Entonces Wexler sonrió. Ella le sonrió. Se echaron a reír en voz baja.

—Es increíble lo que haces —susurró Wexler a su agente de campo—. ¿Y dónde está Gresham ahora?

—En su hotel. Aún no ha traído a su familia de Chicago, así que está viviendo con lo puesto aquí en Washington.

—¿Qué plan recomiendas?

—Incriminarlo por el asesinato de Tybaum —dijo ella.

—¿Usando el dinero de Tybaum como móvil?

—Por supuesto. Tiene el poder notarial. Encaja perfectamente con esa teoría.

—Hoy está usted en plena forma —dijo Wexler con un tono de aprecio en la voz.

—¿Dónde está el arma? ¿Se la has vuelto a quitar a Rudy Geneseo? —preguntó ella.

Wexler sonrió.

—Estuvo encantado de entregármela. La dejaré en tu taquilla antes de que termine el día.

—Está bien.

—¿Cuándo entrarás en su habitación?

—Esta noche, cuando baje a cenar.

—¿Cómo puedes estar segura de que bajará a cenar? ¿Y si pide servicio de habitaciones?

Ella sonrió.

—¿Te quedarías en tu habitación si Jimmy's Steakhouse te regalara un *porterhouse* de seiscientos gramos?

—Lo dudo mucho. Así que adelante, querida amiga.

—Dalo por hecho.

Cuando terminó con Wexler, Young regresó a su habitación en el hotel. Luego hackeó el sistema informático del hotel Hyatt y accedió al registro de Michael Gresham. Retrocedió la fecha de registro para incluir la víspera de Navidad, la noche del asesinato de Tybaum. De hecho, lo reconsideró y lo hizo registrarse dos días antes de eso. Al fin y al cabo, era mejor que pareciera que llevaba un tiempo en la ciudad para cumplir su misión. Hizo los mismos cambios en la tarjeta American Express que él había usado para pagar la habitación. Ahora todo estaba bien ordenado: el abogado estaba registrado y la tarjeta había sido pasada el mismo día, el 22 de diciembre. Incluso US Airways cooperó con la farsa, sin saberlo, por supuesto; ella simplemente hackeó también su sistema. ¿Cómo iban a notar la diferencia entre un pasajero que no estuvo allí y un sistema informático que decía que sí? Igual que el hotel y la tarjeta de crédito, no podían. Ninguno de ellos podía. En cuanto al control de seguridad de la TSA, eso era un organismo gubernamental. Su

cooperación fue barata, sencilla y eficaz. Todas las pruebas contradecirían las protestas que seguramente él haría cuando lo arrestaran.

A las 18.15, accedió a su taquilla en el Langley Athletic Club. Como se había acordado, la bolsa de gimnasio de Wexler la esperaba dentro del casillero. Recuperó la bolsa y salió del club a las 18.19. Se instaló en el vestíbulo del hotel Hyatt, a plena vista de los ascensores, y comenzó su vigilancia del cliente de Jimmy's Steakhouse que sabía que aparecería en la próxima hora o en dos.

Efectivamente, a las 19.22 el ascensor se abrió con un zumbido y el abogado salió y pasó a su lado sin detenerse, rumbo al restaurante. Young vio cómo la anfitriona lo saludaba y lo conducía a una mesa. No perdió tiempo y se dirigió de inmediato a los ascensores. Presionó varias veces el botón de subida con el dedo. Las puertas se abrieron y ella subió.

Entrar en su habitación fue sencillo: usó una llave electrónica. Antes de entrar, se colocó guantes de látex y una redecilla para el cabello. No había razón para dejar ADN cuando terminara.

Dejó la bolsa de gimnasio en el suelo y la abrió a lo largo. Dentro reposaba la pistola que había matado a Tybaum. Había sido robada del cajón del escritorio de Gresham en su oficina de Chicago después de la visita de Tybaum. Se había usado para ejecutar a Tybaum cuando intentaba huir. Estaba envuelta en plástico transparente. Young tuvo cuidado de no remover ninguno de los aceites en el cañón, el gatillo ni la empuñadura. Luego, sosteniendo el arma en brazos como si fuera un niño, se alejó de la cama en busca de un escondite donde un novato como Gresham podría ocultar una pistola. Su primer pensamiento fue, por supuesto, la cisterna del inodoro. El arma podía permanecer dentro de su envoltorio plástico y el material genético quedar intacto, pero aun así existía la mínima posibilidad de que entrara agua y arruinara todo el plan al lavar el ADN. Así que siguió buscando.

Debajo de la única ventana larga de la habitación, un aire acondicionado la miraba fijamente. Se le ocurrió una idea y sacó con dos dedos el juego de herramientas plegable de su bolsillo. Desplegó la hoja del destornillador y se acercó a la unidad de aire. Cuatro

tornillos después, levantó y retiró la carcasa. Alrededor de la parte inferior de la unidad rectangular había un faldón de chapa de seis pulgadas de alto. En su parte frontal había justo el espacio necesario para ocultar la pistola. La colocó dentro y volvió a poner la tapa. Atornilló los cuatro tornillos y luego Young se alejó para observar su trabajo. Por simple curiosidad, encendió la unidad de aire y se quedó varios minutos escuchando el ventilador. Nada alarmante en eso. Luego recogió la bolsa de gimnasio y alisó las cobijas de la cama donde había estado la bolsa mientras trabajaba.

Era hora de irse.

Capítulo Diez

Mi bufete de abogados en Chicago tenía unos veinte años de antigüedad y había tenido la suerte de gozar de buena reputación y era vendible.

Martin Tinsley—Marty—se sentó en mi oficina a última hora de la tarde siguiente para ultimar los detalles. Los temas clave eran cuánto se pagaría por mi participación en el bufete, qué fondos se usarían para pagarme y cuánto tiempo seguiría recibiendo honorarios por nuestro trabajo en curso. Al final, decidimos que recibiría la parte correspondiente a mi participación del trabajo en curso durante doce meses a partir del primero del mes siguiente, febrero, que estaba a solo doce días. La cantidad a pagarme quedó pendiente, pero propuse una cifra y Marty dijo que hablaría con los demás y me daría una respuesta. Lo siguiente era que mis socios se hicieran cargo de mis casos. En realidad, los clientes me habían contratado a mí, pero nuestro contrato de honorarios reflejaba que estaban contratando al bufete, una sociedad de responsabilidad limitada (LLC), lo que significaba que cualquier abogado de nuestra firma podía hacerse cargo de cualquier caso, y eso estaba permitido dentro de los términos del acuerdo. En la práctica, significaba que tendría que llamar o reunirme con cada uno de mis clientes para pedirles permiso para sustituirme por un abogado del bufete en su

caso. Si se negaban, ofrecíamos retirarnos del caso y reembolsarles íntegramente el dinero que nos habían pagado. Durante los tres días siguientes hice esas llamadas y me reuní con algunos de ellos, y nadie se opuso a que el bufete continuara con su defensa. Lo que me dejó preguntándome si mis clientes habían percibido de algún modo que mi corazón ya no estaba en el trabajo. Tal vez sí, tal vez no. Pero esto era cierto: para mi gran sorpresa, no hubo objeciones ni reembolsos necesarios. Vaya, pensé, soy reemplazable. Fue una buena lección de humildad para mí.

Mikey y Dania son mis hijos, los niños más increíbles y fuertes que Dios haya creado. Danny era su madre y, cuando murió, los niños de pronto se vieron en un hogar monoparental con un padre que no tenía ni idea de cómo ser madre. Fue extremadamente difícil, y recurrí a consejeros y a la maravillosa madre de Danny para ayudarnos a hacer la transición hacia nuestra nueva forma de vida sin ella. Así que, con mucha cautela, introduje a Verona en mi hogar y en la vida de mis hijos. Se requería mucho más que una relación casual, y ambos esperamos hasta estar seguros antes de que Verona se mudara a mi casa. Pasaron seis meses y, poco a poco, los niños y ella se fueron conociendo y sentando las bases. Me tomó ese tiempo a mí —y probablemente a ella— para estar seguros de esta nueva dirección en mi vida, y por eso esos seis meses resultaron extremadamente importantes para mi familia. La madre de Danny seguía con nosotros también, viviendo en nuestra habitación de invitados y brindando la continuidad que los niños necesitaban. Estaba con ellos antes y después de la escuela, ayudaba con las tareas, y a veces preparaba la cena, y otras veces lo hacía nuestra niñera, Cindy. Verona encajó en la dinámica de mi pequeña familia con facilidad, y había establecido una relación floreciente con Dania y Mikey antes de pasar la noche por primera vez. Después de eso, fue algo progresivo para que los niños se acostumbraran a la idea de que papá tenía novia.

Ahora, sin embargo, iba a haber un obstáculo porque yo viviría en D.C. durante la semana y viajaría de regreso a Evanston los fines de semana. Todos los demás estarían en Evanston toda la semana, al menos hasta que terminara el ciclo escolar, momento en el cual

los mudaría conmigo de regreso a Washington. Los niños eran un poco mayores ahora y entendían por qué su padre estaría ausente entre semana. No me malinterpreten: no les gustaba la idea, pero entendían que tenía que ver con mi trabajo, que en otras ocasiones me había alejado de casa, pero sabían que siempre regresaba con ellos. Hablamos, y les prometí que esta vez no sería diferente, que pronto volveríamos a estar juntos a tiempo completo.

Me presenté en la oficina de Antonia el primer lunes de febrero, que fue el 6 de febrero, y descubrí que me habían programado diez días de formación en el Centro Nacional de Defensa del Departamento de Justicia en Columbia, Carolina del Sur. Una semana después, me registré en mi habitación en Columbia, donde pasé las siguientes dos semanas en seminarios sobre habilidades de defensa. Estos programas estaban diseñados para nuevos fiscales federales con poca o ninguna experiencia en juicios, quienes serían responsables de llevar casos penales a juicio. El seminario incluía conferencias, ejercicios prácticos, críticas y sesiones de estrategia de juicio. Parte de ello era muy básico; otra parte era un repaso sencillo de cosas que sabía, pero había olvidado; y otra era táctica avanzada en defensa penal que me abrió los ojos sobre cómo se hacían las cosas en el Departamento de Justicia. Al final de mis dos semanas, volé de regreso a Chicago y pasé varios días con mi familia. Todo estaba bien, lo que me permitió regresar a Washington un miércoles.

Antonia me mostró la Oficina del Fiscal Federal y me condujo a mi despacho, una sala pequeña y funcional que incluía una ventana. Nos sentamos allí y Antonia me dio lo que debía de ser su discurso estándar para todos sus contratados.

—La Fiscalía Federal de los Estados Unidos para el Distrito de Columbia es única por el tamaño y el alcance de su trabajo. Actúa como fiscal local y federal para la capital del país. En el ámbito local, estas investigaciones van desde posesión de drogas como delito menor hasta homicidios. En el ámbito federal, abarcan desde pornografía infantil hasta pandillas, fraude financiero y terrorismo. En ambos roles, la Oficina está comprometida a ser receptiva y responsable ante los ciudadanos del Distrito de Columbia. Ahora sí que hablé bastante.

—Y yo estaré en el ámbito local, ¿correcto?

—Correcto. Tu primer caso es la investigación y el enjuiciamiento de los responsables del asesinato de Gerry Tybaum. Estoy cumpliendo mi promesa de que tendrías la primera oportunidad con el caso. Sé lo que sientes por Annie y los gemelos.

—Eso fue lo que me motivó —dije—. Eso fue lo que me hizo venir aquí.

Ella asintió.

—Probablemente sabes más del caso que yo. Pasa por mi oficina después de bajar a tomarte la foto para tu credencial y te entregaré el expediente. También recibirás otros veinte casos penales para comenzar, que van desde delitos menores hasta un segundo caso de homicidio. En un mes recibirás otros treinta casos en curso.

—¿Cuál es la carga de casos para alguien como yo?

—¿Con tu experiencia? Me gustaría verte con cien casos para fin de año. Una buena parte serán casos importantes. Eres mi persona de confianza, Michael, porque ya tienes mucha experiencia en tribunales federales. Ahora dime, ¿te estoy asustando? ¿Tienes dudas sobre estar aquí?

—Para nada. Estoy listo para el desafío y te agradezco de nuevo por darle un nuevo comienzo a un perro viejo. Sé que es muy inusual que el Departamento de Justicia contrate a alguien de mi edad, pero...

—Despacio. No discriminamos, ¿recuerdas? Ni siquiera pedimos edades ni fechas de nacimiento en los documentos de contratación. Te contrataron por tu capacidad para empezar a trabajar de inmediato y asumir una carga completa de casos.

—¿Y el sueldo es ciento veinticinco?

—Ciento veinticinco mil al año. ¿Eso te decepciona?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, has estado ganando muchísimo más. Eso lo sé con certeza.

Negué con la cabeza.

—¿Sabes qué? Estoy buscando realización y volver a tener alegría en mi vida. Ha pasado demasiado tiempo. Este trabajo encaja

exactamente con esa necesidad. La verdad es que lo haría sin que me pagaran nada. Así de apasionado estoy.

—No hay necesidad de trabajar gratis. El Tío Sam todavía puede pagar su parte, Michael.

—Ya veo. Está bien.

—Baja ahora y tramita tu identificación. Luego pasa por aquí y te entregaremos los expedientes.

—Así lo haré. Gracias de nuevo, Antonia.

—Espera a ver los casos antes de darme las gracias.

—De acuerdo. Pero gracias de todos modos.

Sonrió, recogió sus cosas y me dejó allí, en mi nueva oficina.

Eché un vistazo antes de bajar. El lugar era elemental, en el mejor de los casos. Estaba acostumbrado a oficinas mucho más elegantes. Pero ¿sabes qué? Las oficinas más elegantes ya no me hacían feliz. Esta nueva oficina se sentía alegre. Me sentía eufórico de estar allí.

Ya me gustaba.

Capítulo Once

Ronald Holt estaba asignado al Departamento de Policía Metropolitana del Segundo Distrito de D.C. Era un hombre negro corpulento cuyo físico se asemejaba más al de un oso grizzly. Su rostro tenía un aire envejecido, ojos muy separados, dientes perfectos cuando sonreía —lo cual hacía con frecuencia y facilidad—, y una mente que siempre iba uno o dos pasos por delante de cualquier conversación. Era uno de los policías más brillantes que había conocido, algo que resultó evidente en los primeros cinco minutos de nuestra reunión.

El detective Holt vino a mi oficina en mi primer día completo en la Fiscalía para hablar sobre el asesinato de Gerry Tybaum.

Entró en mi pequeña oficina y eligió la silla para visitantes más cercana a la ventana. Vestía un traje negro y una corbata roja, lucía un pequeño afro y una expresión intensa en el rostro; se notaba de inmediato que Holt trabajaba en las fuerzas del orden. Se sentó con soltura, cruzó un pie sobre la rodilla y golpeaba con las llaves del coche el talón de su bota con un ritmo de «vamos a acabar con esto de una vez».

Pero yo no tenía prisa. Quería saber todo lo que él supiera.

Primero, sacó un fajo de papeles de más de dos centímetros de grosor y lo empujó por el escritorio hacia mí.

—Informes policiales, abogado. Lo tenemos todo aquí, incluido el del primer agente en llegar a la escena, el del CSI, el de los detectives, el del fotógrafo y el informe del forense. Esto debería darle un buen punto de partida en el caso.

—¿No tengo ya esto en el expediente de la oficina?

—La mayoría sí. Algunos no.

Miré los papeles sin tocarlos, con la mente en blanco, y luego dije:

—Todo esto está muy bien, pero vayamos directo al grano. ¿Quién cree que mató a este tipo?

—Si fuera un hombre de apuestas, diría que fue un crimen pasional por celos. En la calle se dice que Tybaum se estaba acostando con la esposa del vicepresidente. Aunque Antonia también me habló del dinero ruso. Aun así, me quedo con la teoría del sexo divertido.

Su seguridad me desconcertó. Yo había llegado a la oficina pensando que Gerry había muerto por el dinero ruso. Esto era un giro nuevo.

—¿La esposa del vicepresidente? ¿De los Estados Unidos?

—La misma, abogado. Acostúmbrese. En el Distrito, verá que todos se acuestan con la esposa de alguien más, desde el presidente hacia abajo. Son gajes del oficio. Es parte de la locura de poder que se apodera de la gente cuando un novato llega a la ciudad. Mire, el juego aquí es: «¿Qué tan cerca puedo llegar del presidente?». Algunos intentan destacar en sus trabajos para acercarse; otros intentan acostarse con alguien para acercarse; otros buscan empleos en la Casa Blanca con la esperanza de establecer una relación con él.

—¿Con el presidente Sinclair?

—Claro. El tipo es muy accesible y el Distrito en realidad es como un pueblo pequeño. Todos conocen a todos, lo cual también forma parte de la lucha de poder de cada uno. Cuanto más sabes, más poderoso te vuelves. Es un lugar de locos. Se encontrará procesando a personas que pagarían millones de dólares solo para que su caso desaparezca. Incluso casos simples como robo en tiendas. La mujer a la que está reemplazando aceptó un soborno de quinientos mil

dólares en un caso de cheques sin fondos. El delincuente era un tipo de Irak que llegó a la ciudad y de inmediato compró un piso en Georgetown, un Rolls-Royce y contrató a dos empleadas domésticas y un jardinero. Estaba repartiendo dinero como si fuera el repartidor de helados. El único problema era que la carta de crédito que entregó al First American Bank también la entregó a otros tres bancos. Escribía cheques de un banco para cubrir otro. Como le dije, su predecesora aceptó uno de sus cheques y no tenía fondos. ¿Y adivina qué? Ella lo demandó.

—No me jodas. Eso es una locura.

—Te lo juro por los scouts. Cuando se supo lo de la demanda, la despidieron menos de un día después de haberla presentado. Una estupidez, pero eso es lo que este lugar le hace a la gente. Manténgase limpio, abogado, y le encantará estar aquí. Pero nunca deje que nadie le encuentre un punto débil. Si lo hacen, lo hundirán con todo lo que tiene. Y eso me lleva a la razón principal de mi discurso esta mañana. No le haga favores especiales a nadie. No solo no lo apreciarán, sino que además lo esperarán, y la próxima vez que vengan con la mano extendida, lo amenazarán con contar el primer trato que les dio. Y no es broma, con esa clase de gente está tratando aquí. Sea valiente, pero sea inteligente. Ya está advertido.

Con eso, sonrió de oreja a oreja y vi que tenía una sonrisa perfecta que iluminaba su rostro como un árbol de Navidad. Era encantador, duro e inteligente. Eso fue lo que me llevé de nuestra reunión sobre Ronald Holt.

También hablamos un poco más sobre Gerry Tybaum.

—Se dice que usted conocía al señor Tybaum —me dijo el detective. Entrecerró los ojos al decirlo, como si estuviera a punto de evaluar mi veracidad a la luz de lo que acababa de decir sobre la integridad.

—Me nombró apoderado en una cuenta bancaria rusa. Esto fue dos días antes de que lo mataran a tiros.

—¿Por qué haría eso? ¿Se conocían de antes?

—Sí y no. Éramos conocidos de la facultad de derecho, pero nunca tuvimos un trato cercano. Yo trabajaba de noche, y mantener una vida social era casi imposible para mí. El papá de Gerry tenía

contactos en Washington y, por lo que todos sabíamos, mucho dinero.

—Su papá es lobista de compañías farmacéuticas. O lo era. Se retiró de eso y volvió a la oficina central, donde todavía es el director financiero. Estuvo desde los inicios en la empresa que fabrica Muraxin, el fármaco milagroso para la artritis, y supongo que ha hecho una fortuna con sus opciones sobre acciones.

Esta noticia me hizo girar la cabeza.

—Entonces, ¿es posible que el dinero del padre de Gerry se haya usado para financiar la cuenta bancaria en Moscú? ¿Podría ser que Gerry haya tomado esa decisión?

Dejó de golpear la bota con las llaves.

—No. La razón por la que digo que no es porque el PAC GULP fue desfalcado por la misma cantidad que el depósito ruso del que me habló Antonia. No tengo ninguna duda de dónde vino ese dinero ruso. Apuesto a que esa teoría es incluso mejor que la del sexo.

—Una pregunta sobre el PAC, detective Holt. ¿Tenía Gerald Tybaum derecho a retirar fondos de campaña del PAC y colocarlos en una cuenta rusa?

—No lo sabemos. Estamos esperando los estatutos de la organización y demás documentos. Luego vamos a recurrir a su departamento civil para que nos dé una opinión al respecto. ¿Por qué? ¿Sabe usted algo?

—No. Solo estoy pensando en voz alta.

—Nosotros también. Por cierto, cuando digo «nosotros» incluyo a la agente del FBI asignada al caso conmigo. Se llama Carlote Siragusa y actualmente está de baja por maternidad. Tuvo un bebé. No regresará por dos semanas más, así que por ahora solo estamos usted y yo.

—Interesante. ¿Estaría dispuesto a que le acompañe mientras investiga este caso? Al menos hasta que ella regrese. Me gustaría ver cómo realiza las entrevistas a testigos y hablar con ellos, si es posible.

—Totalmente posible. Si Carlote no ocupa el asiento del copiloto, no hay razón para que no lo ocupe usted. Le avisaré cuándo sea la próxima entrevista.

—Esa es una excelente noticia. Me ayudará a entender cómo funcionan las cosas en Washington. Quién sabe, tal vez hasta pueda ayudarte a encontrar al asesino de Gerry en el proceso. Gracias por la oportunidad, detective.

Hizo un gesto restándole importancia.

—No es nada. Estamos todos en el mismo barco. Quién sabe, tal vez algún día quiera acompañarlo en un juicio.

—Totalmente factible —dijo con entusiasmo, aunque no tenía idea de si eso violaba o no alguna política oficial de EE. UU. Aunque así fuera, él podía acompañarme al tribunal, sentarse en la galería y estar presente en las conversaciones durante los recesos y pausas del juicio. Un favor por otro.

—¿Sabe qué? —dijo de pronto—. Empecemos visitando juntos la escena del crimen. Puedo ayudarle a hacerse una idea mental de lo que pasó esa noche de domingo y mostrarle algunos detalles de lo que hicimos. ¿Le viene bien mañana a las ocho de la mañana?

—Solo dígame cuándo y dónde.

—Estaré aquí esperándolo cuando llegue. Traiga café y donas, abogado.

—Entendido. Nos vemos a las ocho.

Se detuvo en la puerta.

—Una cosa más. El agente Leders. ¿Fue a verte a Chicago?

—¿El agente del FBI?

—Sí. Le manda saludos. También dice que no hay resentimientos, ahora que están del mismo lado.

—Eso es justo.

—También dice que comprobó lo de su película de pago en el hotel de Nueva York la noche en que asesinaron a Tybaum.

—No esperaba menos.

—¿Que si estaba allí viendo la película? Dice que va a dejarlo pasar. Simplemente va a asumir que estaba en su habitación en Nueva York cuando la pusieron.

—Lo estaba.

—Por cierto, ¿recuerda la película?

—No.

—Bien. Nos vemos por la mañana.

—Genial. Hasta entonces.

Se puso de pie, hizo un saludo amistoso y salió de mi oficina con paso pesado.

Así que, un nuevo amigo y un buen consejo. Me iba a gustar este lugar.

Capítulo Doce

La seguridad de Annie —y la de Jarrod y Mona— me carcomía después de reunirme con el detective Holt. Se me había ocurrido que no podía simplemente dejarlos solos en la casa de su padre con un asesino suelto. Podrían ser los siguientes si mi teoría sobre el motivo del asesino era correcta. Así que fui a visitar a Jarrod.

—Estoy preocupado por tu seguridad, Jarrod —dije después de que me hizo pasar a la casa—. Las personas que mataron a tu padre podrían venir por ustedes.

—¿Personas? —preguntó—. ¿Hay más de una?

—Eso creo. A su padre lo mataron por el dinero de Moscú. No tengo ninguna duda de eso. El caso me fue asignado en la Fiscalía de los Estados Unidos para investigarlo. El único problema con eso es el tiempo. Las investigaciones requieren tiempo y personal, y me temo que mientras tanto podrían atacar de nuevo. No quiero perderte a ti ni a tus hermanas.

Se echó hacia atrás en su silla de ruedas. Luego se inclinó y tomó un vaso de jugo de naranja de la mesa de centro a su lado. Yo estaba sentado frente a él, en una silla orejera de terciopelo azul. La sala ese día estaba algo desordenada, lo que le daba un aspecto de hogar habitado. Cuando ya había dado un segundo sorbo a su jugo, Annie entró caminando sin rumbo. Llevaba zapatillas deportivas con

luces que parpadeaban en las suelas, unos jeans que probablemente le quedaban dos tallas grandes y una camiseta que decía «Lebowski 2020».

—¿Eres fan de Lebowski? —le pregunté.

Ella se acercó a mí y me tocó la mano.

—Así es como dice hola —explicó Jarrod—. Si hace eso, es porque le caes muy bien.

Me quedé muy quieto, esperando ver qué haría después. Entonces me sorprendió: se dio la vuelta y retrocedió hasta que tocó mi rodilla. Se quedó así, mirando al frente, apenas respirando.

—Creo que extraña a nuestro papá —dijo Jarrod—. Mona también lo piensa. Tal vez por eso te buscó. Tal vez le recuerdas a él.

Incapaz de contener el cariño que sentía por esta niña, estiré la mano y le toqué el hombro. Para mi sorpresa, no se apartó, aunque dejó caer el hombro como si le hubiera puesto un peso de nueve kilos encima.

—Vaya, usted sí que es especial, señor Gresham. Annie no suele hacer eso.

Me recosté en mi silla, sabiendo instintivamente que ya había respondido lo suficiente por un día. Entonces Annie se alejó y tomó el jugo de naranja de Jarrod de la mesa. Bebió, suspiró feliz y lo volvió a dejar. Luego salió de la habitación.

—¿A dónde va?

—Quién sabe. Podría salir al patio. Le encanta la nieve.

—Lo que voy a sugerir, Jarrod, es que saquemos a los tres de esta casa hasta que yo pueda hacer que este caso desaparezca.

—¿Desaparezca?

—Arrestar al tipo malo y hacer que esto vuelva a ser seguro para ustedes. Eso podría tardar entre seis y nueve meses.

—No podemos darnos el lujo de irnos de aquí, señor Gresham. La casa está pagada; yo recibo una pensión por discapacidad, Annie recibe discapacidad; Mona trabaja, pero no gana mucho. Estamos prácticamente atrapados aquí.

Eso me hizo detenerme en seco. No me gustaba lo que estaba oyendo. Los niños no estaban seguros en la casa de su padre, no si

alguien estaba intentando quedarse con el dinero de su padre muerto.

—¿Me dijiste que tu padre no dejó testamento?

—Puede que lo haya mencionado. Pero es cierto: no hay testamento.

—Esa es la clave. Cuando su padre murió sin dejar testamento, sus bienes pasaron a ustedes, sus hijos, en partes iguales. Eso incluye el dinero de Rusia. Quien haya matado a su padre va tras ese dinero y muy probablemente intente deshacerse de ustedes tres para quitar del medio a los herederos.

—¿Y eso cómo les ayuda?

—Entonces no quedaría nadie que pudiera impugnar su solicitud de que un tribunal testamentario les entregue el dinero.

—¿Y quién está detrás de esto?

—Mi mejor suposición es que es el PAC de su padre.

—¿GULP? No sé... Él siempre se llevaba de maravilla con ellos, señor Gresham.

—Lo entiendo, Jarrod. Pero estamos hablando de una cantidad enorme de dinero y habrá muchas personas interesadas en conseguirlo. Si no me equivoco, ahora mismo hay gente conspirando contra ustedes tres.

—Eso me da un miedo terrible. Pero igual no hay forma de que podamos mudarnos.

Consideré lo que estaba diciendo. No podía quedarme de brazos cruzados mientras asesinaban a estos niños.

—Mira —dije—, ¿y si yo proporciono la casa? ¿O un apartamento? ¿Estarían dispuestos entonces?

—Aprovecharía la oportunidad sin pensarlo. Mona también. Siempre habla de lo asustada que está. Creo que te adoraría por ayudarnos. Yo sé que yo lo haría.

—Bien, entonces deja que ponga a mi gente a trabajar en esto. Podemos tenerlos listos para mudarse en cuarenta y ocho horas, así que cada uno debería hacer una maleta. No muchas cosas, solo lo suficiente para una semana más o menos entre lavadas.

—Esto va a alterar muchísimo a Annie. Tiene este lugar memorizado. Lo último que quiere es un cambio. Va a ser

especialmente difícil para ella.

—Tendremos que acompañarla en el proceso —dije, incluyéndome en ese «tendremos». *Cuidado*, me advertí, *puedes ayudar, pero no puedes permitirte acercarte demasiado*. Entonces me di cuenta de lo estúpido que era decir eso. Ya estaba implicado hasta el cuello. Especialmente con Annie.

—Bueno, si puedes ayudar, puedo tener a las chicas listas para mudarse mañana. Tal vez más rápido sea mejor.

—Puedo hacerlo. Mañana enviaré a algunas personas para ayudarlas a mudarse.

—¿Quién vendrá a ayudar? No conocemos a nadie.

—Tengo algunos amigos, así que relájate con eso.

Ya estaba considerando a cuáles oficiales de policía llamaría para que ayudaran con un par de viajes. Serían excelentes para despistar a cualquiera que intentara seguirlos. Al menos ese era mi plan.

Así que nos dimos la mano y regresé a la oficina. Iba a necesitar que Antonia aprobara mi plan. Era hora de hacer que eso sucediera.

También iba a necesitar retirar algunos fondos de mi cuenta de jubilación. Haría falta el pago del primer y último mes de alquiler para lograr esto.

Era dinero que estaba más que dispuesto a gastar si eso salvaba vidas.

Antonia estaba en su oficina a las once de la mañana cuando regresé. Me dijo que podía darme cinco minutos si me apuraba, antes de que tuviera que ir al tribunal a las once y media.

—Tengo una solución para un problema del que no he hablado con usted —le dije.

—¿Qué problema es ese?

—Los hijos de Gerry Tybaum. Están en riesgo.

—¿De qué?

—De ser asesinados por el mismo hombre o entidad que mató a su padre. Son herederos de una enorme cantidad de dinero.

—¿Y cree que alguien quiere quitarlos del camino para poder reclamar esa herencia?

—Exactamente.

—¿Qué propone? ¿Mandarlos a vivir con familiares?

—No tienen familia. Estoy dispuesto a alquilar una casa o un apartamento y alojarlos yo mismo. Solo necesito usar a unos cuantos policías para ayudar a trasladarlos y, para eso, necesito su aprobación.

Me hizo un gesto con la mano.

—Considéralo hecho. ¿Quiere decir que va a pagarles el alquiler?

—Sí. No tienen dinero.

—Ojalá todas las víctimas tuvieran la suerte de que usted apareciera en sus casos.

—Es algo puntual. Nunca he intentado algo así antes, Antonia.

—Probablemente porque antes siempre defendía a los malos.

—Seguro que tiene razón.

—Bueno, ahora está aprendiendo cómo se sienten las familias de las víctimas. No es agradable, ¿verdad?

—No, en absoluto. Pero también estoy aprendiendo lo feliz que me hace haber cruzado la calle y estar ahora en la fiscalía. Puedo hacer cosas reales que ayudan a la gente.

—Sí, bueno, bienvenido al servicio público. Estamos en una posición única para ayudar.

—Además, hay una niña que me preocupa mucho. La menor de Gerry tiene doce años y necesidades especiales.

—Uy, no te dejes llevar por una necesidad paternal de proteger a la familia de una víctima. Esa es una trampa común, Michael.

—No lo hago. Bueno, sí, lo hago. Es muy valiosa y muy indefensa. No se puede permitir que le pase nada malo.

—Bueno, tiene suerte de tenerte en su caso. Está bien, tengo que irme. Gracias por consultarme. Tienes mi bendición.

—Excelente. Mañana los voy a mudar, así que necesito prepararlo todo. Deséame suerte.

Media hora después, estaba en Bethesda, mirando listados en Zillow. Encontré una casa de tres habitaciones a poca distancia del metro, el NIH y el YMCA. Mona necesitaba el metro, así que funcionaba. La casa también era de un solo nivel, lo cual era necesario con Annie, ya que nunca había vivido con escaleras y no era el momento de experimentar con ellas. La renta era de 4.100 dólares al mes, bastante caro, pero ¿qué no lo es en esta zona? Así

que pagué el primer mes, el último y un depósito de seguridad. El factor decisivo para mí fue que el lugar estaba amueblado como si las personas que se habían ido estuvieran en un año sabático en París y quisieran que todo quedara tal como estaba para su regreso el próximo invierno. El diseño era sencillo: sala al entrar, cocina al fondo, dormitorio principal a la derecha, pasillo y dos habitaciones más a la izquierda, tres baños en total. El patio trasero estaba cercado, y la cerca bloqueaba completamente la vista desde todas las direcciones. Lo sé porque me paré en el centro del patio y giré lentamente, viendo quién podría verme. Satisfecho de que era seguro para Annie, firmé el contrato. Un año.

A la mañana siguiente, el detective Holt y otros dos vehículos policiales sin identificación me siguieron hasta la casa de los Tybaum. Mona se había quedado en casa sin ir al trabajo para la mudanza. Todo estaba listo, así que cada niño fue en un auto distinto con un oficial, por si acaso surgía algo en el camino.

Pero no pasó nada. Una hora después, los niños exploraban su nuevo hogar y Annie estaba en el patio tratando de hacer un muñeco de nieve con muy poca nieve.

Uno de los autos sin identificación y su conductor se quedaron en la entrada hasta bien entrada la noche, cuando se trasladó al final de la calle, donde se mantuvo oculto, observando todo el tráfico que entraba y salía hasta cerca de la medianoche. Luego se fue.

A la mañana siguiente, llamé al móvil de Jarrod. Todo estaba bien; todos habían dormido bien, Mona estaba en la tienda comprando donas, leche y café.

Así que pude volver a mis tareas, aliviado y satisfecho de que los niños Tybaum estaban mil por ciento más seguros que el día anterior. Sin darme palmaditas en la espalda, me sentía orgulloso de lo que había hecho y ofrecí una oración silenciosa de agradecimiento por haber podido tender la mano y ayudar a unos niños que realmente lo necesitaban.

Mi trabajo me gustaba más cada día.

Capítulo Trece

El detective Holt me recibió en el vestíbulo de la Fiscalía a las ocho de la mañana siguiente. Había tenido otra idea: que habláramos con Antonia para averiguar qué recordaba de la noche del asesinato. Tal vez vio o escuchó algo que pudiéramos usar, lo que la convertía en testigo, según el detective. Así que esperamos hasta que salió del ascensor y luego la seguimos hasta su oficina.

—¿Puedes contarnos cómo fue tu noche del domingo en la escena del homicidio de Tybaum? —le preguntó Holt. Ella terminó de quitarse las zapatillas para correr y se puso los tacones.

—Claro. Déjame revisar mi agenda primero.

La revisó y luego nos miró.

—Muy bien, voy a contarlo tal como ocurrió. Aquí vamos.

El domingo por la noche me estaba preparando para ver *Homeland*. Es mi serie favorita porque yo solía tener el trabajo de esa mujer.

—Cuando estabas en la CIA.

—Exacto. En fin, el domingo por la tarde se puso frío y, para la noche del domingo, el Espejo de Agua del Monumento a Lincoln se había congelado. Luego se congeló por completo, según lo que pude averiguar. Entonces salió una multitud enorme a patinar. Entre ellos había una pareja conocida como Bob y Carol. Estaban en el extremo

más alejado de la piscina, donde las luces son más brillantes, cuando patinaron sobre un hombre congelado en el hielo. Estaban impactados. No podían creerlo, así que se detuvieron y regresaron con cautela. Efectivamente, podían distinguir el blanco de los ojos de un hombre en el hielo. Carol marcó al 911 desde su teléfono. Yo estaba de guardia esa noche, así que, después de que la operadora avisara al FBI, me llamó a mí.

—Porque eres la fiscal federal adjunta de más bajo rango, a la que le tocan las guardias los fines de semana.

—Precisamente. Soy la última en la jerarquía, así que me llaman a mí.

—Por cierto, ¿en qué área trabajas?

—Estoy en robos y homicidios.

Trabajo del lado del Distrito. La Oficina del Fiscal Federal en Washington D. C. procesa tanto crímenes federales como crímenes del Distrito. Yo estoy trabajando del lado del Distrito, lo que nosotros llamaríamos procesamientos estatales. Así que estoy sentada ahí rezando para que el teléfono no suene, pero claro, suena. No llevábamos ni dos minutos de mi maldito programa, Michael. Así que, cuando sonó, me maldije por no haber apagado el teléfono durante el programa. Es broma, estaba de guardia, así que era mi turno de supervisar una escena del crimen en fin de semana. Presioné el botón de grabar en la tele. Lo dejaría reproduciendo para que Rudolph tuviera una banda sonora si tenía que salir. Si no tiene una banda sonora, se pone a aullar y los vecinos llaman a la policía.

Supe que era un agente del FBI antes incluso de que hablara. Siempre se puede reconocer a los que respiran por la boca. Bueno, eso no es justo. Digamos que tuve un fuerte presentimiento de que sería el FBI. ¿Quién más me llamaría un domingo por la noche cuando estaban dando mi serie favorita de televisión y la serie favorita de todos mis amigos?

—Señorita Xiang, habla el agente especial Cowpers. Tengo una escena del crimen en el Espejo de Agua. Hombre blanco, fallecido, aproximadamente cuarenta años.

—¿La escena está contaminada?

—No, señora. Nadie puede llegar hasta la escena del crimen para contaminarla. Está congelado en el hielo.

—¿Causa de la muerte?

—Si los seis agujeros de bala en la espalda no lo mataron, entonces supongo que fue el hielo. Era una paleta helada cuando lo encontramos.

—¿Dice que estaba congelado en el Espejo de Agua?

—Duro como una roca. Estamos esperando sus instrucciones.

—De acuerdo. Voy en camino.

—Gracias. Disculpe por molestarla un domingo por la noche, señora.

—No hay problema.

Colgué y fui a mi dormitorio. Mi equipo para el frío consistía en mi abrigo grueso de cuero, una sudadera con capucha y guantes térmicos. Me vestí y acaricié la cabeza de Rudolph. Luego tomé el ascensor hasta el garaje del edificio. En el garaje, mi casco estaba asegurado en el asiento de mi Can-Am Spyder. Lo desbloqueé y me lo puse.

Luego me subí y presioné el botón de arranque una vez. El motor cobró vida y conté hasta cinco mientras se calentaba. Después subí por la rampa de salida.

El trayecto desde mi piso hasta la Explanada era de menos de dos kilómetros. Aun así, llegué temblando de frío. Las motocicletas tienden a hacerte eso.

El Espejo de Agua es esa estructura larga que parece una piscina y que se encuentra justo en el centro de Washington D. C., junto al Monumento a Lincoln. En un extremo está el Monumento a Washington y, a lo largo de uno de sus lados, se alza el Monumento a Lincoln. A lo largo de sus bordes, tiene una profundidad de unos cuarenta y cinco centímetros. En el centro, probablemente alcanza los setenta y cinco centímetros, lo que hizo que se congelara mucho más rápido cuando la temperatura se desplomó aquel día.

Los técnicos habían optado por usar una motosierra para extraer el cuerpo. Cuando lograron liberarlo, una pala cargadora frontal lo levantó aún encerrado en el hielo, y lo pusieron de pie. Así fue como lo encontré cuando llegué a la escena.

Agachándome bajo la cinta amarilla de la escena del crimen, entré al resplandor de los reflectores y lo rodeé. Seis pequeños orificios de bala perforaban su espalda, donde los técnicos habían logrado desprender el hielo. Era una agrupación compacta: la firma de un tirador experto.

Tomé prestada una linterna de uno de los agentes de la policía del parque y me puse de puntillas para observar más de cerca el rostro de la víctima. Tenía la boca abierta, los ojos desorbitados por el susto, el cuerpo ya en camino a la morgue incluso antes de que su cerebro lo supiera. Decir que el rostro del hombre reflejaba un final violento sería quedarse corto. Basta saber que seis balas Hydra-Shok en la línea media izquierda es lo más muerto que suelo ver en mi trabajo como fiscal del gobierno.

Bajé de puntillas y apunté la luz hacia donde debería haber estado su corazón. Lo que quedaba eran jirones.

Un hombre con traje negro y camisa blanca del FBI se me acercó.

—Soy el agente especial Cowpers. ¿Qué hacemos?

Él me conocía; yo no lo reconocí.

—Traigan calefactores portátiles y enciéndanlos. Se descongelará antes del amanecer. Solo anótenlo como infarto de miocardio sospechoso, secundario a heridas de bala. —Me di cuenta de que sonaba como un profesional médico, que no lo soy. Pero sí conozco algo de medicina forense y la mayoría de las formas violentas en que uno puede pasar de esta vida a una tarjeta con su nombre impreso de una funeraria.

La agente se fue para cumplir mis órdenes. Entonces vi a la fotógrafa de la policía. Estaba concentrada en su trabajo, pero necesitaba algunas tomas adicionales. Me acerqué por detrás y tosí para no asustarla. No respondió.

—Oiga —dije y le toqué el hombro.

Se giró de golpe.

—¿Qué?! —exclamó.

—Antonia Xiang. Fiscalía Federal —le mostré mi identificación, y sus hombros se hundieron.

—Ah —dijo, desinflándose.

—Por favor, tome fotos del público. Nunca se sabe —susurré.

Asintió con la cabeza y luego volvió a inclinarse sobre su trabajo. Pero, de vez en cuando, la veía apuntar la cámara hacia los espectadores. Sabía que era muy raro que el autor del crimen se quedara entre la multitud solo por diversión, pero había ocurrido. Además, algunas de esas personas serían testigos, y necesitábamos establecer su presencia en la escena para anticiparnos al abogado defensor que pudiera intentar convencer al jurado de que el testigo nunca estuvo allí.

Llegaron más agentes del FBI, dos a los que conocía bien. Sabía que debía mantenerme fuera de su camino mientras interrogaban a la multitud. Se acercarían a mí más tarde esa noche, cuando estuvieran listos. Y yo esperaré allí solo por esa razón.

Mi trabajo en la escena de cualquier asesinato es responder preguntas y guiar la preservación de las pruebas. Por lo general, las preguntas son sobre la cadena de custodia o sobre registros e incautaciones. Pero esa noche de domingo, hasta el momento, no había nada de eso. Me sentía infrutilizada y tenía frío. Mi aliento era vaho, y tenía los dedos de los pies y de las manos entumecidos. Durante veinte minutos me limité a quedarme al margen y observar a los técnicos y agentes trabajando.

Pero el frío era insoportable. Incluso envuelta en mi equipo de motocicleta de invierno, seguía temblando. Por eso fue un alivio cuando Jack Ames, un agente especial corpulento, se me acercó con expresión preocupada y me hizo señas hacia su coche.

—Tenemos a una que dice que vio al tirador —dijo—. El problema es... ¿podemos hablar en mi coche? Encenderé la calefacción.

—Por supuesto. ¡Me estoy congelando aquí afuera!

Seguí a Jack. Era conocido por ser amable con los testigos y duro con los sospechosos. Me condujo hasta su auto. El vehículo del gobierno era un Ford Interceptor negro. Paredes negras y ventanas oscuras, el motor en marcha, el humo blanco del escape flotando hacia arriba.

Hizo clic con su llavero. Los seguros saltaron y entramos. Me quité los guantes y apreté mis manos entumecidas contra dos

salidas de aire del tablero. El calor salió a raudales. El alivio fue inmediato.

—Mierda —murmuré.

—Exacto —dijo Jack.

—Bien, entonces empezaste a decir algo sobre una testigo, ¿no?

—Sí, la dejé con mi compañero, Abel. Dice que lo vio todo. Pero hay un problema.

Lo miré, esperando.

—¿Cuál es?

—Tiene una orden de arresto pendiente. Incomparecencia. Prostitución.

—¿Incomparecencia? Eso es una locura. ¿Te dijo que vio el tiroteo?

—Sí, estaba en el Monumento a Lincoln, de rodillas. Había aceptado el miembro de un tipo en la boca. No adivinarás quién era.

—Me rindo. ¿Quién era el cliente?

—El senador Jessup.

Stanley E. Jessup. Carolina del Norte. Un conservador estricto con una exención del servicio militar desde 1965, cuando su papá era congresista y no quería que a Jessup lo acribillaran en Vietnam. Hablaba mucho en la televisión, pero ya nadie le creía, especialmente sobre la industria textil, de la que juraba y perjuraba que volvería a Carolina del Norte.

A la luz del tablero, pude ver que el agente Ames sonreía. Iba a disfrutar contándome los detalles del encuentro sexual. Pero lo que él no sabía —lo que yo no podía contarle a nadie— era que hacía mucho tiempo yo había sido oficial de la CIA asignado a una estación en Moscú.

Ese trabajo había consumido todas las partes de mí que alguna vez se habían avergonzado de las mamadas y las prostitutas. Incluso yo había hecho esas cosas, todo en nombre de ayudar al Tío Sam a evitar otro 11 de septiembre. ¿Y ahora venía este agente del FBI pensando que podía afectarme? No iba a pasar.

Así que me le adelanté.

—¿Ella le estaba chupando el pito?

Silencio total. Luego:

—Vaya, ¿quién te enseñó a hablar así?

—El FBI, Jack. Tipos como tú.

La sonrisa, o la mueca de satisfacción, o lo que fuera, había desaparecido.

—Bueno, sí tenía su pene dentro de la boca.

—¿De verdad? ¿Tenemos una foto de ese momento?

—Sí. Ella grabó video cuando él tenía los ojos cerrados en el clímax.

—¿Te refieres a cuando se vino en su boca, Jack?

Esta vez tenía los labios fruncidos como si fuera a hacer una proclamación importante en cualquier momento.

—¿Pero no se le dio del todo?

—Sí, se aplicó la inyección cuando él eyaculó.

—Hmm. En más de un sentido.

—Me mostró la foto. Es Jessup y parece que está hablando con los ángeles.

—Está bien. Llévala al hospital y tómale una muestra de ADN. El ADN de Jessup estará en su boca si hacemos el hisopado antes de darle algo de beber. Luego consígueme una copia de la foto, toma su declaración y pon todo en mi escritorio para la mañana.

Esta vez sonrió y el aire a su alrededor fue absorbido por sus pulmones.

—Ahora sí estamos hablando —dijo con entusiasmo—. Quiero ver a Jessup en CNN tratando de explicar esa imagen mañana por la noche, abogado. Ojo por ojo.

—Ya veo. Bueno, hagamos que eso suceda después de obtener la declaración del senador. También necesitamos saber qué vio él y grábala en video. Para cuando recupere la lucidez, va a negar que estuvo aquí.

—Lo único que vio fue el interior de sus párpados. Eso es lo que pasó.

—No lo sabes. Puede que haya oído los disparos y haya mirado.

—Una pregunta. ¿Ella vio al tirador?

—Sí, lo vio. Está dispuesta a colaborar con el retratista de la policía.

—Bien. ¿Por qué no vas para allá y tomas su declaración antes de que se enfríe? Luego localiza al senador Jessup y consígueme su versión. ¿Puedes hacerlo ahora?

Él desvió la mirada; su rostro era la imagen misma de la tristeza. Le había pedido que se retirara de la escena, lo cual era casi como decirle que no hacía falta allí. Y no la hacía: los técnicos forenses del FBI podían arreglárselas perfectamente sin el merodeo del agente especial Jack Ames. Salí del auto, me incliné de nuevo hacia adentro para agradecerle por la calefacción, luego regresé a la escena del crimen. Jack condujo el Ford alejándose del bordillo.

Vi cómo una de las técnicas forenses cruzaba la cinta y volvía con un pequeño dispositivo electrónico que metió en una bolsa plástica de evidencia, con cinta roja en la parte superior. Algo curioso había allí, así que la seguí y le pregunté al respecto.

—¿Qué es eso, señora Birmingham?

Ella sostuvo la bolsa para que pudiera verla a la luz ambiental.

—Una GoPro.

—¿Una cámara?

—Sí. Otro técnico casi se tropieza con ella durante el registro.

—¿Dónde estaba?

Ella señaló un pequeño saliente al otro lado de la piscina.

—Allí. En el suelo, a plena vista. No sé cómo no la robó de algún curioso. Aunque era una multitud bastante inofensiva, que no se agacharía a recoger evidencia y contaminarla con sus huellas y ADN.

—Tal vez todos son honestos y saben que no deben tocar.

—Sí, claro, abogada. Por Dios.

Ella se dio la vuelta y regresó a sus tareas dentro del perímetro. Yo también me di la vuelta y estaba a punto de ir a buscar otro vehículo donde refugiarme cuando vi a otra agente del FBI que conocía. Esta no era una relación basada en el respeto mutuo. Todo lo contrario. No era otra que la agente principal de la oficina del FBI en Washington D. C. Había llegado al lugar mientras yo me calentaba las manos. Estaba acompañada por dos asistentes, absorta en una conversación y probablemente rezando para que el equipo de noticias captara su mejor perfil. Cuando me vio regresar, se dirigió hacia mí.

—¿Acabas de llegar? —fueron sus primeras palabras.

—No. He estado hablando con Jack Ames.

—¿Dónde lo has metido? —preguntó, mirando por detrás de mí.

—Lo envié a tomar declaraciones.

—Ahora, ¿no debería ser yo quien decida en qué ocupan su tiempo mis agentes?

—Si usted hubiera llegado cuando lo hicimos los demás, diría que sí. Pero como no fue así, esta era mi escena, mi equipo.

Ella sonrió y estudió mi atuendo.

—No has venido en tu trasto esta noche, ¿verdad?

—Mi Spyder y yo somos un equipo. Se niega a salir sin mí.

—Qué tierno, abogada.

—Entonces dígame, agente especial Marian. ¿Por qué está usted aquí en un tiroteo sin importancia? ¿El muerto es uno de sus diez más buscados?

—En realidad no. Pero fue el candidato presidencial del Partido Climático en dos mil dieciséis.

—Nunca había oído hablar de eso. ¿Quién es el tipo?

—Gerald Tybaum. ¿Recuerda? Quería disolver todas las agencias federales excepto Defensa.

—No lo sabía. Probablemente habría tenido mi voto si lo hubiera sabido —dije.

—Pero ya se ha filtrado. La prensa está llegando y vienen más en camino. Esto saldrá en todas las noticias de las diez.

—Bien, usted encárguese del comunicado de prensa y de los comentarios en televisión.

—¿Me está dando una orden, abogada?

Me enderecé por completo y la miré a los ojos.

—En realidad, sí.

Esta era mi escena. Ella seguiría mis instrucciones.

Se apartó y miró a cada uno de sus asistentes, que estaban de pie a cierta distancia, mientras la agente especial Marian hablaba conmigo. No parecían haber oído mi respuesta. La imagen de Marian seguía intacta.

—Pensaba hablar con la prensa, abogada. Es parte de mi trabajo.

—Perfecto. Y dígales que no hemos podido identificar el cuerpo todavía.

—Lo que nos dará tiempo para notificar a los familiares directos.

—Exactamente. Nadie quiere enterarse del asesinato de su esposo en las noticias de las diez.

Ella sonrió y asintió, dándose la vuelta. Sin decirme una sola palabra más, Marian desapareció, flotando de regreso a la escena con su séquito a cuestas. Decidí que era momento de ponerme en contacto con el compañero de Jack Ames, Marty Longstreet. Le diría a dónde había ido Jack. Marty era un perro de chatarrería, y si alguien podía encontrar algunos testigos, era él.

Encontré a Marty al otro lado de la cinta amarilla, hablando con un hombre que llevaba un maletín esposado a la muñeca. ¿Y ahora qué? me pregunté. Me acerqué a Marty, pero luego me hice a un lado con respeto mientras la conversación avanzaba. Por lo que pude oír —y no era mucho—, el hombre del maletín era un representante farmacéutico que había estado en la Casa Blanca para entregar unas muestras al Médico de la Casa Blanca. Después de salir de la Casa Blanca, se le ocurrió pasar por el Espejo de Agua. El agente Longstreet trataba de entender por qué un vendedor iría al Espejo de Agua después del anochecer. Pero, cuanto más avanzaba la conversación, más me daba cuenta de que el hombre formaba parte de un encuentro adúltero. No estaba dispuesto a decirlo directamente porque su esposa eventualmente se enteraría. Así que divagaba y dudaba, sin convencer a nadie de que solo quería ver el Monumento a Lincoln de noche. Oh, claro, sí, cómo no.

Insatisfecho con la explicación del hombre sobre su itinerario, pero quedándose sin tiempo, el agente Longstreet fue directo al grano.

—Dígame qué vio, señor.

—Ya le dije, estaba parado justo allá, en las sombras. No estaba prestando atención a la gente que venía o se iba hasta que vi a un hombre pasar corriendo junto a mí. Lo juro, pude haber extendido la mano y tocarlo. Justo detrás venía un hombre con la piel muy pálida, parecía que la cara le brillaba en la oscuridad. Corría como un velocista. Estaba alcanzando al otro tipo. Así que seguí mirando.

Justo donde está parado ese fotógrafo, el primer tipo se detiene de repente y levanta las manos, como si quisiera rendirse. El otro se detiene a unos tres metros, saca un arma y empieza a dispararle al primero por la espalda. El primer tipo cae en el estanque y queda flotando boca abajo. El tirador se acerca y dispara varias veces más. Luego se sube la capucha del abrigo y se aleja caminando. Yo estaba atónito. No hice nada.

—Espere. ¿Usted vio al tipo caer, llamó al 911, pero cuando llegaron los policías el estanque estaba congelado con el tipo adentro?

—No exactamente. Después de que pasó todo, me fui. Pero luego volví cuando iba de camino a casa.

—¿Por qué volvió?

—Me di cuenta de que había cámaras de video por todas partes. Me di cuenta de que tenían mi foto y podían identificarme. No quería que nadie pensara que tenía algo que esconder, así que aquí estoy.

—¿El tipo seguía en el agua cuando regresó?

—Habían pasado horas. Para entonces, ya era hielo sólido. Vi llegar a una pareja joven que se puso los patines. Dieron una o dos vueltas y se detuvieron. El chico sacó su celular. Supongo que fue él quien llamó al 911.

—¿Quiere decir que no llamó antes?

—No, no lo hice. No se suponía que debía estar aquí, oficial. Mi esposa va a divorciarse de mí cuando se entere.

El agente ignoró eso.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—Cuatro, quizá cinco horas.

—¿Dónde estaba?

—Estaba reuniéndome con un cliente. Cuando volví, todo era hielo.

—¿El estanque?

—Sí.

—Sabe, señor Wintergreen, me cuesta creer algunas cosas de esta historia. Si estaba encontrándose con alguien aquí, ¿por qué no lo dice directamente? Lo vamos a saber tarde o temprano.

Wintergreen se tambaleó hacia un lado y se apoyó en Longstreet para no caer. Fue solo entonces cuando me di cuenta de que había estado bebiendo. La mano del agente Longstreet salió disparada para sostenerlo. Longstreet continuó con sus preguntas, paciente y metódico, como el FBI en su mejor versión. Justo había tenido la suerte de tropezar con la entrevista de un testigo clave. Así que ya tenía lo que había venido a buscar: un caso que podía dejar con la conciencia tranquila en ese momento.

Me acerqué y le susurré al oído a Longstreet:

—Envié a Jack a tomar una declaración. Volverá.

Entonces localicé a la agente Marian y le dije que ella se haría cargo de la escena. Le dije que me estaba preparando para el juicio de mañana y que tenía que irme. Me lanzó una mirada de soslayo, claramente sin creer una palabra de mi cuento, pero asintió como si entendiera. Me di la vuelta y me marché antes de que se dijera algo más.

El camino a casa fue glacial. La temperatura sobre una motocicleta en movimiento es unos veinte grados más baja que la temperatura ambiente. Era un témpano de hielo cuando llegué a casa y guardé mi moto en el sótano.

Cuando me dirigía al ascensor, de pronto me detuve. Escuché con atención porque algo me había alertado. Allí estaba; lo oí de nuevo.

Rudolph estaba ladrando y llorando. Algo me decía que iba a encontrarme con un policía muy frustrado afuera de la puerta, intentando hacer que saliera para poder callar al perro.

Pero cuando llegué a mi piso y salí del ascensor, no había ningún policía y no podía oír a mi perro.

Me acerqué con cautela a mi puerta. No era propio de Rudolph simplemente dejar de aullar de golpe.

Tenía que haber alguien adentro que le había hecho algo. Tal vez ahora estaban esperando para hacerme algo a mí.

Deslicé la llave en la cerradura y giré.

Esto no era nada para una agente de la CIA que había matado a hombres muy grandes solo con sus manos.

¿Quién necesitaba detenerse y llamar a la policía para que la protegieran? El imbécil que estaba dentro de mi piso, ese era quien la necesitaba.

Capítulo Catorce

ANTONIA XIANG A MICHAEL GRESHAM (CONTINUACIÓN)

Cuando entré a mi piso, estaba lista para enfrentar lo que fuera. Todas las luces estaban apagadas, excepto la de la entrada. Avancé y encendí la luz de la sala. Rudolph vino arrastrándose, moviendo la cola.

Entonces vi a mi esposo dormido en el sofá. Rusty estaba en casa. Más tarde me dijo que había pasado el día siendo interrogado sobre otro caso de la CIA, algo que tenía que hacer para recibir su paquete completo de indemnización. Había conducido a casa medio dormido y ahí estaba, profundamente dormido y roncando como una locomotora.

Fui al sofá y me senté a su lado. Le pellizqué los dedos de los pies por encima de los calcetines. Los ronquidos continuaron. Me incliné y olfateé. Apestaba. Borracho como un cosaco.

—Oye —dije en voz baja—. ¡Oye, Russell!

Ronquidos ensordecedores. Le pellizqué los dedos de los pies y le hice cosquillas. Ninguna señal de vida. Así que fui por el pasillo hasta el armario de ropa blanca y regresé con el edredón de plumas de mi madre, el que estaba en su cama cuando falleció. Lo desplegué con cuidado y lo dejé caer sobre Rusty. No reaccionó, ni esperaba que lo hiciera. Mi suposición era que había presentado su renuncia en el

trabajo; que finalmente había decidido irse. Probablemente había hecho justo eso y luego procedió a salir y emborracharse hasta perder el sentido.

Y eso es justamente lo que pasa: Rusty nunca bebe. Tal vez una cerveza después de cortar el césped de mi madre. Pero usualmente ni eso. Así que lo que ocurrió hoy evidentemente tuvo un impacto enorme. Lo cual yo sabía que pasaría en algún momento. Por eso me había ofrecido a llamar al trabajo para decir que estaba enfermo y dejar que simplemente enviara una carta de renuncia. Rusty no quiso ni oír hablar del tema. Quería despedirse de sus amigos en la Agencia.

Lo dejé roncando en el sofá. En el dormitorio, me estaba desvistiendo para ir a la cama cuando oí un movimiento detrás de mí. Mi reflejo de sobresalto me hizo brincar. Caí en posición de defensa. Los ojos de Rusty se abrieron como platos. Alzó las manos.

—¡Estoy desarmado, Anty! ¡Lo juro!

Evidentemente, el edredón daba demasiado calor.

—Ve a darte una ducha. Hueles mal.

Me ignoró. En lugar de lavarse el olor del bar, se desvistió y se metió en la cama de su lado, y de inmediato volvió a quedarse dormido. Yo no. Estaba acelerada por todo lo que había visto y oído esa noche. Así que tomé un libro y lo abrí. Dos horas después, estaba profundamente dormida con la luz de la mesita de noche encendida, el libro sobre el pecho y el cuello adolorido por las dos almohadas bajo mi cabeza.

Miré hacia el lado. No estaba Rusty. Salté de la cama. Corrí y encendí la luz del pasillo.

—Estoy en la cocina, Anty —gritó, sin mucho titubeo en la voz. Así que fui y me senté frente a él, al otro lado de la mesa.

—¿Renunciaste? —pregunté.

—Claro que sí. Firmé su acuerdo de confidencialidad, firmé una docena de formularios más. Entregué mi identificación y mis armas. Todo el paquete completo. Arno dijo que me pagarían el tiempo de vacaciones acumulado en el próximo cheque.

—Bueno, me alegra que lo hayas hecho.

—Te dije que lo haría, Anty. ¿No te lo dije?

—Sí, me lo dijiste. Oye, ¿quieres unos huevos para acompañar tu cereal?

—Claro que sí. Me muero de hambre.

—Las dos veces que te he visto borracho, también estabas muerto de hambre. La mayoría de la gente vomita hasta las tripas después de una borrachera. Tú no, tú comes.

—¿Metiste a algún malo entre rejas hoy?

—No, es domingo. Solo la CIA trabaja los domingos. Para los espías es como cualquier otro día.

—¿No acabo de decir eso? ¿Cómo los quieres, revueltos o... revueltos?

—Ninguno. Los míos los quiero revueltos.

—Oye, buena elección. ¿Por qué no se me ocurrió a mí? ¿Sabes qué voy a hacer ahora, Anty?

—No, ¿qué vas a hacer ahora?

—Voy a abrir una tienda de cebos y aparejos de pesca.

—¿En Georgetown? Suena prometedor. Puedes atender a las personas que se atreven a pescar en el Potomac.

—Oye, no te rías. En esas aguas hay lubina rayada, de boca grande, de boca pequeña, sábalo, bagre e incluso pez cabeza de serpiente. Pero estoy seguro de que ya lo sabías.

—En realidad no, no lo sabía. Carnada y equipo suena perfecto. Ya veo que tendremos la vida solucionada, Rusty.

—Sabía que te gustaría la idea. Pero necesito capital inicial. ¿Tenemos algún ahorro?

—Tenemos unos pocos miles en la cuenta corriente y quizá cinco mil en la de ahorros.

—¿De verdad? ¿A dónde se va nuestro dinero?

—Pregúntamelo mañana si todavía te interesa.

—Cuéntame sobre esta noche. Supongo que te llamaron, ¿no?

—A un tipo le dispararon y cayó en el Espejo de Agua.

—Joder, ¿esta noche? ¿Estaba congelado?

—Más duro que una caballa... hablando de peces. Sí, estaba completamente congelado. Tuvieron que sacarlo con motosierras.

—Joder, ¿quién lo hizo?

—¿Quién le disparó? Un tipo con una cámara GoPro. Seis tiros. Una agrupación muy cerrada. Me recordó a tus agrupaciones.

—Bueno, esta noche tengo coartada. Estuve en varios bares de Georgetown. Incluso alguien intentó ligar conmigo.

—¿En serio? ¿Tuvo éxito?

—Sí, pero me acobardé. Me preguntó si estaba soltero y le hablé de mi hermosa esposa que me esperaba en casa. Eso zanjó el asunto.

—Rusty, toma. Come esto.

Raspé los huevos revueltos sobre un platito y se lo deslicé por la mesa. Él se lanzó con su cuchara de cereal.

—¿Sabes qué más pasó hoy?

—No, ¿qué más pasó?

—Llamé a un tipo del *Post*. Voy a soltar la sopa sobre lo que pasó en Moscú.

Se refería a cómo la CIA había negado todo conocimiento sobre él cuando lo arrestaron por dispararle a un agente de la KGB. La CIA lo repudió después de que lo atraparon. Rusty aún estaría en la cárcel si no fuera por el compañero de cuarto de su padre en la facultad de derecho: usted, Michael Gresham. Usted le salvó la vida a Rusty. Y a otras personas también. Evidentemente, Rusty quería armar un escándalo en los periódicos. Sabía que mañana lo convencería de no hacerlo. No tenía sentido que nos despidieran a los dos.

Así es. Rusty había sido despedido de la CIA, y yo lo sabía. Borracho, lo disfrazó de renuncia, pero yo sabía la verdad. Su tapadera había sido descubierta, ya no les servía de nada, y eso le dejaba un enorme vacío en su currículum cuando el próximo posible empleador le preguntara dónde habían estado esos quince años.

A partir de esta noche, era prácticamente imposible que consiguiera trabajo.

Pero la CIA lo sabía. Por eso Rusty tenía un cheque en el bolsillo de la camisa a su nombre, emitido por alguna empresa en Weehawken, Nueva Jersey. Era una tapadera de la CIA, por supuesto, pero el cheque era real.

Un millón de dólares, a nombre de Russell Xiang.

Saqué el cheque de su bolsillo y lo deslicé parcialmente bajo la tostadora.

Me miró y negó con la cabeza, con tristeza.

—Me pagaron. Me despidieron.

—Lo sé. Vamos a la cama. Quiero dormir abrazada a ti.

—Te amo, Anty.

—Come los huevos.

Capítulo Quince

Cuando Antonia terminó, le agradecemos y regresamos a mi oficina.

—Michael —dijo Holt dirigiéndose a mí—, probablemente también necesites repasar mi versión.

Asentí, y una vez de vuelta en mi oficina, Holt se sirvió una taza de café y se sentó frente a mí.

Entonces le dije:

—¿Puedes darme una visión panorámica, digamos desde seis mil metros, de la noche en que te involucraste en el caso?

—Claro. Mamie estaba en la cocina friendo una sartén de *hush puppies* cuando llegó la llamada. Yo estaba tirado en el suelo frente al televisor, intentando ver el partido entre los Bulls y los Wizards mientras mis hijos me daban una paliza. Son pequeños y pasan cada segundo que estoy en casa tratando de subirse a mi espalda. En fin, saqué el teléfono del bolsillo y contesté.

—Ronnie, Andrea al habla. Tenemos un hombre de hielo en la Explanada.

—Oh, no. Acabo de llegar a casa.

—Oh, sí. Pero por respeto a tu horario, le diré a la policía que saque al tipo y ponga barricadas, que tenemos que terminar de cenar antes de poder involucrarnos. Haré eso, imbécil.

—Voy en camino.

—Espera afuera. Paso por ti en diez.

Andrea Washington era mi compañera. Llevábamos seis años juntos en robos y homicidios. También era una excelente compañera. Me quité de encima a los pequeños y fui por mis abrigos en el pasillo.

—¡Tengo que salir! —le grité a Mamie—. ¡Lo más que estaré fuera son tres horas!

Sin respuesta.

—¿Me oíste?

—Sí, sí, sí. Deja de gritar, Ronnie. Escuché que vas a salir. Me imagino que es otra escena del crimen. ¿O tienes a un informante enganchado y necesitas preservar su declaración?

—Algo así. Un cadáver en el Espejo de Agua.

—Eso sí que es un chapuzón frío en el estanque.

—Peor que eso. El tipo está congelado en el hielo.

—¿Se congeló el estanque?

Nos encontramos en el pasillo, a medio camino entre la cocina y la puerta principal. Nos abrazamos y besé la parte superior de su cabeza.

—Está bien. No me esperes despierta. ¿Cuentos para los niños esta noche, sí?

—Haré lo mejor que pueda —prometió la madre de mis hijos. Yo era el cuentacuentos, no ella.

Luego estaba afuera, en la calle frente a nuestra casa, esperando a que Andrea pasara a recogerme. Cinco minutos después, apareció. El Chevy se acercó lentamente, ella se inclinó hacia el otro lado y empujó la puerta del pasajero para abrirla.

—Hola, Andy. ¿Qué pasa? —dije mientras subía.

—No mucho, si no cuentas al señor Cubo de Hielo.

—¿Ya estuviste en la escena?

—Solo brevemente, porque estaba por la zona. Luego te llamé, me fui de allí y vine aquí.

Nos alejamos del bordillo. La calefacción estaba a todo volumen y me quité los guantes. Frotarme las palmas parecía ayudar contra el frío.

—¿Alguna identificación del tipo?

—Sí. Se llama Gerald Tybaum.

—He oído ese nombre. Ponme al tanto, Andy.

Dio una vuelta en U al final de mi calle y pasó de regreso frente a mi casa a cincuenta y seis kilómetros por hora, acelerando. Ahora teníamos prisa.

—Tybaum fue uno de los candidatos a la presidencia en las últimas elecciones.

—¿En serio? Seguro que hay una gran historia detrás de este crimen.

—Seguro. Ya hablé con alguien que dijo que Tybaum estaba vinculado con fondos desaparecidos de su comité de acción política. Qué tan cierto sea no lo sé.

—¿Cuál es su comité? Estoy seguro de que no lo sé.

—El de Tybaum se llamaba GULP. Fue creado para recolectar contribuciones de campaña y construir un fondo de guerra para su elección.

—¿En serio? No se puede inventar algo así —dije—. En el último año o dos, todos los casos que me asignan parecen tener algo de locura en alguna forma u otra. ¿Por qué nos llamaron a nosotros? ¿No se supone que los del FBI se encargan de esto?

—El FBI todavía no ha aceptado ni rechazado el caso. Así que somos tan oficiales como ellos. Claro que su equipo forense es quien lo está procesando, no el nuestro.

—Ellos tienen el mejor laboratorio forense, no hay color.

—Nosotros tenemos un montón de payasos con bolsitas y cámaras Polaroid en el Distrito.

—Cierto es.

Seguimos el resto del camino en silencio. El caso parecía tener el potencial de ser algo más interesante que un triángulo amoroso o soldados del narco peleando por territorio. La idea de una gran suma de dinero desaparecida de un comité político era muy bienvenida en mi repertorio de casos inusuales, de los cuales esa noche había tal vez uno, tal vez ninguno, dependiendo de si el FBI aceptaba el caso o lo rechazaba dejándolo para nosotros, los policías de la ciudad.

Llegamos a la escena y estudiamos las marcas de pruebas del CSI del FBI esparcidas por el área donde se habían encontrado

casquillos y otros restos del crimen. Examinamos las huellas en la nieve (fotografiadas), una cámara GoPro (etiquetada y embolsada), la mayor parte de un cigarrillo con el extremo apenas quemado, y minucias que no tenían relación con nada. Luego hablamos con los agentes especiales del FBI Jack Ames y Marty Longstreet. Ames desapareció para tomar una declaración. Después hablamos con la fiscal federal adjunta Antonia Xiang y obtuvimos una visión panorámica del caso. Ella vestía un traje de motociclista, guantes y una sudadera con capucha debajo. Mientras hablaba con ella, Andrea jugueteaba con el carrito de evidencia, y noté que sacaba la cámara GoPro de su bolsa, que aún no estaba sellada, aunque no sabría decir por qué. Tal vez para que alguien que no fuera del CSI pudiera estudiar las imágenes de la cámara. Luego me llamó:

—Ronnie, ven a ver esto.

Me uní a ella. Sostenía la cámara.

—Mira esto. Puso el video en la cámara para que lo viera. Era, más o menos, la persecución a pie entre el asesino y Tybaum mientras avanzaban por la Explanada y terminaban en el Espejo de Agua. Se escucha una respiración agitada y algunos gritos, luego seis explosiones distintas cuando el arma pone fin a la persecución. Luego vemos a Gerry caer de cara en la piscina, la cámara gira en un ángulo de 180 grados, y después vemos el concreto acercarse rápidamente a la lente como si la cámara cayera al suelo y fuera abandonada, probablemente porque está oscuro y es difícil de encontrar, sumado a la emoción del momento y la necesidad de huir. Luego Andrea lo reproduce de nuevo. Esta vez noto una anomalía: varios segundos de una toma de un gran gato atigrado amarillo acostado al sol sobre una mesa de cocina. Sabes que es una mesa de cocina porque hay saleros, pimenteros de plata y un servilletero.

—Está bien —le dije a Andrea—. Veo al gato, ¿y qué?

—El gato pertenece al tirador. La mesa está su cocina.

Tomé la GoPro con mis propias manos. Calculé que pesaba unas ocho onzas. Miré su parte trasera. Metadatos, pero nada más; sin iniciales, sin número de serie, nada allí.

—Bien. Ya la revisé —dije—. No veo nada que relacione al gato y al tirador.

Andrea sonrió, lo cual rara vez hace, ya que Andrea, en el trabajo, es todo profesionalismo y no se da mucho a las sonrisas ni a las cortesías.

—Lo sé, lo entiendo. Pero aquí está la lógica de lo que pasó. El tirador estaba probando su nueva GoPro en la mesa de su cocina. Tiene un gato que le disputa la custodia de la superficie de la mesa. El tirador presionó el botón correcto y se grabó un breve video protagonizado por el felino.

—¿Qué tan segura estás de eso?

—Un cincuenta y cinco por ciento, tal vez.

—Eso pensé. Pero partamos de la idea de que el gato y la mesa sí pertenecen al tirador. ¿Adónde nos lleva eso?

Pensó durante un minuto. Luego dijo:

—Tenemos que recorrer las tiendas locales que venden esta GoPro. Tenemos que llevarla y ver si pueden rastrear su número de serie hasta un nombre. Ese nombre será nuestro tirador. Luego vamos a la residencia del tirador e intentamos confirmar la pista binaria de mesa y gato. ¿Hasta aquí me sigues?

—Vaya, eres buena, Andy.

—Solo lo dices por decir, pero es lindo, Ronnie. Entonces ¿por dónde empezamos? ¿Qué tienda de fotografía?

—De regreso a mi casa. Tomaremos mi portátil y haremos algunas búsquedas. Así podremos estar listos a primera hora de la mañana.

Andy nos llevó de regreso a mi casa. Mamie seguía despierta, pero los niños ya estaban en la cama, y eso fue un alivio. Andy y yo nos retiramos a mi oficina doméstica dentro del cuarto de lavado, apenas lo suficientemente grande para un escritorio y dos sillas plegables. Luego encendí mi portátil. Hicimos varias búsquedas. Aprendí algo sobre GoPro: que es muy popular y se vende en cientos de tiendas en el área metropolitana de Washington. Seleccionamos tres tiendas importantes desde Google y decidimos que iríamos a BestBuy a primera hora de la mañana.

Luego nos unimos a Mamie en la sala familiar. Ella bajó el volumen del televisor y se giró para mirarnos.

—No seas tímida, Andy. Hay sobras en el refrigerador y helado en el congelador.

—¿Hay café?

—No, pero puedo tener una cafetera lista en dos minutos —dije. Así que me puse manos a la obra.

Hablamos durante una hora, sobre todo de la familia y los niños, pero también de gatos atigrados amarillos y mesas de cocina soleadas.

Mamie y yo teníamos exactamente el mismo arreglo en nuestra cocina. Excepto que no teníamos gato, así que eso me eximía del crimen.

Eso, y el hecho de que no le había metido seis balas en la espalda a nadie.

No en años.

Capítulo Dieciséis

Antonia dijo solemnemente:

—Michael, ¿puedo pedirte un gran favor?

—Claro —dije—. ¿Necesitas que te preste cincuenta mil? No hay problema.

—Te agradecería si llamaras a Rusty y hablaras con él sobre unirse a tu equipo como investigador interno. Necesita un trabajo y una llamada tuya podría hacer maravillas.

—Me parece bien. Necesito un investigador propio porque Tybaum no es el único caso que tengo, como sabes.

Parpadeó con fuerza.

—Lamento la carga de casos tan rápida. Necesitábamos un fiscal con experiencia, y en ti tenemos mucha confianza. No solo recibiste muchos casos, también te tocaron muchos difíciles. Necesitas a alguien como Rusty, así que ni siquiera me siento culpable.

—De acuerdo —dije—. Cualquier ayuda es bienvenida.

Así que esa noche llamé a Rusty y acordamos encontrarnos. Él vendría al Hyatt y comeríamos un sándwich, solo nosotros dos.

La cosa es que Rusty Xiang es mi hijo, fruto de haber embarazado a su madre durante una noche loca mientras su novio estaba en el hospital. Henry era mi compañero de cuarto en la universidad y Mai Yung había sido su novia. Una noche en que Henry

fue hospitalizado, Mai y yo dormimos juntos. He confesado este hecho muchas, muchísimas veces en el confesionario de Nuestra Señora de las Penas Constantes. Siguiente diapositiva, por favor. Aquí está una de nuestro bebé, Russell Xiang. El chico al que le mintieron sobre su padre hasta hace seis meses en Moscú, cuando durante su juicio con jurado salió a la luz que yo era su papá. No habíamos hablado desde entonces porque le prometí a su madre que no me metería. Pero ahora que parecía que mi hijo tenía problemas, simplemente no podía quedarme de brazos cruzados sin intentar ayudarlo. Especialmente porque Antonia me lo había pedido.

El Article One Lounge era el bar y restaurante del hotel, un lugar donde podías tomar una cerveza y un sándwich sin que fuera un gran evento. Pensé que funcionaría mejor porque, a diferencia de un restaurante formal, no requería una hora entera mientras pasaban varios platos. El Article One ofrecía sándwiches y aperitivos, lo que nos daba a cualquiera de los dos la oportunidad de levantarnos e irnos si la situación se volvía incómoda. Rusty debió saber por qué lo elegí; no dudó en aceptar venir.

Llegó a las siete y cuarto con vaqueros azules, botas y una sudadera de la Universidad de Georgetown.

—¿Estudiaste en Georgetown? —le dije cuando se sentó a mi lado.

—Sí. Doctorado en Ciencias de la Computación.

—No sé por qué, pero pensé que me habías dicho en Rusia que era Ingeniería de Software. Alguien me dijo eso.

Pidió un vaso de cerveza de barril.

—Bueno, alguien se equivocó. Ingeniería de Software era lo que hacía en la Agencia.

—¿Se supone que puedes decirme eso? —pregunté—. ¿No es algo de seguridad nacional?

—No con mi propio padre, no lo es. Que se jodan.

—¿Todavía estás molesto porque la CIA te desautorizó en Rusia?

—¿Tú no lo estarías?

Bebió un trago de cerveza.

—Sí —dije—, lo estaría. Estaría furioso con ellos. Pero eso es política. El gobierno intentaba avergonzar a los rusos para forzar

conversaciones de desarme nuclear. No podía permitirse quedar en ridículo por tu espionaje.

—Pues que así sea —dijo con un gesto de la mano—. Les dije adiós, así que ese tema ya lo dejé atrás hace rato.

—Bien por ti.

—¿Y bien? ¿Así empieza nuestra nueva relación padre-hijo?

Eso me descolocó. No esperaba ese tipo de sarcasmo. O tal vez sí. Da igual; me hizo retroceder.

—Mira —dije, intentando recomponerme—, esto puede ir como tú quieras, Rusty. Por mi parte, estoy abierto a ser tu amigo. También quiero hablar sobre una oferta de trabajo para ti. Eso, si te interesa.

—Lo de amigos está bien. Dejémoslo ahí.

Otro trago de cerveza.

—¿Y lo del trabajo? —añadió.

—Ahora estoy en la Fiscalía Federal aquí en D.C.

—Sí, creo que Antonia mencionó eso.

—Voy a necesitar un investigador, así que pensé en ti.

—¿Cuánto pagan?

—Diría que cien mil para empezar.

—Eso es más de lo que ganaba en la CIA.

—Tengo el presentimiento de que valdrás cada centavo.

—Bueno, Anty lleva tiempo diciéndome que consiga un trabajo.

—Antonia tiene razón. No ayuda a nadie evadirse de la vida.

—¿Quién ha hablado de evadirse? He estado solicitando plaza en la facultad de derecho. Pero para ser sincero, no es lo mío. Creo que me gusta mucho más lo encubierto.

—Parece que se te da bien, Rusty —dije, aludiendo a su tiempo en la CIA.

—Se me daba —dijo con un resoplido—. Pero eso fue antes y esto es ahora. ¿Cuándo empiezo?

—¿El lunes? ¿Demasiado pronto?

—No. Conseguiré una licencia y estaré listo.

—No necesitas licencia. Serás un agente juramentado.

—Como sea; estoy disponible, Michael.

—Michael está bien. Me funciona.

—Claro, a mí también.

Comimos nuestros sándwiches, criticamos a los Wizards y nos quejamos de los Redskins, y nos despedimos justo después. Ambos nos sentimos aliviados de dar por terminada la noche. Sin embargo, había salido bastante bien. Ahora tenía a un hijo adulto en mi vida.

Algo que había querido desde que nació, pero algo que había dejado de lado.

El círculo se cerraba.

Capítulo Diecisiete

Annie no estaba sola en su visión, en su extraña habilidad para perfilar personas. Me había perfilado a mí y me había dejado impactado con lo que vio. Pero yo también pensaba en ella y en lo que sabía sobre ella. Mi razón para hacer esto era simple y algo egoísta: quería romper la barrera y hablar con ella, un diálogo de ida y vuelta, compartir nuestros pensamientos y sentimientos. ¿Por qué? Por un lado, ya amaba su dulce espíritu. Pero había una razón aún más profunda: quería ver qué había dentro de ella. Quería saber cómo funcionaba; quería hablar con la fuente de su genialidad. Ella era, al final de cuentas, mi máquina Enigma. Nunca antes me había sentido tan atraído por otra persona. Pero atraído en el buen sentido; solo quería cosas buenas para la niña y, para determinar cuáles eran esas cosas, necesitaba que Annie hablara conmigo.

Como dije, también pensaba en ella mientras ella me perfilaba a mí.

¿Cómo establecer contacto con la Annie de pocas palabras? La lógica no bastaba. Las sensaciones viscerales, los olores y los sonidos no servían; no hacía falta hornearle un pastel de cumpleaños, pasaría desapercibido. Lo mismo con la música: ni siquiera parecía oírla, explicó su hermano cuando él, Mona y los

profesionales de la salud mental intentaron la musicoterapia. Ni un solo músculo facial se movía. Entonces ¿qué me quedaba?

Por mi parte, no sabía casi nada sobre lo que quería hacer: establecer contacto y mantener una conversación con Annie. No tenía títulos especiales, y nunca me había enfrentado a una situación así. Sin embargo, ser un completo aficionado como yo tenía su ventaja: no se había intentado nada, así que no había fracasos previos.

Pensé en ella una y otra vez. Entonces recordé algo que Mona me había contado sobre la memorización y recitación de todas las razas de gatos. ¿Gatos? ¿Era algo aleatorio o eran los gatos algo en lo que ella pensaba? Tal vez incluso algo que quería tocar, sentir, escuchar.

Así que la palabra saltaba ante mí una y otra vez: gatos.

Annie tenía una conexión especial con los gatos, razoné. Eran la única cosa que Mona parecía intuir que tal vez le traía una gran alegría, tal vez incluso la hacía ser completa. Si eso era siquiera posible, no lo sabía.

No podía llamarla por teléfono e invitarla a un evento. No podía llamarla porque sabía que no hablaría conmigo por teléfono. Tenía que ir a su casa en persona para tener alguna posibilidad de llegar a ella.

Llamé a Jarrod y concerté una cita para verla. Llegué exactamente a la hora acordada y Jarrod me hizo pasar.

Ella estaba en casa, dijo él. Primero lo llevé aparte y le expliqué lo que tenía en mente.

—Me encantaría llamar amiga a Annie. Lo que significa que quiero que me hable.

—¿Por qué?

—Porque es una persona única y hermosa, y me gustaría mostrarle mi mundo»i.

—Guau. Eso me llega.

—Bien. Me alegra que así sea.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Jarrod.

—Déjame llevarla a un lugar público que tengo en mente. Tú también puedes venir para vigilarla.

—Tiene sentido. Sí, yo también iré.

—Reunámonos en mi coche. Saldré a encenderlo para que se vaya calentando.

Cinco minutos después salieron de la casa, Jarrod y Annie, la chica corriendo adelante, bailando hasta mi coche y su interior cálido. Ayudé a Jarrod y puse su silla de ruedas en el maletero de mi coche.

Nuestro destino era el Centro de Rescate y Adopción de Animales del Gran Washington. Llegamos treinta minutos después de salir de la casa de Annie, ya que había bastante tráfico aunque ya había pasado el mediodía. No se dijo una sola palabra en todo el trayecto. Aparqué, apagué el motor y me giré en el asiento para mirar a Annie, que iba en el asiento del copiloto.

—Annie, vamos a entrar a ver algunos animales. ¿Te gustaría?

En algún momento del trayecto, ella había recaído en un comportamiento que ya había visto antes: se mecía hacia adelante y hacia atrás, con los brazos rodeándose el cuerpo y emitiendo gemidos bajos desde la garganta. Cuando le hablé, no me respondió ni mostró ninguna otra reacción. Así que, con mi intento renovado por la imposibilidad de la tarea, rodeé el coche y la ayudé a salir. Luego saqué la silla de ruedas de Jarrod del maletero y los tres entramos al lugar.

Nos acercamos a la joven que estaba detrás de un mostrador a la altura del pecho.

Estaba revisando unos papeles rosados extendidos frente a ella, pero al vernos levantó la vista y nos dedicó una cálida sonrisa.

—Hola, soy Nellie. ¿Vienen a dejar o a recoger hoy?

—Estamos aquí para ver los gatos —dije—. ¿Por casualidad tienen alguno hoy?

Me miró como si estuviera loco.

—Siempre tenemos gatos, señor. Déjeme llamar a alguien. ¡Cynthia, al mostrador! ¡Cynthia!

Minutos después, una chica de edad escolar, no mucho mayor que Annie, entró por la puerta trasera. Llevaba vaqueros, una camiseta y, encima, un delantal de hule que le cubría el frente desde

la cintura hasta la barbilla. En el frente decía: «¿Tienes gatos?» en letras color verde azulado. Era nuestra persona, lo supe al instante.

—Quieren ver los gatos, Cyn —dijo la joven detrás del mostrador—. ¿Estás libre?

—Sí —dijo Cynthia—. ¿Cómo se llaman ustedes?

—Yo soy Michael y ella es Annie. Annie está muy callada hoy y probablemente no dirá mucho.

—Soy Jarrod. Yo solo miro.

—Está bien, perfecto, síganme.

Lo hicimos. La seguimos de nuevo por la puerta trasera, luego por otra, y después por un pasillo de quince metros flanqueado por jaulas a ambos lados, llenas de perros de todas las descripciones, colores y razas. El alboroto —ladridos, aullidos y llantos— era ensordecedor. Apresuramos el paso hacia el interior, pero Jarrod se detuvo en la entrada. Decidió no seguirnos al área de los perros al ver la pasarela de tablones de madera frente a él.

—Estaré en la oficina principal —dijo, y desapareció.

Cynthia, Annie y yo atravesamos rápidamente el área de los perros y salimos por el extremo opuesto. Cynthia cerró la puerta tras nosotros.

Luego se volvió hacia mí.

—¿Qué tipo de gato buscan?

Hice un gesto hacia Annie.

—¿Por qué no caminamos y los vemos? —dije—. Podemos ver si Annie reacciona.

—Claro, iré despacio.

Ella empezó a avanzar lentamente entre las jaulas repletas de gatos a ambos lados del estrecho pasillo. Cynthia iba al frente, luego Annie y después yo. No habíamos dado ni tres pasos cuando Annie, de pronto, se agachó y metió los dedos en una jaula. Vimos que intentaba tocar a un gran gato atigrado amarillo. Miró a Cynthia y luego a mí.

—¿Cómo se llama?

Estaba atónito. ¡Annie había hablado!

—Puedes llamarlo como quieras —dijo Cynthia—. ¿Qué nombres te gustan?

—Frankly.

Cynthia me miró. Yo miré a Annie.

—¿Quieres llevarte a este gato a casa?

—¿Para qué?

—Para cuidarlo. Para jugar con él. Para quererlo.

Me ignoró y, en cambio, se acercó mientras Cynthia se agachaba para sacar al gato de su jaula. La ayudó a sacarlo y luego lo puso en los brazos de Annie. El rostro de Annie se iluminó. Nunca antes le había visto ninguna expresión. Y lo digo en serio: ninguna.

Pero ahí estaba: sonriendo y acariciando a su gato con dos dedos. Luego usó toda la mano.

—Frankly —le dijo al gato—. Ven conmigo ahora mismo.

—¿Nos llevamos a Frankly a casa?

Annie, acariciando la espalda del gato, asintió.

—Quiero llevarlo a casa.

—¿Te gusta? —le pregunté, intentando provocar alguna emoción en ella.

—Es un buen gato —respondió ella. Entonces se volvió hacia mí—. ¿Puedo quedármelo, Michael?

Ahí estaba: me había llamado por mi nombre. Lo había logrado.

—Sí, Jarrod me dijo que podías tener un gato. Estoy de acuerdo. Vamos a pagar y llevar a Frankly al frente para que lo revisen.

Con las vacunas, la castración y las tasas municipales, Frankly costó 225 dólares. Pagué con mi Visa y nosotros —ya éramos cuatro, contando a Frankly— salimos rápidamente hacia mi auto. De nuevo, la silla de ruedas fue al maletero después de ayudar a Jarrod a subir al asiento trasero. Annie y yo nos metimos dentro. Para entonces, noté que Annie había acurrucado a Frankly dentro de su abrigo y se lo había cerrado. Ya lo estaba protegiendo; sabía qué hacer sin que nadie se lo dijera. Me lo apunté mentalmente.

Luego condujimos a casa.

Una vez de vuelta, mientras Annie miraba a Frankly golpear la cortina que daba al patio trasero, le pregunté a Annie si quería a Frankly.

—Quiero a Frankly. Y quiero a Michael Gresham. Mi amigo.

Eso fue todo lo que hizo falta. A partir de entonces, Annie y yo nos hablábamos.

Seguimos conversando hasta el día de hoy. Y Frankly sigue con nosotros.

También hay otros dos rescatados que han venido a vivir con Annie y Frankly.

Capítulo Dieciocho

Un día después de que hablamos, el detective Holt me llamó. De hecho, dijo que iba camino a hablar con el senador Jessup. ¿Quería acompañarlo? Sí, le dije. Así que partimos en su todoterreno sin distintivos.

Holt metió su vehículo en el estacionamiento para visitantes bajo el edificio del senador Jessup. Estaba en la calle H, no muy lejos del edificio de oficinas del Congreso Hart, en la calle 2. Mientras caminábamos del estacionamiento al ascensor, noté que el detective movía deliberadamente el brazo contra la pistolera del hombro. Evidentemente, el peso era el correcto, lo que significaba que el arma estaba en su lugar. Revisarla era una costumbre muy antigua para la mayoría de los detectives que yo conocía. Todos decían lo mismo al respecto: que no podían imaginar el día en que se jubilaran y ya no estuvieran casados con un arma oculta. Holt encajaba perfectamente en ese molde.

Subimos en el ascensor. El escritorio del FBI le había dado a Holt la dirección del senador en el octavo piso. Bajamos en el ocho y giramos a la derecha. Al fondo del pasillo, luego otra vez a la derecha. Nos detuvimos en el 836 y Holt tocó el timbre.

Pude oír a alguien al otro lado de la puerta. La mirilla cambió de color.

—¿Quién es? —preguntó la voz de un hombre.

—Policía del Distrito, senador. Abra un poco la puerta y le mostraré mi placa.

La puerta se abrió con la cadena de seguridad puesta. Holt abrió su cartera de identificación y placa, y las extendió por la abertura.

—Está bien, oficial, retroceda.

Holt retiró el brazo y retrocedió mientras la puerta se cerraba y luego se abría por completo.

El senador vestía una bata de seda, pantuflas negras y fumaba una pipa blanca. El aire estaba impregnado del olor a tabaco de manzana. Nubes de humo flotaban por toda la sala. Holt me lanzó una mirada y puso los ojos en blanco. Esa mirada decía que nunca había estado en la casa de un funcionario de tan alto nivel y que toda la experiencia lo intimidaba bastante. Me recordé a mí mismo que debía mantener la compostura, que el tipo era solo un senador de los Estados Unidos que podía lograr que nos despidieran a los dos con una sola llamada.

—Ron Holt, Policía del Distrito —dijo Holt mientras esperábamos a que nos invitara a sentarnos.

—Y yo soy Michael Gresham —dije mientras me inclinaba y extendía la mano, que Jessup estrechó. Luego indicó que nos sentáramos—. Soy el fiscal federal adjunto en el caso Tybaum.

—Esto debe ser urgente si no podía esperar hasta el horario de oficina de mañana —gruñó el senador. Cruzó los brazos, echó la cabeza hacia atrás y miró a Holt de arriba abajo—. Está bien, siéntense, caballeros. Me ponen nervioso ahí de pie. ¿Dice que es policía? —le dijo a Holt. Luego, dirigiéndose a mí—: Y usted, no entiendo ni por qué está aquí. No es investigador.

—¿Doy la talla, senador? —preguntó Holt con una gran sonrisa.

—Sabe, en realidad no —dijo Jessup con cara de pocos amigos—. Mi primera impresión es que usted es un farsante.

—¿Un farsante?

—Escúcheme, hijo, se le nota en la cara. Anda tras el puesto de alguien de más arriba. Es un aspirante al trono de otro. Admítalo, le queda bastante bien, ¿no es así?

Observé el rostro de Holt. Podía notar que pensaba en alguien del departamento de detectives. ¿Quizá su jefe?

—No creo que eso me describa en absoluto. No quiero el trabajo de nadie —proclamó Holt—. Ni siquiera quiero el trabajo que tengo ahora, senador, pero tengo que comer.

El senador se rio.

—Buena réplica. Pero ambos sabemos que está mintiendo descaradamente, hijo. Pero está bien, lo dejaremos así. Por ahora.

—Senador Jessup, estamos investigando un tiroteo en el Espejo de Agua. Tenemos información de que usted estaba allí y pudo haberlo presenciado. El FBI ya habló con usted pero tenemos varias preguntas de seguimiento.

—Pensé que le dejé claro al FBI que en realidad no presencié nada. Sí escuché disparos, pero no vi nada. No puedo ayudarlos, señores.

—Tenemos una testigo, una joven, que dijo que usted giró la cabeza después del primer disparo y vio cómo se efectuaban los demás. ¿Estaría equivocada?

—Lo estaría. ¿De quién están hablando?

—¿No estaba usted acompañado de una joven, por decirlo suavemente?

—Bueno, sí, estaba allí. Le estaba mostrando los terrenos del Capitolio a una electora. Pero no tengo conocimiento de ningún tiroteo.

—Senador, antes de que se adentre demasiado en eso de mentirle a la policía me gustaría mostrarle un video. Fue grabado esa noche por una joven.

Holt levantó su celular y presionó el botón de reproducir. Se reprodujo el video de la joven prostituta. Jessup, en su sala de estar, se miraba a sí mismo en el Monumento a Lincoln metiendo y sacando su pene de la boca de una joven con el torso desnudo, mientras la cabeza de Jessup se balanceaba hacia arriba, con los ojos en blanco. Confirmaba el peor temor de cualquier cliente: que había video. Era una *selfie*. O, más precisamente, una *selfie* de dos. Jessup vio el video, lo vio una segunda vez y parpadeó con fuerza.

—Y-yo-yo... —se quedó congelado, sin palabras.

Entonces el senador se recompuso. Abrió bien los ojos, tensó los hombros y extendió las manos hacia el celular de Holt. Holt lo apartó y le dedicó al senador su mejor sonrisa.

—No, no, no, Stanley E. Jessup. Propiedad del gobierno. Además, puedo enviarle una copia. Ahora, sobre ese ascenso en el trabajo que usted decía que yo quería... ¡Es broma! No, este video no se usará para extorsionarlo, senador, pero sí garantizará que relate con precisión lo que vio esa noche desde las escaleras del Monumento mientras la chica cumplía con su deber. Ahora, primero, ¿presenció usted el tiroteo en sí?

—Nunca miré en dirección al Espejo de Agua.

—No le creo, senador. Ambos podían ver el estanque a su izquierda, la derecha de ella. ¿No miró después del primer disparo?

—No, no lo hice.

—¿Tiene usted problemas de audición, senador Jessup?

—No, ¿por qué?

—Porque el asesino vació su arma en la espalda de la víctima. ¿Y usted dice que no miró después del primer disparo ni presenció los siguientes cinco?

—No lo hice. ¿Cómo más puedo decirlo?

—Entonces, ¿por qué no miró?

—Detective, ¿alguna vez ha tenido su pene en la boca de una mujer hermosa y con el torso desnudo?

—Sabe, creo que yo seré quien haga las preguntas, senador. Centrémonos en usted.

—Bueno, ya casi termino. Puede que tenga que llamar a mi abogado si esto continúa.

—Podemos hacer eso. Puedo arrestarlo como persona de interés y llevarlo al centro ahora mismo, si quiere. Luego podrá llamar a su abogado desde la comodidad de su celda. Eso sí, después de que los fotógrafos terminen con usted. Siempre damos cierto acceso a los fotógrafos cuando tenemos a alguien de renombre como usted. ¿A la señora senadora le molestaría ver su foto en el periódico junto con un artículo que describa lo que estaba haciendo?

—Puede que haya mirado, pero no estoy seguro. Por eso no puedo decir con certeza que lo hice.

—¿Qué podría haber visto?

—Puede que haya alcanzado a ver bastante bien al tipo con el arma.

—¿Puede describirlo?

—A él no, no puedo. Pero puedo describir la ropa que llevaba puesta.

—Claro, adelante.

—Llevaba pantalones oscuros y una chaqueta gruesa de esquí. Hacía un frío terrible.

—¿Por casualidad conocía al tipo que vio?

—Eso es un poco más difícil. No podría jurarlo.

—¿No podría o no quiere?

—No era un rostro desconocido.

—Entonces dígame sobre ese rostro no desconocido. ¿Tiene un nombre?

El senador soltó un largo suspiro y se dejó caer de nuevo contra el sofá.

Dígame el nombre, por favor, senador.

—De acuerdo, pero no lo oyó de mí.

—No puedo aceptar ese trato.

El senador se encogió de hombros y una expresión astuta cruzó su rostro.

—Entonces no recuerdo bien ningún nombre.

—No, no juegue conmigo, senador. Estamos hablando en serio ahora.

Jessup se desinfló. Abrió la boca y rugió:

—¡Maldita sea!

Holt y yo nos sorprendimos por la intensidad de su voz y su exclamación.

—¿Entonces quién era?

Jessup negó con la cabeza.

—No lo van a creer.

—Pruébeme.

—Era el vicepresidente Jonathan S. Vengrow.

—¿El vicepresidente de los Estados Unidos?

—Sí.

—¿Y juraría eso bajo juramento?

—Sí, pero solo si no hay otra manera.

—¿Hay otra manera?

—¿No puedo simplemente contárselo a su gran jurado y no tener que ir a juicio?

—Es una posibilidad.

—Si sale a la luz que estuve allí con una prostituta, me arruinaría.

—Eso arruinaría a casi cualquier hombre con esposa. O a un hombre con electores que creen que su senador solo se dedica a hacer buenos tratos y a asar malvaviscos.

—Bueno, especialmente a este.

Holt levantó la vista de sus notas.

—¿Por qué especialmente a este?

—Porque el tipo al que le disparó el vicepresidente era alguien que yo conocía.

—¿Quién podría haber sido?

—Gerald Tybaum.

—¿Por qué importaría eso?

El senador soltó un largo suspiro.

—Porque hay una conexión.

—¿Entre quién y quién?

—El tipo muerto y el vicepresidente Vengrow.

—Cuénteme sobre la conexión, por favor.

—El tipo muerto se tiraba a la esposa del vicepresidente. Eso es de dominio público en el Capitolio. ¿Esa conexión le basta a la policía?

Me quedé congelado en mi silla, con los ojos clavados en el senador Jessup. Holt asentía y —hay que reconocerlo, considerando lo que acabábamos de oír— mantenía la calma.

—¿Se van ahora?

—Sí, nos vamos ahora. Ha sido muy útil.

—¿Van a dejar mi nombre fuera de esto?

—Sí, lo haré. Al menos por ahora.

El rostro del senador Jessup se iluminó, luego se apagó.

—Eso es lo mejor que se puede esperar, lo sé. Lo sé. Ahí está el vicepresidente de los Estados Unidos asesinando al candidato

presidencial del Partido Climático por tirarse a su esposa y ahí estoy yo, con mi verga en la boca de una chica, presenciando todo. Sus representantes electos trabajando para mejorar su vida. Maldito sea.

—Una cosa, senador. Alguien tiene que preguntar, y bien podría ser yo, porque podría tener que ver con lo que usted vio.

—Adelante. No puede ponerse peor.

—Aquí vamos. ¿Alcanzó el clímax?

—Sí.

—¿Y aun así estaba viendo el asesinato mientras lo hacía?

—No, aparté la mirada.

—¿A dónde miraba?

—Tenía los ojos cerrados.

—¿Acababa de presenciar un asesinato y aun así se dio la vuelta y cerró los ojos?

—Diga la verdad, detective. ¿No lo haría usted si estuviera en pleno clímax?

Holt movió los pies con incomodidad y se levantó de su silla. Yo hice lo mismo.

—Bueno —dijo el senador, con una leve sonrisa en el rostro—. ¿No cerraría usted los ojos?

—Yo hago las preguntas. Gracias, senador.

El senador Jessup asintió lentamente.

—Entonces lo tomaré como un «sí».

—Recibirá una citación del gran jurado para que podamos preservar su testimonio mientras el jurado considera los cargos contra el tirador —dije.

Jessup había recuperado la compostura y no cedía.

—Hice una pregunta, oficial. ¿Usted no cerraría los ojos también?

Holt me sacó de allí y nos dirigimos al ascensor.

Holt seguía negando con la cabeza cuando la puerta se cerró con un silbido detrás de nosotros en el ascensor. Entonces lo absurdo de la escena le arrancó una sonrisa.

—¡Sí! —le dijo a la cámara del ascensor—. ¡Sí, siempre cierro los ojos! ¿Señor Gresham?

—No me meta en esto.

Él se rio.

—Ya está metido. Hasta el cuello y subiendo.

Capítulo Diecinueve

Rusty Xiang leyó el informe de Michael sobre su reunión con Jarrod y Mona Tybaum. Cuando terminó, todavía tenía media docena de preguntas sin respuesta, así que llamó a Mona y concertó una cita con ella en una cafetería. Empezaba con ella por el rumor constante de que existía algo entre ella y el vicepresidente, algo que sorprendió a Michael Gresham y captó su atención de inmediato. Quería aclarar eso primero: descartarlo o, si resultaba ser importante, darle seguimiento.

Se encontraron en The Coffee Bar, ubicado en el extremo noreste del centro. El lugar estaba prácticamente a reventar cuando Rusty llegó y comenzó a buscar a una joven con una gorra de béisbol verde. Entonces la localizó —tenía que ser ella—, sola en una mesa para dos más al fondo. Estaba ocupada enviando mensajes de texto y no levantó la vista cuando él entró, así que se acercó despacio con la intención de no asustarla.

—Disculpe —dijo—, ¿es usted Mona?

Ella levantó la vista, mordiéndose el labio inferior.

—Sí, soy yo. Mona Tybaum.

—Bien. Soy Russell Xiang. ¿Puedo acompañarla?

—Por favor. Creo que sé lo que quiere, pero tal vez no.

—¿Le gustaría un café?

—Ya tomé demasiado café, la verdad. Tal vez una botella de agua.

Se fue y regresó con una botella de agua y un café solo y cargado para él. Le pasó la botella, sacó la silla vacía y se acomodó.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó ella.

—Bueno, como le dije por teléfono, soy investigador de la Fiscalía Federal. Estoy asignado al equipo de Michael Gresham. Entiendo que ha conocido a Michael.

—Sí, lo conocemos. Es un buen hombre.

—¿Puedo ser directo?

—Por favor, hágalo.

—Estoy investigando el asesinato de su padre, Mona. En el transcurso de esa investigación he escuchado un rumor repetido varias veces. Sin intención de ofenderla, permítame decirle lo que he oído. —Sin esperar su consentimiento, continuó—. La gente dice que usted tiene o tuvo una relación amorosa con el vicepresidente, Jon Vengrow. Estoy aquí para conocer su respuesta a ese rumor.

—Jon y yo estamos enamorados. En algún momento nos casaremos. Probablemente después de que él decida qué hacer con respecto a las elecciones de 2020, cuando termine el segundo mandato del presidente Sinclair.

—¿Quiere decir que esperarán hasta que el vicepresidente Vengrow decida si se postula o no a la presidencia en 2020?

Ella dio un largo sorbo de agua y luego se limpió la boca con una servilleta.

—Exactamente. La carrera de Jon es lo más importante para nosotros en este momento. Eso es algo que debe resolverse.

—Entonces, mientras tanto, ¿cómo puedo decirlo con delicadeza?, ¿tiene la intención de continuar con el romance durante ese tiempo?

—Solo con mucha discreción. Soy joven, señor Xiang. Puedo esperar unos años y no será tan importante. Mientras tanto, recibiré tanto amor de Jon como él pueda darme, y eso me bastará. Los grandes hombres requieren un cuidado significativo. Eso es lo que siento que estoy haciendo con Jon: cuidarlo a él y cuidar su carrera.

—Muy bien dicho. Jon tiene suerte de tenerla.

—Y yo a él. Es algo mutuo, señor Xiang.

—Rusty, por favor.

—Está bien, Rusty.

—Lo que me lleva a la siguiente pregunta. Sé que Michael Gresham le informó sobre el dinero de Moscú y de la asombrosa cantidad. Pero me gustaría preguntarle si tiene alguna idea de dónde proviene ese dinero.

—No, no la tengo. En resumen, mi padre era muy reservado con sus finanzas. Todo lo que sabíamos era que tenía suficiente dinero para cuidarnos excelentemente y para pagar la mejor educación que pudiéramos recibir. En ese sentido, era fantástico. Pero ¿de dónde salieron doce millones de dólares? No tengo ni idea, Rusty.

—¿Alguna vez habló sobre su negocio o cómo conseguía su dinero?

—Como dije, papá era muy reservado. Así que la respuesta es no, nunca mencionó una palabra sobre esas cosas. Al menos no conmigo. Deberías hablar también con mi hermano. Jarrod podría darte una respuesta totalmente diferente.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer. Siguiendo pregunta: ¿quién querría ver muerto a tu padre?

Ella se recostó en la silla y se apartó el cabello de la frente con la mano.

—Ojalá lo supiera. He repasado todo mil veces en mi cabeza y, sinceramente, no tengo una respuesta para ti porque sabía que lo ibas a preguntar. ¿Tal vez la industria de los combustibles fósiles? ¿Tendría sentido, dado que papá era un fanático del cambio climático?

—Tiene sentido. ¿Recuerdas algún nombre que tu padre haya mencionado? ¿Nombres de personas que lo enfrentaban y se oponían a su campaña?

—Había uno, Paul algo. ¿Wexler? ¿Eso te suena? ¿Te resulta familiar?

—No mucho, pero soy bastante nuevo en la escena de Washington, así que pocas cosas me resultarían familiares. Cuéntame lo que sepas o hayas oído sobre ese Paul Wexler, por favor.

—Es alguien que alguna vez fue lobista del carbón o del petróleo... no lo sé con certeza. Luego se volvió ecológico. Un oportunista. Pero parecía ser alguien que siempre estaba encima de papá cada vez que él hacía declaraciones públicas sobre el cambio climático. Se podría decir que el tipo era un negacionista del cambio climático, es lo que supongo. Probablemente estoy diciendo demasiado sobre él; no recuerdo tanto.

—Paul Wexler. ¿Estás segura de que ese es su nombre?

—Sí. Soy buena con los nombres, Rusty. Estoy bastante segura de que ese es el hombre del que papá decía que siempre lo menospreciaba para hacerlo quedar mal. Trataba de destruir su posición sobre el cambio climático o los combustibles fósiles. Creo que quería ser el candidato del Partido Climático.

—Ahora piensa con cuidado. ¿Tendrías la impresión, por lo que escuchaste de tu padre, de que ese Wexler sería alguien que querría verlo fuera del camino? ¿Tal vez incluso muerto?

Ella no dudó.

—Definitivamente. Fue un cabrón con mi padre. Nunca lo he visto ni conocido, pero lo odio por todo el alboroto que causaba en nuestra casa a la hora de la cena. Oíamos hablar de él casi todas las noches. Paul Wexler. Así se llama.

—Muy bien, haré de Wexler mi próximo sospechoso.

—¿Me dirás lo que averigües? —preguntó ella, con toda inocencia.

Rusty la miró, clavando en ella su mirada firme.

—No puedo hacer eso. Esto es un asunto policial y no puedo hablar de ello fuera de nuestra oficina. Lo siento, Mona.

—Claro. Lo entiendo.

Hubo una pausa entonces, mientras ella giraba distraídamente su botella de agua una y otra vez y Rusty removía su café con un palillo de madera. Finalmente, Rusty levantó la vista y sonrió por primera vez.

—¿Adivina qué? Se me olvidaron las demás preguntas. Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Adivina qué? Me alegra. No me gusta pensar en la gente que quería hacerle daño a mi padre.

—Estoy seguro de que no. Nadie te culparía.

—Entonces ¿cuándo vas a hablar con Jarrod? Vas a hablar con Jarrod, ¿verdad?

—En unos treinta minutos. Justo aquí, donde estamos sentados ahora.

Ella sonrió de nuevo.

—Hombre inteligente. Matar dos pájaros de un tiro.

—Una última pregunta. ¿Hay algo más sobre lo que ha pasado que crea que sea importante que yo sepa?

—Yo tengo una pregunta.

—Adelante.

—¿Jon Vengrow es sospechoso?

Rusty se contuvo. ¿Cómo debía responder a eso? ¿Sí, todos son posibles sospechosos en este punto? Decidió que la honestidad era la mejor política en ese momento.

—La verdad, Mona, es que con mi forma de trabajar, todos son personas de interés hasta que los descarto husmeando un poco. Trato de no asumir cosas sobre la gente. Como dijo Billy Blaze en *Night Shift* con Henry Winkler: «Cuando presupongo cosas, hago el ridículo contigo y conmigo. “Presu-poner”, ¿entiendes?».

—He visto esa película. Me encanta. Bueno, entonces ¿eso es todo por mi parte? Necesito volver al trabajo.

—Sí. Gracias por su tiempo.

—No tienes que agradecerme en absoluto. Estás buscando a la persona que asesinó a mi papá. Siempre estoy disponible para ayudarte, Rusty.

Luego se fue. Rusty volvió a servirse café, dejando su abrigo sobre la mesa para guardarlo mientras pasaba por la fila del café.

Cuando regresó, esperando en la mesa estaba Jarrod Tybaum, cuya fotografía había llegado al expediente del asesinato de los Tybaum y a quien Rusty reconoció de inmediato, dado que las notas lo describían como usuario de silla de ruedas, tal como lo era la persona sentada frente a su mesa.

—Sabía que eras tú —dijo Jarrod cuando Rusty volvió a la mesa—. Solo un policía entraría a un lugar como este sin un portátil o al menos un iPad.

Rusty sonrió. Ya le agradaba el joven. Le tendió la mano, se presentó y tomó asiento.

Una vez acomodados, los hombres intercambiaron algunas cortesías, pero solo durante unos minutos, ya que Rusty estaba ansioso por avanzar, especialmente ahora que tenía el nombre de Paul Wexler con el cual trabajar. Esto también presentaba el primer asunto a tratar con Jarrod: aclarar ese nombre.

—Háblame de Paul Wexler —comenzó Rusty—. Mona tenía bastante que decir sobre él.

—Me lo imagino. El señor Wexler ocupaba mucho espacio durante la cena familiar, ya que papá repasaba con nosotros lo que pasaba en su vida.

—Dices «con nosotros». ¿Incluye eso a tu madre?

—Ella murió después de muchos años felices con mi padre. Luego, papá fue madre y padre para nosotros.

—¿Alguna vez tuvo relaciones románticas que llegaran al hogar?

—¿Como quedarse a dormir? ¿O noches fuera? Para nada. Para nuestro papá, la familia era lo primero y hacer lo correcto por sus hijos. Siempre siguió el camino recto.

—Lo cual hace que parezca alguien que jamás desviaría dinero de su comité de acción política.

—Jamás. Ni siquiera puedo poner «robo» y «papá» en la misma oración. Simplemente no hacía ese tipo de cosas.

—Háblame de ese tal Paul Wexler. ¿Era una amenaza física para Gerry Tybaum?

—Tal vez, no lo sé. Nunca he conocido al hombre, aunque siento que lo conozco íntimamente. Al menos siento que conozco su lado oscuro, porque ese era el que siempre estaba en conflicto con nuestro padre. En resumen, el tipo era y sigue siendo un imbécil.

—Tal vez. Pero ¿es Wexler alguien que mataría a tu papá?

El hijo se burló y dijo:

—¿Tienes a algún otro sospechoso en mente?

Rusty no respondió al principio. Luego dijo:

—¿Qué sabes del vicepresidente Vengrow?

—¿Qué sé o qué he oído?

—Cualquiera de las dos. O ambas.

—He oído que alguien que conozco y Vengrow tienen un romance. Sé que él es un hombre casado y me daría mucha pena por ellos si es cierto. También sé que es un hombre muy codicioso, alguien que no dudaría en tomar lo que quisiera de otra persona sin que le importara nada.

—¿Robaría dinero del PAC de tu padre?

—No estoy seguro. Probablemente no.

—¿Y Paul Wexler?

—¿Tal vez? Tal vez no. Tal vez sí.

Hablaron durante otros diez minutos y luego Rusty lanzó la pregunta abierta:

—¿Hay algo más que quieras que sepa sobre tu papá, su asesinato, el dinero del PAC o cualquier otra cosa?

—Sí. ¿Quién es Michael Gresham? Sé que tiene el poder legal sobre la cuenta de nuestro papá en Moscú. ¿Todavía puede hacerlo ahora que trabaja como fiscal? ¿No hay algún conflicto de interés? Sospecho de todos, incluso de las personas que se desviven por ayudarnos.

—¿Conflicto de interés? Probablemente sí. Pero si lo hay, entonces su destitución significaría quitar al único hombre que tiene autoridad sobre ese dinero y puede traerlo para ti y Mona sin un montón de problemas legales, no solo en EE. UU., sino también en Rusia. Yo que tú, no removería eso ahora mismo. Y esto no lo oíste de mí.

—Está bien, me callaré. Supongo que no tengo más preguntas ni comentarios.

—¿Cómo vas a volver a casa?

—Igual que vine. En metro.

—¿Puedo llevarte? Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si te siguieron hoy. Apuesto a que no, pero si vienes conmigo al menos puedo cubrirtte las espaldas.

—¿Las espaldas?

—Ya sabes, tu retaguardia. Quiero asegurarme de que nadie te esté siguiendo.

—Sé que es grave. Supongo que simplemente no quiero admitirlo.

—Por cierto, ¿quién está con tu hermana menor hoy?

—Llamamos al señor Gresham para que nos diera un nombre a quien llamar para cuidarla. Dijo que vendría él mismo.

—¿Qué? ¿Está con Michael Gresham?

—Sí, ahora le tiene cariño. Le toca la mano cada vez que lo ve, lo que significa que está loca por él. Es su forma de comunicarse.

—Lo sé. ¿Qué tiene tu hermana?

—¿Cuál?

—La pequeña.

—No tiene absolutamente nada, señor Xiang. Escríbalo en su cuaderno. No tiene absolutamente nada.

—Está bien, lo siento. Me pasé.

—Ese fue tu error.

—Sí. No volveré a preguntar.

—Bien. Entonces no tendré que volver a no responder.

—Trato hecho.

Capítulo Veinte

—Señor Gresham, hay cámaras de circuito cerrado a ambos lados del Espejo de Agua, así como en todos los monumentos y sitios turísticos de Washington.

—Está bien —dije—. Pero solo nos interesa el Espejo de Agua.

—Eso no es todo —dijo Rusty—. También necesitamos ambos extremos, quizá unos treinta metros más allá.

—Se puede hacer —dijo la encargada.

Rusty y yo nos reunimos con la encargada de los archivos de video de la Policía del Capitolio. Localizó rápidamente la noche del domingo y la reprodujo en la pantalla de una de las cinco pantallas de uso policial en su sala. Rusty y yo tomamos asiento en el primer cubículo vacío y comenzamos a adelantar el video desde las cinco de la tarde, la noche en que Tybaum fue asesinado. Era la primera semana de Rusty en su nuevo trabajo y ambos nos sentimos aliviados de tener una tarea que limitara la necesidad de entablar conversación casual. El tema de padre e hijo nunca salió.

El video avanzaba. De cinco a seis de la tarde no mostró nada de interés. Luego, a las 18.06, vimos por primera vez a Gerry Tybaum entrando en el campo de visión de la cámara. Gerry llevaba un abrigo de invierno hasta la cintura, con el cuello levantado, y pantalones negros que parecían de vestir. No llevaba gorro ni

guantes, lo cual, según Rusty, podría indicar que perdió el gorro durante la persecución. Otra posibilidad: que necesitara comprobar la ruta desde su oficina hasta el estanque.

Gerry apareció corriendo directamente hacia la cámara, y detrás de él apenas se distinguía una figura que corría y le apuntaba con un arma mientras Gerry huía. Entonces comenzaron los disparos, y Gerry se tambaleó fuertemente hacia su derecha y cayó de frente al Espejo de Agua. Ahora estaba boca abajo y sin moverse. El tirador se acercó trotando y vació su arma en la espalda de Gerry, lo cual —dijo Rusty— se verá reflejado en la autopsia con los ángulos de entrada de las balas que lo mataron.

Reprodujimos el video de nuevo, esta vez en cámara lenta. Notamos en esta ocasión que la persona que perseguía a Gerry era un hombre de aproximadamente un metro ochenta, mayor, pero como estaba muy cerca de Gerry, nunca se lograba una buena vista de su rostro. También llevaba vaqueros. Repetimos el video y esta vez lo detuvimos varias veces para intentar usar aplicaciones de reconocimiento facial. Pero los resultados fueron inconclusos, así que nos quedamos sin ayuda visual para identificar al tirador.

Lo revisamos una vez más. Esta vez notamos que el abrigo del tirador estaba abierto y que llevaba un cinturón con una hebilla similar a las grandes hebillas ovaladas que usan los vaqueros modernos. Los ganadores de rodeos las reciben y pueden ser bastante grandes, aunque esta era de las más pequeñas. Entonces enfocamos la hebilla tratando de encontrar alguna característica identificativa que pudiera confirmar la identidad de alguien más adelante durante la investigación.

—¿Puedes aclararlo un poco más? —le pregunté a Rusty, que estaba frente al teclado.

—Déjame intentar. Este sistema es nuevo para mí, pero ya le agarraré el truco.

Probó varias teclas hasta que finalmente dio con una combinación que mejoró la imagen a medida que se acercaba a una vista de pantalla completa de la hebilla.

—«Effingham 2010» —murmuró Rusty, leyendo la inscripción en la hebilla. Debajo había una cruz religiosa con una figura colgando

de ella, un crucifijo.

—¿Qué sabemos sobre Effingham? —pregunté—. ¿De dónde es el vicepresidente?

—De Illinois —respondí.

—Effingham está en Illinois, creo —conjeturó él, al mismo tiempo que hacía una búsqueda en Google—. Sí, aquí está: Effingham, Illinois. Un condado diminuto, tal vez doce mil almas con la mala suerte de haber nacido allí.

—¿Por qué dices eso?

—¿Alguna vez has estado en un pueblo pequeño del Medio Oeste?

—De paso —dije.

—No juzgues hasta que sepas más —me dijo con un guiño—. Ahora, ¿de dónde es nuestro vicepresidente?»

Volvió a hacer una búsqueda en Google, esta vez con el nombre del vicepresidente. Y ahí estaba; efectivamente, se había criado en una granja familiar en el condado de Effingham, Illinois.

—Bingo —dijo—. La prueba definitiva. El vicepresidente parece muy culpable en este momento.

—O alguien lleva puesto su cinturón —dije.

Él levantó la vista.

—Eso fue aleatorio.

—Así funciona mi mente. Debemos descartar todas las explicaciones posibles antes de acusar a alguien de un delito.

—Piensas como un abogado, Michael. Ahora vamos a descubrir lo de la cruz.

Volvió a buscar.

—Eso fue fácil. Hay una especie de cruz gigante, la Cruz en el Cruce de Caminos, a lo largo de la carretera de Effingham. La foto de Google se ve exactamente igual a la que aparece en la hebilla. Creo que estamos bastante cerca, Michael.

—Creo que tienes razón. Siempre y cuando sea Vengrow quien lleva el cinturón.

—Sí. Eso hay que comprobarlo.

—¿Y cómo se hace eso? ¿Te metes en su armario y revisas su estante de cinturones?

Rusty me frunció el ceño.

—Está bien, era una broma. Pero es algo en lo que pensar.

—Para nada. Cuando reduzcamos las opciones, conseguiremos una orden de registro y lo rastreamos. Apuesto a que nunca se le ocurrió deshacerse de ninguna prenda que pudiera identificarlo esa noche. Mira esta toma de aquí; por cierto, si enfoco en su abrigo...

Vi cómo el ordenador mejoraba la parte del abrigo de la que hablaba: el lado izquierdo, justo encima del corazón.

—North Face —dijo.

—Ya lo veo. Así que ahora tenemos algo que corrobora el cinturón: un abrigo con una marca visible en el pecho. Este tipo no era muy listo respecto a los métodos policiales cuando disparó su arma.

—Sin duda. Creo que vamos a resolver este caso pronto. Pero también tenemos que considerar las ramificaciones políticas, ¿no? —preguntó mi hijo.

—¿Como cuáles? —pregunté, tanteando su opinión sobre el asunto.

—Bueno, no todos los días se acusa al vicepresidente en funciones de asesinato. Tiene que haber muchos obstáculos en el camino para meterlo entre rejas.

Sinceramente, no lo sabía. Washington D. C. era un terreno completamente nuevo para mí. Tenía mucho que aprender, y lo sabía.

—Solo tenemos que hacerlo todo a la perfección, eso es todo —dije—. Él tendrá al mejor equipo de defensa criminal de la historia enfrentándose a nosotros.

—Desde luego. ¿Y nosotros qué? ¿Has ejercido de fiscal alguna vez?

Conocía mi punto débil, aunque no lo estuviera explotando. Pero sí me desinfló por unos momentos.

—Nunca he sido fiscal. Siempre fui defensor. Pero me he enfrentado a miles de fiscales y he aprendido todos sus trucos. Ahora esos trucos son míos. ¿Eso te ayuda a sentirte más tranquilo?

Levantó la vista de la pantalla del ordenador.

—No quise insultarte. Solo buscaba información.

—No hay problema. Será mi caso cuando vayamos a juicio. Puede que recibamos algo de ayuda con las mociones previas al juicio, ese tipo de cosas; no lo sé. Pero el caso es todo mío, Rusty. Tu esposa me lo asignó.

Él resopló.

—También me consiguió este trabajo, tengo la sensación.

—Nada de eso. Lo único que hizo fue decirme que estabas buscando. Tu currículum es intachable, Rusty. Tienes todas las habilidades que necesito. Así que no pienses más en cómo llegaste aquí. Concentrémonos los dos en cómo vamos a quedarnos. A mí me gusta este lugar hasta ahora y quiero causar una buena impresión.

—No lo sé, pero tengo la sensación de que enviar al vicepresidente de los Estados Unidos a prisión te va a poner bastante cerca de ese camino.»

—Qué gracioso. Sí, así será. A ti también.

Seguimos con los archivos de video, tratando de localizar al tirador en otra cámara o testigos que pudieran haber visto el tiroteo. Hasta ahora creíamos haber identificado a dos testigos: uno con quien la policía habló en la escena, y el otro era la prostituta mencionada en los informes policiales. Jessup sería el tercero, pero estaba intentando evitar que su rostro saliera en portada, así que negó saber nada. Fue entonces cuando decidimos visitar la escena.

Rusty nos llevó en auto al Monumento a Lincoln. Aparcamos y caminamos. Inspeccionamos la zona, con Rusty señalándome varios puntos de interés. Una cosa que discutimos fueron los árboles junto al Espejo de Agua. Corriendo a lo largo de los lados norte y sur del Espejo de Agua, los senderos arbolados ofrecían acceso peatonal y para bicicletas al Monumento a Lincoln desde los terrenos del Monumento a Washington. Caminamos todo el largo del estanque, hablando e intentando entender desde dónde podrían haber corrido las personas involucradas y cómo se habían encontrado. Finalmente decidimos —o más bien, supusimos— que se habían encontrado en el estacionamiento para hablar sobre la esposa del vicepresidente y la relación de Tybaum con ella. Lo más probable es que hubo palabras acaloradas y se desató un forcejeo. El vicepresidente sacó

un arma y Tybaum salió corriendo con él persiguiéndolo. ¿Por qué tendría el vicepresidente un arma con él? Tal vez por defensa propia, tal vez porque ya planeaba dispararle a Tybaum incluso antes de salir de casa esa noche.

—Bueno, aquí viene la pregunta del millón —dijo Rusty mientras caminábamos junto al estanque.

—Dispara.

—¿Cómo logró el vicepresidente escapar del Servicio Secreto esa noche?

—Mierda, es cierto —dije—. Ahora tenía mucho menos sentido que el tirador fuera el vicepresidente. Una idea loca, pero ¿supones que alguien podría haberse hecho pasar por él para despistarnos?

—¿Por qué alguien haría eso?

—Fácil. Porque el vicepresidente tiene un motivo.

—Gerry se está tirando a su esposa. Entonces... ¿podría haberse hecho para que pareciera que el vicepresidente hizo esto? ¿Qué se necesitaría?

—¿Alguien que consiguiera la hebilla de cinturón adecuada, alguien que supiera que el vicepresidente es de Effingham?

—Sí. Además, el abrigo de North Face.

—Sabiendo que las cámaras de seguridad los estarían grabando. Y sabiendo dónde estaban ubicadas. Fíjate, nunca mira directamente a una cámara y su rostro nunca se muestra con claridad. Creo que tenemos a un impostor, alguien que adopta la ropa y los modales del vicepresidente. El propio Vengrow nunca podría despistar al Servicio Secreto. Creo que estamos obligados a buscar en otra parte.

—De acuerdo, pero no lo descartamos del todo. De hecho, creo que debemos acercarnos y decirle lo que tenemos. Creo que debemos enfrentarlo, Michael.

—Entonces lo confrontaremos.

—Bien. Ahora hablemos de las pruebas por un minuto —dijo Rusty—. ¿Qué pruebas físicas conocemos?

—Sabemos que hay una cámara GoPro que fue dejada o descartada en la escena.

—¿Huellas dactilares?

—Curiosamente, no. Pero el dueño podría haber estado usando guantes, lo que no solo evitaría dejar huellas, sino que incluso podría haber borrado las anteriores.

—Está bien. ¿Algún video encontrado en la cámara misma?

—El tiroteo se ve desde la perspectiva del tirador. ¿Mi suposición? Alguien fue contratado para dispararle a Tybaum y parte del trato era entregar evidencia del tiroteo. Para eso se estaba usando la cámara. De lo contrario, ¿por qué llevar una maldita cámara a una escena de asesinato donde uno es el culpable? No tiene sentido.

Rusty asintió y pareció asimilarlo. Lo meditó, callado y pensativo, mientras caminábamos.

Entonces dijo:

—¿Algo más en el video? ¿Algo fuera de escena que pueda decirnos algo?

—Hay un gato atigrado amarillo grande en los primeros segundos del video. Está acostado sobre lo que debe ser una mesa de cocina. Mi suposición es que el tirador estaba preparando la cámara o sujetándosela a la ropa y no se dio cuenta de que estaba filmando su entorno. Pero los fotogramas son bastante nítidos.

—Pregunta tonta, pero ¿el gato lleva collar? ¿Algo que lo identifique?

—No lo sé. Eso es algo que tú debes verificar.

—Entendido —dijo Rusty—. Lo haré cuando regresemos.

—De acuerdo. Así que tenemos la cámara y tal vez el gato. ¿Algo más?

—Las pruebas físicas incluyen seis proyectiles Federal Cartridge Hydra-Shok extraídos de la víctima. Es una bala lenta y muy destructiva. Hay desacuerdo sobre si es mejor para defensa personal que una punta hueca común, pero prefiero no entrar en eso. Digamos simplemente que quien eligió la bala Hydra-Shok sabía lo que hacía. Es un voto muy concluyente cuando una de esas balas impacta en un ser humano.

—¿Cuántos votos son seis balas?

—Eso no son votos, Michael. Seis Hydra-Shoks son un veredicto.

—Estoy seguro de que tienes razón. ¿Qué más puede decirnos esta escena?

—Localicemos la cámara veinticuatro norte. Ese es el video que estábamos viendo en la estación de policía.

—Buena idea. Tengo los esquemas del sistema de video en mi teléfono. Dame un minuto.

Mientras Rusty revisaba su teléfono, yo seguí observando a mi alrededor, absorbiéndolo todo. Luego caminé hasta el extremo del estanque, al pie de las escaleras del Monumento a Lincoln. Miré dentro y vi que tenía quizá un metro de profundidad en el centro. Lo bastante poco profundo como para congelarse rápido y con firmeza, pero lo suficientemente honda como para recibir el cuerpo de un hombre adulto. De pronto, un escalofrío me recorrió la espalda e imaginé lo que Gerry Tybaum debió de haber sentido al correr por el mismo punto exacto donde yo estaba parado. Para él solo pudo haber sido puro terror. Me ajusté el cuello del abrigo y me aparté. Rusty señaló hacia una cámara casi imperceptible instalada junto al borde y la pasarela.

—Esa es la veinticuatro norte. La cámara que lo vio todo esa noche.

—Asegúrate de que tengamos buenas fotos del lugar y buenas imágenes fijas del sistema de cámaras, ¿de acuerdo?

—Ya lo incluí en mis notas, Michael.

—Entonces vámonos. Ya vi todo lo que necesitaba.

Rusty me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Te cuesta visitar una escena de asesinato?

—Claro que sí —dije—. Siempre me ha costado. ¿Y a ti?

—Nah. En la CIA, yo era el asesino. Esto es pan comido.

—Entonces es todo tuyo, muchacho. Disfrútalo.

Capítulo Veintiuno

El presidente Hubert S. Sinclair había observado cómo su jefe de gabinete comprimía el horario de las Girl Scouts y el de la Agricultura Estadounidense para que ahora él tuviera treinta y cinco minutos adicionales para su reunión con el FBI y la Policía del Distrito.

Sinclair estaba sentado detrás de su escritorio en el Despacho Oval y cruzó, descruzó y volvió a cruzar los pies por los tobillos. Odiaba admitirlo, pero tenía que hacerlo: las reuniones misteriosas con las fuerzas del orden siempre le habían dado miedo, desde sus primeros días como fiscal del condado, cuando temía no estar a la altura y dejar que un culpable quedara en libertad. Hoy sentía la misma ansiedad generalizada que había sentido entonces. ¿Qué bien podía salir de una reunión con las fuerzas del orden? Al fin de cuentas...

El intercomunicador de su teléfono interrumpió su monólogo interior.

—Señor Presidente, el agente especial Ames y al detective Holt están aquí. ¿Quiere que los haga pasar?

—Sí, por favor —respondió el presidente mientras las palmas de sus manos se humedecían por el miedo.

Preferiría reunirme con Putin que con el maldito FBI, pensó. Al menos con Putin uno sabía a qué se enfrentaba. Pero el FBI... ¡ay!

Eso podía venir en tantos envoltorios distintos que tendría que estar en su mejor forma durante los próximos treinta minutos. Además, para empeorar las cosas, sabía de qué *podía* tratarse, y si era sobre el desliz de la esposa del vicepresidente con Gerald Tybaum, entonces Sinclair corría el riesgo de ser avergonzado por su vicepresidente. Y la vergüenza era la sentencia de muerte para cualquier político. Claro, que encontraran tu esperma en el vestido de alguna asistente podía llevarte al juicio político. La infidelidad era un asesino de carreras: les costaba la carrera a grandes estrellas, les costaba elecciones y jamás era olvidada por la historia. Era la infidelidad de su vicepresidente, sí, pero podía salpicar a Sinclair mismo. Le tembló la mano al alcanzar el humidor y sacar un habano gordo. Ahora volvían a estar de moda. Pero solo lo giró entre sus dedos gordos sin quitarle la envoltura. Fumar era ilegal en todos los edificios federales. Lo que incluía la Casa Blanca y su Despacho Oval, lo cual le recordaba al presidente que ningún hombre estaba por encima de la ley, ni siquiera el adicto al tabaco que ocupaba el cargo más poderoso del mundo. Un pensamiento aleatorio cruzó su mente, una visión de la posibilidad de hacer caer a la esposa del vicepresidente, tal vez por algún francotirador anónimo. Inmediatamente sacudió esa idea de su cabeza y se preguntó si estaba perdiendo la cordura.

La puerta se abrió.

—Señor Presidente, Jack Ames del FBI y Ronald Holt de la Policía del Distrito.

—¡Adelante, caballeros!

Los dos agentes tomaron asiento en las sillas para visitantes frente al escritorio del presidente. Todos se acomodaron.

—Entonces —dijo Sinclair—, ¿qué sucede?

—Señor Presidente —comenzó el agente especial Ames—, tenemos un problema entre manos. Un problema grave.

—Lo escucho atentamente.

—En resumen: su oponente del Partido Climático...

—Gerry Tybaum, una verdadera lástima.

—Tenemos un testigo que jurará que fue el vicepresidente Jonathan S. Vengrow quien disparó. Dice que vio a su vicepresidente

ejecutar al señor Tybaum.

—¡No! Eso es imposible.

El posible escándalo y la inminente indignación casi hicieron naufragar el estado emocional del presidente. La habitación giraba ante sus ojos. Su pulso se disparó; tuvo que desabotonarse el cuello de la camisa y aflojarse la corbata.

—Dios mío —murmuró.

—Bueno, el detective Holt, aquí presente, tomó la declaración del senador Jessup. En resumen, resultó que estaba visitando el Monumento a Lincoln y presencié todo el asunto.

El aliento se le atascó en la garganta a Sinclair.

—¿Jessup? ¿Qué demonios hacía Jessup en el Monumento a Lincoln?

—Se encontraba con una prostituta —dijo el agente Ames.

—Recibiendo una mamada —añadió el detective Holt, siempre dispuesto a ponerle la cereza al pastel, por así decirlo.

—¡No!

Era demasiado.

—Denme diez minutos —dijo Sinclair, y señaló con la mano hacia la puerta noreste—. Solo regresen afuera y esperen mientras hago unas llamadas, por favor.

Los hombres obedecieron. Se apresuraron a entrar en la oficina de la secretaria del presidente, afuera del Despacho Oval, y cerraron la puerta en silencio tras ellos. El presidente Sinclair miró el reloj que tenía frente a él sobre el escritorio. Diez minutos.

Levantó el teléfono y marcó el 1. La línea fue respondida al instante.

—Jon Vengrow, señor Presidente. ¿Necesita que baje?

—Sí. Pase por el Jardín de las Rosas y use la puerta este.

—Estoy en camino, señor.

Dos minutos después, los dos hombres estaban frente a frente, separados por el gran escritorio. Sinclair sostuvo la mirada de su vicepresidente; el vicepresidente parecía tranquilo y relajado. Entonces Sinclair comenzó.

—A Gerald Tybaum lo mataron a tiros hace varias semanas, un domingo por la noche.

—Lo sé, lo sé. Una verdadera lástima. Siempre me cayó bien Gerry —dijo el vicepresidente, hablando con solemnidad, como si estuviera en el velorio.

—Espera. La cosa se pone fea. Hay dos policías esperando afuera. Dicen que ya entrevistaron al senador Jessup, quien afirma que el hombre que vio dispararle a Gerry Tybaum fuiste tú, Jon.

El vicepresidente Vengrow casi se levantó de su silla.

—¿Yo? —exclamó, alargando la palabra.

—Así es. Jessup estaba en el Monumento a Lincoln cuando vio al tirador perseguir a Tybaum hasta el estanque y dispararle. Dice que el hombre con el arma eras tú, señor vicepresidente. Quería escuchar tu versión antes de proceder con los policías porque sé que van a querer arrestarte y hacer que toda mi administración se venga abajo. Dime que no es cierto, Jonathan.

Vengrow abrió las manos. Miró fijamente el escritorio. Se metió un dedo en una oreja y lo giró. Su mandíbula se tensó mientras los músculos formaban palabras mudas. Estaba elaborando su respuesta.

—Tengo una coartada irrefutable.

—¡Genial! ¡Genial! Adelante, Jon.

—Estaba en casa viendo *Homeland*.

—¿Estabas... estabas viendo televisión?

—Sí. El episodio trataba de una agente en Pakistán.

—¿Y cómo... y cómo ver un programa de televisión es una coartada? ¿Había alguien contigo que pueda corroborar tu historia?

—Indio había ido a casa de su madre. Estaba enferma, y ya sabes cómo se pone la señora Grant.

—Lo sé, lo sé —dijo Sinclair, aunque no tenía ni idea de cómo era la suegra del vicepresidente—. ¿Cómo estaba?

—Enferma —dijo, haciendo un amplio gesto sobre su abdomen como si eso bastara como explicación.

—¿Fue al hospital? ¿Llamaron a un médico? ¿Cómo probamos el paradero de Indio?

—Yo diría que le pregunten a la señora Grant. Ella podría confirmar la visita de su hija.

—Alto, alto, Jon. Nos estamos desviando. Estamos tratando de probar dónde estabas tú el domingo por la noche, no tu esposa ni la enfermedad de la madre de tu esposa. Ayúdame a aclarar lo tuyo, por favor.

—No había nadie cerca. El Servicio Secreto tiene su oficina al frente, en el Observatorio. Yo estaba en la parte de atrás, en mi dormitorio.

—¿Tienes tu propio dormitorio? —preguntó Sinclair. Era la primera vez que lo oía.

—Sí. Privacidad y trabajo hasta tarde. Necesito mi propio espacio.

—Entendido. Entonces estabas en tu despacho, y el Servicio Secreto estaba al frente. ¿Puedes salir de tu despacho y salir al exterior sin que el Servicio Secreto lo sepa? Creo que sé la respuesta sin siquiera preguntar.

—No, no hay forma de que eso pase. Tienen todas las puertas exteriores vigiladas, además del terreno alrededor.

—Claro, claro. Entonces ¿qué pasó después?

—Vi *Homeland*.

—¿Tienes un arma, Jon?

—Sí. Es el arma que llevé durante la Primera Guerra del Golfo.

—¿Una pistola?

—Una semiautomática.

—¿Y dónde está ahora?

—En casa, en mi escritorio.

—¿Hay alguna forma de hacerle pruebas para demostrar que no ha sido disparada en mucho tiempo?

—Eso no va a funcionar. Estuve disparando el día anterior, el sábado.

—¿Disparando a qué?

—Ya sabe —dijo el vicepresidente con tono neutro—, blancos en el campo de tiro.

—¿Así que cualquier prueba mostraría que fue disparada recientemente?

—Afirmativo. Esa no es una solución.

—Entonces, dime tú: ¿cómo rebatimos la acusación de Jessup de que tú apretaste el gatillo del arma que mató a Tybaum?

—Una cosa que la policía querrá hacer es comparar mi arma con las balas que sacaron de la espalda de Gerry.

Sinclair se alertó.

—¿Cómo sabes que se las sacaron de su espalda?

—Creo que lo leí en el periódico, ¿no es así?

—Yo leí el mismo periódico. Lo tengo justo aquí. No dice nada sobre en qué parte del cuerpo le dispararon. Las noticias de los periódicos usualmente no dan esos detalles. Entonces, ¿cómo sabes que salieron de su espalda?

—Creo que escuché que el señor Tybaum estaba huyendo cuando le dispararon por la espalda. Tal vez sea por eso.

—Eso tampoco está en el artículo.

—Bueno, entonces que se joda. No recuerdo de dónde lo saqué. Solo sé lo que sé, eso es todo.

—¿Tal vez porque tú apretaste el gatillo? Colabora conmigo ahora, Jon. Puedo ayudarte si tengo todos los detalles.

—No fui yo —la voz del vicepresidente era débil y parecía llegar desde muy lejos.

El presidente se recostó y tomó el puro cubano. Sin decir una palabra, hurgó en su escritorio buscando su mechero. Una vez que lo tuvo en la mano, hizo girar la rueda y encendió su puro. Sopló una densa bocanada de humo sobre el escritorio.

El presidente giró el puro y estudió su extremo encendido.

—Hijos de puta... Fumaré en mi maldita despacho si lo necesito. Y lo necesito ahora.

—No, gracias, señor presidente.

—¿No, gracias? No recuerdo haberte ofrecido uno, Jon. Sé que no fumas.

—Así es; no lo hago. Indio no me dejaría entrar por la puerta si llego a casa apestando a tabaco cubano.

—Ella se lo pierde. La primera dama dice que disfruta el olor.

El vicepresidente miró al presidente con desconfianza. No podía imaginarse a una esposa diciendo que disfrutaba el olor del puro de su marido. No encajaba con ninguno de los estereotipos conyugales que podía recordar.

—Jon, ¿por qué no hacemos esto? ¿Por qué no te mandamos al extranjero por una semana y veo si puedo apagar este incendio? Déjame ver si puedo hacer mi magia para que esto desaparezca.

—Está bien. Lo que usted diga, señor presidente.

—Necesitamos que estés incomunicado unos días; eso es todo, Jon.

—De acuerdo. ¿Estás pensando en Asia?

—No, esos asiáticos son demasiado quisquillosos con quién recibe a quién. Estoy pensando en Europa del Este.

—¿Eso no va a alterar demasiado a los rusos?

—Tienes razón.

—¿Y si me escondo en el Hospital Naval de Bethesda y les decimos a todos que estoy gravemente enfermo?

El rostro del presidente se iluminó.

—Eso me gusta. Sí, eso funciona. Así te tengo cerca mientras resuelvo esto.

—Hablaré con el doctor Monks hoy. Puede internarme y ponerme en cuarentena.

—Llévate mucho para leer, Jon. Todos sabemos que te inquietas fácilmente. Y Jon, solo una cosa más. No es ningún secreto que Gerry Tybaum ha estado husmeando por Indio. ¿Es verdad algo de lo que he oído? ¿Ella tenía un romance con nuestro amigo muerto?

El vicepresidente pareció herido. No era un tema que al presidente le gustara abordar. Tenía sus sospechas sobre la esposa del vicepresidente, pero nunca había dicho nada, nunca consideró que le correspondiera intervenir.

—Puede que lo haya visto algunas veces. Ella misma me lo ha admitido.

¿Algunas veces?, pensó Sinclair. Yo oí que era un incendio descontrolado.

—¿Cómo te afectó eso, Jon?

—¿Me volvió loco? No, señor Presidente. No estamos enamorados desde hace veinte años. A ella no le importa con quién salgo, y yo siento lo mismo.

—No lo sabía. Lamento que sea así.

—Ya no importa, señor Presidente. Hace tanto que no importa que ya ni me acuerdo. Estamos casados porque necesito los votos y a ella le gustan los beneficios.

—Te diré algo, Jon. Tu nombre está por todas partes como el tirador. Mucha gente cree que mataste a Tybaum por sus líos con tu esposa.

—Lo sé. Me destroza, señor.

—Queremos que el fiscal del caso Tybaum termine su investigación cuanto antes, porque eso va a limpiar tu nombre. Tú lo necesitas, yo lo necesito, la administración lo necesita, el país lo necesita.

—Lo entiendo, señor. Necesitamos que se presente una acusación contra alguien que no sea yo.

—Exacto. Así que mantengamos el enfoque y asegurémonos de que la investigación avance sin problemas. Te pongo a cargo de eso, Jon. Vigila de cerca al fiscal. Si necesita algo, asegúrate de que lo tenga. Si quiere que testifiques, hazlo sin dudar. Solo ten cuidado.

—No lo olvide, señor Presidente, yo también trabajé para la Fiscalía Federal. Claro, eso fue hace veinticinco años, pero todavía conozco el juego.

—Excelente, Jon. Aun así, ten cuidado. Cuento contigo para que hagas esto bien.

—Gracias, señor Presidente. Me encargo de todo.

—Muy bien. ¿Por qué no sales por donde entraste y yo haré que los policías regresen? Solo quería escuchar tu versión antes de hablar con esos muchachos. Sabía que tendrías una explicación lógica.

El vicepresidente se puso de pie y le estrechó solemnemente la mano. Luego salió al Jardín de las Rosas y desapareció. El presidente pidió a Yolanda que hiciera volver al agente del FBI y al detective a su oficina.

—Muy bien, caballeros, he hecho algunas llamadas, hice algunas preguntas.

—Estoy seguro de que tiene muchas fuentes —dijo el agente especial Ames.

Sinclair lo fulminó con la mirada. *Mis fuentes no son asunto suyo*, pensó.

—En cualquier caso, me siento cómodo al decir que el senador Jessup está confundido. El tirador no fue el vicepresidente.

—¿Entonces nos está dando luz verde para hablar con el vicepresidente y dejarlo libre de sospechas? —preguntó el detective Holt.

—Eso se puede hacer. Pero aún no. El vicepresidente ha estado enfermo. Lo están ingresando en Bethesda para unas pruebas y observación en este momento. No hay prisa, ¿verdad?

La última parte fue dicha con un tono amenazante. Dijo que más les valía no tener ninguna prisa. Ambos hombres estuvieron de acuerdo de inmediato: no había prisa.

—Entonces ¿qué más sabemos sobre el tiroteo? —preguntó Sinclair a sus visitantes.

—No mucho más —dijeron al unísono—. Nada nuevo.

—Bien. Mi tiempo con ustedes se acabó. Llamen a Bethesda en cinco días. Tal vez entonces puedan actualizarlos sobre el estado del vicepresidente. Pero no quiero que lo molesten mientras esté indispuesto. ¿Me entienden?

Ambos hombres estuvieron de acuerdo; entendieron que debían retirarse por un tiempo. Era algo político, y los tres lo sabían. Pero ninguno lo decía. El presidente necesitaba tiempo para recuperarse y los policías debían hacer lo que él ordenara.

Dentro de lo razonable al menos.

Capítulo Veintidós

El detective Holt me esperaba en la oficina a la mañana siguiente.

—Michael —comenzó—, es hora de hablar con Bambee.

Lo miré de arriba abajo.

—Ese nombre suena a prostituta, Holt.

—Bingo. Es la chica que estaba en el Monumento a Lincoln con Jessup.

—Ah, sí, aparece en los informes policiales. ¿Por qué no hay declaraciones todavía?

—Se escondió después del tiroteo. Un informante confidencial acaba de localizarla para nosotros.

—¿Dónde está?

—Lo bueno es que sigue aquí en D.C. Lo malo es que ya contrató a un abogado y no hablará sin que esté presente. También está vendiendo su historia al *Enquirer*.

—Adiós a la carrera de Jessup —aventuré—. Puede despedirse de su escaño en el Senado.

Todavía le queda casi un año de mandato. Es candidato para 2018.

—Esta historia estará en las portadas al menos hasta entonces. Al diablo —dije—, tal vez deberías postularte tú contra él, Holt. El

escaño está ahí para quien lo quiera. Muda a la familia, consigue residencia, lánzate a la contienda.

El detective Holt resopló.

—Sí, claro. No sería un funcionario electo que venga a esta ciudad sin importar cuánto me ofrecieran pagarme. Me gusta poder dormir por las noches. Además, no me gusta pasar tiempo en el confesionario. No, dejemos eso para las verdaderas prostitutas.

—Vaya, esas son palabras bastante fuertes.

—Usted es nuevo aquí, señor Gresham. Llegará el día en que usará palabras similares cuando hable de nuestro Congreso.

—Lo dejaré en espera. Entonces ¿cómo hablamos con Bambee? ¿Cuál es su nombre real?

—Evelyn Adelpia. Es una quesera de Milwaukee, originalmente.

—¿Necesito llamar para pedir una cita?

—Hecho —dijo Holt—. Tenemos una cita con ella en la oficina de su abogado a las diez en punto. Así que despeja tu agenda, abogado, esta va a ser interesante. Puede que ella sea quien finalmente mande al vicepresidente a prisión.

—Me reservaré mi juicio sobre eso hasta después de hablar con ella.

Su abogado resultó ser un conocido bocazas de Washington llamado L. Jamison Hubbard. Tenía su oficina en el Watergate, junto a un grupo de varios abogados más conocidos colectivamente como Espinoza, Hubbard, Sharpe y Howe. Así que allá fuimos, Holt conduciendo. Tomamos la I-395 sur y luego Maine Avenue hasta Virginia Avenue. Durante todo el trayecto no dejaba de pensar en el vicepresidente Jon Vengrow, planeando cómo abordaría mis preguntas con Bambee esa mañana para sentar las bases de lo que le preguntaría al vicepresidente. Todo dependía de hasta dónde estuviera dispuesta a llegar la testigo.

Ella nos esperaba con su abogado, Hubbard, en la sala de conferencias cuando llegamos, y nos hicieron pasar de inmediato. Hubbard se presentó y luego nos presentó a su clienta, Evelyn Adelpia. Era un hombre con porte militar y corte de pelo tipo militar; ella era una mujer que, calculé, probablemente tenía diez años menos de los que aparentaba, incluso con una cantidad

moderada de maquillaje de día. Ellos se sentaron de un lado de la larga y amplia mesa; Holt y yo nos acomodamos del otro lado.

—Me gustaría grabar esto —comencé, asintiendo hacia la pequeña grabadora de Holt—. ¿Algún problema con eso?

—Tengo un gran problema con eso» —dijo Hubbard con frialdad—. Van a citarla para su gran jurado, ¿por qué deberían grabar esta reunión informal? Aquí solo hablaremos en términos generales, ¿cierto?

Miré a Holt. No sabía que esto era solo una reunión; pensé que habíamos venido a tomar una declaración completa.

—Abogado Hubbard —dijo Holt—, cuando usted y yo hablamos, fui bastante claro en que queríamos tomar la declaración de su clienta. Pero el abogado aquí presente va a convocar al gran jurado la próxima semana, y con gusto pondríamos el nombre de su clienta al principio de la lista.

Hubbard sabía que no tenía derecho a asistir a su comparecencia ante el gran jurado, así que evidentemente decidió que prefería que su versión quedara aclarada mientras él estuviera presente aquí con ella, en lugar de ante el gran jurado, donde no estaría. Así que cedió.

—No lo recuerdo de esa manera —dijo—. Pero dejemos que empieces a grabar y veamos cómo va. Si me siento incómodo, me reservo el derecho de interrumpir en cualquier momento. Punto.

—Por supuesto —dije—. Siempre tiene ese derecho.

—¿Listo? —preguntó Holt a Hubbard—. ¿La enciendo?

—Adelante —dijo Hubbard mientras se frotaba las manos enérgicamente, ansioso por entrar en combate si llegaba el caso—. Y estamos grabando —dijo Holt.

—Buenos días —dije—, mi nombre es Michael Gresham y soy fiscal federal auxiliar asignado a investigar la muerte de Gerald Tybaum. Hoy me encuentro en la oficina legal en D.C. de L. Jamison Hubbard, abogado de Evelyn Adelpia. Me acompañan esta mañana L. Jamison Hubbard, Evelyn Adelpia y Ronald Holt, detective del Departamento de Policía Metropolitana del Distrito de Columbia. Hoy estaré haciendo preguntas a Evelyn Adelpia, y ella responderá bajo la atenta supervisión de su abogado, L. Jamison Hubbard. Quiero

dejar claro que, aunque esto no es un testimonio bajo juramento, sigue siendo un delito grave mentirle a un oficial de la ley durante una investigación oficial, como lo es esta. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? —preguntó Evelyn.

—Tal vez treinta o cuarenta minutos. Eso debería ser suficiente —dije—. Ahora, por favor, diga su nombre.

—Evelyn Adelpia.

—Señorita Adelpia, ¿cuál es su ocupación habitual?

—Trabajo para el gobierno federal en el Departamento del Tesoro durante el día. Por la noche, trabajo como acompañante femenina.

—¿Por la noche trabaja de manera independiente o tienes un empleador al que responde?

—*Freelance*. Tengo una página web.

—Como acompañante femenina, ¿cuáles son sus actividades habituales?

—Acompaño a hombres y, de vez en cuando, a mujeres, a salidas sociales, fiestas, cosas por el estilo.

—¿Ofrece algún otro tipo de servicio?

—La compañía masculina es el principal.

—¿Y qué hay de las relaciones físicas? ¿También eso?

—¿Quieres decir si me acuesto con mis clientes? Sí, tengo sexo con algunos de ellos, si pagan lo suficiente.

—¿Es legal la prostitución en D.C.?

Ella sonrió ante esa y luego me remató.

—Solo si eres miembro del Congreso.

Ninguno de nosotros pudo evitar sonreír. Holt incluso se rió.

—La noche del quince de enero de este año, ¿estaba con un cliente de su servicio de acompañantes?

—¿Se refieres a la noche, la tarde o el día?

—¿Cómo? ¿Fueron tres hombres distintos? —pregunté y me arrepentí de inmediato. Ella solo intentaba responder con precisión—. Perdón. Me refiero a cualquier momento de ese domingo.

—Sí, el senador Jessup me había solicitado para esa tarde.

—¿Se refiere al senador estadounidense Stanley E. Jessup?

—Sí.

—¿Cómo fue que el senador Jessup llegó a contactarla?

—Ya me había contratado antes.

—¿Cuántas veces antes?

—Tal vez veinte o veinticinco.

—¿Le pagaba por esos encuentros?

—Sí, mil por el día completo, quinientos por medio día.

—¿El quince de enero fue un día completo o medio día?

—Medio. Me llamó después del mediodía. No suelo trabajar los domingos, así que tenía un espacio libre. Como era un cliente habitual, trabajé en vez de tomarme el día libre.

—¿Ese día tuvo ocasión de visitar el Monumento a Lincoln con el senador Jessup?

—¿A qué hora?

—Como a las seis.

—¿Por qué el Monumento a Lincoln, si lo sabe?

—Tenía una fijación con el sexo en público.

—¿Qué es eso? —dije, levantando la cabeza bruscamente de mis apuntes.

—Le gustaba tener sexo en lugares públicos. Es una especie de fetiche que tienen algunos hombres. Raro, pero bueno, él paga, así que no discuto.

—¿No discutes sus fetiches?

—Nada que los avergüence. Quiero que mis clientes se sientan seguros y cómodos conmigo. Los hombres pueden ser muy extraños. El del senador era el sexo en público.

—¿Tuviste sexo con el senador en el Monumento a Lincoln?

—Sí, más o menos a mitad de las escaleras. Hay ochenta y siete escalones —los conté una vez antes, cuando lo hicimos ahí.

—¿No fue la primera vez que tuviste sexo con el senador en el Monumento?

—Lo hicimos ahí tal vez unas seis veces.

—¿Dónde más tuviste sexo con el senador?

—En el Edificio de la Oficina Ejecutiva, en el Capitolio, frente a la Casa Blanca... Y hay más.

—¿Alguien los vio alguna vez teniendo sexo con el senador en público?

—Si lo hicieron, no se presentaron. Nadie me lo dijo ni nos confrontó.

Revisé mis notas por un momento. Luego dije:

—Describe el acto sexual en el que estabas involucrada con el senador el quince de enero.

—Sexo oral.

—¿Perdón?

—Sexo oral. Le estaba haciendo sexo oral.

—¿Esto fue en las escalinatas del Monumento a Lincoln?

—Sí.

—¿Por qué allí? ¿Alguna idea?

—El senador Jessup es del sur. Dijo que odiaba a Lincoln, así que quería tener sexo en sus escaleras.

—¿Él te dijo eso?

—Sí.

—¿Mientras tenía relaciones sexuales con el senador, algo inusual llamó su atención esa noche?

—Se disparó un arma. Miré hacia allá. Vi a un hombre dispararle a otro que flotaba boca abajo en el agua.

—¿El agua? ¿Quiere decir el Espejo de Agua?

—Sí. No lo vi, pero recuerdo haber pensado que el primer disparo probablemente lo hizo caer al agua. Luego lo vi disparar varias veces más, de pie sobre el tipo y disparándole mientras flotaba.

—¿Pudo ver a un hombre en el estanque? ¿No estaba oscuro?

—Hay luces. Supongo que vi más bien la forma de un hombre.

—¿Entonces su mente dedujo que era un hombre lo que estaba viendo?

—Supongo que sí. No pretendo saber cómo funciona la mente, señor.

—Lo agradezco. ¿Qué le parece esto: me dice si le parece justo? Usted vio al hombre disparar contra una figura en el agua y pensó que parecía una persona flotando allí.

—Es justo. Eso fue lo que pasó.

—¿Y qué ocurrió mientras veía que se disparaban los tiros?

—El senador eyaculó en mi boca.

—¿El senador —con su ayuda— culminó el acto sexual?

—Clímax. Se vino en mi boca.

—Está bien. ¿Por casualidad vio si el senador también estaba mirando hacia el tiroteo?

—Sí. Estaba mirando y acabándose al mismo tiempo.

—¿No tenía los ojos cerrados?

—Para nada.

—¿Y cómo lo sabe?

—Aparté la vista del tiroteo y miré al senador. Quería saber si debía continuar.

—¿Él no dio ninguna señal de que debía detenerse?

—Todo lo contrario. Me agarró por detrás de la cabeza y me acercó más a su pene.

—¿Usted y el senador hablaron sobre lo que habían visto?

—No. Se subió la cremallera de inmediato y bajó las escaleras a toda prisa. Luego se fue corriendo hacia su coche. Yo me quedé ahí parada. No sabía cómo iba a volver a casa, ya que él me había traído.

—¿Habló con alguien esa noche sobre lo que viste?

—Sí, la policía habló conmigo.

—¿Por qué seguía en la zona cuando llegó la policía?

—Me golpeé la cabeza y perdí el conocimiento. Luego me despertaron un rato después. Tiene que entender, señor Gresham, que el lugar estaba lleno de policías del Capitolio. Había por todas partes. Apuesto a que llegaron en menos de dos minutos.

—¿Tan rápido?

—Estaba inconsciente. Solo estoy suponiendo.

—¿Tuvo línea de visión del rostro del tirador?

—La tuve.

—¿Reconoció al tirador?

—Lo reconocí.

—¿Puedes decirnos el nombre del tirador?

Ella se detuvo y miró a su abogada en busca de orientación. Entonces su abogada se levantó y dijo que iban a salir al pasillo para discutir su respuesta. Les dije que se tomaran su tiempo. Es muy común que una testigo y su abogada hagan una pausa y salgan de la sala para hablar sobre el testimonio. Pasa casi cada vez que tomo

una declaración. Así que no me sorprendió ni me molestó que ocurriera ese día. El detective Holt pausó su grabadora y se recostó con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Me miró.

—¿Y qué más hay de nuevo, señor Gresham? —dijo con una especie de sonrisa astuta.

—¿Además de localizar a una testigo del asesinato de Gerald Tybaum? ¿Además de que la testigo identificara a un senador de los Estados Unidos como su acompañante en la hora y lugar del tiroteo? ¿A eso se refiere?

—Lo sé. Va a ser una testigo estupenda.

—Inocente —dije—. Se muestra con total inocencia y honestidad. Incluso con su historia tan impactante.

—Sí, es muy simpática.

—Totalmente de acuerdo.

La testigo y su abogada reaparecieron entonces y tomaron asiento. Holt encendió la grabadora y retomamos.

—Señorita Adelphia, usted acaba de hacer una pausa en la grabación con su abogado y salió al pasillo, ¿correcto? ¿Puede decirnos qué discutieron allá afuera?

—¡Objeción, privilegio abogado-cliente! —dijo Hubbard con un tono mordaz en la voz—. No respondas eso, Evelyn.

—Retiro la pregunta —dije—. Usted iba a decirnos la identidad del hombre que vio disparando. Por favor, díganos ahora a quién vio.

Sin dudarlo, dijo:

—No puedo estar segura de quién era y no quiero adivinar.

—Le dije que no adivinara, señor Gresham —intervino Hubbard.

—¿Qué más le dijo? —pregunté.

—Me dijo...

—¡Protesto! ¡Privilegio abogado-cliente! —gritó Hubbard.

Lo miré fijamente.

—Tonterías. Usted renunció a ese privilegio cuando dijo que le había dicho que no adivinara. Por favor, permítale responder mi pregunta.

—No respondas a esa pregunta, Adelphia —dijo Hubbard—. Señores... y señora... hemos terminado por hoy. Doy por finalizado este interrogatorio.

—Muy bien —dije—. Tiene derecho a hacerlo. Abogado, esta declaración será transcrita. ¿Permitirá que su clienta la firme y certifique que es su declaración?

—Por supuesto que no. No va a firmar nada.

Miré con indiferencia al abogado al otro lado de la mesa.

Luego asentí con la cabeza. No era momento de imponerme. Y eso que ahora tenía un nuevo peso: el peso de contar con toda la fuerza y autoridad del Gobierno de los Estados Unidos respaldándome en la investigación. Me había prometido no actuar como un matón y no iba a empezar en ese momento.

Así que lo dejé pasar y dimos por terminada la reunión.

Una vez afuera, en el estacionamiento reservado donde Holt había dejado su auto sin identificación, desbloqueó el coche y me miró por encima del techo del vehículo justo cuando estábamos por subirnos.

—Eso estuvo genial —dijo él—. Muy bien hecho.

—Eso no ha sido nada —dije—. Espere a que la lleve ante el gran jurado y la obligue a revelar la identidad del tirador. Ahí es cuando se va a poner divertido.

—Hmm. ¿Cree que ella sabe quién fue?

—Oh, claro que lo sabe. ¿Vio cómo le temblaban las manos cuando fue a tomar su Starbucks? Temblaba como una hoja.

—Lo noté.

—Apenas estamos comenzando, detective Holt. Ahora lléveme de regreso a mi oficina, por favor. Necesito prepararme para reunirme con el director ejecutivo de GULP.

—Vamos en camino.

Capítulo Veintitrés

Rudy había vigilado la casa de los Tybaum tres veces sin éxito. Es decir, nadie entraba ni salía, y nadie respondía la puerta.

—Se mudaron —susurró para sí mismo al rendirse por tercera vez, poner el auto en marcha y salir rodando en busca de los herederos desaparecidos. Había una cosa que sabía con certeza: sabía dónde trabajaba Mona, y justo ahí se dirigía. La seguiría hasta donde estuviera viviendo ahora. Y eso lo llevaría con los demás, noventa y nueve veces de cada cien.

Llegó a Krickit Enterprises a las cuatro y media de la tarde. El edificio estaba ubicado en una calle secundaria del noroeste de D.C. Era una calle arbolada pero tenía servicio de autobuses, por lo que supuso que así era como ella regresaría a casa.

Efectivamente, a las cinco en punto, justo cuando encendía un cigarrillo con la brasa del que acababa de fumar casi hasta el filtro, ella salió del edificio y se ajustó el cuello del abrigo. Llevaba guantes y él estaba lo suficientemente cerca como para ver que eran de lana verde. No movió su auto mientras ella caminaba hasta el extremo sur de la manzana, donde se sentó en una banca de autobús. Muy lentamente, acercó su Lincoln por la acera hasta quedar a menos de quince metros de ella. Ella leía en su teléfono y no levantó la vista.

Fácil, pensó Rudy. No presta ninguna atención a su entorno, igual que todos los menores de treinta en este país.

Rudy mantenía la vista alerta por el parabrisas y también por la ventana trasera usando el espejo. Entonces vio al autobús avanzar pesadamente por la calle, balanceándose de lado a lado sobre el pavimento abombado. Pasó junto a él y Rudy giró el rostro para evitar que lo vieran. Uno nunca sabía. Luego se detuvo en la esquina y vio a Mona subir a bordo. *¿Entonces de verdad va a ser así de fácil localizar la nueva casa de la familia?*

Planeaba el asesinato de Mona Tybaum. Para empezar, no quería testigos. Eso descartaba la parada de autobús en cualquiera de los extremos del recorrido. También descartaba el edificio Cricket. ¿Terminaría simplemente entrando en su nueva residencia y asesinandolos uno por uno mientras dormían? Pero seguramente estarían bajo la atenta vigilancia de un contingente policial. Estaba seguro de que un gran jurado ya se reunía y buscaba su identidad, lo que probablemente también significaba que había protección policial.

Finalmente, tras dos transbordos de autobús, llegaron a Bethesda. Ella bajó en Elm y comenzó a caminar la larga manzana hasta la siguiente calle, que era Beech. En Beech giró al norte y caminó hasta la puerta principal de la tercera casa a la izquierda. Era una casita de aspecto acogedor. Desde el exterior podía ver la sala en la ventana frontal del lado derecho, y del lado izquierdo estaban los dormitorios y tal vez un sótano abajo; no estaba seguro. En todo caso, parecía haber ventanas algo por encima del nivel del suelo y otras al ras del suelo. Tal vez una casa de un piso y medio. Desde el final de la calle, la observó desaparecer dentro de la casa.

Ahora, a sentarse y asegurarse de que era su casa, que no estuviera simplemente visitando a alguien.

Desde las seis y media hasta las once y media, cuando todas las ventanas estaban a oscuras, Rudy se quedó sentado en su Lincoln y esperó. Llamó a Wexler para informar.

—Creo que ya tengo la casa —dijo por teléfono sin presentarse.

—Bien. ¿Dónde está?

—Por teléfono no. Me quedaré aquí hasta el amanecer para estar seguro.

—¿Has visto a alguien más entrar o salir?

—No. Y tampoco he visto patrullas, ni oficiales ni encubiertas. Lo cual me desconcierta un poco. ¿No deberían tener a la policía vigilando a los hijos de Tybaum como halcones en cuanto se dieron cuenta de que el asesinato tenía que ver con dinero? ¿No deberían saber que iríamos tras sus herederos después?

—Nunca se sabe. Los policías y los fiscales del gobierno pueden ser bastante competentes, pero también pueden ser más tontos que una piedra. Quiero que sigas vigilando un día más, solo para estar seguros de todo. Si decides que ya tienes localizada su casa, llámame. Haremos planes. ¿Me entiende, Rudy? No quiero que actúes antes de tiempo, antes de saber con certeza lo que tenemos. Escúcheme y actúe en consecuencia.

—Entendido. Me quedaré un día más. Luego lo llamo.

—Corto.

Rudy terminó la llamada sin decir una palabra más. Odiaba que le hubieran ordenado quedarse en la casa otras veinticuatro horas completas. Para él, era bastante obvio que había encontrado la nueva casa y que podía matarlos a todos allí de una sola vez. Todo lo que necesitaba era una llave y un silenciador para su Glock del 40. Pero lo reconsideró y tuvo que darle la razón a Wexler cuando un coche patrulla se detuvo a las siete de la mañana y un oficial uniformado bajó y tocó el timbre. Habló con Mona brevemente antes de volver a su vehículo y marcharse. Quince minutos después, Mona reapareció, salió a la acera y comenzó su caminata hasta la parada de autobús a una cuadra de distancia. Llevaba un abrigo largo negro, desabotonado al frente, y lo que a Rudy le pareció un traje de pantalón debajo. Sus zapatos eran de tacón medio y repiqueteaban en la acera mientras se acercaba a Rudy y pasaba de largo sin siquiera mirarlo. Entonces él dio la vuelta a la manzana y condujo lentamente por la calle. Se detuvo un poco antes de llegar al final y esperó hasta que volvió a aparecer. Esta vez se detuvo en la plataforma del autobús y se metió bajo la pequeña cubierta contra la lluvia. Pasaron diez minutos antes de que llegara el autobús. Rudy

la vio subir y luego observó cómo el autobús se alejaba por la calle hasta desaparecer en la esquina. Se había ido.

Entonces dio la vuelta nuevamente a la manzana y esta vez pasó más allá de la casa temporal de los Tybaum y se metió en una entrada vacía. Luego retrocedió para quedar otra vez de frente a la casa. Descubrió que era difícil mantenerse despierto mientras se acomodaba para una larga vigilancia, pero sabía que valdría la pena.

A las seis de la tarde, Mona había regresado y Rudy supuso que toda la familia estaba adentro. Encendió su Lincoln y pasó rápidamente frente a la casa, bajó una manzana más y luego giró a la derecha para salir a toda velocidad hacia la autopista.

Necesitaba un silenciador y creía saber dónde podría encontrar uno.

Al otro lado del río, en Arlington, justo al bajar del puente, Rudy giró a la derecha, avanzó dos manzanas y luego giró a la izquierda. Se detuvo frente a una tienda con tres escaparates más adelante, donde una ventana decía en grandes letras doradas:

EMPEÑOS. Aparcó en el lateral y se apresuró a entrar.

—¿Está Raúl? —preguntó a un hombre blanco corpulento detrás de un grueso vidrio a prueba de balas.

—¡Raúl! —llamó el hombre corpulento por el largo de las vitrinas llenas de artículos de empeño—. ¡Ventanilla Uno!

Un hombre de aspecto hispano apareció desde una sala privada a la extrema izquierda de Rudy, secándose las manos con un trapo de taller. Vio a Rudy, pero permaneció impasible a pesar de conocerlo bastante bien.

—¿Sí? —dijo a través del altavoz de aluminio incrustado en el vidrio divisor entre ambos hombres.

—Glock calibre cuarenta. Con silenciador.

El entrecejo del hombre se frunció.

—Eso le va a costar.

—No hay problema.

—Cinco mil. Puedo tenerla aquí en una hora.

Rudy sacó del bolsillo un fajo de billetes de cien como de gánster. Contó cincuenta, los empujó por debajo del vidrio y dijo:

—Cuéntelo.

El hombre hojeó rápidamente los billetes, contando. Luego se giró y los pasó por un contador electrónico. Mismo total: cincuenta.

—Hecho —dijo Raúl—. Regrese en sesenta minutos. Váyase por ahora.

Sin decir una palabra, Rudy se dio la vuelta y salió de la tienda. Ya en la acera, miró en ambas direcciones. Un restaurante al otro lado de la calle llamó su atención. *Fernando's*, decía el letrero intermitente en la ventana. Esquivando dos autos que venían de frente, Rudy cruzó la calle con agilidad y entró al restaurante caminando despacio para no llamar la atención. Una mujer que sostenía un menú enfundado en plástico contra el pecho se le acercó y le indicó que la siguiera. En la mesa, colocó un vaso de plástico con agua y hielo. Luego se dio la vuelta, fue detrás del mostrador y regresó minutos después con un tazón lleno de totopos y una cazuelita de salsa. Al dejar su ofrenda frente a él, dijo: «Tómese su tiempo».

Pidió un chile relleno verde y un queso crujiente con una botella de Dos Equis. La comida era aceptable y la cerveza refrescante. De hecho, decidió pedir una segunda, algo que casi nunca hacía cuando estaba en un trabajo. Pero tenía una hora para matar y no quería pasar el tiempo afuera de la casa de empeño, sentado en el estacionamiento con el motor encendido para mantenerse caliente. Se tomó la segunda cerveza lentamente durante casi treinta minutos. Luego se levantó, caminó hasta la caja y pidió la cuenta. Pagó, se enfundó su abrigo North Face y salió. Volvía a nevar.

Cruzó de nuevo la calle esquivando el tráfico, esta vez entrando directamente a la casa de empeño y caminando derecho hasta la Ventanilla Uno.

—¡Raúl! —llamó el corpulento hombre blanco—. ¡Tu cliente ha vuelto!

Raúl volvió a entrar por la izquierda de Rudy, esta vez cargando un objeto envuelto en un trapo amarillo de taller. Lo colocó de su lado del vidrio blindado y desenvolvió el trapo. Rudy miró fijamente el silenciador.

—Pásamelo —pidió al propietario, y el silenciador se deslizó por debajo de la ventana. Rudy lo recogió, se giró y miró a través del

artefacto hacia la luz exterior que entraba por la ventana frontal. Giró el objeto como quien gira un caleidoscopio para ver el efecto. Evidentemente satisfecho con el silenciador, asintió a Raúl y guardó el dispositivo en el bolsillo.

—Vuelva —dijo Raúl.

—Puede estar seguro de eso —respondió Rudy mientras se dirigía a la puerta—. Adiós.

—Adiós.

Rudy condujo lentamente de regreso a la casa de los Tybaum. No había prisa; el encargo no era hasta pasada la medianoche, pero antes del amanecer.

Las dos cervezas Dos Equis lo habían dejado somnoliento. Sentado tras el volante, con la cabeza apoyada contra la ventana, cerró los ojos. *Solo por un minuto*, pensó. Cuatro horas después se despertó sobresaltado. Algo había golpeado su coche. Miró a su alrededor en 360 grados. Entonces, allí, a su cuatro en punto, vio el cuerpo de un hombre corpulento. Sostenía un bate de béisbol sobre el hombro y ahora se acercaba a la ventana del conductor. Rudy bajó la ventanilla y miró hacia arriba. La pistola con silenciador descansaba sobre su regazo, debajo de un periódico que había traído con ese propósito. El hombre se inclinó.

Era corpulento y no sonreía.

—Esa es mi casa, allá atrás —gruñó el hombre a Rudy.

—Ya veo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Por qué estás estacionado frente a mi casa?

—Es una calle pública, señor. Puedo estacionarme aquí una semana si así lo decido.

El hombre se irguió de golpe. Por un instante, Rudy temió que el bate fuera a caerle encima.

Pero no lo hizo. En cambio, el hombre volvió a inclinarse y apuntó con el extremo grueso del bate directamente a la cabeza de Rudy.

—No, hijo, así no funcionan las cosas por aquí. No puedes estacionarte aquí una semana. Ni siquiera un día. Ha habido robos y asaltos en nuestro vecindario. Nuestro grupo de vigilancia está en

línea; aquí pasan cosas todos los días. Así que vas a tener que irte, o voy a tener que pensar en otra forma de convencerte.

Mirando al frente, Rudy apretó la mandíbula y se esforzó por no mostrarse agresivo.

—¿Sabes qué? —dijo—. ¿Y si le pago para que me deje quedarme un poco más?

—¿Cuánto más?

—Toda la noche.

—¿Por qué querría hacer eso?

La mente de Rudy iba a mil. El hombre sabía cómo era él. Si los hijos de los Tybaum morían esa noche, el hombre podría identificar a Rudy en una rueda de reconocimiento en un segundo. Y él lo sabía. Su tapadera estaba comprometida, el golpe, cancelado; tendría que pensar en otra forma de hacer el trabajo.

—Está bien —respondió Rudy—. Supongo que tiene razón. Supongo que en realidad no querría hacerlo.

—Así es.

—Así que me voy ahora. No volveré. Lamento haberlo molestado esta noche.

—No vuelva —dijo el hombre, agitando el bate de forma amenazante hacia Rudy.

Rudy sentía el peso del arma en su mano, más pesada y aún más letal con el silenciador montado en el cañón.

—No volveré —dijo finalmente, aflojando el agarre sobre el arma—. He terminado aquí.

—Eso es.

—No hace falta hacerse el duro —respondió Rudy, erizándose de golpe.

—No soy ningún duro, amigo. Solo un hombre con una familia. ¿Sabe qué más? Mi esposa tiene el número de su matrícula. Si pasa algo por aquí, usted es el primer sospechoso en la lista de la policía. ¿Entendido?

—Claro. Pero no se preocupe, ya me he ido.

Rudy bajó la marcha del Lincoln, asintió al hombre y subió la ventanilla mientras comenzaba a alejarse.

—¡Maldita sea! —murmuró Rudy mientras aceleraba calle abajo. Señaló la casa de los Tybaum al pasar—. Tienen mucha suerte, niños. Mucha suerte.

Entonces llegó a la esquina, giró a la derecha y desapareció. Pero no había terminado.

Apenas había comenzado.

Capítulo Veinticuatro

El vicepresidente Jon Vengrow era ampliamente conocido como un hombre reservado que se guardaba sus opiniones. Rara vez se le veía en público, salvo en eventos en el Jardín de las Rosas donde el presidente anunciaba alguna nueva reducción de impuestos o un tratado con un socio comercial. Así que, cuando llamé a su oficina, expliqué quién era y que quería hablar en privado con él, mi solicitud fue rechazada de inmediato. Pensé que tal vez no sabían quién era yo, así que intenté escribirle una carta explicando que su nombre había sido mencionado por un testigo en un caso criminal que estaba investigando. De nuevo, solo encontré un muro de silencio.

Decidí que debía estar usando el enfoque equivocado.

Así que convoqué un gran jurado y emití una citación para el vicepresidente. Un agente federal se la entregó el 2 de marzo, dejando una copia en su oficina con su asesor legal, quien se adelantó y dijo que aceptarían la notificación. Así fue. La fecha de comparecencia de la citación era el 9 de marzo, un lunes, a las diez de la mañana.

El siguiente era Vincent Tirley. Concerté una cita para hablar con el tesorero del comité de acción política de Gerry Tybaum. Quería hablar sobre los doce millones de dólares desaparecidos y ver si podíamos empezar a entender exactamente qué había pasado, cómo

esa misma cantidad de dinero había sido depositada en un banco ruso y si algo de eso estaba relacionado con el asesinato de Gerry Tybaum. El FBI ya había tomado una declaración de Vincent Tirley, y yo tenía copia de ella, pero quería más. Así que el señor Tirley aceptó reunirse conmigo, pero solo después de que le insinué que estaba convocando a un gran jurado y que podía contar su versión bajo juramento ante el jurado si no quería hablar conmigo. Eligió la reunión en privado conmigo en su oficina.

Llegué a la oficina de Tirley en Foggy Bottom el martes por la mañana y, de inmediato, me ofrecieron café y un asiento en una pequeña sala de conferencias. Tirley no me hizo esperar; se unió a mí apenas unos minutos después, acompañado por un segundo hombre, que yo sabía sería su abogado. Se hicieron las presentaciones, y una taquígrafa contratada por el abogado de Tirley montó su trípode, se tronó los nudillos y luego asintió, lista para comenzar.

—Quiero una copia —le dije—. ¿Hay algún problema con que me den una copia de su transcripción?

Tirley negó con la cabeza.

—Perfecto entonces —dije, y tomé asiento en la mesa.

No perdí tiempo. Tirley era un hombre delgado, de rostro pálido, de poco más de cincuenta años, cuyo traje de rayas estaba perfectamente ajustado a su cuerpo y cuyas uñas reflejaban la tenue luz de la sala de conferencias gracias a una capa de esmalte transparente.

Entré de lleno, adoptando un formato estándar de preguntas y respuestas, porque eso es lo que hago cada vez que aparece una taquígrafa. Me pareció que encajaba bien con el ambiente y el personal presente.

—Diga su nombre —le dije.

—Vincent Richard Tirley —respondió.

—Señor Tirley, ¿cuál es su negocio, ocupación o profesión?

—Director Financiero, Uso Gubernamental de Tierras y Política.
Es un PAC.

—¿También conocido como GULP?

—Creo que a algunas personas les gusta ese acrónimo, sí.

—Cuéntenos la naturaleza del negocio de GULP.

—Somos un comité de acción política. Nuestro estatuto establece que podemos realizar cualquier tipo de recaudación de fondos que consideremos apropiada en lo que respecta a políticas climáticas, legislación y elecciones. Trabajamos codo a codo con el partido Cambio Climático.

Su rostro se iluminó al decirme esto. Evidentemente, estaba orgulloso del trabajo de su PAC y su entusiasmo me convenció de que creía en su misión.

—¿Conoce a Gerald Tybaum?

—Lo conozco. O lo conocía. El señor Tybaum fundó el partido Cambio Climático y formó parte del consejo directivo de GULP.

—Como miembro del consejo directivo de GULP, ¿cuáles eran las responsabilidades del señor Tybaum?

—Contrataciones y políticas. Todas las nuevas contrataciones pasaban por el consejo directivo de GULP y todos los asuntos de política y apoyos de campaña eran debatidos y votados por dicho consejo. A veces, esos debates eran bastante acalorados, debo añadir.

—Estoy seguro de que es así. Especialmente en el clima político y ambiental actual, donde enormes masas del Ártico y la Antártida se están derritiendo.

—Exactamente.

—Como miembro de la junta directiva de GULP, ¿el señor Tybaum tenía acceso a la chequera de GULP?

—¿Podía él retirar dinero de nuestras cuentas? ¿Eso es lo que está preguntando?

—Sí.

—No.

—Recientemente fui visitado por el FBI en relación con una reunión que tuve con el señor Tybaum. El FBI indicó que probablemente existía una conexión entre el señor Tybaum y fondos que se reportaron como desaparecidos del PAC. ¿Puede aclararme esto?

—Nos malversaron poco más de doce millones de dólares y algo más. La malversación fue investigada por el FBI bajo las leyes

federales que rigen los PAC.

—Por favor, dígame qué le dijo al FBI sobre los fondos desaparecidos y la capacidad de Tybaum para mover esos fondos por su cuenta.

—Básicamente lo mismo que le he dicho a usted: que Gerry Tybaum no tenía acceso ni autoridad firmante sobre ninguna de nuestras cuentas en efectivo.

—¿Usted dio su opinión con respecto a la participación de Tybaum en la malversación de fondos de GULP?

—Sí, di mi opinión.

—¿Y cuál era esa opinión?

—Les dije que creía que Gerry Tybaum no tenía forma de obtener control sobre ninguna de nuestras cuentas ni de nuestro dinero. Aún no veo cómo podría haberlo hecho. Además, no tenemos idea de adónde fue a parar el dinero, así que ni siquiera podemos formular una conjetura fundamentada sobre el posible papel que Gerry Tybaum pudo haber tenido.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el FBI no le había informado a GULP ni a Tirley que la cuenta bancaria rusa de Tybaum había recibido un depósito por casi exactamente la misma cantidad que se había malversado. Decidí además que no iban a enterarse de esa posible conexión por mí. Así que seguí adelante.

—¿Puede compartir conmigo alguna idea o teoría que tenga sobre la desaparición de las contribuciones a la campaña de GULP?

—Sí, creo que nuestro dinero fue transferido de nuestra cuenta a otra cuenta por alguien dentro del banco. No desde nuestro lado.

—¿Qué banco?

—Charter Bank and Mercantile de Boston. Todas nuestras cuentas están en Charter Bank.

—¿El FBI lo investigó?

En ese momento miró a su abogado, quien hizo un leve encogimiento de hombros y asintió.

—El FBI investigó, pero no nos han dicho nada de lo que descubrieron. Estamos tan a oscuras ahora como siempre lo estuvimos.

—Señor Tirley, nunca he tratado con un PAC antes. Pero doce millones de dólares es una montaña de dinero. ¿Eso sería mucho para cualquier PAC? ¿Lo sabe?

—He trabajado para varios PAC. Doce millones está en el rango más alto de lo que he visto. Pero recuerde que hay un sinfín de activistas climáticos allá afuera, señor Gresham. Ahora todos están involucrados. Los únicos que aún no se han dado cuenta son los de su administración actual en la Casa Blanca. Ellos todavía quieren perforar sin parar.

—Sin entrar en la política del cambio climático ni en la polarización que causa entre las personas, ¿puede decirme si Gerald Tybaum tenía algún detractor que pudiera haber querido verlo muerto? ¿Alguno del que usted tenga conocimiento?

—Solo unos veinte millones de ejecutivos que trabajan para las compañías de combustibles fósiles. El odio hacia Gerry era amplio y profundo. El petróleo lo odiaba, también el carbón, incluso ciertas personas en el Congreso cuya financiación de campaña depende de que los barones del carbón y el petróleo les escriban cheques enormes. Ellos también lo odiaban. Sí, había todo un mundo allá afuera que odiaba a Gerry.

—¿Y en cuanto a relaciones más personales? ¿Está al tanto de alguna persona en particular que pudiera haber querido verlo muerto?

—No realmente. Bueno... tal vez no debería decir esto.

—¿Decir qué?

—Sé que se decía que Gerry se acostaba con la esposa del vicepresidente. Así que tal vez el gobierno quería verlo muerto. Estoy medio bromeando, señor. No lo sé, y realmente no debería haberlo repetido. Solo es un rumor. Pero todos aquí en Washington lo saben.

Le sonreí.

—Anotaré eso como pura especulación. No se preocupe.

—Gracias.

—¿Alguna vez vio a Gerry y a la señora Vengrow juntos?

—Oh, no. Gerry nunca habría sido tan abierto y notorio. Era un caballero.

—¿Entonces esta conexión entre Gerry y la mujer es solo un rumor?

—Creo que sí. Me siento fatal por haber repetido ese rumor hace un momento. Nadie sabe nada de nadie. Todo son rumores y suposiciones.

—Hemos hablado de detractores que podrían haber querido a Gerry muerto. Y hemos hablado de una supuesta aventura que tenía. ¿Se le ocurre a alguien más que pudiera haber querido a Gerry muerto?

—No, señor. Todo el tema del clima es un avispero. Hay millones de personas en ambos bandos del asunto. Cualquiera de ellos podría guardar rencor. Parece un caso casi imposible, señor Gresham.

—Muy bien, lo tendré en cuenta. ¿Tiene alguna pregunta para mí, señor Tirley?

—Sí, ¿tiene alguna idea de qué pudo haber pasado con nuestro dinero desaparecido?

—No —mentí—. Ni idea.

Entonces le di las gracias y nos despedimos.

Parte de ser un buen fiscal, acababa de aprender, era mantener el rostro serio al decir una mentira.

Pero yo había sido abogado defensor desde siempre. La habilidad de mentir ya la tenía.

Capítulo Veinticinco

El vicepresidente estaba ansioso por escabullirse del hospital para encontrarse con su amante. Sin embargo, el Servicio Secreto insistía en que se usaran los vehículos oficiales, con luces intermitentes y todo. Si aceptaba eso, ellos aceptarían mirar hacia otro lado, como de costumbre, el acuerdo tácito entre el esposo infiel y su séquito armado. Así que aceptó de mala gana, lo cual hablaba del deseo que sentía por la joven.

Mona Tybaum siempre se ponía nerviosa al encontrarse con el vicepresidente. Mantener un perfil bajo y actuar con clandestinidad estaba fuera del alcance de ese hombre, siendo el segundo al mando en los Estados Unidos. A donde fuera, lo acompañaban largos autos negros, luces y sirenas con escolta del Servicio Secreto, patrullas y motocicletas policiales. No era muy distinto de las caravanas que suelen verse cuando el presidente visita una ciudad.

El mismo día en que Michael Gresham se reunía con el director ejecutivo de GULP, Mona intentaba encontrarse con el vicepresidente. Su plan consistía en que él fuera al restaurante Good Egg en Georgetown, se sentara, se levantara para ir al baño y luego desapareciera por el pasillo hasta salir por la puerta trasera, donde Mona lo esperaría con su Subaru. Todo iba según lo planeado hasta que el vicepresidente empujó la puerta trasera del restaurante y

sonó una alarma. Alguien estaba usando una salida protegida. Un guardia de seguridad fue el primero en llegar y apenas logró ver el Subaru alejándose a toda velocidad por el callejón con dos figuras en los asientos delanteros. Los agentes del Servicio Secreto que venían detrás lo empujaron bruscamente a un lado y comenzaron a gritar por sus micrófonos de muñeca para que trajeran los vehículos y comenzaran la persecución.

Pero ya era demasiado tarde. Para cuando llegaron los autos de la caravana, el Subaru había desaparecido hacía rato. Y nadie tenía una descripción, ya que solo el guardia de seguridad había visto el vehículo alejarse y no era un aficionado a los autos. Es decir, no tenía idea de qué marca o modelo estaba viendo escabullirse por el callejón. Tampoco alcanzó a ver la matrícula. «No creo que tuviera placa», le dijo al Servicio Secreto. Le dirigieron expresiones de frustración y se alejaron para comenzar la búsqueda por aire y por las calles, conducidas al azar por una gran fuerza de la policía de Washington D.C. Como dijo un teniente del Servicio Secreto a sus hombres: «Esto incluso podría ser un secuestro por parte de una potencia extranjera».

Lo cual era horroroso incluso de considerar.

Habían perdido al vicepresidente en el restaurante de un pequeño centro comercial, y ya los medios se abalanzaban con sus cámaras de televisión y micrófonos, tomando declaraciones y descripciones de cualquiera que se detuviera a hablar con ellos. Finalmente, se notificó al propio presidente, quien quería saber quién estaba a cargo y si el Servicio Secreto contaba con suficiente personal para localizar a su número dos.

Dentro del vehículo en fuga, las manos del vicepresidente recorrían el cuerpo de Mona mientras ella conducía, tomando curvas a toda velocidad y atravesando callejones. Por fin, encontraron un lugar para estacionar en el extremo más alejado de un *drive-in*, y ella aparcó pero dejó el motor encendido para que siguiera funcionando la calefacción. El altavoz pidió su orden y ella respondió que querían una hamburguesa, papas fritas y dos batidos de chocolate. «Enseguida», fue la respuesta. «¿En efectivo o con tarjeta de crédito?».

Justo en ese momento, Mona sintió su mano en el cuello, y el vicepresidente tiró de su rostro hacia el suyo. Le plantó varios besos en la boca y las orejas, y logró deslizar una mano por entre los botones de su blusa de seda, comenzando a masajearle el generoso busto. Mona gimió y echó la cabeza hacia atrás. Sus rodillas se abrieron bajo el volante y se estremeció cuando su amante deslizó la mano entre sus piernas y le tocó las bragas.

Fue exactamente en ese instante que llegó la comida y la camarera sobre patines gritó y señaló para que bajaran la ventanilla y le pasaran una tarjeta de crédito. Mona volvió en sí de golpe y rebuscó en su bolso, encontrando una tarjeta suelta que había quedado fuera de su billetera tras una compra esa mañana en Starbucks, donde la habían apurado a salir de la fila y no había podido guardarla correctamente.

Ni el vicepresidente ni Mona se percataron del Lincoln negro que los había seguido hasta su ubicación. Había estado esperando al fondo del callejón cuando Mona entró por el otro extremo. Esperó y se colocó detrás de ella cuando salió disparada del callejón y chirrió al incorporarse a la calle, girando a la derecha casi sobre dos ruedas. Ella estaba ocupada maniobrando y acelerando; él estaba ocupado recorriendo su cuerpo con las manos con hambre, su lujuria lo cegaba a todo lo que estuviera fuera del Subaru.

Ahora el Lincoln se metió detrás de ellos, habiendo pasado de largo, dado la vuelta y regresado de frente hacia la calle. Había una razón para la maniobra. Y era esta: iba a irse con prisa.

Con un movimiento rápido y fluido, Rudy Geneseo salió del Lincoln y se acercó por detrás a la camarera, que estaba pasando la tarjeta de crédito de Mona por el validador. Nadie lo vio cuando sacó la gran pistola de su bolsillo interior del abrigo y la empujó hacia adelante, colocando el cañón justo detrás de la oreja izquierda de Mona. Un segundo después, su frente y masa encefálica estaban esparcidas por el parabrisas; la mesera se había desmayado y el vicepresidente estaba sentado con una línea de sangre sobre su costosa camisa blanca, llorando ininteligiblemente: «¡Ahh! ¡Ahh! ¡Ahh!».

El disparo fue silenciado, pero hubo testigos. Rudy regresó tranquilamente a su vehículo, arrojó el arma en el asiento del pasajero y se acomodó en el asiento del conductor. Con cuidado, puso el auto en marcha y salió a la calle. Con el intermitente encendido, giró a la derecha y se desvaneció entre el tráfico denso.

La puerta del vicepresidente se abrió de golpe, y el hombre se tambaleó hasta el auto junto al de Mona. Golpeó el vidrio de la ventanilla con los nudillos e indicó a la conductora que llamara al 911. Ella lo hizo y le entregó el teléfono. Él dio instrucciones, reportando el homicidio, y el operador le dijo que se alejara del auto, entrara al restaurante y esperara en el baño hasta que llegara el Servicio Secreto por él.

El vicepresidente hizo exactamente lo que le indicaron.

Cuando llegó el Servicio Secreto, lo encontraron sentado en el borde de porcelana del inodoro, con la tapa levantada presionando su espalda. Tenía los pantalones alrededor de los tobillos y lloraba y temblaba sin parar.

La noticia salió en los noticieros esa noche. Los reporteros de televisión tenían un mundo de preguntas, pero pocas respuestas.

Prometieron actualizar a sus televidentes a las diez de la noche, una vez que se supiera más.

Esa misma noche fue un infierno en la casa de los Tybaum. Jarrod estaba inconsolable, y su dolor y llanto llamaron la atención de Annie, quien reaccionó violentamente a las emociones de su hermano. Destruyó las muñecas de su habitación, arrancando brazos y piernas de los torsos y arrojando las extremidades desmembradas al inodoro del pasillo, que hizo funcionar repetidamente hasta que el agua se filtraba hacia el pasillo.

La policía y el psiquiatra de Annie vinieron a la casa. La hermana de Gerald Tybaum volaba desde Berkeley, donde enseñaba derecho en Boalt Hall. Fue una noche larga para todos; finalmente, poco después de las dos de la madrugada, Annie se quedó dormida y su psiquiatra la cargó hasta su habitación, donde la acomodó en su cama.

Mañana sería un día largo y, hasta ese momento, no había ningún adulto responsable en la casa, no con Jarrod todavía en

estado de shock. Llegó una trabajadora social. Luego, un sacerdote. El detective Ronald Holt apareció y comenzó a armar el rompecabezas de lo que había sucedido ese día.

La hermana de Tybaum llegó a la casa poco antes del mediodía y se hizo cargo con gran competencia.

Jarrod salió de su estado de shock y empezó a cuidar de Annie, quien por la mañana ya era la misma de siempre: distante, desconectada.

Ronald Holt llamó a Michael Gresham y hablaron. Holt hizo lo que Gresham le indicó: llamó al Observatorio Naval y exigió una cita con el vicepresidente. La operadora le informó que el vicepresidente no estaba recibiendo a nadie.

—Una mierda —gruñó Holt—. Me va a recibir o me presentaré con un equipo SWAT y lo llevaré a rastras a la cárcel.

La cita se concretó poco después.

Pero la cita quedó sin efecto cuando Michael Gresham se volvió repentinamente ilocalizable.

Nivea Young había hecho una llamada a la línea de denuncias anónimas del Departamento de Policía Metropolitana.

Les dio el hotel de Gresham, el número de habitación y la ubicación del arma de fuego. Dijo que llamaba desde un teléfono público. ¿Por qué llamaba? Porque él la había dejado y ella quería vengarse. Él se había jactado de haber matado a Gerald Tybaum y le había dicho que se iba del país y que ella no podía ir con él. Después de haberle prometido que la llevaría, rompió su palabra. Estaba furiosa, exclamó antes de colgar. Colgó el teléfono público y abrió de un tirón la puerta de la cabina. Solo entonces se quitó los guantes de látex y los metió en el bolsillo del pantalón. Se arrancó la redecilla del cabello y subió a su camioneta.

Sacó su RAM del aparcamiento de Texaco y aceleró hacia el este en dirección al río.

Capítulo Veintiséis

El agente especial Ames, el detective Holt y yo nos reunimos en mi oficina el día después del asesinato de Mona. Hablamos sobre lo que sabíamos del vicepresidente y de la muerte de Gerry Tybaum. Y de Mona. Para empezar, sabíamos que el tirador de Gerald Tybaum llevaba el cinturón del vicepresidente, o uno exactamente igual. Además, la chaqueta de North Face, que no era determinante, salvo en un grado mínimo. Y sabíamos que el vicepresidente tenía un motivo: el romance de Tybaum con la esposa del vicepresidente era embarazoso para Vengrow. Pero coincidimos en que Vengrow no había tenido nada que ver con el asesinato de Mona, y este hecho lo eximía, en mi opinión, de cualquier conexión con el caso de Gerry Tybaum. ¿Por qué? Porque sería una posibilidad entre un millón que Vengrow quisiera a Gerry muerto y que otra persona quisiera a Mona muerta. Era mucho más fácil aceptar que quien los quería muertos era la misma persona.

—La muerte de Mona lo ha cambiado todo —dije—. Cuatro testigos presenciales vieron lo que ocurrió. El vicepresidente está obviamente libre de sospecha. Así que necesitamos un nuevo sospechoso.

—Michael —me dijo el agente especial Ames—, ¿también estás exonerando al vicepresidente por la muerte de Gerald Tybaum?

—Por supuesto —dije—, a menos que él mismo dé un paso al frente y lo confiese. No vamos a teorizar sobre dos tiradores distintos yendo tras Gerry y luego tras Mona. Es la misma persona. El FBI puede exonerar a Tybaum en este caso. Puedes decirles que eso viene directamente de la Fiscalía Federal.

—Así lo haré.

Continué:

—Ahora tenemos que empezar a pensar en el motivo. Estoy considerando posibles razones por las que alguien querría muertos al padre Tybaum y a su hija.

—Además, está la cuestión del hijo y la hija menor —añadió Holt—. También están en riesgo ahora, al menos en mi opinión. Los tengo bajo protección las veinticuatro horas. Siempre hay dos agentes en el lugar.

—Bien —dije—. Ahora viene algo que he estado esperando encajar. Dos días antes de su asesinato, Gerry Tybaum me visitó en Chicago. Me hizo firmar un poder notarial que me daba autoridad sobre fondos en una cuenta bancaria rusa.

—¿Qué fondos?

—Creo que son fondos de un PAC. El depósito es de doce millones de dólares.

—Entrevisté al director financiero de GULP —dijo el agente Ames—. GULP es un PAC, y él no creía que Gerry Tybaum tuviera forma de acceder a sus fondos.

—Lo sé —dije—. Ahora hay mucha gente que querría ver a alguien muerto por esa cantidad de dinero. Y Gerry me dijo en su momento que había personas muy poderosas, muy malvadas, que lo perseguían.

—¿Algún nombre? —preguntó Ames—. ¿Alguna pista de a quién podría referirse?

—No.

—¿Tenía alguna teoría sobre el dinero desaparecido?

—No. Pero si el dinero era de un PAC, empezamos por ahí.

—Tiene sentido —coincidieron ambos hombres.

—Entonces, ¿quién es el director ejecutivo?

Ames abrió su archivo y revisó sus entrevistas.

—Un hombre llamado Paul Wexler —dijo Ames.

—Paul Wexler —dije, esforzándome por recordar. El nombre me resultaba muy familiar. Entonces recordé mi reunión con Jarrod y Mona. Ambos habían mencionado a Paul Wexler. Según recordaba, también había hostilidad entre los dos hombres. Mis sospechas aumentaron—. El nombre de Paul Wexler salió cuando hablé con Jarrod y Mona. Había problemas significativos entre Gerry y Wexler. Según sus hijos, era una espina clavada en el costado de Gerry.

—¿Y eso a qué se debía? —preguntó Ames.

—Parecía que Wexler, en algún momento, había estado metido en la industria del petróleo y el gas.

—Dios santo. ¿Cómo terminó en GULP? ¿No son ellos unos amantes de los árboles?

—No del todo —dije—. He estado investigando. Hay intereses contrapuestos dentro de GULP. Gerry encabezaba a los ambientalistas del grupo; Wexler representaba los intereses de las grandes petroleras. Pero Gerry tenía la ventaja porque el PAC era el proyecto favorito de todos los grupos ambientalistas. Ahí iba el dinero del «salvemos nuestro hogar» para la protección del planeta. Todo eso. En algún momento hubo ramificaciones hacia el petróleo y el gas, pero en las últimas dos elecciones todo se centró en la energía solar e hidroeléctrica.

—Entonces tenemos a dos tipos con posturas opuestas sobre la energía. ¿Eso se traduce en que uno mató al otro? —dijo Holt—. ¿Cómo funciona eso?

—Creo que al menos abre una puerta por la que debemos pasar —dijo Ames—. Pero aún no entiendo por qué Tybaum robaría todo ese dinero del PAC que financiaba su campaña presidencial.

Asentí.

—A mí no me cuesta tanto entenderlo. Hay precedentes que indican que el dinero del PAC beneficia al candidato. Gerry pudo haber pensado que el dinero era suyo, destinado a una candidatura en 2020. Así que lo sacó del PAC para resguardarlo en el extranjero, donde Wexler no pudiera tocarlo.

—Me parece razonable —dijo Ames—. ¿Y qué hacemos con esto?

—Empezamos a citar gente ante el gran jurado y a fijar bien las versiones. Luego volvemos a reunirnos y vemos dónde estamos cuando salgamos a tomar aire.

—¿Quién va primero? —dijo Holt.

—El vicepresidente Vengrow. Luego el senador Stanley Jessup —respondí—. No merece menos que estar entre los primeros en la fila.

—De acuerdo —dijeron los dos policías al unísono.

—Pensé que el vicepresidente había sido exonerado —dijo Ames en ese momento—. ¿Por qué le están tomando testimonio?

—Porque estuvo en la escena del asesinato de su amante. Y se informó que también estuvo en la escena del asesinato del padre. Necesitamos cubrir todos los detalles.

Esa tarde le di a mi asistente legal una lista de personas a las que citar ante el gran jurado. Luego comencé a elaborar listas para la parte de documentos de las citaciones, para que los testigos también pudieran traer documentos.

En algún momento en medio de todo eso, llamé a mi casa solo para saber cómo estaban.

Verona atendió mi llamada al segundo timbrado.

Capítulo Veintisiete

—¿Verona? Habla Michael. ¿Cómo están todos?

Su voz fue cálida de inmediato.

—Todos están muy bien. Los niños y yo estuvimos hablando de ti durante la cena.

—¿En serio? ¿Se las arreglan sin tenerme ahí todas las noches?

—Las videollamadas por FaceTime están ayudando.

—Bien. Voy a seguir haciéndolas.

—Definitivamente. Ellos están mejor que yo, Michael. Te extraño. ¿Estás en tu habitación de hotel?

—Sí. Estoy revisando unos archivos nuevos y preparándome para unas mociones que tengo mañana en el tribunal. Es interminable; los archivos no dejan de llegar. Ya casi estoy hasta el cuello.

—¿Y qué tal te está yendo como fiscal?

—Me encanta. Es muy organizado y metódico. No me había dado cuenta de cuánto disfruto seguir un esquema claro. Tenemos una respuesta para todo en nuestro manual del Departamento de Justicia. Eso reduce mucho la presión, porque podemos procesar sabiendo que estamos dentro de las directrices. Pero si te sales de esas normas, lo haces bajo tu propio riesgo. En resumen: este trabajo me queda como anillo al dedo. Ahora dime, ¿cómo va tu solicitud del visado de residencia?

Una breve pausa, luego:

—Sería mucho más fácil si estuviéramos casados. Espera, antes de que digas algo. No lo digo para presionarte a que te cases conmigo, aunque probablemente aceptaría encantada. Lo digo porque los trámites son mucho más sencillos si una extranjera como yo está casada con un ciudadano estadounidense. Pero será genial obtenerlo y poder volver a trabajar.

—¿Así que todavía estás pensando en volver a enseñar?

—Sí. Ya reuní todos mis diplomas y la documentación de posgrado. Solo me falta esa maldita tarjeta a estas alturas.

—Escucha, tengo un lío entre manos y voy a tener que cortar.

—¿Qué está pasando?

—Asesinaron a la hija de una de mis víctimas. Estoy yendo a su casa ahora mismo.

Está bien. Bueno... adiós entonces.

Pude notar por su tono que estaba preocupada. Dije:

—Bueno, creo que necesitamos hablar de...

Justo en ese momento, alguien golpeó con fuerza la puerta de mi habitación de hotel. Le dije a Verona que tenía que contestar, dejé el teléfono a un lado, fui hasta la puerta y la abrí.

Solo para encontrarme con tres oficiales uniformados y dos hombres armados, con placas en sus billeteras exigiendo entrar. Me hice a un lado y les dije que pasaran. Uno de los policías de civil me apartó mientras los demás entraban.

—Usted es un fiscal federal, ¿correcto? —me dijo.

—Sí.

—Por favor, muéstreme su identificación.

Saqué mi identificación de Fiscal de los Estados Unidos del bolsillo y abrí la billetera.

—Aquí está. ¿Qué significa todo esto?

—Orden de registro.

Extendió una hoja de papel llena de escritura y firmada al final con una firma elegante. Le eché un vistazo y supe de inmediato que algo había salido mal en mi vida. Parecía una orden de registro válida, y yo estaba en el lado equivocado de ella. Retrocedí, fui y

colgué el teléfono sin decirle una palabra más a Verona. El mismo policía me siguió mientras lo hacía. Luego me volví hacia él.

—Está bien. Soy fiscal federal adjunto, y puede confiar en que guardaré la confidencialidad sobre el motivo de este registro. ¿Qué está pasando?

—Señor Gresham, hemos recibido una denuncia anónima que indica que hay un arma homicida escondida en esta habitación.

—¿Qué? ¡Eso es una locura!

Justo entonces, dos de los uniformados retiraron la tapa interior de mi aire acondicionado. Uno de ellos pasó la mano por dentro y vi cómo sacaba una pistola envuelta en plástico.

—¿Quién escondería un arma envuelta en plástico? —le dije al oficial de civil. Me di cuenta de que ya estaba preparando mi argumento para el juez. Nadie esconde un arma homicida envuelta en plástico.

A menos que quisiera mantenerla alejada del agua. Lo cual es algo común dentro de los aires acondicionados, ya que el agua se condensa y es drenada por el sistema. Agua, en mi aire acondicionado. Un arma dentro de mi aire acondicionado. De pronto, el plástico tenía mucho sentido.

El oficial de civil más cercano a mí le indicó al uniformado que no abriera la bolsa y que la colocara dentro de una bolsa de evidencias. Luego se volvió hacia mí.

—Necesitamos que venga con nosotros al Departamento de Policía Metropolitana para hablar, señor Gresham. Supongo que todo esto se puede aclarar en una o dos horas.

Suspiré y comencé a buscar mis zapatos.

Treinta minutos después, me escoltaron desde el estacionamiento reservado hasta el edificio de la Policía Metropolitana. Dentro había un suelo de baldosas descoloridas, las típicas paredes beige y ventanas antiguas de los edificios viejos. Me condujeron hasta una sala de entrevistas que consistía en una mesa y seis sillas —tres de cada lado— y me dijeron que tomara asiento. Pregunté si necesitaba un abogado, y el oficial de civil dijo que no lo creía necesario.

Durante casi treinta minutos estuve esperando sin saber qué esperar. Entonces, para mi sorpresa, apareció un rostro amistoso y familiar: Ronald Holt entró vistiendo vaqueros y un suéter. En los pies llevaba zapatillas deportivas. Parecía que había venido con prisa, sin pensar mucho en usar el uniforme. Pero fue genial verlo, y casi quise darle un abrazo.

—Michael —dijo, sentándose directamente frente a mí—. Veo que te han metido en un lío.

—¿Puedes ayudarme a entender qué demonios está pasando, Ron? ¿De dónde salió el arma en mi habitación y...?

—Tranquilo, Michael. No digas demasiado hasta que escuches lo que tengo que decir. No quiero que te impliques sin querer en algo en lo que no estás involucrado. ¿De acuerdo?

—Más que justo. Gracias. Entonces, ¿qué pasa?

—Al parecer, la policía recibió una llamada anónima de una mujer. Le dijo a nuestra recepción que podían encontrar, en tu habitación, escondida dentro del aire acondicionado, el arma utilizada para asesinar a Gerald Tybaum. Así que así están las cosas.

—¡Dios mío! ¿Alguien examinó el arma?

—Yo lo hice.

—¿Hay huellas?

—Sí, las hay. Esas ya se han levantado y se ingresaron en la base de datos. Por desgracia, el arma tiene tus huellas por todas partes. Ahora bien, si se usó para matar al señor Tybaum, eso está por verse. No lo sabremos hasta mañana, cuando lleguen los peritos y hagan algunos estudios.

Me recosté en la silla. Estaba atónito. Todo esto sucedía demasiado rápido y no encontraba de dónde agarrarme mientras se deslizaba frente a mí.

—¿Qué tipo de arma es?

—Smith de nueve milímetros.

—Es la que tengo.

—Con munición Hydra-Shok.

—Es la que uso. Balas de defensa personal. Esto es asombroso y perturbador más allá de lo creíble. Espera, ¿Antonia Xiang ya sabe de esto?

—Ya llamaron a Antonia y viene en camino. Tendrá respuestas para ti. Me dicen que apoya firmemente a sus fiscales adjuntos.

—Sí, los apoya. No puedo dejar de pensar que ella me contrató y ahora también puede despedirme. Algo está muy mal aquí, Ron. Alguien me tendió una trampa.

—Bueno, probablemente no deberías decirme nada más por ahora. ¿Por qué no esperamos a que llegue Antonia y tal vez podamos hacer un plan?

—¿Qué clase de plan?

—Un plan para sacarte de esto. Todos sabemos que no mataste a Tybaum. Pero tenemos una prueba contundente con el arma y tenemos que lidiar con eso. Tiene que haber alguna explicación.

Holt salió en busca de dos cafés y, otra vez, me quedé solo en la sala de interrogatorios. La cámara de vigilancia brillaba en rojo mientras grababa cada uno de mis movimientos, cada una de mis respiraciones. No habían pasado ni cinco minutos cuando Antonia entró apresurada, furiosa, con una chispa de ira en los ojos.

—¡Michael! ¡Alguien está tratando de incriminarte!

—Exacto. Pero no tengo ni idea de quién.

—Bueno, lo primero que hay que hacer es averiguar el porqué. A partir del «porqué» trabajamos hacia atrás hasta llegar al «quién».

—De acuerdo.

—¿Por qué querría alguien que te acusaran del asesinato de Gerry Tybaum, Michael?

—Por el poder notarial. Alguien no quiere que yo esté cerca de ese dinero.

—¿Quién tendría un derecho similar sobre el dinero? ¿El FBI?

Me froté las manos mientras reflexionaba sobre lo que ella decía.

—No, no veo al FBI compitiendo conmigo. He hablado con el agente Leders dos veces desde que comencé a trabajar con el fiscal federal y le he contado todo lo que sé sobre el dinero.

—¿Sigue en Rusia?

—Así es. El banco ruso quiere que el titular del poder notarial se presente en persona para firmar la documentación de transferencia de la cuenta. Dicen que hay demasiado riesgo como para hacerlo electrónicamente. No los culpo.

—Así que tienes que ir a Rusia o alguien más va a aprovechar esto como una oportunidad para instalarse como la entidad legítima para mover los fondos.

—¿Cómo lo harían?

Ella se recostó y extendió los brazos con amplitud.

—Bueno, por ejemplo, si el PAC de Tybaum decide reclamar el dinero, les vendría bien tenerte encerrado y fuera del camino.

—Me reuní con Vincent Tirley, el director ejecutivo de GULP, hace unos días. No me pareció el tipo de persona que intentaría incriminar a alguien. Era relajado, elocuente y parecía honesto y justo.

—¿Qué más?

—Dos cosas. Una: me dijo que el banco que usa GULP tiene sede en Boston, el Charter Bank and Mercantile of Boston. Dio a entender que podría haber algo turbio con ellos. Dos: mencionó una supuesta relación entre Gerry Tybaum y la esposa del vicepresidente. Ya vimos en las cámaras de seguridad algunas prendas personales de Jon Vengrow que llevaba el tirador en el video. Pero Ron y yo no estamos convencidos de que el tirador fuera Vengrow. Partíamos de la suposición de que era alguien que quería que la policía pensara que era Vengrow.

—Una maniobra de distracción.

—Sí. El truco más viejo del mundo.

Se recostó y cruzó los brazos. Se quedó mirando al techo, perdida en sus pensamientos. Yo simplemente esperé mientras ella organizaba lo que fuera que iba a decir.

Entonces comenzó.

—No tengo claro qué hacer contigo, Michael. Todos sabemos que te están incriminando, pero también tenemos esta gran señal de alerta con el arma. Necesitamos resolver ese asunto antes de que puedas volver a trabajar en la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos.

—¿Cómo hacemos eso? —pregunté.

—Ahí está el problema. Honestamente, no lo sé. Pero creo que quiero poner a Rusty y a Holt a trabajar juntos en todo esto. Creo que ellos tienen las herramientas para resolverlo sin mucha demora.

—¿Así que alguien me está alejando de investigar el asesinato de Tybaum y el caso de los doce millones de dólares solo con plantar un arma?

Frunció los labios, pensativa.

—Mira, eso es lo que me da miedo. Puede que no sea solo un arma. Podría resultar ser el arma que disparó seis veces contra Tybaum.

—¿Un arma sacada de mi escritorio en Chicago?

—Eso es fácil. Cualquiera puede hacer que eso ocurra.

—Así que está el arma, y está el dinero.

—Michael, está el poder notarial y la enorme suma de dinero en algún banco de Moscú. Estas cosas fácilmente suman un motivo. Tenías un motivo para dispararle a Tybaum.

—No creerás eso, ¿verdad?

Sentí que mi conexión con la realidad empezaba a desvanecerse.

—Por supuesto que no lo creo. Pero algún otro fiscal podría creerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que este asunto tendrá que ser asignado a un fiscal independiente para su investigación. Alguien fuera de la oficina del fiscal federal. Un fiscal especial.

—Hijo de...

—Lo sé. Es inimaginable el escándalo que esto va a causar. Los periódicos estarán encima de esto por la mañana, te lo aseguro.

—Dios mío.

—Eres noticia, Michael, desde hace más o menos una hora. Habrá muy poco que pueda hacer para ayudarte.

—Oh, no. ¿Estoy solo en esto, entonces?

—Básicamente. Ya tengo un conflicto de interés solo por estar aquí. Así que mantendremos esta reunión en secreto. Nadie necesita saber que estuve aquí hablando contigo.

—De acuerdo. No necesitas meterte en problemas.

—No necesito que algún reportero cuestione mi conflicto de interés por verte. Mejor dejémoslo así.

—Estoy de acuerdo. Mantendremos esto en secreto.

Entonces ella se puso de pie y se inclinó sobre la mesa.

—No volveremos a hablar hasta que esto se resuelva —dijo con firmeza. Sus ojos se encontraron con los míos al hablar y me dejaron clavado en el sitio—. No vendrás a trabajar hasta entonces.

—Lo entiendo —dije—. Solo una cosa. Por favor, no me despidas hasta que lleguemos al fondo de esto. Te prometo que no tuve nada que ver con la muerte de Tybaum.

—Lo sé. Michael Gresham no es un asesino.

—Gracias.

Durante otra hora me quedé solo en esa sala de interrogatorios, dejando que todo pasara por mi mente. Había una pieza faltante del rompecabezas que casi podía ver, pero luego se desvanecía una y otra vez. Tenía que admitir que en algún momento había considerado quedarme con parte del dinero de Gerry, pero fue más un pensamiento fugaz que una idea real. Simplemente no estaba hecho para eso; jamás podría engañar a alguien o a los hijos de alguien con su dinero. Si es que realmente era su dinero. Me di cuenta de que aún no sabía nada sobre la legalidad de que el dinero de GULP pasara a la cuenta bancaria privada de Gerry. Si era legal, entonces claramente el dinero podía ser transferido a sus hijos y nadie podría objetar. Pero si Gerry había malversado el dinero, entonces todos los poderes notariales del mundo no harían legal su transferencia a los hijos. Además, si había malversado, el dueño legítimo era GULP, y eso estaba muy fuera de mi papel como apoderado. Una cosa se me estaba volviendo más clara: tenía un conflicto de interés entre mi trabajo oficial como fiscal federal adjunto y mi trabajo no oficial que había asumido de intentar entregar el dinero a los hijos de Gerry. Si el trabajo requería transferir fondos malversados, obviamente no podía hacerlo. Y solo la posibilidad de que ese fuera el caso era suficiente para hacerme abandonar la tarea. Necesitaba liberarme de esa carga, y la necesitaba para ayer. Por otro lado, si al menos no intentaba transferir los fondos a la cuenta bancaria de los niños cuando el dinero era legalmente de Gerry, entonces los estaba defraudando a ellos y a Gerry.

Mi mente daba vueltas hasta que finalmente, alrededor de las diez, un carcelero vino a decirme que podía irme.

—¿Irme? —pregunté—. ¿Salir de la cárcel? ¿Irme a casa?

—Así es.

—¿Alguien decidió que no debía estar detenido?

—Así es.

—¿Quién haría algo así?

Se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que hubo algo de revuelo aquí hace como una hora. Alguien en la recepción recibió una llamada de la Casa Blanca. Alguien en la avenida Pennsylvania dijo que te dejaran libre.

—¿Hablas en serio? ¿Qué demonios?

El carcelero se encogió de hombros.

—Sígueme, te llevaré de regreso a la salida.

Y así lo hice, hasta que de pronto me encontré afuera, parado en Indiana Avenue, en el miserable frío, sin la menor idea de lo que estaba pasando en mi vida ni de cómo detenerlo.

Pero alguien lo sabía. Alguien allá en la Casa Blanca.

Era hora de obtener el testimonio del vicepresidente ante el gran jurado... eso si todavía tenía mi trabajo.

De regreso en el hotel, llamé a Antonia y le conté lo que había pasado.

—Qué curioso —dijo ella—, recibí una llamada de la misma fiscal federal. Me dijo que se te permitirá volver al trabajo mañana. Sin explicaciones, solo que regreses a trabajar.

Me quedé atónito. Los casos penales no se terminan así como así. Tal vez el vicepresidente pudiera aclararme algo. Mañana convocaría a mi gran jurado y lo citaría a testificar. Ya no se trataba solo de resolver el asesinato de Gerry.

Ahora también se trataba de salvar mi propia vida.

Capítulo Veintiocho

No teníamos ni idea de quién era el tirador. La muerte de Mona estaba siendo investigada por la policía metropolitana, pero hasta ahora no había pistas. Excepto que Holt y yo habíamos acordado con el agente especial Ames que, como teoría de trabajo, el hombre que asesinó al padre también había asesinado a la hija. También teníamos un motivo: con la hija y los otros niños fuera del camino, el dinero de Rusia estaba disponible. Tal vez GULP incluso tenía un reclamo, ya que podría demostrar malversación. La implicación de GULP parecía cada vez más probable debido a la muerte de Mona.

Holt me contó todo lo que había visto en la casa temporal de los Tybaum la noche en que murió Mona. Decidí ir allí y ver a Jarrod y Annie sin más demora. Así que conduje mi auto alquilado hasta Bethesda mientras Holt me seguía en su todoterreno.

Jarrod estaba muy distante cuando me dejó entrar a la casa. Annie no se veía por ningún lado.

—Sabes que te considero responsable de la muerte de Mona — me dijo. Lo cual me sorprendió y no me sorprendió. Nunca había confiado del todo en mí ni en mis métodos.

—¿Crees que pasé algo por alto y que ella murió por mi negligencia?

—Así es, señor Gresham. ¿Por qué no había nadie siguiéndola cuando recogió al vicepresidente? ¿Dónde diablos estaban los policías?

—He hablado con los agentes uniformados. Parece que Mona los despistó en su trabajo, se fue sin que la vieran y alquiló el Subaru. Los despistó. Sucede. Pero yo no tuve nada que ver con eso. No soy la razón por la que tu hermana está muerta, Jarrod. Ella está muerta porque a veces pasan cosas malas. A veces la policía se deja engañar y ocurre algo terrible como la muerte de Mona. Pero puedo pedirte perdón a ti y a Annie. Lo siento.

Me miró de nuevo, la primera vez que realmente me reconocía desde que me dejó entrar.

—He querido matarte por dejar morir a mi hermana, ¿sabes?

—No me sorprende. Pero escúchame: necesito que trates de dejar eso en segundo plano por ahora. Necesito que trabajes conmigo para poder mudarte a ti y a Annie otra vez. No hay garantía de que el asesino de Mona no sepa dónde vives ahora. Si lo sabe, tú y Annie son los siguientes en su lista. Y te lo puedo garantizar: hay una lista.

—Yo también me doy cuenta de eso. Entonces ¿cómo protegemos lo que queda de la familia Tybaum?

—Mudándolos otra vez y duplicando la vigilancia. Además, tu furgoneta no es un vehículo con el que puedas despistarnos. Es grande, blanca y muy lenta. Y además es de manejo manual, así que no es como si pudieras esquivarnos, alquilar otra y seguir adelante.

—¿Por qué querría yo despistarlos?

—Hablo hipotéticamente. Por ejemplo, imagina una situación en la que decides ir tras el asesino de tu hermana por tu cuenta. Eso no va a pasar... ¿verdad?

—Mírame. No tengo la capacidad de matar a nadie. Además, no quiero hacerlo. Ahora más que nunca es importante que esté ahí para Annie.

—De acuerdo. Por cierto, ¿dónde está Annie?

Atrás, haciendo ángeles de nieve, la última vez que la vi.

—¿Puedo ir a saludarla?

—Claro.

Fui por la cocina y salí por la puerta trasera. Efectivamente, Annie estaba sentada en un columpio, arrastrando distraídamente el pie por la nieve mientras se mecía lentamente hacia adelante y hacia atrás sin intentar impulsarse de verdad. Estaba mirando al suelo y cantando cuando me acerqué.

—Hola, Annie.

—Michael —dijo ella sin levantar la vista.

Me quedé atónito. No sabía que se comunicaba. Quise correr adentro y compartir la increíble noticia con Jarrod, pero no lo hice. En cambio, intenté otra frase con ella.

—¿Cómo estás, Annie?

—Michael.

—¿Puedes mirarme?

Ninguna respuesta.

—Me alegra tanto verte, Annie. Eres mi amiga, ¿sabes?

Sin respuesta.

—Bueno, solo quería asegurarme de que estás bien. Voy a volver a entrar a tu casa, ¿de acuerdo?

Silencio.

Así que la dejé allí, balanceándose hacia adelante y hacia atrás.

—¡Jarrod! ¡Ha dicho mi nombre!

—¿Quién? —preguntó Jarrod desde la mesa de café donde estaba estacionado.

—¡Annie dijo mi nombre!

—Lo hace a veces. A veces incluso dice una frase completa. Tal vez dos.

—No tenía ni idea. Estoy en shock.

—Ya lo veo, señor Gresham.

—Simplemente adoro a tu hermanita, Jarrod. Es tan vulnerable, que quiero abrazarla y cuidarla.

—A ella no le gustaría eso. No soporta que la sujeten.

Fiel a su literalidad, Jarrod no entendió mi punto. Lo cual me hizo pensar que quizás yo tampoco tenía una idea clara. A veces hablaba, incluso decía una frase completa o dos. Así que me calmé y pensé en la mudanza.

—Buscaré un lugar en Zillow, lo rentaré y te mudaré hoy mismo, Jarrod.

—Está bien. Asegúrate de que pueda fumar adentro, ¿vale?

—¿Has empezado a fumar?

—Sí. ¿Por qué? ¿Crees que podría empeorar mi parálisis cerebral?

—No, solo...

—Solo asegúrate de que pueda fumar allí.

—Me aseguraré. Bien, me voy ahora.

Holt había estado esperando afuera en su todoterreno, observando los autos que iban y venían por la calle. También había otra presencia policial allí, incluso un agente apostado en la parte trasera, en el callejón, vigilando a Annie y la puerta trasera.

—¿Cómo te fue? —preguntó Holt cuando subí a su vehículo.

—Annie dijo mi nombre. Dos veces.

—Sí, la escuché decir algo la otra noche. Algo sobre su hermana.

—¿La has oído hablar?

—Dijo algo como «¡Michael Gresham está aquí!». ¿Por qué?

—Por nada, supongo. Olvídalo.

—¿Adónde, jefe?

—De vuelta a la oficina.

Pero ella me conocía y sabía mi nombre. Eso, al menos, ya estaba claro.

Capítulo Veintinueve

Resultó que era libre de continuar con la investigación de Tybaum, a pesar de que el arma homicida era mi propia pistola. La forense confirmó que fue mi arma la que mató a Gerry Tybaum. Estaba en una posición precaria, sujeto a una intensa investigación y tal vez incluso a un proceso judicial por el asesinato de Tybaum. Pero después de que llegó una llamada desde la Casa Blanca, fui misteriosamente reincorporado y no se volvió a mencionar el arma. Estaba desconcertado por todo el proceso y, en varias ocasiones, sentí la necesidad de llamar a personas más arriba que yo en la cadena de información. Pero reprimí ese impulso y decidí seguir adelante con mi trabajo y aceptar que era un regalo. Un regalo de algún tipo, y no iba a tener acceso a su origen.

Trasladamos a Jarrod y Annie a otra casa en Bethesda, a menos de dos kilómetros de la primera. La presencia policial se reforzó, lo que me hizo sentir mucho mejor. Luego llegó el momento de proceder con el gran jurado que investigaba la muerte del padre.

Un poco de contexto. La función principal del gran jurado es determinar si existe o no causa probable para creer que una o más personas cometieron un determinado delito federal dentro de la jurisdicción del tribunal de distrito. Así, se ha dicho que un gran

jurado tiene solo dos funciones: emitir una acusación formal o, en su defecto, emitir un «no ha lugar».

Era la primera vez que comparecía ante un gran jurado como fiscal. Había defendido a más de mil clientes que habían sido acusados por grandes jurados, pero ahora estaba del otro lado de la calle. Ahora estaba enterado de todo.

Me di cuenta de que se me había entregado un instrumento de gran poder. Ahora tenía el poder de investigar hasta el último detalle sobre la muerte de Tybaum, al poner a cualquier persona, en cualquier lugar, bajo juramento y hacerle preguntas en una sesión del gran jurado. Ese poder despertó en mí un gran sentido de responsabilidad. Jamás abusaría de esta herramienta increíble presentando pruebas falsas contra ninguna persona de interés. Mi promesa para mí mismo y para el público en general.

Después de que mi gran jurado fuera inscrito y prestara juramento en el Palacio de Justicia Principal, se reunieron en la Oficina del Fiscal de los Estados Unidos (USAO), ubicada en la calle 4, N.O., para el resto de su servicio.

Nos reunimos en una de las salas del gran jurado, hice una breve declaración sobre el caso y sobre sus deberes, y llegó el momento de llamar a mi primer testigo. Envié al detective Holt a la sala exterior para ver si el vicepresidente Vengrow había obedecido nuestra citación y estaba esperando para testificar. Resultó que sí, así que lo llamé a la sala conmigo y con el gran jurado. Prestó juramento y tomó asiento.

Había decidido presentar al vicepresidente ante mi gran jurado por dos razones. Primero, quería averiguar todo lo posible sobre su relación con Mona. Segundo, se había negado a hablar con el detective Holt cuando le pidió unos minutos a solas para hacerle algunas preguntas. Eso no me dejó otra opción más que hacerlo por las malas, frente al gran jurado.

El vicepresidente Vengrow era un hombre imponente, de gran corpulencia y un andar que me recordaba al de John Wayne. Su rostro era impasible y sus ojos recorrieron la sala una vez que se sentó y se ajustó la corbata. Miró al gran jurado, asintió y esbozó una leve sonrisa; luego volvió a mirarme. El jurado parecía

impresionado. Yo sé que lo estaba. Allí estaba sentado el segundo hombre más poderoso del mundo, sometiendo su poder al mío solo porque así es como funciona.

—Buenos días —dije, y la máquina de la taquígrafa comenzó a registrar todo en silencio.

—Buenos días —dijo el vicepresidente.

—Por favor, diga su nombre para que conste en acta.

—Jonathan Y. Vengrow.

—¿Cuál es su ocupación para que conste en acta?

—Soy el vicepresidente de los Estados Unidos de América.

—Dirigiendo su atención al quince de enero de este año, ¿era usted vicepresidente ese día?

—Lo era.

—Estamos aquí por un tiroteo que ocurrió ese día, señor vicepresidente. En realidad, según lo que hemos podido determinar hasta ahora, el tiroteo ocurrió alrededor de las cuatro o cinco de la tarde. ¿Recuerda dónde estaba ese día a esa hora?

—No realmente. Sé que esa noche estaba viendo *Homeland*. Estaba en la parte trasera de nuestras habitaciones, en mi dormitorio del Observatorio Naval.

—¿Había alguien con usted en ese momento y lugar?

—No, señor.

—¿Está casado, señor vicepresidente?

—Sí, mi esposa se llama Indio. Pero no estaba conmigo mientras veía mi programa.

—¿Dónde estaba la señora Vengrow?

—Había salido a visitar a su madre enferma.

—¿Había alguien más con usted?

—No, fue uno de esos días raros en los que tuve algo de tiempo para mí. No había nada en la agenda, así que podía hacer lo que quisiera. Estoy enganchado a *Homeland*, así que lo puse. Lo vi mientras trabajaba en mi colección de sellos.

—¿Recuerda a qué hora empezó a ver su programa?

—No lo recuerdo. Pero estoy seguro de que la compañía del cable puede ayudarle con la hora.

—Claro.

En ese preciso momento, sentí cómo parte del asombro por mi papel y su importancia se desvanecía. Me di cuenta de que me estaba acomodando en mi trabajo y utilizando todas mis habilidades para presentar la historia del vicepresidente ante el gran jurado. Sentí como si me hubiera preparado toda la vida para este trabajo. Había reunido las herramientas no solo para hacerlo bien, sino para hacerlo excepcionalmente bien. Mi día se iluminó en ese instante y perdí el miedo.

—Aproximadamente tres horas antes de que comenzara su programa en televisión, un hombre llamado Gerald Tybaum fue asesinado a tiros cerca del Monumento a Lincoln. ¿Reconoce ese nombre?

—Claro. Gerry Tybaum era un amigo. También era candidato a la presidencia de los Estados Unidos.

—¿Entonces está al tanto de su asesinato?

—Por supuesto. Todo el mundo lo está. Una cosa terrible. ¿Es por eso que estamos aquí? Me lo preguntaba.

—¿Posee usted un arma, señor vicepresidente?

Vengrow se recostó en su silla. Los dedos de su mano derecha tamborileaban sobre el pequeño escritorio frente a él. Era evidente que estaba pensando, y supuse que la pregunta también lo había sorprendido. A decir verdad, no tenía ninguna razón para preguntar por el arma que mató a Gerry Tybaum. Ya se había establecido que era mi arma. Pero estas preguntas eran para referencia futura. Llámelo una corazonada, cuando estoy en un contrainterrogatorio, sigo todas las corazonadas. Ha demostrado ser un instinto valioso una y otra vez.

—¿Qué tiene que ver mi arma en esto, señor Gresham?

—Por favor, solo responda la pregunta, señor, y deje la relevancia a mí.

—Sí, poseo un arma. Es la misma que llevé en la Primera Guerra del Golfo.

—¿Qué calibre tiene esa pistola?

—Nueve milímetros.

—Si le dijera que Gerry Tybaum recibió seis disparos de una nueve milímetros el quince de enero, ¿le sorprendería?

—No, no me sorprende. Pero no fue mi arma. Estoy dispuesto a ponerla a disposición para pruebas en cualquier momento y lugar.

—Gracias por eso.

—Claro. No hay problema, porque esa pistola no disparó al señor Tybaum. De hecho, nunca ha disparado a nadie.

—Me parece justo. Enviaré a alguien a su oficina más tarde hoy para recogerla.

—Estará lista, señor Gresham.

—¿Ha tenido en su poder alguna otra pistola de nueve milímetros en los últimos tres meses?

—No. Por supuesto que no. Estoy rodeado por el Servicio Secreto día y noche. No tengo necesidad de portar armas de fuego.

—Ahora me gustaría hablar sobre una prenda en particular. Me refiero a una hebilla de cinturón. La hebilla de la que quiero hablar es plateada y del tamaño aproximado de las que usan los vaqueros de rodeo. En el frente dice «Effingham 2010». Debajo de esas palabras hay un crucifijo, una cruz con una figura colgando de ella.

—Sí, tengo una hebilla de cinturón como esa. Me la entregó la Asociación de Vaqueros Cristianos. No la uso muy seguido, pero es una de mis favoritas.

—¿Entonces mi descripción de la hebilla es precisa?

—Sí, exactamente.

—¿Llevaba puesta esa hebilla el quince de enero de este año?

—¿El día en que asesinaron a Gerry Tybaum?

—Sí, señor.

—No, ese día no llevaba ese cinturón. Lo uso más bien para picnics, barbacoas y ese tipo de cosas, cuando llevo vaqueros y quizá doy un discurso, el cuatro de julio o en eventos para recaudar fondos y cosas así.

—¿Podría traer esa hebilla a mi oficina y dejarla para que la examinemos?

—Por supuesto que sí. —Me sonrió, pero lo ignoré.

—¿Tiene usted un abrigo North Face?

—Creo que sí. Sí, uno de plumas de ganso, muy cálido para el invierno.

—¿Llevaba puesto ese abrigo el quince de enero?

—Oh, realmente no sabría decirlo. Me atrapó con esa, abogado.

—¿Podría tener ese abrigo disponible al mismo tiempo que pasamos por el arma?

—Claro.

—¿No ha sido limpiado recientemente?

—No.

—Bien. Por favor, no lo limpie.

Era una posibilidad remota, lo del abrigo, pero no estaba dispuesto a dejar ninguna piedra sin mover. Podría resultar que hubiera sangre en el abrigo; diablos, incluso sin sangre, si los dos hombres forcejearon, podría tener el ADN de Tybaum. Iba a rastrear cada posible prueba. Nunca se sabe.

—Ahora, señor vicepresidente, necesito pasar a una serie de preguntas personales. No las hago para avergonzarlo, pero hay rumores en la calle, como dicen.

El vicepresidente extendió las manos y se encogió de hombros.

—Adelante, abogado.

—Iré directo al grano. ¿Su esposa tenía una aventura con Gerald Tybaum? ¿Lo sabía usted?

—Sí, lo sabía.

—¿Y cómo lo hizo sentir eso?

—No me hizo sentir nada. Indio —mi esposa— y yo no estamos enamorados desde hace mucho, mucho tiempo. Básicamente, ella va por su camino y yo por el mío. Todo lo que siempre le he pedido es que no me avergüence ni me haga perder votos —dijo, sonriendo al mencionar lo de los «votos».

—¿Le molestó que ella estuviera viendo al señor Tybaum?

—No. ¿No entendió lo que acabo de decirle? Ya no estábamos emocionalmente comprometidos con el matrimonio.

—Entendido —dije—. Por otro lado, ¿usted tuvo o tiene una aventura? En particular, me pregunto si tuvo una aventura con la esposa del señor Tybaum.

—No con su esposa, no.

—Está matizando su respuesta. ¿Tuvo una aventura con algún miembro de su familia?

—Sí. Con su hija.

—¿Cómo se llama?

—Mona Tybaum.

—¿Cuánto tiempo llevaba con Mona?

—La asesinaron, abogado. Estoy seguro de que lo sabe. Entonces ¿qué tiene que ver mi relación con ella ahora?

—Solo responda, por favor.

Entonces se apartó del micrófono.

—Abogado, ¿qué tiene esto que ver con la muerte de su padre?

—Por favor, solo responda mi pregunta, señor vicepresidente.

—Entonces, repítala.

—¿Cuánto tiempo llevaba con Mona?

—Unos pocos años. Nos conocimos en una recaudación de fondos políticos en 2011. Ella era trabajadora de distrito y yo era el senador subalterno de Illinois.

—¿Dónde ocurrió esto?

—En el sur de Illinois. En Edwardsville, de hecho.

—¿Puede contarnos qué pasó?

—Abogado, creo que aquí voy a trazar la línea. Lo que ocurrió entre la señorita Tybaum y yo hace más de cinco años simplemente no es relevante para este caso. Yo solía ser fiscal y sé un poco sobre relevancia. No voy a responder la pregunta.

—¿Se da cuenta de que podría declararlo en desacato si el juez le ordena responder?

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—¿Estaba Gerald Tybaum, el padre de Mona, en esa recaudación de fondos hace cinco años en Edwardsville?

—Bueno, sí estaba en realidad. Lo había olvidado.

—¿Y su esposa estaba allí?

—Sí, ella siempre estaba conmigo en el estrado. La foto clave: yo, y después con el presidente Sinclair y nuestras esposas.

—¿Sabe si su esposa habló con el señor Tybaum esa noche?

—Sí, lo hizo.

—¿Qué ocurrió entre usted, su esposa y el señor Tybaum esa misma noche?

—Bueno, ella no volvió a la habitación del hotel en toda la noche. El Servicio Secreto la seguía porque yo era candidato a la

vicepresidencia. Logré que me dijeran la verdad. Pasó la noche con Gerald Tybaum en su habitación del hotel.

—¿Fue durante el período que describió, en el que ni usted ni su esposa se preocupaban por lo que pasara románticamente entre ustedes?

—No, no lo fue. Pero eso ocurrió poco después.

—Cuéntenos sobre eso.

—Su encuentro nocturno con Tybaum fue la chispa que redujo nuestro matrimonio a cenizas. Las cosas nunca volvieron a ser iguales entre nosotros después de esa noche.

—¿Culpa usted a Tybaum de haber destruido su matrimonio?

—Hmmm. Es difícil decirlo. Realmente no recuerdo si lo culpé o no.

—¿Lo culpó la noche en que lo acribillaron frente al Monumento a Lincoln?

—No, no recuerdo que eso formara parte de mi pensamiento en ese momento.

—Señor vicepresidente, ¿usted disparó y mató a Gerald Tybaum? Se removi6 inc6modo en su asiento.

—No. Pero tampoco lo desaprobé. Pensé, y aún pienso, que se lo tenía merecido.

—¿Entonces hay ira?

—Yo lo llamaría resentimiento, señor Gresham. Le tenía resentimiento. Pero no tanto como para dispararle. Él no era nadie y yo era, y soy, el vicepresidente de los Estados Unidos. Ni siquiera existimos en el mismo universo.

—¿Seguía viendo a Mona Tybaum?

—Estuve allí cuando murió. Usted ya debería saberlo.

—Lo que yo sé no es lo que sabe el gran jurado. Tenga paciencia mientras les contamos la historia.

—Lo siento.

—¿Todavía se acostaba con ella?

Apartó la mirada de mí y recorrió rápidamente la sala con los ojos.

—¿Esto es confidencial? Se supone que debe serlo. ¿El jurado ha sido advertido y jurado guardar secreto?

—Si usted fue fiscal, sabe que sí lo han hecho, señor.

—Entonces confesaré que Mona y yo teníamos una relación muy intensa. Nos veíamos cara a cara al menos una vez por semana. A veces más.

—¿Está al tanto de que el señor Tybaum murió teniendo más de doce millones de dólares en un banco ruso?

—No, no lo sabía.

—¿Está al tanto de que él quería que ese dinero fuera para sus hijos, Mona, Jarrod y Annie?

—Como dije, no sabía nada del dinero.

—¿Así que no ha estado moviendo hilos para ayudarla a transferir ese dinero a su propia cuenta?

—Por el amor de Dios, no. No puedo tener tratos con nada ruso, señor Gresham.

—Una última pregunta, señor vicepresidente, luego abriremos el espacio para preguntas de los miembros del gran jurado.

—Está bien.

—¿Ha tenido algo que ver con mi trabajo en la Fiscalía Federal?

—Me temo que no entiendo.

—¿Ha llamado a alguien para hablar de mí?

—En absoluto. Ah, espere. Sí, llamé a la propia fiscal federal y pregunté por usted cuando recibí la citación.

—¿Dijo algo sobre que yo trabajara aquí? ¿O sobre mi continuidad?

—No. Estoy seguro de que no lo hice.

—Muy bien. Vamos a hacer una pausa mientras recojo las preguntas de los miembros del gran jurado que quieran que formule. Hacemos un receso de diez minutos. Todos los miembros del gran jurado, por favor, tráiganme sus preguntas ahora.

Varios jurados me entregaron preguntas por escrito. Más de la mitad se dirigió a los baños. Algunos simplemente se quedaron en sus asientos, escribiendo o mirando al suelo. Se habían recogido los teléfonos móviles, portátiles y tabletas, así que no había dispositivos de grabación ni cámaras en la sala. Lo que significaba que nadie podía revisar su correo electrónico ni enviar mensajes. Qué lástima.

Diez minutos después, el secretario del gran jurado me dijo que todos habían regresado y estaban sentados como antes. Estaban listos para empezar.

Leí la primera pregunta del gran jurado al testigo:

—Señor vicepresidente, ¿alguna vez ha sido condenado por un delito?

—No, no lo he sido. Qué pregunta más rara.

—Siguiente pregunta. ¿Usted y su esposa tienen hijos?

—No, ella no podía tener hijos.

—Siguiente pregunta. ¿Va a postularse a la presidencia cuando termine el mandato de Sinclair? No estoy seguro de que sea relevante, pero conteste de todos modos.

—No tengo planes de postularme. Creo que esto es todo para mí.

Claro, pensé, ¿un hombre a un paso de la presidencia simplemente va a renunciar a asumir ese cargo? ¿Qué político haría eso?

—Siguiente pregunta. ¿Alguna vez dejó embarazada a Mona?

—No. Soy estéril.

Silencio en la sala. Miradas de sorpresa en casi todos los rostros presentes.

—Voy a continuar con una propia —dije—. ¿Su esposa sabía de su aventura?

—Oh, sí. Mona se quedaba conmigo cuando podíamos organizarlo. No pasaba con tanta frecuencia.

Otra vez silencio absoluto. Era buen material el que estaban escuchando. Pero si algo de eso salía en los periódicos, rodarían cabezas. Yo me encargaría de ello.

—Señor vicepresidente, esas son todas las preguntas. ¿Desea añadir algún testimonio adicional?

—No, ya lo he dicho todo. Solo, por favor, advierta al jurado.

Quería decir que debía recordarles que nos habíamos reunido en secreto y que absolutamente nada de lo que habían oído podía repetirse fuera de la sala del gran jurado. Añadí que, si algo se filtraba, perseguiría y procesaría a la persona responsable. Lo hice con amabilidad, no como una amenaza, sino como un comentario sobre mi papel allí.

Entonces terminamos por el día.

Capítulo Treinta

Jarrood me llamó esa noche. Dijo que Annie quería verme.

—¿Qué podría querer de mí? —pregunté, curioso pero complacido.

—Quiere que la lleves a algún lugar.

—¿Por qué no la llevas tú, Jarrood?

—Ya no tengo carné de conducir, Michael. Además, dijo específicamente que te quería a ti.

—¿Puedo pasar mañana alrededor del mediodía? Es un día tranquilo en el juzgado y puedo dedicarle una o dos horas a Annie. Sin duda.

—Sería perfecto. Le diré que vienes.

—¿Así que te habla de todo esto?

—No exactamente. Lo tiene montado como un concurso de televisión. Dice: «¿A quién crees que Annie quiere ver?» y entonces tengo que adivinar. Tu nombre fue mi segunda suposición.

—¿Quién fue la primera?

—¿No es obvio? Mona, por supuesto.

—Claro. Está bien, Jarrood, entonces mañana al mediodía.

—Nos vemos entonces. Y gracias.

Al día siguiente entré en el camino de entrada de su casa a las doce y media. Estacioné, salí y miré en ambas direcciones durante

cinco minutos, solo para asegurarme de que no me seguían. Luego entré.

—¡Annie! —dije cuando llegó a la puerta—. ¿Estabas esperándome?

—Llévame al Smithsonian, Michael. Hay una exposición para mí.

—¿Cuál es?

—*Felinos divinos: Gatos del Antiguo Egipto*.

—Annie, ¿tienes un gato? —Por supuesto que lo tenía; preguntaba solo para ver cómo respondía.

Ella solo me miró. Me di cuenta de que la idea de tener un gato era algo que no podía o no quería considerar. No volví a preguntarlo.

Le dije a Jarrod que regresaríamos en un par de horas y luego acompañé a Annie hasta mi auto. Se subió al asiento del pasajero y se colocó el cinturón de seguridad. Lo abrochó y sonrió. Algo en ese acto tan simple le causó una pequeña felicidad. Nunca sabría qué fue. Nadie lo sabría.

Cuando llegamos al museo, estacionamos y entramos. Nos indicaron dónde estaba la exposición de gatos y nos detuvimos en la entrada para leer el cartel. Lo leí en voz alta para Annie:

La personalidad de los gatos los ha convertido en estrellas de internet hoy en día. En el Antiguo Egipto, los gatos estaban asociados con las divinidades, como se revela en «*Felinos divinos: Gatos del Antiguo Egipto*». Ataúdes de gatos y representaciones de la diosa Bastet, con cabeza de gato, se encuentran entre los objetos extraordinarios que muestran el papel fundamental de los felinos en la vida religiosa, social y política del Antiguo Egipto. Con piezas que datan desde el Imperio Medio hasta el período bizantino, las casi 70 obras incluyen estatuas, amuletos y otros objetos de lujo decorados con rasgos felinos, que gozaban de un estatus especial entre los egipcios. La exposición, organizada por el Museo de Arte de Brooklyn, también dedica una pequeña sección a los homólogos caninos de los gatos.

Terminé de leer y Annie tomó mi mano.

—Gatos, Michael —dijo—. Ahora, Michael.

Y así comenzamos nuestro recorrido por la exposición. Annie se detuvo cuidadosamente frente a cada una de las setenta obras

expuestas y examinó cada pieza. Estaba memorizando lo que veía. Cuando dimos la última vuelta y observamos a los últimos gatos, me tiró del brazo para que saliéramos del flujo de visitantes y pudiéramos hablar.

Frente a la pared norte, se detuvo y dijo:

—El hombre que mató a mi padre tenía un gato.

—¿Qué?

—Trajeron su ropa a nuestra casa. La revisé. Tenía pelos de gato en la parte trasera de la camisa.

—¿Estás segura de eso?

—Coincidían con los pelos del video. El gato era naranja.

—¿No es eso un atigrado? —pregunté, agotando mis conocimientos sobre el tema.

—Podría ser.

—Tu padre pudo haber forcejeado con el hombre que lo mató. Tal vez hubo una transferencia de pelos.

—Definitivamente. El laboratorio forense necesita revisar la camisa otra vez.

—Me aseguraré de que lo hagan.

—Es lo justo —dijo ella—. Hasta ahora se les ha pasado por alto.

—Está bien. Oye, quiero que veas algo.

Saqué mi celular y reproduje el video del gato frente al estanque, de la noche en que mataron a su padre. Pero solo le mostré la parte del gato. Luego lo repetí tres o cuatro veces. Después en cámara lenta.

—¿Qué te parece esto?

—Un gato atigrado amarillo.

—¿Atigrado es su raza?

—Atigrado no es una raza. Es un tipo de patrón, con manchas y rayas.

—¿Algo más?

—No. Pero yo recordaría ese video si fuera tú. Un día te va a parecer importante.

—¿Qué más tengo que tener en cuenta?

Ella ignoró la pregunta.

—Leí los informes policiales en internet.

No me molesté en preguntarle cómo había accedido a los informes policiales en línea. Tal vez ya estaban publicados; sinceramente, no lo sabía.

—Me llevaré la camisa cuando te deje en casa —dije.

—Ah, la devolvieron a la sala de pruebas después de que me permitieron examinarla.

—¿Por qué te dejaron examinarla?

—Porque llamé al jefe de policía y le dije que quería ver algo en la camisa que podría ayudarlos. Y así será.

—¿Y ahora qué pasa? ¿El laboratorio forense volverá a revisar la camisa? ¿Te dijeron algo?

—No dijeron nada, Michael. Pero el laboratorio forense ha sido negligente. Por favor, haz que estudien el cabello y las fibras.

No podía creer lo que estaba oyendo sobre su comprensión de las investigaciones del laboratorio criminalístico. Pero ahí estaba: cabello y fibras, lo tenía claro.

—Haré que le echen un segundo vistazo.

—Gracias.

Me giré para despedirme cuando salí al porche delantero.

Pero ella ya había cerrado la puerta y me quedé ahí parado, asombrado con ella. ¿De dónde viene ese don?, me pregunté. Suspiré y caminé pesadamente por la nieve hasta mi coche.

De la boca de los niños.

Capítulo Treinta Y Uno

El senador había respondido a la citación del gran jurado. Se presentó puntualmente a las nueve de la mañana siguiente. Llamé su nombre para que el taquígrafo del tribunal lo registrara, y Holt fue a la sala de espera a buscarlo para que pasara a testificar.

El senador Stanley J. Jessup apareció con un traje gris claro, una corbata amarilla y mocasines burdeos con borlas que rebotaban mientras cruzaba la sala. Sonrió a todos los presentes, incluyéndome a mí. Siempre estaba buscando votos y siempre lo estaría; se notaba a leguas. Su sonrisa valía al menos treinta mil dólares en la silla del dentista, su cabello estaba amontonado de forma desordenada sobre su cabeza, y sonrió ampliamente cuando levantó la mano derecha y fue juramentado por el secretario. No parecía el tipo de hombre que querría realizar actos sexuales con una prostituta a plena luz del día en los escalones del Monumento a Lincoln, pero ¿acaso esas personas alguna vez tienen el aspecto que uno espera? Siempre me sorprendía cuando aparecía otra persona de aspecto normal con una acusación sexual extraña más, lo que provocaba que mi oficina preparara un expediente y que yo iniciara una acusación.

Se sentó en el banquillo, pasó la palma de su mano derecha por el pequeño escritorio frente a él, limpiándolo, y volvió a sonreír encantadoramente al gran jurado. Se negó a mirarme, lo cual era

común entre los testigos del gran jurado. Los fiscales asustan a la gente, especialmente a los culpables.

Sin levantarme de la mesa, comencé mi interrogatorio, pidiéndole primero que dijera su nombre y ocupación para el acta. Luego empezó de verdad.

—Dirigiendo su atención al quince de enero de este año, ¿estuvo usted ese día en las inmediaciones del Monumento a Lincoln en Washington, DC?

—Por favor, díganos su ubicación.

—Estaba mirando alrededor del Monumento a Lincoln.

—Mientras miraba alrededor, como usted dijo, ¿escuchó uno o más disparos?

—Al principio pensé que era un coche que había hecho explosión. Pero luego miré y vi a un hombre con un arma. Otro hombre había caído en el Espejo de Agua. No vi a nadie recibir un disparo, en realidad.

—¿Estaba con alguien más en ese momento y lugar?

—Sí.

—Díganos su nombre, por favor.

—No sé su nombre. Nunca lo supe.

—¿Qué estaban haciendo usted y la señorita Sin Nombre?

—Nos estábamos besando.

—Ahora bien, ¿está casado, senador?

—Sí, lo estoy.

—¿Estaba casado el quince de enero?

—Sí, lo estaba.

—¿La mujer a la que besaba era su esposa?

—No, no lo era.

—De hecho, era una prostituta, ¿no es así?

Justo entonces, su rostro se puso rojo y miró fijamente al techo.

—¿Podemos hacer una pausa? Quiero hablar con mi abogado.

Hicimos un receso de diez minutos y el senador se escabulló al pasillo para reunirse con su abogado. Regresó en pocos minutos y cuando el jurado volvió a ocupar sus asientos, retomé mis preguntas.

—Ella era una prostituta, ¿no es así? Creo que esa fue mi última pregunta antes del receso, senador.

—Sí. Sí, era una prostituta. Pero le voy a pedir que advierta al jurado, abogado, que ni una palabra de lo que se diga aquí se repita fuera de esta sala.

—Ellos lo saben, senador. Gracias. Describa lo que estaba haciendo con la señorita Sin Nombre cuando oyó el primer disparo. O el primer petardeo, como usted lo llamó.

—Estaba teniendo relaciones sexuales con la mujer.

—¿A mitad de camino por las escaleras del Monumento a Lincoln?

—Más o menos a la mitad, sí.

—Describa el acto sexual, por favor.

—*Fellatio*. Ella me estaba haciendo una felación.

—¿Tenía su pene en la boca?

—Sí.

—¿En las escaleras del Monumento a Lincoln?

—Sí. Soy demócrata.

Mi mente se aceleró. ¿Qué tenía que ver ser demócrata con eso? Entonces lo entendí. Lincoln era republicano. El Monumento a Lincoln no era sagrado para el senador Jessup como podría serlo para los senadores McCain o Graham u otros republicanos.

—¿Así que no tuvo ningún reparo en tener relaciones sexuales en el monumento al Honesto Abe?

—Ninguno en absoluto.

—¿Vio bien al hombre con el arma como para identificarlo?

Sabía cuál sería mi siguiente pregunta, y la siguiente también, así que no intentó ocultar nada. Simplemente lo contó todo.

—Jonathan Vengrow. El vicepresidente de los Estados Unidos.

—¿Pensó que era el vicepresidente quien acababa de dispararle al hombre en la piscina?

—Como dije, no vi el momento exacto del disparo. Pero sí vi al vicepresidente sosteniendo el arma.

—¿Cómo iba vestido?

—No lo recuerdo.

—¿Qué estaba haciendo cuando lo miró?

—Disparó varias veces más al interior de la piscina.

—¿Cuántas veces más?

—No lo sé. ¿Tal vez cinco? ¿Seis?

—¿Le ha contado esto a alguien antes?

—No, no lo hice. Tenía miedo de decirlo porque no quería que mi nombre saliera en el periódico. Si se supiera que estuve allí con una prostituta y que ella me estaba haciendo una felación, no habría más reelecciones para mí. Mi carrera estaría acabada, *kaput*.

—¿Ha visto al vicepresidente desde esa noche?

—¿Desde esa noche? Sí, habló ante el Senado sobre las enmiendas al sistema de salud la semana pasada. Lo vi entonces.

—¿Habló con él?

—No. O sea, puede que haya dicho «Hola, Jon» o algo así.

—¿Se llaman por el nombre de pila, usted y el vicepresidente?

—Sí. Servimos juntos en el Senado en algún momento.

—Senador Jessup, ¿qué más puede decirme sobre esa noche?

—Cuando todo terminó, corrí hacia mi auto. Ni siquiera sabía que aún podía correr.

—¿A dónde fue?

—A mi casa adosada en Georgetown.

—¿Ha hablado de este asunto con alguien más?

—Con el detective Ronald Holt, del Departamento de Policía Metropolitana.

—¿Con alguien más?

—No. Bueno, sí.

—¿Quién habría sido?

Él volvió a mirar al cielo. Luego, muy suavemente, dijo:

—La señorita Sin Nombre.

—¿Ha estado con la prostituta desde aquella noche?

—Sí.

—¿Y hablaron sobre lo que vio esa noche?

—Sí.

—¿Le ha pagado otra vez por sexo?

—Ya no hay pago. Hemos superado esa etapa. Nos importamos profundamente el uno al otro.

—Senador, creo que esas son todas las preguntas que tengo.

—Bien.

Él empezó a incorporarse. Entonces dije:

—Por favor, permanezca sentado, senador. Los miembros del jurado podrían tener preguntas.

Por primera vez, miré al jurado. Algunos estaban enojados, otros asombrados, otros atónitos. Ninguno tenía su rostro habitual en ese momento.

—¿Preguntas?

—Tengo una pregunta —dijo una mujer en la primera fila—. ¿Cómo puedes vivir contigo mismo?

En ese momento, uno de nuestros inquebrantables miembros del gran jurado, siempre listo con un comentario, dijo:

—¿No lo escuchó? No vive consigo mismo. Se acuesta con la señorita Sin Nombre.

Estallaron las risas y finalmente levanté la sesión para el senador Jessup, con derecho a ser convocado de nuevo. Había terminado y prácticamente salió cojeando de la sala, magullado, derrotado y roto.

Luego hicimos un receso.

Ese día se había hecho justicia.

Y yo no tenía estómago para más.

Capítulo Treinta Y Dos

Annie asistía a una escuela especial para necesidades especiales. Aunque salía de casa todos los días y se movía en público, estaba completamente a salvo. Estaba a salvo porque nadie sabía cómo era su aspecto y nadie sabía a qué escuela asistía. Me llamó el viernes por la noche, después de que yo regresara a mi hotel el día de la comparecencia de Jessup ante el gran jurado.

—Tengo que ir a la obra de teatro de mi escuela —dijo—. Jarrod no maneja. ¿Puedes llevarme tú?

—Claro —dije—. ¿Cuándo es?

—Mañana por la noche.

—¿A qué hora paso por ti?

—A las seis. Estoy a cargo de las luces. Necesito llegar temprano y prepararlo todo.

—Nos vemos entonces, Annie.

El sábado estuve dando vueltas sin hacer mucho y casi me olvidé de Annie cuando empecé a revisar informes de laboratorio e informes policiales complementarios sobre los asesinatos de Gerry y Mona. De hecho, ya había llegado el informe forense de la camisa de Gerry. Annie tenía razón.

Mientras conducía hacia la escuela, se lo mencioné.

—Tenías razón sobre la camisa de tu papá, Annie. Tenía pelo de gato. Cómo sobrevivió al Espejo de Agua es un misterio. Probablemente venía de la parte trasera de la camisa y tal vez esa parte nunca se sumergió, aunque sí se congeló. No lo sé con certeza. Pero es pelo de gato.

—Lo sé. Lo vi con mi microscopio.

—¿Tienes un microscopio?

—Nunca has estado en mi cuarto, Michael. Lo olvidé. Tengo todo un laboratorio de ciencias.

—Bueno, no tenías un gato cuando tu papá aún estaba vivo.

—Entonces estamos buscando a alguien que tenga un gato —dijo, completando mi pensamiento—. O, si quieres afinarlo aún más, busquemos a alguien que haya estado en presencia de un gato amarillo. Tal vez el asesino recogió el pelo en casa de otra persona.

—O tal vez tu papá se topó con un gato en algún lugar y se le pegó el pelo.

—Imposible. Papá es alérgico a los gatos. Por eso no tengo uno. Ni dos. Ni tres.

—Entonces el asesino o tenía un gato o tuvo en brazos al gato de otra persona.

—Es una manera justa de decirlo —dijo ella—. ¿Qué más sabemos?

—No sabemos nada más. Yo sé más cosas, pero no me está permitido compartirlas contigo.

—¿Y si me das hipótesis entonces? —preguntó ella—. Así puedo responder.

—Hablando hipotéticamente, ¿qué pensarías de una cámara GoPro encontrada en la escena?

—Pensaría que tu asesino iba en motocicleta, se olvidó de que la cámara estaba montada en el casco y, de alguna manera, se le cayó. Es obvio, Michael. Estoy segura de que ya lo habías pensado.

—No lo había hecho. Pero estoy tomando notas mentales muy serias aquí.

—¿Qué más? —preguntó ella.

—¿Qué pensarías si esa cámara contuviera cuatro o cinco segundos de un video de gatos?

—Diría que ya tienes a tu hombre. Gato, pelo de gato, video, motocicleta... son pistas sólidas para ti, Michael. Y te diré algo más.

—Dispara.

—Tu asesino es el vicepresidente de los Estados Unidos.

Casi se me detuvo el corazón.

—¿Qué?! —exclamé.

—Él va en motocicleta, mira su página web. Y a su esposa le encantan los gatos. Ahí tienes a tu sospechoso, Michael.

Él anda en motocicleta —mira su página web—. Y su esposa ama a los gatos. Ahí tienes a tu sospechoso, Michael.

—Debe de haber un millón de hombres que andan en motocicleta y tienen un gato en Estados Unidos. No entiendo cómo lo redujiste así.

—Escucha tus propias palabras, Michael. Dijiste: «En Estados Unidos». Pero no estamos hablando de Estados Unidos. Estamos hablando de Washington D. C. Puede que haya varios hombres que encajen con esa descripción en nuestra pequeña ciudad, pero hay una parte más del perfil que no te he contado.

—Por el amor de Dios, ¿cuál?

—Mona pasó la noche con el vicepresidente. Así que ahí tienes la conexión entre él y mi familia.

—Para, para, para. ¿Cómo sabes eso de Mona?

—Tengo mis métodos.

—Suéltalo, Annie. Necesito esto.

—Está bien. Es tan simple. Cuando salía en citas, yo seguía su celular con el GPS. En más de una ocasión, pasó toda la noche en el Observatorio Naval.

—La residencia del vicepresidente.

—¡Exacto! Ahora tienes a tu hombre, Michael.

—¿Cómo rastreas su celular?

—Eso es fácil. Hay una configuración, un interruptor dentro del celular que hay que activar. Luego uso una app para seguirla. Ella nunca lo supo.

—¿Espías a tu hermana?

—Solo la cuidaba, eso es todo.

—¿Estás diciendo que tu padre y tu hermana fueron asesinados por el vicepresidente? ¿Pero por qué?

—¿Cuál es su motivo? Ese te lo dejo a ti para que lo descifres, Michael. ¿No es para eso que te están pagando?

—No se haga la lista, señorita —dijo él. Ella se rio.

—Está bien.

Llegamos a la escuela y rodeamos hasta la parte trasera del auditorio.

Noventa minutos después íbamos camino a casa de Annie. Ella volvió a su silencio habitual y no dijo ni dos palabras durante el trayecto.

Pero no hacía falta. Ya había dicho suficiente. Tenía una nueva sospechosa, pero no teníamos un motivo.

Aprendo rápido. El motivo era cosa mía.

Capítulo Treinta Y Tres

Maxwell Atkins vendía productos farmacéuticos y le era infiel a su esposa.

Eso era lo que sabía de él la mañana en que se presentó ante mi gran jurado.

El detective Holt escoltó al hombre asustado hasta la sala del gran jurado, lo colocó frente al secretario, quien le tomó juramento y luego lo acomodó en la silla de testigos.

Atkins era un hombre de estatura media, apariencia común, con las manos visiblemente temblorosas mientras esperaba lo que fuera a suceder. Tenía el cabello negro peinado hacia atrás y engominado, con mechones blancos a los lados de la cabeza. En conjunto, parecía un matón de *Los Soprano*, pero tras una serie de preguntas introductorias, los que estábamos en la sala del gran jurado supimos que era licenciado en química por el Grantland College, con una maestría en ciencias de la salud, y que se había casado tres veces.

—¿El quince de enero de este año tuvo ocasión de estar en las inmediaciones del Monumento a Lincoln? ¿Estaba cerca del Espejo de Agua?

—Sí, estaba de pie a un lado, en las sombras, detrás de las luces.

—Cuéntenos qué vio y oyó.

—Dos hombres pasaron corriendo a mi lado. Estaban tan cerca que casi podría haberlos tocado. El primero jadeaba y corría con zancadas largas y tambaleantes. El segundo llevaba un mono de motociclista para el frío y una de esas cámaras montada en el hombro. Era una GoPro.

—¿Ha visto antes una de esas cámaras?

—¿Ver una? Tengo una, señor Gresham. Soy un adicto al esquí en Vermont. Llevo una cámara sujeta a mi chaqueta de esquí.

—Cuéntenos qué presenció después de que los hombres pasaron corriendo junto a usted.

—Justo antes del estanque, el hombre que iba detrás se detuvo de repente, levantó un arma que no había notado antes y disparó una sola bala en la espalda del primer hombre. El primer hombre cayó de bruces al agua y quedó flotando ahí, pero el tirador no había terminado. Corrió hasta el borde del estanque y disparó cuatro o cinco veces más contra él. Esa primera bala lo derribó como si lo hubieran golpeado con un mazo.

—¿Qué hizo usted?

—Me retiré más hacia las sombras. Luego el tirador pasó corriendo junto a mí por el mismo camino por donde había venido. Yo estaba colapsando, pero o no me vio o me ignoró. Entonces abandoné el lugar y conduje hasta mi casa.

—¿Llamaste al 911?

—No lo hice.

—¿Por qué no?

—Tenía miedo. Pero regresé a la escena cuatro o cinco horas después. Había policías por todas partes y estaban sacando a un hombre del hielo. Supongo que el estanque se congeló mientras estuve fuera. Tal vez ya estaba parcialmente congelada cuando le dispararon al tipo; no lo sé. Pero hacía suficiente frío como para que se congelara por completo sin mucho esfuerzo.

—¿Por qué volvió a la escena?

—Me había calmado lo suficiente como para darme cuenta de que probablemente las cámaras de seguridad de la zona tenían imágenes mías llegando a la escena, ya que yo mismo había pasado

justo al lado del estanque. No quería que pensarán que había estado involucrado ni nada por el estilo, así que volví y conté mi historia.

—¿A quién le contó la historia?

—A un policía con traje de negocios negro. Creo que era del FBI.

—¿Le mostró la placa?

—Sí, pero estaba demasiado nervioso como para fijarme bien. Como dije, creo que era del FBI.

—Volvamos al momento en que llegó por primera vez a la escena del crimen. ¿De dónde venía?

—Soy representante farmacéutico. Había dejado unas muestras en la Casa Blanca, en la oficina del médico de la Casa Blanca.

—¿Qué tipo de muestras?

—El presidente tiene problemas en las articulaciones. Eran medicamentos antiinflamatorios, como Celebrex.

—¿Para qué se usa el medicamento?

—Dolor y rigidez. Síntomas de osteoartritis.

—¿Estaba estacionado cerca?

—Sí. Con el maletero lleno de muestras, así que estaba nervioso de narices. Perdón, ¿puedo decir «narices»?

Ignoré eso.

—¿Por qué estaba en el Monumento a Lincoln a esa hora y en ese lugar?

—Estaba esperando a alguien.

—¿A quién?

—Preferiría no dar nombres.

—¿Ella estuvo alguna vez en la escena?

—No es «ella». Era un «él». Era un asistente médico asignado temporalmente a la Casa Blanca.

—¿Por qué se reunió con esa persona?

—¿Por qué? ¿Tengo que decirlo?

—Por favor, diga.

—Nos habíamos reunido para tener sexo.

—¿Ese asistente médico llegó a unirse a usted en el lugar?

—No, me dejó plantado. Ya llevaba una hora de retraso cuando ocurrió el tiroteo. No creo que haya sido intencional. Creo que lo llamaron para atender a alguien.

—¿Por qué lo cree?

—No suelen dejarme plantado. Les gusto a los hombres. Mucho.

—Bien, cuando volvió a casa... ¿con quién vive usted?

—Vivía con mi esposa. Pero eso ya se estaba apagando. Ella era lesbiana y estábamos juntos para mantener las apariencias. Es algo anticuado, pero llevábamos casi veinte años juntos.

—¿Ella estaba en casa esa noche?

—No. No sé dónde estaba, pero puedo adivinarlo.

—Por favor, no adivine. Responda solo lo que sepa con certeza.

—Claro, claro.

—Ahora, piense con cuidado en esta próxima pregunta. Cuando el hombre se dio la vuelta y pasó junto a usted, ¿vio su rostro? ¿Lo reconoció?

—No.

—¿Se parecía a alguien que usted conozca y que ocupe un cargo público electo en Washington D. C.?

Esta vez, el testigo se tomó su tiempo. Supuse que estaba repasando rostros en su mente y comparándolos con la persona que había visto.

—No. Tenía la piel oscura y no era muy alto. Más bajo que yo. Y giró el rostro al verme, así que solo lo vi de reojo.

—¿Se parecía en algo al vicepresidente de los Estados Unidos?

—En absoluto. Nuestro vicepresidente es alto y de tez clara. Este hombre era bajito y muy moreno.

—Describa sus rasgos faciales.

—Solo lo vi un instante. Cualquier cosa que diga podría inducirlo a error, señor.

—Está bien. Cuéntenos lo que vio de todos modos.

—Nariz aguileña, ojos oscuros, cabello largo y negro. También tenía un tatuaje en el cuello.

—¿Pudo distinguir qué era el tatuaje?

—Algo verde y amarillo, difícil de distinguir incluso con la luz, ya que corría en mi dirección.

—¿Un tatuaje verde y amarillo? ¿Era un animal? ¿Un arma? ¿Un nombre?

—Era imposible saberlo. Todo ocurrió muy rápido.

—¿Pero está seguro de que era un tatuaje?

—Bastante seguro. Como dije, todo pasó muy rápido. Tal vez era un cuello de camisa que sobresalía de su mono, una camisa debajo. Lo siento, no puedo estar más seguro.

—¿Así que ahora podría haber sido un tatuaje o podría haber sido el cuello de una camisa contra su cuello?

—Sí. Lo siento, señor.

—Está diciendo su verdad. Es todo lo que pedimos, señor Atkins.

—Gracias.

—Creo que eso es todo lo que tengo. ¿Alguno de los miembros del gran jurado tiene preguntas?

Un hombre corpulento en la última fila levantó la mano.

—¿Qué pasó con la GoPro, si lo sabe?

—No lo sé.

—¿Seguía adherida a su ropa cuando volvió a pasar junto a usted?

—Esa sí que es una buena pregunta. Ahora que lo pienso, no recuerdo haberla visto.

—¿Entonces podría haberse caído en la escena?

—Podría ser.

—Esas son todas mis preguntas, señor Gresham.

—Gracias. ¿Alguien más?

Nadie más levantó la mano, así que despedí al testigo después de hacerlo jurar guardar el secreto.

Entonces levantamos la sesión.

Capítulo Treinta Y Cuatro

Rudy Geneseo salió del ascensor en la planta baja de la Oficina del Fiscal Federal. Llevaba varios días siguiendo y vigilando a Michael Gresham. Solo era cuestión de tiempo antes de que el abogado lo llevara hasta los dos hijos de Tybaum que quedaban.

Igual que las tres noches anteriores, Gresham bajó a las seis en punto. Afuera estaba completamente oscuro. Se dirigió a su auto. Rudy lo siguió al salir del estacionamiento, cuidando de no alertar al vehículo de los agentes federales que seguía a Gresham para protegerlo. Condujeron por las autopistas, subiendo y bajando, haciendo desvíos repentinos en las salidas a último segundo, recorriendo callejones y luego regresando a la conexión de Bethesda.

Llegaron a Bethesda cuarenta y cinco minutos después de salir de la oficina del fiscal. Rudy abandonó la persecución tan pronto como entraron en un vecindario nuevo, uno que no había visto antes. Sabía que podría merodear por diez minutos y luego localizar la casa alquilada de Gresham donde se escondían los niños. Así que siguió derecho cuando el auto de Gresham y el de los agentes giró a la izquierda. Dos manzanas más adelante había una escuela secundaria. Se metió en el camino circular frente a la entrada y se

detuvo en el extremo opuesto, justo donde se conectaba de nuevo con la calle. Apagó las luces, apagó el motor y esperó.

Diez minutos después, salió del vehículo, habiendo apagado primero la luz interior. La pesada puerta del Lincoln se cerró en silencio, y Rudy retrocedió un paso. Ajustó los cordones de sus zapatillas, comprobó que su pistola en la funda de hombro tuviera una bala en la recámara y comenzó a trotar lentamente de regreso por donde había venido. Cuando llegó a la calle donde el séquito de Gresham había girado hacia el vecindario, hizo ese mismo giro y trotó en silencio por la calle.

Fue casi demasiado fácil. El vehículo del gobierno se había ido; un solo coche patrulla ocupaba la entrada de la casa de madera, y el auto de Gresham estaba aparcado junto a la acera al frente. Rudy dejó de correr y comenzó a arrastrarse entre los autos estacionados en la calle, avanzando hacia la entrada de los Tybaum. Desde las sombras se acercó sigilosamente al coche patrulla, por el lado izquierdo trasero hasta quedar justo detrás del conductor. Efectivamente, un policía estaba sentado dentro, enviando mensajes en su teléfono. Rudy sacó la pistola de la funda del hombro y disparó una sola vez, con silenciador, a la cabeza del hombre. Luego se quedó inmóvil. No hubo reacción en la calle —no se encendieron luces, no se abrieron puertas— y tampoco hubo reacción dentro de la casa de los niños. Así que se envalentonó. Abrió la puerta del coche patrulla, empujó al policía muerto hacia el asiento del pasajero y se sentó a esperar. Cerró la puerta con sumo cuidado.

Quince minutos después, Gresham salió al porche delantero. Se detuvo bajo la luz del porche y miró su reloj de pulsera. Rudy se encogió en el asiento. Luego, cuando Gresham se acercaba al coche patrulla, subiendo por la entrada para evitar la nieve en el jardín delantero, Rudy le apuntó con la pistola. Disparó un solo tiro, silenciado, a través de la ventanilla del copiloto hacia el abogado. El hombre cayó hacia adelante, y Rudy salió disparado del coche, corriendo hacia el lado opuesto. Allí encontró a Gresham tendido boca abajo, con la cara hundida en la nieve y el hielo junto a la entrada, un brazo extendido de forma imposible hacia un lado, inmóvil. Rudy regresó al coche, abrió la puerta del conductor y le

quitó la camisa al policía muerto. Se la puso sobre la sudadera que llevaba puesta, se colocó el gorro de policía y caminó con decisión hacia la puerta principal. Tocó el timbre y esperó.

Pasaron cinco o diez segundos antes de que la puerta se abriera con la cadena de seguridad puesta. Jarrod —cuyo rostro reconoció de vigilancias anteriores— lo observó desde dentro.

—¿Sí, oficial?

—Necesito usar el baño.

Jarrod cerró la puerta y Rudy pudo oír cómo deslizaban la cerradura de la cadena. Cuando la puerta se abrió, entró. No había nada que ganar esperando, así que de inmediato sacó la pistola que llevaba escondida en la espalda, apuntó el cañón a la cabeza de Jarrod y apretó el gatillo una sola vez. La bala de gran calibre atrapó al desafortunado joven entre los ojos, lanzándolo a él y a su silla de ruedas hacia atrás unos noventa centímetros. Después de eso, la casa quedó en silencio y Rudy supo que estaba solo con la niña.

Comenzó a avanzar sigilosamente por el pasillo hacia los dormitorios.

En la primera puerta del dormitorio a su derecha, apoyó el oído contra la madera y escuchó. No se oía nada desde adentro, así que giró el pomo y miró hacia el interior. Era la habitación de Jarrod, a juzgar por el andador y la otra silla de ruedas contra la pared. Entonces siguió hacia el segundo dormitorio, el último al final del pasillo. La puerta estaba abierta. Asomó la cabeza y levantó su arma en posición de disparo. Efectivamente, la niña estaba sentada en su cama, con dos libros para colorear desplegados frente a ella, coloreando dos dibujos al mismo tiempo. El hombre la observó durante varios segundos; luego levantó el arma para disparar.

Nunca escuchó la detonación, nunca supo nada. De repente, la cabeza del asesino estalló, y el hombre detrás de él lo vio desplomarse al suelo, muerto antes de terminar de caer sobre la alfombra, primero de rodillas y luego ladeándose. Michael Gresham bajó su arma y se desplomó en el suelo.

Michael se dejó caer contra la pared, con el arma del oficial de policía en la mano. Tenía una profunda herida en la frente por donde le brotaba sangre, donde la bala del asesino lo había rozado. Muy

lentamente, se deslizó hacia abajo, con la espalda contra la pared, hasta quedar sentado. Giró la cabeza hacia un lado y perdió el conocimiento.

La niña tuvo que haber escuchado la fuerte detonación del arma policial sin silenciador. Pero no se movió. Muy suavemente, comenzó a tararear, cambiando del crayón rojo al azul.

Todo su arte mostraba mujeres con el cabello azul.

Así era como el mundo se veía —siempre había sido así— para Annie.

Capítulo Treinta Y Cinco

Poco antes de la medianoche, el vehículo policial de relevo entró en la entrada de la casa. El conductor salió del vehículo y se acercó sigilosamente por el lado del conductor del primer patrullero, con su arma reglamentaria empuñada con ambas manos. Se giró para mirar al interior del coche, y fue entonces cuando vio a Sidney Linney, un agente de patrulla, recostado contra la puerta del pasajero, con un disparo en el lado izquierdo de la cabeza. El oficial supo que Sidney estaba muerto.

Pero él estaba allí para proteger a los niños dentro. Así que comenzó a avanzar de puntillas hacia el porche delantero. La puerta estaba abierta. Entró y casi tropezó con la silla de ruedas que aún sostenía el cuerpo de Jarrod Tybaum. El hombre estaba recostado hacia atrás. La herida de entrada entre los ojos contaba toda la historia sobre él. El oficial sabía que aún quedaba alguien por encontrar, una niña de unos doce años. Se dirigió hacia el pasillo que conducía a los dormitorios.

Ahí fue donde encontró a Michael Gresham, inconsciente en el suelo, aún con un arma aferrada en la mano.

Pasó por encima de las piernas de Gresham y asomó la cabeza dentro del último dormitorio.

Una niña dormía sobre la colcha de su cama. Dos libros para colorear estaban en el suelo, junto con una caja de crayones derramada.

El oficial activó el micrófono de su hombro.

—¡Necesito una ambulancia ya! Y necesito refuerzos —le dijo al operador.

—Recibido, agente Hardy. Estoy enviando una ambulancia y oficiales de refuerzo ahora mismo.

El policía se acercó a la niña dormida. Puso dos dedos sobre el costado de su cuello. Pulso fuerte. Entonces fue al primer dormitorio y arrancó la colcha de la cama deshecha. Volvió con ella a la habitación de la niña.

Con sumo cuidado, la cubrió con la colcha y regresó al pasillo. Cerró la puerta para que, en caso de que se despertara, no viera a los dos hombres tendidos frente a su puerta, uno muerto y el otro vivo pero inconsciente.

Salió y revisó con más atención al oficial dentro del primer vehículo policial. Estaba claramente muerto, lo cual ya había supuesto cuando pasó arrastrándose. Cerró las puertas del vehículo con el botón eléctrico y se hizo a un lado. Ahora esa escena quedaba preservada.

Luego volvió a entrar y se sentó en el pasillo junto al hombre inconsciente. La herida en la frente casi había dejado de sangrar. Hizo cuentas y supo que el hombre a su lado había disparado al muerto que estaba más cerca del dormitorio de la niña.

No había duda de lo que todo aquello significaba.

Se levantó y volvió al primer dormitorio, donde sacó una almohada del enredo de las cobijas.

Regresó al segundo hombre, le levantó la cabeza y colocó la almohada debajo.

Ahora había hecho todo lo que podía hacer.

Las sirenas se acercaban a su ubicación. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Había estado tan cerca.

Pero ella estaba viva.

Capítulo Treinta Y Seis

Mi recuperación no fue larga ni complicada. Aunque la bala había dejado mi cráneo al descubierto, no hubo daño significativo ni permanente, más allá de una conmoción cerebral. Tres días después me llevaron al hospital de la GWU, donde me hicieron tomografías y dos cirugías. Mi médico entró a mi habitación y me dio el alta. Justo en ese momento, Antonia vino a visitarme. Su rostro palideció al verme y al ver los puntos en mi frente.

—Me dijeron que era una herida profunda —dijo—, pero no me dijeron que tenía diez centímetros de largo y que requeriría cuatrocientos puntos.

Luego se enteró de que estaba a punto de irme a casa y se desvivió por ayudarme.

—Es uno de mis fiscales —le dijo al médico—, y va a tener compañía cuando le den el alta y vuelva a casa. Y va a tener toda la ayuda que pueda necesitar.

Me llevaron a mi hotel y me ayudaron a ponerme ropa cómoda. Una enfermera y dos asistentes estaban siempre pendientes de mí, preguntando cómo podían hacerme sentir más cómodo, trayéndome bocadillos y café, y haciendo todo lo posible para facilitarme las cosas.

Abrí mi portátil por primera vez en días y llamé de inmediato a Verona y a los niños para saber de ellos. Los niños estaban en la escuela, pero Verona contestó al segundo timbrazo.

—¿Ya estás en casa?

—Me siento mucho mejor —dije—, para ser un hombre al que le dispararon en la cabeza. Pudo haber sido mucho, mucho peor.

—¿Ya terminaste con este caso, sea lo que sea?

—Todavía no del todo. Pero hay algo que necesito hacer.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí. Hay una niña huérfana. Tiene doce años y necesita un lugar donde esconderse por un tiempo. Se llama Annie y me gustaría enviártela.

—¿Está en peligro?

—Sí, lo está.

—¿Eso pondrá en peligro a nuestros hijos?

—Podría. Pero los agentes federales que la traigan le brindarán toda la protección posible de ahora en adelante. Nadie sabrá nunca dónde está Annie una vez que la saque de Washington. ¿Puedes ayudarme?

—Por supuesto que sí. ¿Puedes contarme más sobre Annie? ¿Está herida también?

—No lo está. Pero acaba de perder a su hermana y a su hermano. Su padre fue asesinado poco antes. Ahora está completamente sola. Pero lo bueno es que Annie es diferente y eso, irónicamente, la libera. No se da cuenta de que está sola. Además, ella y yo nos hemos vuelto bastante cercanos. Creo que tenerme en su vida le ayuda.

—¿Entonces vienes con ella? Eso espero.

—Todavía no. Me quedan algunas piezas finales del caso por resolver. Pero tendremos videollamada todos los días. Eso le permitirá verme y mantenerse conectada conmigo. Lo mismo con nuestros hijos.

—¿Cuál es su situación a largo plazo?

—Su tía está en Berkeley, California. Ya se ha ofrecido para hacerse cargo de la niña.

—¿Por qué no enviarla allí de una vez?

—Porque la tía está en medio de un juicio. Es profesora de derecho y abogada a tiempo parcial. Está inmersa en un juicio colectivo muy exigente que requiere su atención todo el día y buena parte de la noche. No tendría sentido poner a Annie con ella ahora solo para que la ignore.

—Ya veo. Bueno, mándamela a mí. Sabes que la recibiré sin pensarlo y la amaré como si fuera uno de nuestros hijos.

Esto era nuevo: «uno de los nuestros». Verona se había acercado a mis hijos más de lo que jamás habría esperado. Ahora también eran sus hijos. Un milagro.

Hablamos unos minutos más y luego nos despedimos, acordando que volveríamos a hablar por FaceTime esa noche, cuando los niños pudieran participar. Al colgar, me di cuenta de cuánto extrañaba a mi familia. También reafirmé mi decisión de pedirle matrimonio a Verona. Yo la amaba; ella me amaba; teníamos a nuestros hijos. Me hizo llorar pensar en todo lo que habíamos vivido y hasta dónde habíamos llegado. Era una compañera maravillosa, pero también tenía su propia vida. Su visado de residencia estaba a solo unas semanas de llegar y entonces podría enseñar o trabajar en la industria, lo que quisiera hacer. Así que su vida también estaba a punto de adquirir nuevas dimensiones.

El resto del día lo pasé holgazaneando, revisando correos del despacho y poniéndome al día con varios casos clave. Otros fiscales adjuntos habían sido asignados a mis casos más activos y los estaban haciendo avanzar. Estaba increíblemente agradecido de estar ahora en una situación con recursos prácticamente ilimitados. Podía descansar tranquilo, confiado en que mis casos estaban siendo manejados con el mayor nivel posible de competencia y cuidado.

Al día siguiente, el detective Ronald Holt vino a visitarme y trajo consigo al agente especial Jack Ames. Se reunieron alrededor de la mesa del comedor en mi suite y abrieron sus libretas.

—Bien —dije—, esto es lo que vamos a hacer ahora con el caso Tybaum. Jack, quiero que tú y tus agentes especiales obtengan todos los registros bancarios de GULP. Creo que vamos a encontrar una prueba concluyente entre esos documentos.

—¿Qué clase de prueba irrefutable? —preguntó Ames. Estaba sentado, inclinado hacia adelante, su cuerpo de oso gris presionado contra la mesa mientras tomaba notas. Esperaba que yo le explicara.

—Estoy buscando retiros en efectivo de sus cuentas bancarias. Y quiero rastrear esos fondos desde la cuenta del PAC hasta donde finalmente terminaron.

—¿Cómo hacemos eso? El efectivo no suele ser rastreable, Michael.

—En términos generales, eso es cierto. Pero creo que en este caso vas a descubrir que alguien en GULP dejó migas de pan en el camino. Sin querer, por supuesto. Luego, averigua quién fue la persona que retiró los fondos y quién fue la persona que los recibió. Cuando hayamos hecho eso, tendremos nuestra conspiración.

—¿Conspiración? —preguntó Holt—. ¿Cómo sabes que esto es lo que estamos buscando?»

Ames respondió por mí:

—Porque, detective Holt, nuestro amigo fiscal aquí ha reducido la lista de personas con motivo y proximidad. El motivo para matar a Gerry Tybaum y a sus hijos, y la proximidad al dinero ruso y a las cuentas bancarias de GULP.

—Exacto —dije—. El agente especial Ames ha estado leyendo mi correspondencia.

—Bueno... no literalmente.

—Ah, qué alivio —bromeé—. Fuera de bromas, el agente Ames obtendrá los registros bancarios. Mientras tanto, detective Holt, me gustaría que usted y su equipo le pongan vigilancia al director ejecutivo de GULP, Paul Wexler. Creo que él envió a ese Rudy Geneseo para eliminar a la familia Tybaum y así poder redirigir los fondos rusos de vuelta a GULP. A partir de ahí, los fondos estaban disponibles, y como él era el oficial de mayor rango en el PAC, podía mover el dinero a donde quisiera.

—¿De dónde estás sacando todo esto? —preguntó Holt.

Me toqué el costado de la cabeza.

—Fui abogado defensor por demasiado tiempo. He visto muchos casos exactamente como este antes.

—Está bien. Considérelo hecho —dijo Holt.

—Lo mismo digo yo —dijo Ames—. Pero ya que estamos intercambiando ideas, ¿qué nombre estoy buscando en GULP?

—El mismo tipo. Paul Wexler —dije.

—¿Él es mi sospechoso?

—Creo que es su mina de oro.

—Entendido —dijo Ames.

—Lo mismo digo —dijo Holt.

—Entonces, hemos terminado. Ahora, señores, dispérsense y déjenme volver a ver *Ellen*.

Se fueron y llamé al Grupo de Operaciones Especiales del Servicio de Agentes Federales. Ya era hora de hacer algo respecto a Annie, quien había estado bajo la protección de una oficial de policía llamada Alice Munes desde la noche del tiroteo. Annie estaba bien; Munes estaba con la niña las veinticuatro horas, pero ya era momento de trasladar a Annie a Evanston y Verona, con mis hijos.

El Grupo de Operaciones Especiales del Servicio de Agentes la trasladaría en un vuelo especial a Chicago, pasando por varios destinos intermedios y cambios de avión que no podrían rastrearse porque no se presentarían planes de vuelo. *UndergroundAir*, lo llamaba el gobierno. Programaron los vuelos para el día siguiente y, por fin, pude relajarme.

La aplicación reactiva de la ley era cosa del pasado. Nos habíamos vuelto proactivos y ya me gustaba más así.

Al día siguiente, recibí una llamada del agente especial Ames. Los registros bancarios eran prácticamente imposibles de obtener a través de GULP. No había nadie dentro dispuesto a cooperar, así que decidimos obtener una citación judicial e ir directamente al banco.

Teníamos los registros cuarenta y ocho horas después.

Y Annie estaba ahora en Evanston, rodeada de personas que la amarían y de hombres fuertes que la protegerían.

Por fin pude dormir y pasé los días siguientes en mi habitación, pidiendo servicio a la habitación y moviendo piezas en mi tablero de ajedrez mental.

Resultaba que había solo unas cuantas piezas, y yo las tenía todas controladas.

Había vuelto.

Capítulo Treinta Y Siete

Dos días después de regresar a mi suite del hotel, el agente Ames pasó a buscarme para acompañarlo al apartamento de Rudy y echar un vistazo. En particular, buscábamos un gato sobre una mesa de cocina. Estaba casi convencido de que encontraríamos esa escena en casa de Rudy. Mientras conducíamos, Ames repasó lo que sabíamos hasta el momento. Me preguntó sobre el conflicto entre el testimonio del gran jurado del senador Jessup, donde identificaba al tirador como el vicepresidente, y el testimonio del representante farmacéutico, quien dijo que el tirador no se parecía en nada al vicepresidente.

—Es un misterio —dije—. Pero Maxwell Atkins vio al tirador más de cerca cuando este pasó corriendo junto a él, así que probablemente le daría más peso a su versión. Además, el senador Jessup estaba ocupado con su cita de esa noche y no habría tenido la misma oportunidad de observar como Atkins.

—A mí me suena a que el senador tiene cuentas pendientes. No pudo haber distinguido rostros desde donde estaba parado. Además, estaba mirando en ángulo descendente. Mi equipo lo ha medido todo y ha calculado los ángulos. Tenía un punto de vista muy difícil para reconocer un rostro allá abajo.

—Buen punto. Sí, estoy bastante seguro de que estamos tras la pista de Rudy Geneseo, nuestro hombre muerto.

—¿Le mostraste su foto a Maxwell Atkins?

—No, quería su mejor recuerdo. Mostraré la foto si hay algún seguimiento judicial. Aunque lo dudo.

—¿Qué tal si llevo la foto de Geneseo a Atkins y le pregunto cara a cara si puede identificarlo?

—Eso sí me gusta. Hagámoslo.

—Lo haré más tarde hoy.

Llegamos al apartamento de Rudy Geneseo. Estaba ubicado en una zona deteriorada de la ciudad, con una licorería en una esquina de su cuadra y una tienda de comestibles china en la otra. Las aceras estaban agrietadas y torcidas, llenas de basura, y al pasar en el auto vimos maleantes por todas partes, con miradas llenas de odio y desconfianza. Pero evidentemente nos identificaron como policías, ya que el lugar de Rudy había sido invadido por peritos y fotógrafos desde que le disparó a Jarrod y Annie en su casa. La verdad, Ames y yo llegamos tarde a la fiesta.

La puerta del apartamento de Rudy estaba custodiada por una agente de policía que pareció reconocer a Ames antes de que él le mostrara la placa. Asintió con un gesto de reconocimiento y dijo:

—Así que hasta el FBI quiere involucrarse en esto. Estoy impresionada. ¿Y usted quién es?

—Soy fiscal federal adjunto —le dije mientras le mostraba mi identificación. Ella empujó la puerta para abrirla y nos hizo pasar con un gesto.

El lugar tenía forma de L, con la sala y el dormitorio a un lado, formando la base y la pierna de la L. Siguiendo la pierna hasta el otro extremo, llegamos a la cocina. Pero la mesa era una pequeña mesa blanca de metal, y no había señales de ningún gato en el apartamento: ni caja de arena, ni platos en el suelo, ni comida para gatos en los armarios o en el refrigerador, nada.

—Este no es el lugar, Jack —le dije a Ames unos minutos después de entrar—. Seguimos buscando al gato.

—Estoy sorprendido —dijo Ames, asintiendo con el ceño fruncido de desconcierto—. Habría apostado a que encontraríamos al gato o

algo relacionado con un gato aquí. Pero evidentemente Rudy no tenía mascotas.

—Evidentemente.

—Una cosa más. Déjame revisar su armario.

Abrí la puerta plegable del armario de Rudy y revisé las perchas hasta encontrar los cinturones. Tres cinturones. Entonces... ahí estaba. La hebilla de cinturón de Effingham. Pero me detuve en seco. ¿Por qué Rudy llevaría una hebilla que podía implicar al vicepresidente en un asesinato? No tenía sentido, especialmente si era el vicepresidente quien había reclutado a Rudy para matar a Gerry en el Espejo de Agua. Que Rudy luego usara la hebilla durante el asesinato sabiendo que estaba siendo grabado por cámaras de seguridad no cuadraba. Por otro lado, si el vicepresidente no estaba involucrado, ¿podría Rudy haberla usado simplemente para desviar la atención de sí mismo? ¿Había planeado hacernos creer que el vicepresidente era el tirador? Pero eso tampoco tenía sentido: no habría sabido de la hebilla del vicepresidente y, sin embargo, habría conseguido una y la habría usado a propósito. Eso estaba muy por encima del nivel de Rudy como para ejecutar algo tan sofisticado. Decidí dejar el asunto en pausa. Tenía la sensación de que cuando encontráramos al gato sobre la mesa —mejor dicho, si encontrábamos al gato sobre la mesa—, ese feliz hallazgo nos revelaría mucho más, incluido el misterio de la hebilla.

Mientras me llevaba de regreso a mi oficina, Jack Ames dijo:

—Tenemos que seguir el rastro del dinero, Michael. Seguir el dinero hacia atrás nos llevará hasta quien haya pagado a Rudy para matar a Gerry Tybaum. Y a Mona. ¿Qué opinas?

—Creo que pronto tomaré la declaración del gran jurado de Wexler. Me gustaría dejar esta conversación para después de eso.

—Entiendo.

—Pero estoy de acuerdo. Las transacciones bancarias nos van a llevar hasta los tipos que no apretaron el gatillo. Los tipos que contrataron a alguien más para hacerlo por ellos.

—De acuerdo —dijo Ames.

Entramos al estacionamiento subterráneo y me dejó bajar.

Todavía no habíamos encontrado al gato, pero seguíamos buscando.

Capítulo Treinta Y Ocho

La noticia de las muertes de Jarrod Tybaum y Rudy Geneseo llegó a Paul Wexler en GULP. Estaba justo pidiendo el desayuno en la cafetería de la planta baja cuando su secretaria lo llamó. Contestó el teléfono y ella le dijo que Nivea Young se había presentado sin cita, exigiendo hablar con Wexler. El director ejecutivo dijo que la hicieran pasar de inmediato.

Nivea entró a toda prisa, su rostro era una máscara decidida de concentración absoluta. Puso al tanto a Wexler sobre el tiroteo en dos minutos. Cuando terminó, Wexler se recostó en su silla ejecutiva, frotándose los ojos con dos dedos. Entonces abordó el motivo por el que Young había venido a verlo.

—La chica está desaparecida. La hija menor ha desaparecido.

—Le estoy pagando para que la encuentre. ¿Cuál es el problema?

—He seguido todas las pistas, todo lo que he podido encontrar —dijo ella. Estaba tensa, como una serpiente lista para atacar pero sin un blanco. Sus manos se abrían y cerraban; su frecuencia de parpadeo se había duplicado, notó Wexler. Se sentía bien tenerla de su lado y buscando.

—Puedo adivinar con bastante seguridad dónde tiene Gresham a la niña, esta Annie Tybaum.

Nivea Young negó con la cabeza.

—Mi suposición es que no será Bethesda otra vez. ¿Qué estás pensando?

—¿Recuerda el expediente que preparó sobre él? ¿Casa en Evanston, Illinois? ¿Novia que vive con él, exsuegra también en casa, dos niños pequeños? ¿No sería un lugar natural para esconder a Annie? Quiero decir, ¿quién pensaría en buscarla allí?

Nivea estudió las facciones marcadas de Wexler. Sus ojos brillaban mientras hacía su proyección, una conjetura fundamentada sobre el paradero de la joven heredera.

—¿Así que me está enviando a Evanston?

—Me sorprende que no se haya ido ya, señorita Young. Estoy decepcionado de usted.

Por primera vez, la exagente de la CIA sonrió.

—Ya estoy empacando mientras hablamos. ¿Y los hijos de Gresham? ¿Y los demás en la casa?

—¿Y qué con ellos? No estamos aquí para salvar vidas, señorita Young. Hay demasiado dinero en juego como para pensar en otra cosa que no sea el resultado. Necesito que este problema llamado Annie desaparezca... permanentemente.

—Lo sé. Prepárese para un gran estruendo, señor Wexler; no voy a tomar prisioneros.

Él la despidió con un gesto.

—Solo hágalo. No me cuente más. Y cuando termine, no vuelva a contactarme nunca. Su dinero la estará esperando en su cuenta suiza.

—No volverá a saber de mí jamás, señor Wexler. Si esto no lo resuelve, tendrá que buscar otro tipo de ayuda. Ya estoy demasiado expuesta.

—De todos modos, buscaría en otra parte.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Luego se fue.

Cuando se quedó solo, le trajeron el desayuno. Pronto, su mente estaba lidiando con la idea de matar a un niño pequeño. Con un suspiro, tuvo que admitir para sí mismo: no sería la primera vez.

Capítulo Treinta Y Nueve

Dos días después, Jack Ames me informó. Al parecer, establecieron su centro de investigación justo dentro de la oficina local del FBI en la calle 4 NW. Allí tenían varios ordenadores conectados en red y estaban recibiendo los registros de cuentas de Charter Bank y Mercantile of Boston de todas las cuentas GULP. CBMB no intentó anular la citación; los registros comenzaron a llegar a la oficina local el mismo día en que se entregó la citación en la sede central.

Luego comenzaron la ardua tarea de encontrar la prueba irrefutable.

Buscaron en los registros todas las transacciones en efectivo de GULP. Se devolvieron menos de cuarenta y cinco registros como conjunto de datos. Los cuatro agentes los dividieron y comenzaron a examinarlos detenidamente, intentando vincular los valores de las transacciones con nuevos valores de cuentas en CBMB. Era un tiro al aire, pero era justo lo que yo quería que hicieran.

Al mediodía, Ames me llamó.

—¿Qué diría si le cuento que salieron cincuenta mil en efectivo de GULP y que el mismo día se abrió una caja de seguridad a nombre de Green Laundry and Cleaners?

—Diría que necesitamos abrir esa caja de seguridad.

—Eso le toca a usted, abogado. Avíseme cuando la citación esté lista y yo la presentaré personalmente.

Hicimos que firmaran la citación y se la entregamos al agente especial Ames dos horas después de su llamada. Luego partió rumbo a Boston.

Ames llegó a Boston después del horario bancario y se instaló en una habitación de hotel a una manzana del banco. A las ocho de la mañana del día siguiente, estaba esperando en la puerta cuando abrió el servicio de seguridad. A las 8:11 ya estaba dentro de la cámara acorazada, y la gerente estaba abriendo la caja registrada a nombre de Green Laundry and Cleaners. Ella sacó la caja y la colocó sobre una mesa de terciopelo para que Ames la abriera.

Lo hizo.

—Efectivo —le dijo a la gerente.

—Hmm, sí —respondió ella.

—Tengo que contarle —le advirtió Ames, y así, mientras ella esperaba, Ames contó el dinero en la caja. No eran cincuenta mil; eran setenta mil. Así que Ames regresó a sus ordenadores en Washington y buscó retiros en efectivo de veinte mil dólares. No encontró nada. Entonces probó con diez mil dólares y se devolvieron dos archivos de datos. Estaban fechados el mismo día, justo después del depósito de cincuenta mil.

Fue entonces cuando Ames formuló su teoría de trabajo: que Rudy Geneseo había recibido cincuenta mil dólares por el asesinato de Gerry Tybaum y diez mil por cada uno de Jarrod y Mona. No hubo un tercer pago, razonó, porque Annie seguía viva. Pero ella habría sido la siguiente si no hubiera disparado a Rudy justo cuando estaba a punto de dispararle a Annie por la espalda.

Había estado así de cerca.

Luego, Ames y su equipo se pusieron a trabajar para rastrear la identidad de la persona que había facilitado los pagos y depósitos en efectivo. Comenzó con la opción más obvia: Paul Wexler. Los registros de la cámara acorazada del banco demostraron que Wexler la había visitado en las mismas fechas que los retiros en efectivo y que él había abierto la cuenta para Green Laundry and Cleaning. Las identidades con acceso incluían, entre otros, a Rudy Geneseo.

Jack me llamó desde Boston.

—Tengo a tu hombre —me dijo, tratando de disimular la emoción en su voz, esa que ningún agente del FBI mostraría jamás al mundo.

—Dame un nombre, Jack.

—Paul Wexler. Diste en el clavo, Michael.

—¿Por qué no me sorprende el nombre Paul Wexler? Estoy llevándolo ante el gran jurado mientras hablamos.

Emití una citación del gran jurado para Wexler. Como predije, de inmediato contrató a un abogado. Pero entonces ocurrió algo extraño. Recibí una llamada de una abogada de DC llamada Susan Kayye, y tenía noticias sobre Paul Wexler que solo podía compartir conmigo en privado.

Nos reunimos esa tarde en mi oficina del centro: Susan Kayye, Jack Ames, Ronald Holt y yo.

Al principio no quería hablar con los policías presentes, pero le aseguré que su presencia era la única forma en que esta conversación iba a suceder. Cedió, como sabía que lo haría; esta conversación era imprescindible para ella y creía saber por qué.

Un abogado tiene el deber de revelar a las autoridades la comisión planeada de un delito que su cliente le revele. Creía que habíamos atrapado a Paul Wexler justo cuando tenía en marcha otro intento de asesinato contra Annie.

Efectivamente, pensé mientras escuchaba a la señora Kayye.

—Me he reunido dos veces con el señor Wexler. Él no sabe que estoy aquí. Pero estoy aquí porque las reglas éticas de los abogados me exigen divulgarles a ustedes, las autoridades competentes, la intención de Wexler de cometer un delito.

—¿Qué delito sería ese? —pregunté.

—Paul Wexler ha contratado a un sicario para matar a Annie Tybaum. No quiso decirme el nombre del asesino, y créame que lo supliqué, lo amenacé, lo rogué. Pero entonces empezó a sospechar demasiado de mí y de por qué necesitaba el nombre, y se cerró por completo. Por lo que sé, ya me ha despedido, lo cual es irrelevante. La ley me obliga a contarle a usted y a las autoridades lo que le estoy contando, y ya lo he hecho. Confirmaré todo esto en una carta dirigida a usted, señor Gresham, con fecha de hoy y entregada antes

de las cinco de la tarde. Que no quede duda: he cumplido con mi deber aquí.

Tan rápido como había aparecido, Susan Kayye desapareció. No habría servido de nada intentar sonsacarle más respuestas o información. Era una verdadera profesional que normalmente litigaba en el área de delitos de guante blanco con un bufete de abogados de primer nivel en Washington. Aunque el caso de conspiración para cometer asesinato de Wexler se salía un poco de su tipo de casos habitual, lo había aceptado porque el hombre le pagó un millón de dólares para que lo defendiera.

Después de que se fue, Ames, Holt y yo juntamos nuestras cabezas.

—¿Dónde están las oficinas centrales de GULP? —preguntó Ames.

Busqué su dirección en mi ordenador y se la pasé.

—Conozco este edificio —dijo entonces Ames—. Hay cámaras de circuito cerrado por todas partes.

—Estamos pescando ahora. Tengo esa sensación —dijo Holt.

Ames miró a Holt.

—Sí. Prepárate para unos días y noches largos.

—¿Van a revisar los videos de circuito cerrado? —pregunté torpemente.

—Así es. Sabremos quién ha entrado en la oficina de Wexler durante la última semana. También les aplicaremos reconocimiento facial y obtendremos algunos nombres y antecedentes. Ten paciencia, Michael. Estoy pedaleando tan rápido como puedo.

—Están tratando de identificar al asesino.

—Buscando ponerle nombre a una cara, sí.

—Rezo para que pueda —dije—. Sin una foto o un nombre, estamos perdidos.

Estaba intranquilo. Alguien iba tras Annie otra vez, lo cual ya habíamos sospechado, pero ahora estaba confirmado. Era como si me clavarán un cuchillo en el estómago. Mi primera inclinación fue tomar el vuelo nocturno a Chicago, ir a Evanston, abrazar a la chica y protegerla. Pero me necesitaban en Washington.

Era hora de sentar el trasero de Wexler frente a mi gran jurado y ponerme a trabajar con él.

Capítulo Cuarenta

Paul Wexler entró con aplomo en la sala del gran jurado y levantó la mano derecha. Sabía que su abogado —quienquiera que fuera— lo había preparado a conciencia, y no me habría sorprendido que se acogiera de inmediato a la Quinta Enmienda y se negara a responder. Cinco minutos después, tuve mi respuesta.

—Señor Wexler, ¿ha tenido usted algún papel en las muertes de Gerald Tybaum, Mona Tybaum o Jarrod Tybaum?

—Me niego a responder. Quinta Enmienda, señor Gresham.

Tal como esperaba, iba a escabullirse. Así que probé un enfoque diferente.

—Dígame los nombres de todas las personas que usted conoce que estén haciendo algún esfuerzo por asesinar a Annie Tybaum.

—Lo mismo. Quinta Enmienda.

Está equivocado, pensé. La pregunta no buscaba incriminarlo; buscaba obtener información sobre otra persona. Mi postura era que debía responderla. También pensé que el honorable Erasmus M. Samuels me respaldaría si acudía a su tribunal y solicitaba una orden que obligara a Wexler a responder la pregunta o ir a la cárcel por desacato al tribunal.

—Quiero hablar con mi abogado —dijo Wexler, con frialdad y sin dudar.

—Haremos un receso de diez minutos —anuncié.

Un testigo tiene derecho a salir de la sala del gran jurado y discutir una pregunta pendiente con su abogado. Wexler lo había solicitado, y yo no tenía forma, ni interés, de impedirlo. No tenía interés en impedirlo porque cualquier abogado penalista competente probablemente le indicaría que respondiera mi pregunta. Lo cual nos ahorraría un viaje al tribunal federal.

Diez minutos después, reanudamos el registro.

—Señor Wexler, le vuelvo a pedir los nombres de las personas que usted sabe que están intentando asesinar a Annie Tybaum.

Esta vez no hubo vacilación.

—Nivea Young.

—¿Y está usted de algún modo vinculado con Nivea Young en una conspiración para matar a Annie Tybaum?

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

Lo cual duró otros treinta minutos y entonces declaré un receso. Le dije al abogado de Wexler que mantuviera a su cliente cerca, ya que estaba sujeto a ser llamado nuevamente por el gran jurado.

Ahora teníamos un nombre: Nivea Young, y el agente especial Ames tenía una enorme colección de fotos de los visitantes al edificio de GULP. Pero ahora podía volver a su software de reconocimiento facial y buscar coincidencias con el nombre de Nivea Young. Y eso hizo. Me llamó menos de una hora después. Ya teníamos un video de Nivea Young.

Cuando vi su foto, me quedé impactado. Era la misma mujer que, según el sistema de video de mi oficina en Chicago, había entrado en mi edificio la noche en que Gerry Tybaum vino a verme. Era la persona que había sacado mi pistola de mi escritorio.

Lo que también significaba que bien podría haberme seguido hasta mi casa en Evanston.

Un escalofrío helado me recorrió la espalda. Sabía dónde y sabía quién. La carrera había comenzado.

Capítulo Cuarenta Y Uno

Nivea Young no tomó un avión. Las bases de datos de aerolíneas eran demasiado fáciles de acceder para el FBI, y ella lo sabía. Así que alquiló un auto con una tarjeta de crédito falsa y mintió sobre su destino.

—Tampa Bay, Florida —le dijo al empleado de la agencia de alquiler y le entregó su carné de conducir falso. Después de asegurar el auto y quedar fuera de la vista de la agencia, se dirigió al oeste por la interestatal rumbo a Illinois. Llevaba bastante comida en el auto, además de un termo de café y un galón de agua. Comenzó por la Interestatal 270, se conectó con la I-70 y luego decidió tomar la ruta del sur porque era la que menos sentido tenía si llegaban a buscar en esa dirección.

Si es que siquiera lograban averiguar quién era y hacia dónde iba. Ella suponía que no lo harían.

Tomó la Interestatal 65-70 y ocho horas más tarde llegó a Columbus, donde se detuvo en una parada de camiones y pidió el desayuno especial para camioneros. Cuando terminó, salió a los estacionamientos, donde decenas y decenas de camiones estaban aparcados con el motor encendido, mientras sus conductores comían y luego dormían. Pero ella tenía una misión allí, así que empezó a golpear suavemente las ventanas de los conductores y, a medida

que cabezas somnolientas bajaban los vidrios y le preguntaban con rudeza qué quería, ella les explicaba lo que necesitaba y cuánto estaba dispuesta a pagar.

—Estoy buscando comprar una pistola semiautomática de nueve milímetros o calibre cuarenta. Tengo dos mil dólares para gastar en una.

Al principio, los camioneros se molestaron por haber sido despertados. Pero cuando oyeron «dos mil», la mayoría se volvió sorprendentemente razonable.

—No, pero tengo una tres cincuenta y siete extra, si eso te sirve —dijo el conductor del segundo tráiler.

—No me sirve. Necesito una semiautomática para poder cambiar el cargador.

—Entendido. Entonces no puedo ayudarte.

Pero tuvo suerte en la segunda fila de camiones, donde, dentro de un Freightliner, vio al conductor salir del compartimento para dormir y bajar la ventanilla.

—¿Qué?

—Necesito una pistola semiautomática, nueve milímetros o calibre cuarenta.

—Tengo una cuarenta de sobra. ¿Cuánto traes?

—Dos mil en efectivo ahora mismo.

—¡Hecho!

Él abrió la consola y sacó una pistola dentro de una funda. Ella le entregó el dinero en efectivo y él le pasó la pistola.

—También viene con un segundo cargador. Espera un segundo.

Volvió a hurgar en la consola y luego sacó un segundo cargador, cargado, del calibre 40.

—¿Este sirve? —dijo con una sonrisa tosca.

—Perfecto —dijo ella.

—El segundo cargador son doscientos.

Actuando con desgana, sacó otros doscientos dólares del bolsillo de sus vaqueros.

—Esto es demasiado por un solo cargador —le dijo al vendedor.

—Lo recuperarás después de asaltar un par de 7-Eleven.

—Olvida eso.

—¿Vas por un banco, quizá?

—Olvida eso.

—Está bien. Buena suerte. Yo me vuelvo a la litera. ¿No quieres acompañarme una horita o algo así?

Ahora la miraba con lascivia.

—Que duerma bien —dijo ella, haciendo una pistola con los dedos y apuntándole a la frente—. Bang —dijo en voz baja.

—Lárgate —dijo él, y subió la ventanilla.

Encontró su auto de alquiler y volvió a deslizarse en el asiento del conductor. Ahora estaba armada.

Y era peligrosa. No necesitaba comprarle el peligro a nadie.

Ella ya venía así.

Capítulo Cuarenta Y Dos

Antes de que terminara el día, había hecho valer el poder de mi cargo. Ahora el FBI, el Grupo de Operaciones Especiales del Servicio de Agentes Federales y la Policía Metropolitana estaban montando una red de búsqueda y captura para Nivea Young. Jack Ames estaba al frente del FBI; Ronald Holt tenía a su cargo a la policía, y Rusty Xiang se convirtió en mi enlace con los agentes federales. Ames sabía que siempre existía la posibilidad de que Young estuviera haciendo autostop a Chicago para evitar cualquier tipo de registro en aerolíneas, alquiler de autos o trenes. Si fuera él, decidió, eso haría. El grupo especial del FBI comenzó a escanear bases de datos de alquileres de autos, aerolíneas, trenes y cualquier otro medio de transporte que pudiera arrojar resultados. Otro grupo de agentes del equipo contactó a las autoridades de la Policía Estatal en muchos de los estados por los que ella tendría que pasar y les pidió que establecieran retenes y revisaran los vehículos uno por uno. Era una cacería masiva en marcha antes de que terminara el primer día; si ella estaba allá afuera, en camino a Chicago, los agentes creían que la encontrarían.

En el otro extremo del viaje estaba Evanston, Illinois, mi hogar. Los agentes federales reforzaron la defensa perimetral alrededor de mi casa y vecindario. Sabía que tenían una habilidad asombrosa para

pasar desapercibidos y dejar la impresión de que el camino hacia la casa estaba completamente desprotegido. Si ella caía en su trampa, sería capturada en una sorprendente demostración de fuerza que estallaría de la nada.

Entonces ya había hecho todo lo posible respecto al riesgo de seguridad que representaba Nivea Young. Cuando el polvo se asentó, Nivea Young era una testigo clave en un caso federal de asesinato, y eso bastaba para activar todos los servicios a los que había recurrido. Ahora era momento de enfocar mi atención en el dinero retenido en Moscú, Rusia.

Llamé al número del banco que encontré en internet. Me fueron transfiriendo hasta que un hombre que hablaba inglés, llamado Leonid, atendió la línea y me preguntó cómo podía ayudarme.

—Tengo una cuenta en Rusia y quiero transferir el dinero a Estados Unidos.

Después de la resistencia previa del banco a mi solicitud de mover el dinero, quedé casi atónito con la respuesta de este agente.

—¿Ha considerado una transferencia bancaria? Es la forma más fácil de transferir fondos.

—¿Puede ayudarme?

—Por supuesto. Deme su nombre, número de ruta y de cuenta, e información del banco receptor.

—Ese es el problema. El dinero está a nombre de Gerald Tybaum. Tengo un poder notarial que me da control.

—Eso no debería presentar problemas. ¿Puede enviarme por correo electrónico una copia certificada del poder?

Lo hice mientras hablábamos. Leonid lo revisó.

—Esto parece estar en regla. Lo voy a archivar y marcar como aceptado.

—¿Así de fácil?

—Por supuesto que así de fácil. Somos un banco, señor Gresham. Solo tenemos vínculos lejanos con el gobierno ruso, y eso únicamente porque tenemos una licencia del Kremlin.

—¿Cuándo puede enviarme los fondos?

—Estoy rellenando la orden de transferencia en este momento. Espere treinta minutos y luego revise su cuenta.

Colgamos y resistí la tentación de revisar el saldo de mi cuenta durante los treinta minutos completos. Luego miré. Mi cuenta mostraba ahora un saldo de doce millones de dólares. Doce para Annie y veinticuatro mil míos. Nada mal para treinta y cinco minutos de trabajo.

Annie estaba lista. Su cuenta estaba en mi banco. Hice una transferencia entre cuentas del mismo banco y su saldo de repente se disparó a doce millones de dólares y fracción, y el mío se desplomó a veinticuatro mil.

Annie tenía su dinero y yo estaba libre de esa responsabilidad hacia ella.

En resumen, una gran tarde.

Capítulo Cuarenta Y Tres

—El FBI la localizó en el circuito cerrado de televisión de una parada de camiones —me dijo Holt por teléfono. Llamaba a mi habitación en plena noche desde algún lugar entre Washington y la parada de camiones—. Voy camino a Columbus ahora.

—¿Columbus?

—Ahí fue donde entró a la parada de camiones y el FBI la reconoció.

—Mis respetos para Jack Ames —le dije a Holt—. Dile que se ha ganado mi corazón.

—Él ya lo sabe, Michael. Es del FBI, por el amor de Dios.

—Así que va rumbo a mi casa. ¿Cómo averiguó dónde escondimos a Annie?

—Creo que tenemos un topo.

—¿Dónde está? Solo tú, yo, Ames y el Grupo de Operaciones Especiales sabemos adónde fue.

—Quizá alguien de Operaciones Especiales. Tal vez un piloto o copiloto con acceso al manifiesto de vuelo. O un empleado. Marshals que tenga acceso al manifiesto. Hay muchas personas que podrían saber dónde la tenemos.

—Cierto, aunque lo detesto.

—O quizá ella es tan lista que hizo el cálculo de dónde esconderías a la niña y decidió que elegirías Evanston. Hay suficientes personas malas inteligentes para equilibrar a las personas malas tontas.

—Me temo que es cierto —dije. Mientras hablaba con el detective Holt, mi mente ya iba rumbo a Evanston y a la protección de mi familia. Y de Annie. Tal vez había sido una idea terrible llevarla allí. De hecho, probablemente fue una idea terrible porque ahora mis hijos estaban en peligro. Esa noche empecé a reprochármelo y no pude volver a dormir.

Alrededor de las cuatro de la mañana, finalmente me levanté de la cama e hice café. Me recordé a mí mismo que mi familia y Annie estaban completamente protegidas por agentes federales fuertemente armados, la policía estatal y el Departamento de Policía de Evanston. No había manera de que Nivea pudiera atravesar eso.

«Estás intentando autoconvencerte», tuve que admitir al final. «La cagaste esta vez. Un plan terrible, Gresham».

A las seis en punto ya no pude esperar más. Marqué a Verona y esperé.

—Hola, Michael —dijo al segundo timbrazo.

—Conoces mi número —dije.

—Es temprano, Michael. ¿Qué pasa?

—¿Están todos bien?

—Por supuesto que sí. Apenas podemos entrar o salir de la casa para ir a la escuela o hacer compras; hay tantos policías alrededor. Hay armas por todas partes, termos de café, solicitudes para entrar y usar el baño. No se detiene nunca.

—Eso me tranquiliza. Llamo porque estoy angustiado. Han enviado a un asesino de primera clase hacia ustedes y estoy horrorizado de haberlos puesto en peligro.

—Tonterías. La familia de un fiscal ya está en peligro. A la gente mala no le importa a quién hace daño.

—Es una forma de verlo.

—Mira, Annie no está hablando. No ha dicho ni una palabra desde que llegó. ¿Quieres que la llame a ver si quiere hablar contigo?

—Por supuesto. Esperaré.

Cinco minutos después, oí un movimiento al otro lado de la línea, luego la voz de Verona llamando por el teléfono: «Di hola, Michael».

—Hola, Annie, soy Michael. ¿Eres tú?

—Sí. ¿Dónde estás? Te echo de menos.

—Estoy en Washington. Iré a verte dentro de poco.

—No me gusta estar aquí. Quiero estar contigo, Michael.

—Bueno, ¿y qué tal estar con tu tía en California? ¿Qué te parece eso?

—No la conozco. A ti te conozco mucho mejor.

—Tendremos que hablar de eso. Ahora cuéntame qué has estado haciendo, por favor.

—El wifi aquí es adecuado. Puedo usar mi ordenador y no levantar la vista hasta la hora de dormir.

—¿Y qué hay de mis hijos, Dania y Mikey? ¿Juegas con ellos alguna vez?

—No me gustan los niños, Michael.

—Está bien. No hay ninguna regla que diga que deban gustarte.

Pausa larga. Luego:

—Eso es algo que me gusta de ti, Michael. No dejas que todas esas estúpidas normas sociales controlen tu vida. Yo tampoco, por si no te habías dado cuenta.

—Créeme, Annie, me he dado cuenta.

—¿De quién estamos preocupados esta mañana? Puedo oír en tu voz que alguien viene a matarme.

—Se llama Nivea Young. Es una asesina a sueldo.

—¿Contratada por quién?

—Un tipo llamado Paul Wexler.

—Ah, él.

—¿Qué quieres decir con «ah, él»?

—Mi padre hablaba mucho de él. Odiaba a mi padre.

—Creo que es cierto. Tu padre tampoco le tenía ningún cariño. Era mutuo.

—Entonces me conectaré y haré lo que pueda con esa Nivea Young y Paul Wexler. ¿Tienes un número donde pueda llamarte?

Estaba asombrado. Annie nunca había hablado tanto ni siquiera insinuado que le gustaba o que haría algo como enredarse lo suficiente como para llamarme. Pero le di mi número de celular y ella lo memorizó de inmediato en ese enorme banco de memoria que tiene en la cabeza.

—Muy bien, Michael. ¿Qué otras preguntas tienes sobre los casos?

Decidí arriesgarme. Mi decisión no se basaba en nada más que en su capacidad pasada para ayudarme.

—El vicepresidente Jonathan Vengrow. ¿Puedes investigar si tiene alguna conexión con Rudy, Wexler o Nivea Young?

—Ya hemos hablado de esto antes. Vengrow está muy involucrado, Michael.

—Ahora necesito que encuentres conexiones que yo pueda intentar rastrear hasta él.

—Por supuesto. Como dije, te llamaré.

Lo dejamos así y colgué sin volver a hablar con Verona.

Por un lado, me sentía mucho mejor, pero por otro estaba más asustado que nunca por mi familia y por Annie. Empecé a hacer planes para ir a Evanston.

Este caso había superado los límites de Washington D. C. Ya era hora.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro

Cuando llegó a Indianápolis, Nivea salió de la autopista interestatal y comenzó a conducir por carreteras secundarias. Todo formaba parte del plan que había estado ideando para perder a cualquier perseguidor. No dejaría rastro después de Indianápolis, donde se detuvo en la primera estación ExxonMobil y llenó el depósito. Luego, en Lafayette, cambió de opinión y entró a una enorme parada de camiones. Estacionó el auto alquilado al final de las interminables filas de gigantescos tráileres de dieciocho ruedas que roncaban al ralentí o entraban y salían. Entonces volvió a golpear ventanas.

—Hola —dijo al primer camionero que bajó la ventanilla. Era un buen tipo, vestido con vaqueros holgados, tirantes rojos, una camisa de franela demasiado pequeña que le apretaba la barriga y una barba desordenada de un año. Justo estaba metiendo primera cuando ella tocó, pero se detuvo de todos modos.

—Hola —respondió él—. No estoy buscando sexo, si eso es lo que ofreces.

—No, busco que me lleven a Chicago. Estoy buscando un buen colega que quiera ganarse mil dólares por llevarme directo a Chi-Town.

—Muéstrame el dinero.

Ella le pasó diez billetes de cien dólares.

—Da la vuelta y súbete. Está sin seguro.

Y así, sin más, comenzó la última etapa de su viaje a Chicago. Tomaron la interestatal 65 hacia Gary, Indiana, donde enlazaron con la interestatal 90 y siguieron hacia el oeste y luego al norte rumbo a su destino.

Al llegar a Chicago, continuaron unos kilómetros más hacia el norte hasta llegar a Skokie. El conductor se metió en el aparcamiento de un Walmart y se detuvo.

—Hora de que bajes, preciosa.

—¿Aceptarías otro mil para mentirle a cualquiera sobre haberme visto? ¿Mentirías y dirías que nunca me viste en ningún punto de tu ruta?

—Pásame el dinero. Vamos a contarlo.

Nuevamente, Nivea contó diez billetes de cien dólares en la mano del conductor. A medida que contaba, su cabeza asentía con más fuerza. Supo que acababa de comprar su silencio.

Luego, salió de la cabina y se alejó caminando, terminada la parte larga. Pero ahora comenzaba la parte difícil: llegar a Evanston sin ser descubierta.

De vuelta a la carretera, caminó con dificultad sobre la nieve fangosa. Cruzó los cuatro carriles y, a ochocientos metros, se alzaba un restaurante Jadon's, la respuesta de Chicago al público que buscaba restaurantes de precio medio. Corrió por la carretera cuando el tráfico disminuyó y miró su reloj. Cinco de la mañana. Entonces empezó a caminar unos cuatrocientos kilómetros hacia el letrero amistoso y brillante del restaurante.

Tal como había supuesto, varias motocicletas estaban aparcadas al frente. *Buenos pilotos, pensó, capaces de manejar sobre una fina capa de nieve en las carreteras principales que aparecería y desaparecería durante la noche.* De día, la escarcha se derretiría y se podría conducir a velocidades normales. Contó: cuatro motos. Así que buscaba a cuatro hombres vestidos de cuero.

Efectivamente, dentro del local, sentados en la segunda cabina a su izquierda, estaban cuatro motoristas de cuero negro y un pasajero de cuero rojo. Nivea se acercó con sigilo a la mesa y esperó

pacientemente hasta que abandonaron el tema que discutían. Ahora todos la miraban.

—¿Qué? —dijo un hombre de mediana edad con el cabello largo y lacio y la boca llena de oro—. ¿Nos estás buscando?

Ella sonrió.

—Busco que me lleven a Evanston por carreteras secundarias. Tengo mil dólares para pagar el viaje.

—Dos mil —dijo el mismo hombre—. Dos mil y te llevo hasta Evanston por Iowa si eso es lo que necesitas.

—No, con las carreteras secundarias basta.

Empezó a contar otro fajo de billetes de cien dólares. Al llegar a veinte se detuvo y levantó la vista.

—¿Trato hecho?

El hombre extendió la mano y ella le pagó.

—Déjame terminar mi café —dijo él.

—Estaré afuera, junto a las motos —respondió ella, asintiendo con elegancia antes de darse la vuelta y salir nuevamente.

Dos horas y media después, entraron a Evanston por una carretera secundaria, encontraron la autopista interna y el conductor dejó a Nivea en el pórtico de un Red Roof Inn. Sin decirle una palabra al conductor, ella se apresuró a entrar y pagó por una habitación.

Arriba, con el contenido de su pequeña mochila dispuesto sobre la cama, hizo un inventario. Había un cuchillo KBAR, bridas plásticas, gas pimienta y dardos arrojadizos. Además, estaba la pistola. Pero decidió que el calibre era demasiado pequeño si iba a disparar contra agentes de la ley con chaleco antibalas. Así que optó por reorganizarse y aumentar su arsenal.

A las nueve de la mañana llamó un taxi y fue a la casa de empeños North County. Bajó del vehículo, le pidió al conductor que esperara y le deslizó un billete de cien dólares. Él asintió y dijo que ahí estaría, sin prisa.

Dentro de la casa de empeños, Nivea se dirigió al módulo de exhibición con vitrinas, donde podía ver las armas.

Ninguna le llamó especialmente la atención. La mayoría eran revólveres de seis tiros, casi todos calibre .38, un arma inútil para lo

que tenía en mente. Un hombre se acercó desde detrás del cristal antibalas y abrió una ventanilla.

—¿Puedo ayudarla?

—Necesito una semiautomática con un cargador de al menos catorce balas. Lo mejor sería calibre .40.

—No tenemos nada así en nuestras estanterías —dijo el hombre, barriendo con la mirada la vitrina—. Déjeme ir a la oficina a hablar con el dueño.

—Espero.

Varios minutos después, regresó. Llevaba una caja del tamaño de una pistola, con los laterales azules y la parte superior blanca.

—Aquí tienes lo que necesitas —dijo, y abrió la caja. Sacó una pistola gruesa y la colocó en la mano de Nivea.

—Bonita —dijo ella, levantando el arma y alineándola con la vista a lo largo del cañón—. Cuarenta y cinco ACP. Catorce en el cargador. ¿Cuánto cuesta?

—Cinco mil dólares.

—Uf, amigo. Eso es un robo.

—No, lo que tú tienes en mente es un robo. Tú me pagas cinco mil y yo te entrego la pistola y tres cargadores llenos, sin papeleo.

La parte de «sin papeleo» le llamó la atención.

—¿En serio? ¿Sin papeleo?

—Nada, cero, ni una hoja. No hacemos preguntas y tú no das respuestas. No hace falta.

Nivea colocó la pistola sobre un trapo de taller en su lado del mostrador con ventana. Metió la mano en su abrigo y sacó una bolsa con cierre. Luego contó cinco mil dólares. Pasó los billetes por debajo del cristal, donde el empleado los recogió con entusiasmo.

—Bien —dijo él—. Vuelvo enseguida con los cargadores.

Pasaron los minutos. Nivea manipuló la pistola, desarmándola y revisándola en busca de suciedad o mugre. El arma estaba perfectamente limpia y se volvió a armar en un instante. Estaba satisfecha y contenta con su compra.

Él regresó con tres cargadores colgando entre los dedos.

—Aquí tiene, señorita... no me dijo su nombre.

Ella tomó los cargadores y los metió en el bolsillo izquierdo de su abrigo.

—Bien —dijo—. Ahora necesito un silenciador para esta pistola.

La cabeza del empleado se alzó de golpe.

—Los silenciadores son ilegales.

—Por eso estoy dispuesta a pagar cinco mil dólares por uno. Hable con su jefe, por favor.

El empleado, con una expresión sombría, salió de la habitación. Varios minutos después regresó. Llevaba una caja alargada, del tamaño aproximado de una caja de navaja de bolsillo.

—Primero los cinco mil —dijo el empleado.

Nivea contó los billetes sobre el mostrador y los empujó por debajo del cristal. El empleado los agarró, los volvió a contar y, satisfecho, empujó la caja por debajo de la ventana.

—Compruebe que encaja —dijo él.

Nivea enroscó con facilidad el silenciador en el cañón de su arma. Ya estaba lista. Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta principal, saliendo sin decir una palabra.

—Nos vemos —dijo el dependiente mientras Nivea caminaba por el pasillo hacia la salida.

—No, no me verás —respondió ella, girando de pronto sobre sus talones y apuntándole con los dedos en forma de pistola. Sonrió y se dio la vuelta.

Minutos después, estaba afuera y subiendo al asiento trasero del taxi que la esperaba.

Y entonces se fue.

Nivea estaba en la sala de exhibición del concesionario local de Harley-Davidson, a solo unas manzanas de la Universidad Northwestern. No tardó mucho. Hizo su elección, pagó la motocicleta con una American Express falsa y la registró a nombre de la tarjeta. Le ofrecieron una clase de conducción. Ella solo los miró con expresión vacía y negó con la cabeza. Finalmente, le entregaron las llaves, sacaron la moto al exterior y Nivea se colocó el casco y se montó. Guardó sus pocas pertenencias en las alforjas y cerró las tapas.

El primer recorrido fue corto: hasta el final de la manzana, a una estación de servicio.

Luego comenzó a conducir hacia la casa junto al lago de Michael Gresham. Él vivía en la parte norte de la ciudad, justo al lado de la avenida Ashland. A varias manzanas de su casa, apareció su siguiente objetivo. Era una carterera sentada en su furgoneta sin puertas, estudiando un portapapeles apoyado en su regazo. Nivea aparcó a cien metros y comenzó a caminar. Al llegar a la altura de la desprevenida carterera, sacó la pistola con silenciador del bolsillo, acortó los últimos diez metros, se acercó a la puerta del conductor y le disparó a quemarropa una bala en la cabeza, justo detrás de la oreja.

La muerte fue instantánea. Nivea subió a la furgoneta y rápidamente desvistió el cadáver. Luego se desvistió ella y se puso el uniforme del Servicio Postal. Buscó atrás y encontró la valija de correo con su correa para el hombro. Dejó su arma dentro del bolso y salió. De vuelta en su motocicleta, se subió y avanzó hasta quedar a dos manzanas de la casa de Gresham. Ya había estudiado el lugar en Google Earth y no tendría problema en identificar su objetivo.

Aparcó la moto al borde de un pequeño parque local, un espacio de césped verde y grandes robles y nogales viejos, sin hojas en el invierno. Luego se colgó el bolso, sacó la llave de contacto y comenzó a caminar hasta el final de la manzana donde se encontraba la casa de Gresham. Su pulso comenzaba a acelerarse al llegar a la calle de Gresham, pero estaba firme como siempre en esos momentos.

El estado de ensoñación se apoderaba de ella, y Nivea se convirtió en alguien que se veía a sí misma en tercera persona, actuando como si estuviera en un sueño. Se había desprendido de la realidad. Se había convertido en la muerte encarnada.

Fingiendo hacer entregas de correo a lo largo de la calle, finalmente se abrió paso entre varios vehículos oficiales ocupados por agentes del gobierno y subió los escalones hasta la puerta principal de la casa del abogado. Pulsó el timbre y esperó.

Una mujer mayor respondió, abriendo la puerta apenas una rendija y fue recibida con la tarjeta verde adherida a un sobre que

representaba una carta que debía firmar. Abrió un poco más la puerta y extendió la mano para tomar la carta y el bolígrafo que Nivea le ofrecía.

—¿Puedo usar su baño? —preguntó Nivea—. Ha sido una mañana muy larga y necesito ir.

—Por supuesto que sí, querida —dijo la mujer, y se hizo a un lado, permitiendo que Nivea entrara. Una vez dentro, Nivea sacó su arma y disparó una bala silenciada al rostro de la mujer, justo entre las cejas. La fuerza del disparo la hizo retroceder varios pasos, con los brazos extendidos hacia los lados, hasta quedar tendida de espaldas, en forma de cruz, sobre el suelo de madera.

Nivea la ignoró y se dirigió al largo pasillo y a los dormitorios que sabía que estarían allí. Efectivamente, había cuatro puertas a lo largo del pasillo, dos a cada lado. En la segunda puerta a la derecha, asomó la cabeza y encontró a una niña de unos doce años, sentada en su escritorio, meciéndose hacia adelante y hacia atrás, una y otra vez, en ese movimiento repetitivo tan común que Nivea sabía que indicaba una mente perturbada. De pie en el umbral, escuchó voces que provenían de la dirección donde yacía la mujer asesinada, voces que aumentaban en volumen y ahora chillaban. Solo faltaba un minuto para que los agentes irrumpieran en la casa. Nivea apoyó el cañón del arma sobre la muñeca de su otra mano y disparó dos veces con rapidez, alcanzando a la niña en la línea media de la espalda. Su cabeza se inclinó hacia adelante, golpeó el escritorio y rebotó, luego cayó al suelo y quedó de lado.

Nivea ya se había ido, buscando la puerta trasera. Justo al pasar por la cocina encontró una puerta cerrada, la abrió de golpe y se encontró con cuatro escalones que descendían al garaje. Saltó los escalones rápidamente y localizó el interruptor del portón automático, un botón en la pared. Lo presionó y la puerta comenzó a levantarse lentamente. Cuando alcanzó los noventa centímetros, Nivea se agachó, pasó por debajo, se incorporó y corrió hacia el callejón que la llevaría al final de la cuadra. Al cruzar la reja, se topó con dos agentes armados con fusiles automáticos que corrían directamente hacia ella. En lugar de girar y huir, se plantó firme, adoptó una postura lateral con el arma sujeta con ambas manos y

disparó con precisión cuatro veces, derribando a ambos agentes. Luego corrió más allá de ellos, rumbo a la calle transversal a solo treinta metros de distancia.

Fue una carrera corta hasta la Harley, que encendió de inmediato en cuanto giró la llave y presionó el botón de arranque con el pulgar. Luego se dio la vuelta y salió disparada.

Hasta ahora todo iba bien. Ningún vehículo parecía seguirla.

Sonrió. La niña estaba muerta, había cumplido su misión y ahora era libre de ir adonde quisiera durante su exfiltración. En la esquina, se detuvo, abrió la alforja rígida detrás de ella a la derecha y sacó una sudadera azul celeste. Le daría algo de protección contra el frío y cubriría el uniforme gris del servicio postal. Se puso la chaqueta de cuero Harley, los guantes y el casco nuevamente.

Se incorporó a la avenida Michigan por dos manzanas y luego giró hacia el oeste por las calles secundarias.

La estaban buscando, pero no sabían nada de la motocicleta ni sabían que era una mujer, ya que llevaba el casco puesto mientras conducía.

Ella se rio y estiró las piernas hacia los lados. ¡La libertad lo era todo!

Capítulo Cuarenta Y Cinco

Desde mi oficina en la Fiscalía de los Estados Unidos en Washington, llamé al Servicio de Alguaciles de EE. UU. y pedí ayuda. Me transfirieron al Grupo de Operaciones Especiales, esa unidad táctica altamente entrenada que, entre otras cosas, se encarga de proteger a testigos y empleados judiciales. Les dije que tenía una testigo, Annie Tybaum, actualmente en Evanston, Illinois, y que necesitaba llegar hasta ella sin demora para preparar su testimonio para un juicio próximo. También les expliqué que necesitaba que el SOG me transportara de manera discreta.

Respondieron de maravilla y, en menos de dos horas, ya estaba en el aire en un avión del SOG rumbo a O'Hare, en Chicago. Varios oficiales me acompañaban como seguridad para mi testigo. Aterrizamos poco después del mediodía y nos dirigimos a la terminal gubernamental. Adentro, nadie hizo preguntas, pero nuestro grupo mostró uno por uno sus identificaciones y placas. Luego salimos por el otro extremo y subimos a dos Lincoln Navigator negros que nos esperaban, con los cristales tintados.

Jackie James, la líder del grupo, se volvió hacia mí desde el asiento delantero del vehículo dos.

—¿Qué hacemos al llegar? ¿Nos unimos simplemente al perímetro? ¿O quiere que entremos con usted? ¿O solo esperamos

en los vehículos?

—Conéctenme con un auricular y esperen en los autos. ¿Le parece bien así?

—Así está perfecto.

James rebuscó en la consola, encontró otro auricular y me lo pasó junto con el transceptor. Inmediatamente me puse el micrófono de transmisión y recepción, y el auricular, y ajusté el volumen.

—¿Me escuchan en la red? —pregunté por el micrófono de brazo.

—Alto y claro —respondió Jackie James—. Baja la ganancia un cuarto de vuelta y estamos listos.

Hice lo que dijo y volví a probar. Esta vez recibí un pulgar arriba de cada uno de los agentes en el todoterreno. Estaba listo.

Entonces nuestros auriculares cobraron vida con estática. Había habido un tiroteo en mi casa. Dos personas estaban en el suelo. Además, también habían disparado a agentes de la ley.

Los agentes a cada lado me sujetaron mientras nuestro conductor pisaba el acelerador a fondo. Estábamos a treinta minutos al sur de mi casa, pero cubrimos la distancia en la mitad del tiempo, yendo con código 3, las luces parpadeando con furia y la sirena chillando con rabia.

Al entrar en el camino circular de mi casa, el todoterreno se detuvo con un chirrido, las luces y la sirena se apagaron, y yo ya estaba saltando por la puerta trasera incluso antes de que el hombre más cercano pudiera salir. Corrí hacia la puerta principal, empujé a los agentes que custodiaban la entrada y me detuve en seco. La madre de Danny yacía de espaldas en el suelo, con los brazos extendidos, claramente muerta en cuanto vi el gran agujero de bala entre sus ojos.

—¡Michael! —escuché gritar a Verona más allá del primer grupo de agentes—. ¡Le dispararon a Annie!

Empujé a la gente a un lado y eché a correr hacia los dormitorios. El carrito de los paramédicos estaba al fondo del pasillo, con la mitad dentro de lo que debía ser el cuarto de Annie. Corrí hasta la puerta, me aferré al marco y giré hacia adentro, justo a tiempo para ver a cuatro paramédicos levantando a Annie para colocarla en el carrito.

—¿Qué... ? ¿Qué... ? —grité.

—¿Es usted el padre? —preguntó un paramédico al otro lado de su cuerpo.

—Sí —respondí al instante.

—Está viva. Los agentes hicieron que su hija usara un chaleco antibalas. Le salvó la vida.

—¿A dónde se la llevan?

—A urgencias, para que la examinen. Puede venir con nosotros en la ambulancia si quiere.

Me acerqué a la cabecera de la camilla. Annie tenía los ojos abiertos y miraba fijamente al techo. No mostraba señales de dolor, aunque yo sabía que debía de estar sufriendo mucho.

—Hola —dije, apartándole un mechón de cabello de la frente—. Estoy aquí.

Al principio no me respondió. Luego, evidentemente reconoció mi voz y enseguida levantó ambos brazos y me buscó. Me incliné hacia ella, la abracé y la estreché entre mis brazos.

—Todo está bien, Annie. Estoy aquí y voy a cuidarte.

Entonces se relajó por completo y volvió a recostarse sobre la superficie acolchada de la camilla. Segundos después, la sacaban de la habitación y la llevaban a toda prisa por el pasillo.

Viajamos al hospital en la parte trasera de la ambulancia, Annie y yo. Estaba despierta pero callada, y se negaba a responder mis preguntas o reaccionar a mis comentarios. Entramos a la zona de urgencias del Hospital de Evanston y los paramédicos la metieron dentro en menos de un minuto. Luego el personal de urgencias se hizo cargo, permitiéndome entrar con ella al cubículo separado con cortinas. Los paramédicos esperaron pacientemente mientras el personal del hospital se reunía y comenzaba a examinar a la niña. Cuando le cortaron la camisa y la sentaron, pudimos ver dos moretones del tamaño de una moneda de plata donde las balas habían impactado contra su chaleco. Ese chaleco le había salvado la vida, pero sin duda tenía mucho dolor. Incluso con chaleco, los disparos pueden romper costillas y dañar órganos internos. Así que el personal estaba tomando todas las precauciones necesarias.

Después de que el médico la examinó, le colocaron una vía con goteo lento y me explicaron que le estaban administrando medicamentos para aliviar su dolor y ayudarla a dormir. Me quedé con ella durante todo el proceso, tomándole la mano cuando podía y hablándole en voz baja para tranquilizarla.

Una hora después, estaba dormida y le acomodé el brazo y la mano sobre la camilla. Al hacerlo, abrió los ojos soñolienta y volvió a buscar mi mano. Estaba claro que no me iba a ir a ningún lado. Así que la abracé y la consolé como pude hasta que volvió a dormirse. Una enfermera me trajo un café con leche, gracias al cielo. Lo bebí con una mano, mientras con la otra seguía sosteniéndole la suya. Finalmente, cayó en un sueño más profundo y pude liberar mi mano y sentarme en una de las sillas junto a su cama.

Las enfermeras seguían entrando cada diez minutos más o menos para tomarle los signos vitales y revisarla. Finalmente, regresó el mismo médico y me informó que la iban a internar. Querían asegurarse no solo de que su estado físico volviera a la normalidad, sino también el emocional.

—Estos pequeños pueden lidiar con el trauma de formas poco saludables —me dijo el doctor de urgencias—. Vamos a mantenerla aquí para evitar algunas de esas reacciones iniciales.

—Lo que usted diga, doctor —respondí—. Pero ¿va a estar bien?

—Oh, sí. Esos moretones desaparecerán en un mes. No sentirá dolor el resto del día ni esta noche. Para la mañana, prácticamente no tendrá molestias.

—¿Puedo quedarme con ella?

—¿Es usted su padre?

—Sí.

—Entonces por supuesto. Justo lo que necesita ahora es tener a su padre cerca.

—Está bien.

Entonces saqué mi celular y llamé a Verona. Era una mujer fuerte, pero pude oír las lágrimas en su voz.

—Tu suegra murió al instante, Michael. Ahora está con Danny.

—Así es —dije. Verona, rusa de nacimiento y crianza, me sorprendió con su creencia espiritual en ese momento. Pero siempre

lograba sorprenderme.

—¿Cómo están los otros niños?

Sabía que estarían bien. Estaban en la escuela cuando ocurrió el asalto.

—Están bien. Lo he comprobado una y otra vez. Los agentes están yendo a recogerlos en este momento. No los perderemos de vista hasta que atrapemos a esa horrible asesina. ¿Quién es, Michael? ¿Lo sabes?

—Es una mujer. Contratada por un hombre en Washington. Como te dije, ya logró que mataran a los dos hermanos de Annie y a su padre. Ahora Annie es lo único que se interpone entre él y doce millones de dólares. Evidentemente, es demasiado para resistirse.

—¿Te vas a quedar con Annie esta noche?

—Sí. Quédate tú con mis hijos, por favor. Quiero verte, pero ahora mismo no podemos.

—Lo sé, lo sé. Maldita sea.

Hablamos unos minutos más antes de colgar. Treinta minutos después, trasladaron a Annie a una habitación privada en el piso superior.

A las seis de la tarde, los ojos de Annie se abrieron parpadeando y comenzó a llorar. Miró a su alrededor desesperadamente, buscándome, hasta que me puse de pie y llegué a su cama. La abracé, le besé la frente y me puse a su disposición.

—Quiero que estés conmigo, Michael —dijo finalmente—. Por favor, no me dejes sola otra vez.

—No lo haré. Te lo prometo.

Lo cual era mentira. Su tía en Berkeley la esperaba en cuanto encontraran y encerraran a Nivea Young. La mujer me llamaba cada dos días, preguntando siempre «cuándo».

Pero ahora eso me incomodaba. Annie quería estar conmigo, y yo sentía lo mismo. Ya había pasado por demasiado, y si estar conmigo la hacía feliz, entonces así debía ser. Excepto que la tía tenía el derecho legal de tener a Annie con ella, y la tía era abogada y ya lo sabía. Por ahora, dejaría eso en segundo plano. Para empezar, Nivea Young no había sido localizada y, por otro lado,

podía ver los ojos de Annie y cómo me suplicaban quedarse conmigo.

Eso cambiaba por completo el panorama.

Capítulo Cuarenta Y Seis

Annie hizo el viaje de regreso a Washington D. C. conmigo. Le conseguí una habitación contigua en el Hyatt. Luego empezamos a buscar un apartamento en Georgetown. Debimos haber visto una docena de lugares antes de encontrar uno que le gustara a Annie por razones que desconozco, pero que claramente eran importantes para ella. El que eligió no era diferente de los diez u once que ya habíamos visitado; aun así, el que tenía una bañera de hidromasaje en su baño fue el que quiso. Tengo que reconocerlo: nunca había visto que una bañera de hidromasaje inclinara la balanza en una decisión o hiciera que se firmara un contrato de alquiler, pero siempre hay una primera vez, especialmente con Annie.

El lugar tenía cuatro habitaciones, lo que nos daba suficiente espacio para mis dos hijos cuando terminaran las clases y pudieran unirse a nosotros. Así que la casa adosada era el lugar indicado. Si las cosas seguían yendo tan bien para mí en la Fiscalía de los Estados Unidos como hasta ahora, nuestra familia en crecimiento buscaría un hogar permanente en un par de años.

Entonces mi tía Geraldine me llamó al trabajo. La tía Geraldine era la hermana de Gerry Tybaum, lo que le daba prioridad legal sobre mí para quedarse con Annie. Geraldine era una abogada de demandas colectivas enormemente exitosa en Berkeley y nunca se

había casado. La idea de que se llevara a Annie, cuando no tenía ninguna experiencia criando niños, era más de lo que podía aceptar.

Así que le devolví la llamada esa noche, cuando ya estaba en casa.

—Geraldine, habla Michael Gresham. Llamo por su sobrina, Annie Tybaum.

—El gobierno me contactó, el Grupo de Operaciones Especiales, para informarme que habían intervenido por su bienestar. Por ley, tienen que notificarme porque soy su tutora legal.

—Claro, así que ya sabe toda la historia. Pero lo que quizá no sepa es que Annie y yo nos hemos vuelto muy cercanos a través de todo esto. Ahora ella quiere quedarse con mi familia y conmigo.

—¿Y su familia la componen...?

—Dos niños pequeños y mi prometida Verona Sájarov. Somos personas muy funcionales, amorosas y atentas. Todos queremos a Annie y rezamos para que se quede con nosotros. Espero que pueda apoyarnos en esto.

—Normalmente diría que sí. Pero con tanta muerte de por medio, me temo que quiero que Annie tenga un nuevo comienzo. En un lugar lejos de recuerdos, lugares y cosas del pasado. No, quiero que Annie esté aquí conmigo, señor Gresham. ¿Han arrestado a la loca que la estaba acosando?

—Era más bien un rastreo: cazador y presa. No, todavía anda suelta.

—Entonces, por supuesto, hagamos que venga conmigo sin demora. Nunca la encontrarán en el otro extremo del país.

—Ojalá pudiera estar de acuerdo —dije—, pero no lo estoy. Annie está muy segura aquí con nosotros. Ella y yo estamos rodeados de un triple perímetro de seguridad día y noche. Nadie puede llegar hasta ella.

—Ojalá tuviera su certeza, señor Gresham, pero no la tengo.

—Entonces tendremos que aceptar en no estamos de acuerdo.

—¿Necesito presentar una moción ante el tribunal, señor Gresham? ¿Tal vez una moción alegando detención ilegal por su parte?

Ahí me tenía. Podía hacerlo y yo no podía hacer nada.

—No, no hay necesidad de presentar nada. Me gustaría seguir en contacto con Annie y no quiero resentimientos entre usted y yo.

—Bien. Entonces hablemos de los billetes de avión. ¿Esta semana es demasiado pronto para usted? Digamos, ¿que vuele el sábado por la mañana? ¿O es mejor el domingo?

—Sábado. Yo haré los preparativos y le avisaré.

Me sentía hundido. Como dije, ella tenía el derecho legal de custodia. Yo no tenía nada. Ni siquiera el argumento de que estaría más segura conmigo resistiría el escrutinio judicial.

Annie iba camino a Berkeley.

Esa noche intenté hablar con Annie sobre los nuevos arreglos. Pero ella solo se sentó en su escritorio, en su habitación, negándose a girarse y mirarme cuando le dije que me había comunicado con su tía sobre su situación de vivienda. Así que seguí adelante.

—Tu tía tiene la custodia legal, Annie. Conoce a los jueces en Berkeley, ha ido al tribunal y consiguió los documentos. No hay nada que yo pueda hacer para detenerla.

Silencio, excepto por el constante tecleo de su ordenador mientras se refugiaba dentro de su caparazón.

—Los documentos te fueron entregados aquí en la casa hace un tiempo, antes de que te fueras a Chicago. Solo que no te lo dije entonces. A mí también me los entregaron. Estábamos demasiado ocupados con tu protección como para hacer un viaje a Berkeley, así que la custodia legal te fue otorgada a ella sin objeciones. Lo siento muchísimo.

Aun así, el tecleo continuó. Annie se negó a mirarme, aunque se lo pedí varias veces.

Era inquietante y yo estaba desanimado. Solo podía imaginar cómo debía sentirse. Pero lo intenté una vez más.

—¿Y si le pido a tu tía que me deje verte cada verano? ¿Un mes conmigo aquí? ¿Eso ayudaría en algo?

Sus dedos dejaron de teclear y pensé que había tocado una fibra sensible. Pero, tan rápido como se detuvieron, volvieron a empezar. Iba a mantenerse firme e inaccesible. Annie podía hacer eso. No era la primera vez que me cerraba por completo. Se había ido, escondida en algún lugar profundo dentro de sí misma, sin hablar.

Ese fin de semana, la llevé con sus dos maletas al vuelo de United del sábado por la mañana hacia Berkeley. Ni siquiera me miró cuando la acompañé al avión y la ayudé a encontrar su asiento. Se abrochó el cinturón sin decir una palabra y luego giró la cabeza para mirar por la ventana.

Así que me sentí perdido. No había forma de forzar la comunicación con Annie. Estaba de pie en el pasillo junto a otros pasajeros que intentaban pasar, así que pronto tuve que apartarme.

—Adiós, Annie —le dije justo cuando me iba—. Te llamaré.

Nada. Ni un adiós, ni un vete al diablo. Nada.

Pero la amaba igual y sabía que siempre lo haría. Entonces bajé del avión, regresé por la pasarela y me puse las gafas de sol antes de que fuera evidente para todos los que me miraban que estaba llorando.

Sin embargo, ni siquiera las lágrimas aliviaron mi tristeza. Mis lágrimas estaban desconectadas de mis sentimientos.

Igual que mi preciosa Annie.

Capítulo Cuarenta Y Siete

Le dije a su abogado que estaba sujeto a ser convocado nuevamente, así que Paul Wexler no debería haberse sorprendido cuando notifiqué su continuación ante el gran jurado. Hasta ese momento, el caso se titulaba ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA contra JOHN DOE, pero el nombre JOHN DOE estaba a punto de ser reemplazado por PAUL WEXLER. Estaba seguro de que estaba muy cerca de tener pruebas suficientes para acusarlo formalmente.

Una vez que estuvo acomodado en el estrado de los testigos, comencé.

—Señor Wexler, describa su contrato con Rudy Geneseo.

—¿Quién?

—El hombre que contrató para asesinar a Gerald Tybaum. Dígle al jurado investigador qué pretendía lograr con su acuerdo con ese tal Rudy.

—No entiendo.

—Sabemos que usted y Rudy Geneseo conspiraron para asesinar a Gerald Tybaum. ¿Lo niega?

—Lo niego, señor.

—Entonces permítame mostrarle algunos registros bancarios.

—Ah.

—Primero, la ampliación de la cuenta GULP en Charter Bank and Mercantile de Boston.

Mostré la ampliación. Mostraba cómo el dinero había salido de una cuenta en Charter Bank and Mercantile de Boston y luego había aparecido en la cuenta de otra persona en el mismo banco.

Luego mostré una ampliación que representaba el movimiento de fondos. Jack Ames y su equipo del FBI habían comenzado a rastrear la identidad de la persona que facilitó los pagos y depósitos en efectivo. Empezaron con el sospechoso más obvio: Paul Wexler. Los registros de la cámara acorazada del banco demostraban que Wexler la había visitado los mismos días en que se hicieron los retiros en efectivo y que había abierto la cuenta para Green Laundry and Cleaning. Las identidades con acceso incluían, entre otros, a Rudy Geneseo.

—¿Ahora reconoce estas transacciones que aparecen en la segunda ampliación?

—No las reconozco, no.

—Señor Wexler, ¿le está diciendo al gran jurado que nunca se ha tomado el tiempo de revisar las transacciones que movieron el dinero de su empresa por un monto de doce millones de dólares?

—No dije eso. Usted preguntó si las reconocía. No lo hago. Eso no significa que no las haya visto antes. Si lo hice, entonces simplemente no las recuerdo en este momento porque no pensé que probaran nada.

A continuación, presenté una ampliación de los registros del banco que facilitaron el movimiento de fondos del PAC desde la cuenta de este a la cuenta de Green Laundry and Cleaning.

—Háblenos de esta transacción. Usted intervino en ambos extremos: transfirió fondos del PAC por un total de setenta mil dólares desde la cuenta bancaria del PAC a la cuenta de Green Laundry en el mismo banco. ¿Por qué hizo esto?

—Según recuerdo, Green Laundry era un contribuyente de campaña que exigió que se le devolviera su dinero después de que Gerry Tybaum perdiera las elecciones. Sucede. Le devolví sus setenta mil dólares.

—¿Y qué hay de esta transacción con firma, donde Rudy Geneseo fue al banco y transfirió los setenta mil a una cuenta suiza? ¿Puede decirnos por qué un contribuyente de campaña escondería su dinero en Zúrich?

—No puedo hablar sobre los fines comerciales de un contribuyente de campaña, señor Gresham. Lo siento.

Abrió las manos y miró al gran jurado. Ellos devolvieron miradas vacías. Luego sonrió. No reaccionaron. Se volvió hacia mí.

—Señor Wexler, ¿no es cierto que usó setenta mil dólares del dinero de su PAC para contratar a Rudy Geneseo con el fin de asesinar a Gerry Tybaum?

—¡Falso!

—¿No niega que Geneseo fue asesinado en el dormitorio de la hija menor de Gerry Tybaum mientras apuntaba con su arma a la parte trasera de su cabeza?

—No sé nada sobre eso.

—¿Cómo espera que creamos que los setenta mil dólares no se usaron para contratar a Geneseo para asesinar a Gerry Tybaum y a su hija? ¿Qué tan estúpidos cree que somos?

—No sé nada sobre eso. No sé qué estaba haciendo Geneseo.

—¿Entonces niega todo conocimiento del señor Geneseo?

—Sí. No conozco a ese hombre.

—Muy bien. Creo que hemos terminado aquí, señor Wexler. ¿El jurado tiene alguna pregunta?

Una miembro del jurado cuyo nombre no puedo revelar levantó la mano. Se veía bastante frágil con su vestido de finales de invierno y tenía un aspecto demacrado. Preguntó:

—¿De verdad cree que somos tan estúpidos como para no ver que usted pagó a ese hombre para matar a la hija de Gerry? ¿Y probablemente a Gerry también?

—No, no creo...

—¡Olvídelo! —dijo la mujer y se sentó en su silla, lanzándole a Wexler miradas que eran como cuchillos.

Entonces despedí al testigo y le pedí al secretario que leyera la acusación que había preparado. Acusaba a Paul Wexler de conspiración para cometer los asesinatos de Gerry Tybaum, Mona

Tybaum, Jarrod Tybaum, y del intento de asesinato de Annie Tybaum.

—Todos los que estén a favor de acusar formalmente a Paul Wexler según los términos expuestos, por favor, levanten la mano.

Fue unánime.

Wexler estaba ahora oficialmente acusado. Me pertenecía.

Capítulo Cuarenta Y Ocho

No había pasado ni un mes completo cuando recibí la llamada telefónica de la tía de Annie en Berkeley. Estaba sentado en mi oficina, revisando la declaración de no culpabilidad presentada por los abogados de Paul Wexler cuando entró la llamada.

—Hola, habla Michael Gresham.

—Michael, habla Geraldine Tybaum —dijo, usando su apellido de soltera.

—Hola, señora Tybaum. ¿Cómo está estos días nuestra niña favorita de doce años?

—Necesitamos hablar, señor Gresham. He llevado a Annie al consultorio de mi propio psiquiatra tres veces. Se negó a hablar con el Dr. Witham, pero sí le escribió una carta.

—¿Y qué dijo en la carta?

—La esencia de la carta es que extraña a su familia. Tanto, que llora cuando nadie la ve. Pero sobre todo le va a encantar esto, lo echa mucho de menos a usted y quiere estar con usted.

—Éramos muy unidos, señora Tybaum.

—No me ha dirigido la palabra ni una sola vez desde que llegó. Si usted no hubiera enviado su lista de comidas favoritas, ya se habría muerto de hambre. Es inútil. Y la quiero lo suficiente como para concederle su deseo. Se la voy a enviar de vuelta, Michael. Y voy a

cederle la custodia para que pueda firmar documentos por ella y demás, como cualquier padre.

Quedé atónito.

¡Annie volvía a casa!

—Un requisito antes de que acepte, señora Tybaum.

—¿Cuál es?

—Usted deberá consentir que adopte a Annie. Quiero que sea mi hija.

—¿Se me permitirá visitarla si ella está dispuesta?

—Por supuesto. Nunca intentaría alejarla de su sobrina.

—Entonces renunciaré a cualquier derecho que tenga. Ella ya es su hija, señor Gresham. Hágalo oficial con mi bendición.

—Hoy mismo redactaré la documentación.

—Se la enviaré este sábado cuando salga del trabajo. ¿Le parece bien?

—Iría a por Annie en plena noche —dije—. ¡El sábado está perfecto!

—Adiós, señor Gresham. Y buena suerte.

Dos horas después, recibí la confirmación de su vuelo y hora de llegada. Annie volvía a casa el sábado a las tres en punto, exactamente cuatro sábados después de que la subiera al avión para que se fuera. No podía estar más feliz y llamé de inmediato a Verona para darle la buena noticia.

—Los niños y yo tendremos lista su habitación —dijo Verona—. Tal vez hasta compre una litera para que Dania pueda dormir con su hermana mayor de vez en cuando. Habla de eso cuando dice que su hermana va a volver, ¿sabes?

—No, no lo sabía.

—Oh, los niños me han dicho todo este tiempo que la tía no se quedaría con Annie. Decían que Annie no la aguantaría mucho tiempo. Y mira: así fue.

Al mediodía de ese sábado siguiente, todos fuimos al Reagan International para recoger a Annie y darle nuestra calurosa bienvenida. Y, en efecto, al salir por la pasarela, al verme, aceleró el paso y luego corrió, con su bolso del portátil golpeándole la cadera.

Corrió hacia mis brazos y se aferró a mí. Entonces empezó a llorar en silencio y yo también empecé a llorar.

Seguimos así durante varios minutos antes de que Verona nos juntara y nos encaminara hacia el aparcamiento.

En el camino a casa, dije mirando por el retrovisor:

—Bienvenida a casa, Annie.

Por primera vez en un mes, habló.

—Gracias por aceptarme de nuevo, Michael. Te quiero.

—Bueno, nosotros también te queremos y estamos encantados de que estés con nosotros.

—También estoy lista para seguir trabajando contigo en el caso del asesino de mi papá.

—Acaban de acusar a un hombre del crimen. Se llama Paul Wexler.

Hubo un minuto de silencio y luego dijo:

—Pensé que ya te lo había dicho. El vicepresidente mató a mi familia.

—Bueno, las pruebas ante el gran jurado simplemente no respaldan eso, Annie.

—Entonces es que aún no han encontrado todas las pruebas. Te digo que tengo razón, Michael.

—Bueno, seguimos buscando.

—Segundo punto: quiero que me enseñes a disparar un arma.

La miré por el espejo.

—¿Quieres aprender a disparar? ¿Por qué?

—¿Nivea Young sigue suelta?

—Sí.

—Entonces, ¿tú no querrías saber disparar también si fueras yo?

—Probablemente sí.

—Por favor, encuéntrame un instructor. Ya estoy lista.

—De acuerdo, creo que sé a quién usaremos.

—Bien. ¿Nombre?

—Rusty Xiang.

—¿Tu otro hijo?

Silencio de mi parte. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Cómo lo supiste?

—Sabía que estuviste en Moscú el año pasado por un juicio. Así que lo busqué en TASS. Todo está ahí. Leyendo entre líneas, no habrías estado allí si no fuera porque defendías a tu hijo.

—¿Quién es Rusty, papá? —preguntó Dania.

—Es mi hijo.

—¿Cuándo lo vamos a conocer?

—Muy pronto. Esta semana, probablemente.

—Asegurémonos de que eso suceda, Michael —dijo Annie, más exigente de lo que la había oído nunca.

—Está bien.

—Hablo muy en serio sobre tomar medidas para protegerme. Necesito ese entrenamiento con armas de fuego sin demora.

Estuve de acuerdo. Annie merecía saber cómo defenderse, dado el grave fallo de seguridad que había sufrido en Evanston. Tenía todo el derecho a estar preocupada.

Todos lo teníamos.

Al día siguiente, Annie fue a practicar tiro con Rusty.

—Este es el cargador, esta es la boca del cañón, esto es...

Annie miró impaciente a su guía.

—Enséñame a apuntar y a disparar. ¿No es por eso que estamos aquí?

Estaban en el campo de tiro de National Guns & Ammo en Annapolis. Era el campo de tiro y tienda de armas más popular del área de DC. Rusty siempre se topaba con agentes de la CIA a los que conocía por su nombre, y con oficiales de policía y detectives que estaba conociendo ahora que trabajaba con la Fiscalía.

—Este lugar es muy popular —le dijo Rusty a Annie—. Espero que no tengamos que esperar mucho por un puesto.

—¿Vienes a este lugar para mantenerte en forma?

—Sí. Este lugar también es anónimo. A todos les dan un número, así que los nombres reales no aparecen en las hojas de registro ni nada por el estilo. No iría a ningún otro sitio.

—Entonces a mí también me sirve —dijo Annie.

Finalmente, llamaron su número y se apresuraron hacia su línea de tiro. Luego, él le dio gafas de protección y tapones para los oídos y repasó con Annie las normas de seguridad con armas.

Por fin, era hora de disparar. Rusty colocó a su nueva hermana — ya se habían presentado los papeles de adopción— en la línea de tiro, ajustó su postura y la ayudó a apuntar el arma hacia la silueta humana del blanco.

—Ahora aprieta el gatillo. Exhala primero y luego aprieta. Bien, bien.

El arma de Annie estalló y el blanco mostró un impacto cerca de la línea central del pecho.

Rusty sabía —o más bien suponía— que la puntería de la chica había sido suerte. Le dijo que disparara una segunda vez.

Apareció un agujero en la cabeza del blanco, justo encima del ojo derecho.

—Nada mal, Annie, nada mal.

—Quiero vaciarle el cargador ahora mismo. ¿Está bien?

—Me parece bien. Adelante.

Annie disparó una docena de veces más antes de bajar los brazos y colocar el arma sobre la repisa frente a ella.

—¿Qué pasa?

—Está muerta —dijo Annie—. Estoy guardando el resto de las balas por si ha venido alguien más con ella.

—Chica lista —asintió Rusty—. Ahora aprendamos a desarmar y armar esta arma. Luego dispararemos un par de cientos de cartuchos más y daremos por terminado el día.

—Si quiero hacer mi disparo con mayor probabilidad de acierto, ¿a dónde sería, Rusty?

—Justo en el centro del pecho. La razón es que la cabeza puede moverse; el pecho no. Así que incapacitas al objetivo con ese disparo al pecho y luego te acercas y le metes dos en la cabeza.

—En la cabeza de ella.

—En la cabeza de ella, entonces.

—Entonces déjame intentar con unos cientos de disparos al pecho. Vamos a perfeccionarlo.

—Trato hecho.

Capítulo Cuarenta Y Nueve

El tiempo con Michael pasaba demasiado rápido por las noches para Annie Tybaum. Pero el tiempo a solas durante el día era interminablemente lento, ahora que estaba nuevamente bajo protección policial y ni siquiera podía salir a caminar sin que algún agente fornido la escoltara por detrás de la casa hasta la casa del árbol y el columpio para adultos. Habían pasado dos meses, y Annie se había adaptado bastante bien a la familia. Había inconsistencias con las que los otros niños tenían que aprender a lidiar, y momentos de extremos cambios de humor con Annie: altibajos emocionales y ratos en los que se mecía hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, durante una hora o más. En esos momentos, todos sabían que era mejor dejarla sola.

Pero también había momentos para curiosear por la casa. Se emocionó cuando descubrió el arma de Michael. Él nunca había hablado de ella, pero sabía que su pistola de Chicago estaba marcada como evidencia en el caso del asesinato de Gerry Tybaum. Pero esta era nueva, una pequeña Glock 26 de bolsillo calibre .40. Ahora solo necesitaba una forma de llegar a Annapolis. Así que comenzó una campaña para conseguir un pase de autobús, supuestamente para poder visitar la Academia Naval y sus alrededores. Consiguió el pase —en contra del buen juicio de

Michael y Verona—, y Michael se sentó con ella varias noches para estudiar las rutas de autobús y cuál llevaba a dónde. Cuando estaba sola, Annie memorizó las rutas en una sola sesión. El viaje a Annapolis era bastante fácil por la Ruta 220 del MTA de Maryland.

No pasó mucho tiempo antes de que la dejaran en la parada del autobús, pero siempre había un agente siguiéndola y protegiéndola. Hasta que un día, durante el Cuatro de Julio, logró escapar de su vigilante y subirse a la Ruta 220.

Caminó de un lado a otro del autobús dos veces, buscando al agente. Él no había hecho la conexión que hizo Annie, que se desplazó desde la parte delantera del autobús hasta la salida trasera, por donde se escapó. Un viejo truco, pero esta vez funcionó.

Había decidido que, si Nivea Young seguía en la zona, tarde o temprano iría a practicar tiro para mantenerse en plena forma. ¿Y qué mejor lugar que National Guns & Ammo?

El campo de tiro de National Guns & Ammo quedaba a poca distancia de la parada del autobús. Con su mochila al hombro y el arma nueva dentro, Annie se dirigió hacia el enfrentamiento que tenía en mente.

Era una posibilidad remota, y Annie no se engañaba al respecto. Pero era una acción proactiva, y era la primera vez que tenía la oportunidad de enfrentarse a su mayor miedo: volver a encarar a Nivea Young desde el lado equivocado de un arma. Esta vez, según el plan de Annie, el arma estaría en su mano y Young estaría en el extremo equivocado. Así es la fe de los niños. Así es el enfoque implacable de alguien que sufre el diagnóstico de Annie. Simplemente, no podía dejarlo pasar.

Tomó un punto de vigilancia dentro del campo de tiro, en una zona de espera para clientes. Su ubicación le daba una vista perfecta de los clientes al entrar y salir. Pasó cinco horas en su puesto, escaneando y descartando rostros a medida que iban y venían. Sabía que sus probabilidades eran menores al cinco por ciento, pero aun así persistió. Esa noche, Michael la enfrentó por haber perdido a su escolta.

—Es grave cuando haces eso —dijo Michael—. Siento que debería castigarte sin salir por dos semanas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No dejarte salir de la casa.

Annie comenzó a llorar y a mecerse hacia adelante y hacia atrás, una y otra vez. Se abrazó a sí misma como si estuviera abrazando a otra persona. Michael extendió la mano sobre la mesa y le tocó suavemente un lado de la cara. Pero nada ayudó; esa noche no iban a tener una conversación seria sobre las reglas. Él lo veía claro. Sin embargo, la siguiente vez que subió al autobús, no intentó zafarse de su escolta.

La primera vigilancia de Annie en National Guns & Ammo fue un sábado. Ahora necesitaba un domingo, lo cual logró diciéndole a su escolta que quería observar a la gente en National. Él tenía sus sospechas y sus dudas, pero al final pensó que, si estaba con ella, nada podía salir mal.

Se equivocaba.

La mañana del domingo resultó ser el día en que Nivea decidió perfeccionar sus habilidades de tiro. Llegó para su reserva de las nueve y quince y estaba disparando su arma cuando Annie llegó. Annie le dijo a su escolta que necesitaba ir al baño y se le escapó justo antes de entrar al campo de tiro y comenzar a revisar rostros.

Efectivamente, la asesina estaba vaciando su arma —una enorme Beretta— contra un blanco de silueta cuando apareció Annie. El corazón de Annie le dio un vuelco. Sacó la pequeña fotografía de su cartera y comparó las imágenes. No había duda.

Desde una distancia de nueve metros —de la puerta de entrada hasta la última posición de disparo en el campo—, Annie se quitó la mochila, sacó su arma y comenzó a caminar hacia su objetivo.

Justo cuando se acercaba, pronunció su nombre:

—¡Nivea!

La mujer no se sobresaltó ni actuó sorprendida. En cambio, giró hacia Annie y comenzó a mover su arma a la altura del ombligo para protegerse. Justo cuando levantaba el arma para disparar a Annie, Annie disparó primero. En el estruendo y alboroto del campo de tiro, el estrépito de su propia arma fue irrelevante, inaudible para los demás. Por suerte, los tiradores estaban dentro de sus cabinas, con

una pequeña pared a cada lado, y nadie se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir.

La bala de Annie alcanzó a Nivea en la garganta. Una segunda bala entró justo por encima de la línea de las cejas. La mujer se desplomó. Luego cayó de frente, de golpe, con los brazos extendidos, estrellando la cara contra el suelo. No se movió. No respiraba.

Annie guardó el arma con calma en su mochila y avanzó lentamente entre los tiradores, sin llamar la atención en ningún momento.

Luego localizó a su supervisor y le dijo que no se sentía bien, que quería regresar a casa.

El viaje en autobús transcurrió sin incidentes. Para cuando llamaron a la policía, Annie ya estaba lejos.

Estaba sentada cómodamente junto a su protector, navegando por internet con su iPad de banda ancha.

Nadie le dijo ni una palabra después de eso. Michael no mencionó la muerte de Nivea; nadie le dijo nada al respecto.

Pero *Good Morning, Washington*, el programa matutino de televisión, sí lo hizo. Informaron sobre la muerte, dijeron que no había sospechosos y mencionaron un sistema de video que solo captó la cabeza de alguien con una gorra de los Washington Senators y gafas de sol plateadas al entrar en la escena, y captó la misma imagen al salir caminando de espaldas.

El informe del mediodía reveló la identidad de la víctima y señaló que era buscada por una orden federal en relación con múltiples asesinatos en el área de Washington.

—Ajá —dijo Annie en voz baja a la imagen de la mujer muerta en la televisión esa noche—. Ella no es la jefa. Pero ya llegaremos. Ya llegaremos.

Capítulo Cincuenta

Aprendí la regla más decepcionante de ser fiscal, y era esta: si logras atrapar a la mayoría de los malos y meterlos en prisión, eso es lo mejor que vas a conseguir. Lo cual me entristecía, porque yo quería imponer mucho, muchísimo más castigo a la mayoría de esos cretinos. Y los verdaderamente malos, los que viven y trabajan en los rascacielos, se mueven en autos con chófer y pasan las vacaciones en sus yates... a esos malos nunca los vas a atrapar.

Pero lo que había hecho al acusar formalmente a Paul Wexler y resolver el caso del asesinato de Tybaum iba a ser celebrado el viernes por la tarde en la casa del vicepresidente. Otros fiscales federales adjuntos también iban a ser reconocidos allí, así que no se trataba solo de mí.

Aun así, me alegraba que alguien estuviera prestando atención a mis esfuerzos.

En el último momento, la mirada que me lanzó Annie —esa mirada de celos que solo tus hijos saben poner— me hizo darme cuenta de que ella también necesitaba salir. Aunque no era para nada sociable, su médico decía que siempre debían hacerse intentos de socialización. Así que le dije que vendría conmigo y se puso inmediatamente eufórica. Un juez amable prácticamente había guiado personalmente el proceso de adopción, y ahora Annie era

mía. O quizá yo era suyo, nunca lo he tenido claro. Pero ahora se la conocía como Annie Gresham.

Después de que le dije que quería que me acompañara a la celebración, Annie fue a su habitación. Fue a cambiarse y salió con vaqueros y una sudadera de la GWU. Verona la miró de arriba abajo y la llevó de vuelta a su cuarto para que se pusiera algo más festivo. Esta vez salió con una falda azul marino de verano y una blusa blanca con un lazo azul al cuello. Ahora sí que estábamos avanzando.

Un agente nos llevó en coche hasta el Observatorio Naval —la casa del vicepresidente, un edificio blanco de tres pisos con una rotonda al frente donde bajamos del auto y entramos. El agente se quedó con nosotros todo el tiempo.

Annie y yo fuimos recibidos por el vicepresidente y su esposa al subir los escalones frontales y entrar al vestíbulo; luego estrechamos la mano de varios dignatarios más en la fila de saludos. Una vez dentro, nos mezclamos con la multitud y empecé a hablar de trabajo con Antonia Xiang —mi supervisora—, que estaba allí sin Rusty. Me dijo que él estaba en una vigilancia. Pero ella había venido a disfrutar y estaba orgullosa de lo que su equipo había logrado en la primera mitad del año. Mientras hablábamos, Annie se alejó, y recuerdo haber oído una voz femenina preguntarle si le gustaría hacer un recorrido por la residencia del vicepresidente.

Otros fiscales federales adjuntos se unieron a nuestro grupo y seguimos conversando. Luego pasamos al comedor. Para entonces, Annie se había pegado a mí e intentaba llamar mi atención mientras nos sentábamos. Levantó la mano y la llevó a mi oído para poder susurrarme.

—Echa un vistazo en la cocina —dijo ella.

—¿Para qué?

—Lo sabrás cuando lo veas.

—¿El qué?

—No seas insistente, Michael. Compruébalo tú mismo.

—Lo haré —asentí, y ella se retiró. No habíamos llamado la atención mientras tomaban las órdenes de bebida.

Luego llegaron los aperitivos, seguidos por las ensaladas y, después, un salmón escalfado como plato principal o, como alternativa, un filete New York. La hija menor del vicepresidente estaba sentada a la derecha de Annie. La pobre chica intentó entablar conversación con mi hija, pero tuvo poco éxito.

Yo, en cambio, pasé la comida compartiendo técnicas de *voir dire* con un joven abogado llamado Herb Marling, que actualmente formaba parte de mi equipo. Herb se estaba preparando para un juicio el próximo lunes y, mientras tanto, quería absorber todo lo que pudiera de mí. Me alegró ayudarlo y le transmití todo lo que sabía.

—Nunca olvides que el objetivo principal del *voir dire* es seleccionar al jurado. Haz preguntas como: «Si usted fuera la fiscalía hoy, ¿querría a un jurado con su forma de pensar? ¿Podría dejar de lado cualquier prejuicio y juzgar el caso basándose solo en los hechos presentados en el tribunal?».

Herb ya lo comprendía y me planteó algunas preguntas de ejemplo. Para cuando terminamos nuestra pequeña instrucción, el postre ya había ido y se había ido. Entonces Annie se inclinó hacia mí y volvió a llevar su mano a mi oído.

—Michael, ahora vamos a entrar en la cocina. Ahora.

Con eso, se puso de pie, tomó mi mano y me arrastró tras ella. Me condujo de regreso por el pasillo que conectaba con la cocina. Allí, en un pequeño rincón a un lado, se alzaba una vieja mesa de seis patas. Pero eso no era todo.

Sobre la mesa, moviendo la cola de un lado a otro y de arriba abajo, yacía un gran gato amarillo.

—Ese es el atigrado de tu vídeo —dijo ella—. Memorice las marcas.

Mi mente iba a mil por hora y respiraba con dificultad. No podía ser... no podía.

—¿Estás segura... completamente segura? —pregunté.

—Michael, ¿alguna vez me equivoco con detalles como estos?

—Nunca.

—Bueno, pues este es el mismo gato que aparece en la cámara de tu teléfono. Mira la «M» en su frente. Es idéntico.

—¡Dios mío! —susurré, estremeciéndome mientras las palabras salían atropelladamente.

Ella no había terminado.

—Y fíjate en la mesa. Es exactamente la tuya, con los mismos saleros y pimenteros.

En ese momento, saqué mi teléfono y busqué el video. Reproduje la parte del gato varias veces. Tenía razón. La marca en la frente, los saleros y pimenteros plateados, las demás señales... todo coincidía a la perfección.

Quienquiera que hubiera llevado la GoPro a la escena del asesinato del padre de Annie había fotografiado primero a este gato y esta mesa. Eso significaba que había estado en esta cocina y probablemente planeado el asesinato con el vicepresidente. ¿Por qué si no estaría la cámara de un asesino en esta habitación?

No había otra explicación.

Mi mente se aceleró. Podía acusar al vicepresidente. Podía llevarlo a juicio. ¿Su motivo? Gerry tenía un romance con su esposa. ¿Celos? Por otro lado, podía entender que el romance de la esposa del vicepresidente con Gerry Tybaum podía avergonzar a la Casa Blanca. El presidente Sinclair no permitiría eso ni por un segundo. Así que tal vez la orden de terminar el romance entre la esposa del vicepresidente y Gerry la había dado el propio Sinclair. Estaba seguro de que nunca lo sabría. Pero sí estaba seguro de una cosa: alguien que vivía aquí había matado o contratado a un asesino para acabar con el romance. A estas alturas, mi mente iba a toda velocidad y me aparté a ciegas de la mesa y del gato.

Entonces dejé de moverme. Annie estaba en peligro. Podía perder sus doce millones de dólares de Annie si el PAC de GULP renovaba su reclamación por el dinero. Porque si Wexler y Rudy Geneseo se habían reunido con el vicepresidente Jonathan Vengrow y habían conspirado para matar a Gerry Tybaum, entonces el PAC no estaba involucrado, solo Wexler. Eso significaba que el PAC podía alegar «manos limpias». Entonces podía renovar su reclamación por el dinero en contra de la de Annie.

Mi acusación contra el vicepresidente podía resultar en que Annie perdiera su dinero. Dinero que iba a necesitar para cuidar de ella

cuando yo ya no estuviera. No tenía hermanos ni padres —excepto yo— y estaría sola en el mundo, salvo por las relaciones que hubiera desarrollado con Mikey y Dania, en quienes no podía confiar para que cuidaran de Annie. No, necesitaba que el dinero se quedara justo donde estaba.

Así que entonces la tomé de la mano y salimos de la cocina.

Camino al auto, le estreché la mano al vicepresidente. Luego acorté la distancia entre nosotros y le dije en voz baja:

—Lo sé todo, pero lo voy a dejar pasar.

Él continuó sonriendo y estrechando manos, sin apartarse ni un segundo de su papel de anfitrión.

Pero cuando subí al asiento trasero del auto, me di la vuelta y le eché un último vistazo al vicepresidente. Ya no estaba en la fila. Entonces lo vi, apresurándose hacia mi auto. Bajé la ventanilla. Entonces habló.

—Gracias, Michael. Esto solo puede ayudarte en tu trabajo.

—Si es así, puede que cambie de opinión, señor vicepresidente. Iría tras usted.

—Muy bien, entonces —dijo y golpeó el costado de nuestro auto para indicarnos que siguiéramos nuestro camino.

Varias manzanas más adelante, Annie me miró.

—Lo tienes acorralado, pero estás pensando en mi dinero. ¿Qué tan cerca estoy?

—¿Alguna vez has tenido que improvisar un perfil, Annie?

—Nunca. Eso nunca pasará.

—Lo sé —dije mientras el orgullo que había sentido en la casa del vicepresidente se desvanecía dentro de mí.

Esa fue la última vez que sentiría ese orgullo. Me había acostado con el diablo, y eso no podía ser bueno.

Giramos en la avenida Wisconsin y nos dirigimos hacia el sur, rumbo a Georgetown.

Estaba cansado y necesitaba una siesta.

Acerca del Autor

John Ellsworth es un abogado convertido en autor. Sus thrillers legales han vendido más de tres millones de copias, alcanzando el estatus de best seller.

Durante treinta años, John defendió a clientes acusados de delitos en todo Estados Unidos. Llevó casos que iban desde hurto en tiendas hasta asesinato en primer grado, RICO y evasión de impuestos, y ha llevado a juicio con jurado cientos de ellos.

Vive en la costa oeste de los Estados Unidos, donde sigue emocionando a los lectores con sus dramas judiciales que te mantienen al borde del asiento.